

PREMI  CONFIDENCIAL 2012
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA

LA LLAMADA DE UN EXTRAÑO

RAFAEL ALCALDE



Lectulandia

La llamada de un extraño te puede sorprender. Si este extraño parece conocerte mejor que tú a ti mismo, te puede llegar a inquietar. Si el extraño te llama a ti y a los tuyos, te puede desconcertar. Si no puedes evitar sus llamadas, te desesperarás. Si ese extraño está dispuesto a recompensarte, te puedes aficionar. Si decide castigarte, será demasiado tarde para rectificar, si es que alguna vez pudiste rectificar. Reza para que no te llame López.

Una novela negra con un malo cortés y misántropo, y unos buenos corrientes y atrapados. Una novela negra formalmente atrevida: dialogada; literalmente dialogada. Ni una descripción, ni una acotación, ni un narrador. Los protagonistas, todos los protagonistas, están desamparados. Reza para que no te llame López.

Lectulandia

Rafael Alcalde

La llamada de un extraño

ePub r1.0

Titivillus 24-02-2018

Título original: *La llamada de un extraño*

Rafael Alcalde, 2012

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

—¿Cómo le ha ido hoy el colegio a nuestro tesoro rubio?

—Vuestro tesoro rubio quiere cambiar de colegio.

—Menudo pronto, Begoña. Pero si acaba de empezar el curso, y llevas cinco años en esa escuela, y contenta. ¿A qué viene eso?

—Ay, Gerardo, pareces tonto. ¿Es que no ves que Begoña se ha enamorado?

—¡Mamá!

—Bueno, hija, el año pasado te ocurrió algo parecido, así que no es tan difícil sumar dos y dos. ¿Dónde vas, Begoña? ¡Pero si no te has acabado el plato!

—Déjala, Magdalena, mañana será otro día.

—Pero es que no ha dicho ni buenas noches, Gerardo.

—Tanto da, mujer. Y tú tampoco has sido muy delicada.

—Cualquiera diría. Estás tú muy protector con Begoña, y la niña es una niña, pero no es de cristal. Lo que pasa es que últimamente apenas paras en casa, y Begoña guarda su peor cara para mí.

—De aquí a enero solo tengo el viaje a Viena, aunque el ir y venir a las centrales no me lo quita nadie.

—Nadie, Gerardo, no te lo quita nadie.

—No empecemos por ahí, Magdalena. Trabajo en lo que trabajo, y no puedo evitarlo. ¿Cuánto hace que acepté? ¿Cuatro años? Y tú sabes mejor que nadie quién me aconsejó.

—Caramba, Gerardo, no pierdes la ocasión de sacármelo a relucir. ¿Qué quieres de postre?

—Nada. Un poco más de vino, y nada más. Y a ti, ¿cómo te ha ido el día?

—Regular, rutinario. Estoy algo cansada de todo. Me voy a comer un par de higos. ¿Estás seguro de que no quieres nada más?

—Seguro. Suena muy mal eso de estar cansada de todo. ¿También de mí y de los chicos?

—Me refería al laboratorio.

—¿Qué pasa con él?

—Nada, Gerardo, es igual.

—Mujer, ahora no me dejes así.

—Tampoco es nada concreto, por ahora; lo único que circula con libertad son los rumores. Los suizos, la plantilla, las patentes. Habladurías, suposiciones. No sé a qué atenerme. Estos higos están verdes. No valen nada.

—Déjalos y tómate este poco de vino.

—Basta, Gerardo, no me pongas más que ya me lo noto, y después no hay quien duerma.

—¿Han comprado el laboratorio?

—No lo sé con certeza. Se lo he preguntado a Marcelo Ochoa, pero me ha respondido con evasivas. Si no han cerrado el trato, poco faltará. Se habla de que una quinta parte de la gente acabará en la calle.

—Pero si el laboratorio era, quiero decir, es muy productivo.

—Pues, por lo visto, quieren que lo sea más todavía. Algunas tareas son redundantes, dicen. Hace una semana que solo oigo la palabra sinergia. Sinergia arriba, sinergia abajo.

—Mal asunto.

—Me temo que las sinergias nos aplastarán.

—A ti no te tocarán un pelo.

—¿Y tú qué sabes?

—Eres demasiado buena, Magdalena.

—¿Bondadosa?

—Buena en tu trabajo, no te hagas la tonta. ¿Cuántas de las patentes de los últimos años podías haber firmado como propias?

—¿Qué es peor, Gerardo: ser despedida o tener que decidir a quién echar?

—No me digas...

—Ya ves dónde estoy. Me veo venir aprietos de un modo o de otro. Feliz tú, escondido en tu consejo, tan funcionarial y tan tranquilo.

—Joder, Magdalena, ya veo que esta noche estás...

—¿Insoportable?

—Eso lo has dicho tú, no yo, pero todos tenemos nuestros problemas. Mira, si no, a Begoña. Lo que pasa es que unos los explican más que otros.

—¿Qué problemas tienes tú en tu trabajo, aparte de viajar setenta días cada año y cobrar el doble que yo, con todo lo que tengo que hacer?

—Oye, Magdalena, si te vas a poner así de sarcástica, mejor lo dejamos. No serás tan ilusa como para creer que lo mío es ver mundo, no dar golpe y forrarme.

—Pues a ver, di, hombre, dime, que últimamente no me cuentas nada.

—Será porque cuando llego a casa trato de dejar en la puerta el lastre, pero con lo de si cierran la central número seis hay muchas presiones, y todos escurren el bulto. Hace tiempo que Rojas, con la excusa de delegar, me endosa tareas que son suyas, así que tengo que hacer su trabajo y el mío. Ahora, con la discusión de la clausura, peor, y me las tengo que ver con dificultades que ni me competen, y no puedo evitar sentirme responsable. En algunos casos ni siquiera sé qué hacer. Soy un técnico que lleva tiempo soportando funciones de relaciones públicas y que, si me descuido, acabaré tomando decisiones políticas que tendré que asumir si la gente las considera erróneas, y que se arrogará Rojas si se concluye que son acertadas. A eso me dedico últimamente.

—Es verdad que parece feo, Gerardo, pero cada cual nota su cruz como la más pesada. Creo que me cambiaría por ti en este mismo instante y sin dudarlo.

—Tú ganas, Magdalena. No tengo más fuerzas para discutir. Me voy a escuchar las noticias.

—Por supuesto, Gerardo. Yo me voy a relajar recogiendo la mesa y fregando los platos.

—Coño, Magdalena, no me fastidies. ¿Para qué pagamos a Gladys? ¿No podemos dejarlo así y que lo arregle mañana?

—No, prefiero recogerlo. Mañana hay una montaña de ropa para planchar.

—¿Y ese plato?

—La cena de Ignacio.

—¿Has hablado con él?

—A media tarde. Me ha dicho que llegará más tarde. Que tenía una reunión, o algo así, y que los trenes iban mal por la mañana, así que igual siguen mal. Eso no va ahí, Gerardo. En el de la derecha.

—Este chico...

—¿Qué pasa con Ignacio? ¿Volvemos a las andadas?

—Ya sabes cuál es mi opinión.

—Me la sé de memoria.

—Un chico tan dotado...

—Y dale. ¿Acaso ha perdido sus dotes por trabajar de maestro?

—Podía haber aspirado a más, coño.

—Bastante que se lo has repetido estos últimos tres años.

—Pero se le daba tan bien la informática...

—Y se le sigue dando.

—Aunque se gana la vida enseñando a sumar y limpiando mocos.

—Tú lo has dicho: ya se gana la vida. Desde hace dos meses, para ser exactos. Y disfruta de su presencia, porque ha empezado a buscar piso.

—¿Sííí?

—Dame el trapo. Eso. Pues sí, y en Almonte, que así no tendrá que ir y venir, que es un tormento.

—¿En Almonte? ¿Con tan mal gusto lo hemos criado?

—Cualquiera diría que es el Infierno.

—Me parece que he oído la puerta.

—Son las diez y media. Ya sería hora.

—Buenas noches. Ya estoy aquí.

—Buenas noches, hijo. ¿Qué tal el viaje?

—Los trenes siguen irregulares, madre.

—¿Y los niños? ¿Se te han portado bien los chavales?

—Sí, padre, bastante bien. Aunque hay de todo.

—¿Quieres que te caliente la cena, Ignacio?

—No, madre. Me voy a duchar y luego lo hago yo.

—Tienes pollo con patatas, y en la nevera te he dejado unos tomates verdes

troceados.

—Te lo agradezco. Mañana llegaré antes y ya prepararé yo la cena.

—Oye, Ignacio, ¿qué es eso de que te vas de casa?

—Gerardo, qué bruto eres.

—Mañana hablaremos, padre, que ahora estamos todos cansados, y estoy deseando meterme en la cama.

—Que cenes a gusto y que duermas bien, hijo.

—Buenas noches, Ignacio.

—Buenas noches.

—¡Qué rollo, tía! ¿Dónde se ha metido?

—Con Iván, Miguel y compañía, seguro.

—Mira que he salido puntual de clase, que yo quería engancharlo en la puerta y pedirle fuego, o lo que sea, pero el puto borde de Matemáticas no acababa, no acababa. Porque es un borde acabado, ¿eh?

—Ya te digo. Yo creo que hago lo que hago para no encontrármelo. Aunque te advierto de que los nuestros son otra colección de mierdas. Solo soporto al de Literatura; nos manda leer, él se dedica a sus crucigramas, y todos tan contentos.

—No compares, Espe. Yo, en tu lugar, sería la tía más feliz de la Tierra, pasando las horas contemplando a Enrique.

—Ni aunque quisiera podría. Se sienta dos filas más atrás.

—Me pasaría la mañana de espaldas.

—Es mono, pero no hay para tanto, Bego.

—¿Que no? A ti porque te van los rubitos, finitos y así, como Santi, ¿no?

—Hostia, Bego, a quién has ido a nombrar. Yo es que por ese chico hasta estudio, si me lo pidiera.

—Pues Enrique está cien veces mejor.

—Oye, no insultes o me lo camelo yo misma.

—Haces eso, Espe, y te arranco los ojos con las uñas.

—¿Dónde ha quedado Ricardo?

—¿Ricardo? Ni me acuerdo. Ya no salimos.

—Lo dices como si te hubieras divorciado de él hace diez años. Y el mes pasado se arrimaba a ti tanto como tú a él.

—¿Con qué me vienes ahora, Espe? Ricardo era un niño más preocupado de su móvil que de mí. Un inmaduro. Le he dejado.

—¿Cuánto hace de eso?

—Una semana.

—¿Desde el jueves?

—Pues sí, desde el jueves. ¿Cómo lo sabes? ¿Te ha dicho algo?

—No, Bego, pero el jueves fue el día en que se incorporó Enrique.

—Mira tú qué casualidad. Y qué lista eres, Espe. Ni yo misma me había dado cuenta.

—Seguro que Ricardo ni lo sabe.

—Yo se lo he dicho, pero él me sigue enviando mensajes.

—¿De verdad?

—Mira. «Bego t kiero. V. en split?». Para que veas que no te engaño.

—Pobre chico. ¿Irás el viernes al Split?

—¿Estás de guasa, tía?

—Pues a lo mejor voy yo y lo consuelo.

—Me harías un favor. Así no necesitaría más excusas para enviarlo a paseo. Además, a ti te gustan manejables. Enrique me parece más hombre.

—Dos años más hombre.

—¿Dooos?

—Eso dijo, y eso oí.

—¿Ha repetido dos cursos?

—Eso le preguntó Iván, y él dijo que no, que su familia viajaba mucho y que por eso había perdido dos años y había empezado el curso mes y pico más tarde.

—Ya me extrañaba a mí que fuese corto.

—Y a mí que me parece demasiado listo...

—¿Estás idiota, Espe? ¿Cómo te puede parecer demasiado listo?

—¡Y yo qué sé! Me lo parece y ya está. Pero mira de un modo... Ayer lo cogí mirando a la de Historia como..., como si quisiera matarla.

—¿A la Mencheta? Pero eso es normal. ¿Cómo la miras tú, si no?

—También es verdad, Bego. Oye, tú conoces bien a Miguel, ¿no?

—En cuarto salimos dos semanas, pero el pobre no sabía ni besar.

—Tú, que sabes demasiado.

—Tampoco sabía que venden desodorantes, Espe, que parecía que tenía un derrame de hormonas. Me lo encontré un día después del entrenamiento, todo sudado, me puso el brazo encima de los hombros y casi me desmayo. Un cerdo. Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene que ver Miguel?

—Pues que, ayer, oí que Enrique le preguntaba a Miguel si conocía a esa chica rubia tan alta del grupo de ciencias, esa de ojos azules que está tan buena. ¡No me pegues, Bego, que no es mentira!

—¿Tú eres mi amiga?

—Para, Bego, que me haces daño. ¡Ay! No me pellizques ahí, que me queda la marca y parece un chupetón.

—¿Tú eres imbécil o qué, Espe? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No sé, Bego, no creí que fuese tan importante. Además, así tiene un poco de intriga, ¿no?

—¿Intriga? Te merecerías que no te dirigiese la palabra nunca más. Dímelo todo ahora mismo, que el primer timbre va a sonar enseguida y tendremos que entrar.

—No hay más, Bego. El otro dijo que sí, que te conocía, y presumió de haber salido contigo.

—¡El muy puerco! ¿Qué pensará ahora Enrique de mí? ¿Qué más, Espe, qué más?

—Nada, dijo también que cualquier día se la presentaba. O sea, a ti.

—¿Eso dijo?

—Sí, eso.

—¿Y a qué espera?
—¿A mí qué me explicas? A la fiesta, supongo.
—¿Qué fiesta?
—La de pasado mañana, en Oremus.
—¡Ah!, esa. No tenía pensado ir, por aburrida. Es como ir al cole.
—Pues si tienes intención de ligar con Enrique, ya sabes.
—¿Qué me pongo, Espe?
—Tenemos que entrar. Quedamos a la salida y hablamos.
—Oye, pero ¿dónde están todos?
—Habrán entrado por delante.
—Pero si no dejan.
—La recepcionista se pirra por los chicos guapos, Bego.
—¡Qué capulla eres, Espe! A las cuatro, aquí mismo.
—Si me pasa a recoger mi madre, te envío un mensaje.
—Vale, pero llámame luego y piensa qué me pongo... y qué te pones tú.
—¿Yo?
—Enrique ha de ver que hasta mis amigas van guapas.
—Vete a la mierda, Bego.
—Igualmente, Espe. A las cuatro.

—Venga, sentémonos aquí. Y acércate, Magdalena, que te voy a explicar un secreto al oído.

—Voy.

—Estoy a punto de separarme.

—¿Quééé?

—Baja el tono, por favor, que no quiero que se entere todo el club.

—Pero...

—Para que veas que cada una tiene sus cosas. No quería decírtelo hasta no dar el paso, pero te veo tan hundida que me he decidido a confiártelo. No estás sola con tus desgracias, Magdalena.

—No me consuelan las tuyas, Luisa.

—Cuando menos te sentirás acompañada.

—No sospechaba nada; no me habías dicho nada.

—Es algo que me rondaba por la cabeza desde tiempo atrás, pero hace unas semanas me empezó a obsesionar, y anteayer fui a consultar a una abogada.

—¿Y Borja? ¿Y Alfonso?

—Eso es lo peor. Alfonso.

—A punto de cumplir los dieciséis, porque mi Begoña le lleva meses.

—Sí. En diciembre los hace.

—¿Qué va a pasar con él?

—No lo sé. Supongo que irá de una casa a otra, conocerá a nuevos compañeros y compañeras de sus padres, recibirá el doble de regalos y nos repartiremos su tiempo. Le daremos, entre todos, el doble de cariño y atenciones que ahora, pero solo le llegará la mitad.

—Qué triste es lo que dices. Y qué resignada parece.

—De tanto pensar. Por Alfonso me he contenido, pero por mí ya no lo puedo retrasar más. Estoy más que harta.

—No sabía que Borja y tú tuvieseis problemas.

—Yo tampoco. Quiero decir, no ha habido un problema. Vamos, que no hay nada de particular. Que yo sepa, no me engaña, ni yo a él. No nos gritamos. Ni siquiera discutimos. No mucho, por lo menos. Nada grave. No es alcohólico ni jugador.

—¿Qué ha pasado entonces, Luisa?

—Todo lo demás, Magdalena. Todo eso que se resume en hastío. Esos hábitos insignificantes que se han convertido en eso, en costumbres, pero de las grabadas a fuego, de las que no se cambian. Que no puede cambiar él, y que yo ya he perdido las ganas de intentar cambiarle.

—¿Por ejemplo?

—¿Pedimos unas bebidas, Magdalena? Tengo la boca seca.

—Nos colocarán jerez de garrafa, como siempre.

—Borja no recoge la ropa sucia del suelo cuando se baña. Y usa un masaje insoportable, que no hay manera de que cambie. ¿Sabías que Borja se hurga la nariz? No, claro, cómo lo ibas a saber. Eso solo lo hace en mi presencia. Ni siquiera en la de Alfonso. Tal vez ni cuando está solo. Pero sí cuando está conmigo. Borja tiene la costumbre de leer hasta tarde y de hacerlo en la cama, y le gusta la luz potente.

—En mi caso es al revés, pero Gerardo usa antifaz.

—¿Se lo compraste tú?

—Pues sí.

—Pues a mí nadie me ha comprado ningún protector, ni de la luz, ni de la oscuridad, ni de la soledad. Podría decir que Borja me tiene poco en cuenta. No me consulta los vinos que compra y que bebemos, ni se interesa por mi trabajo, ni modificó ni un minuto sus horarios cuando el invierno pasado estuve dos días con gripe. Podría decir que es un egoísta en la cama. Podría, y me sobrarían los motivos de queja, pero la verdad es que ya no me importa.

—Oye, Luisa, lo lamento de veras. Si puedo hacer algo por ti... Y tenías razón. Después de oírte, mis penas me parecen menos penas. O están más acompañadas, no sé. Hace media hora creía que era difícil encontrar a alguien que estuviera peor que yo, y ahora noto frío con solo pensar en enfrentarme con tu panorama.

—Me alegro de que las cosas te vayan bien con Gerardo.

—No sé si me van bien, Luisa, pero no me las imagino de otro modo. A veces lo pienso, y llego a la conclusión de que ya no quiero a Gerardo como al principio; pero no es que lo quiera menos, sino diferente. Al final me lo resumo diciéndome que es de mi propiedad, en cierto modo como lo podría ser un animal de compañía o un mueble con años. Mira, ya nos traen las copas.

—Ya era hora.

—Pues esto que te digo. Gerardo no se toca las narices y usa un masaje sin perfume, pero, créeme, no me has dicho cosas peores, o sea, minucias más insoportables que las que, para aguantar, he de tragar saliva. No te estoy acusando de endeble, pobre de mí. Cada cual juzga inaguantable lo que le parece, y supongo que es inevitable. Lo que te quiero decir es que una cadena de comportamientos a ti te ha llevado a decir basta, mientras que otra similar a mí me ha llevado a la posesión. Me temo que uno de los efectos de mi situación es que notaría más la falta que la presencia.

—¿Has probado el jerez?

—Lo que te decía: nos han vuelto a estafar con oloroso, y bien vulgar. ¿Sabes? Begoña ya va por su quinto amor serio.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. ¿No dicen que no hay quinto malo? Es reciente. No creo que tenga más de unos días, pero parece que será fuerte. Ya me compadezco.

—Alfonso también está en la época de revolotear de flor en flor. Si se mantuviera la costumbre de apañar matrimonios, los podríamos emparejar: mí Alfonso y tu Begoña. Bien hermosa que les saldría la carnada.

—Todo quedaría en familia, es verdad, pero me parece que a mi hija le gustan de un curso más, por lo menos, y considera niños a los que tienen un día menos que ella. ¿Te lo puedes creer?

—¿Cómo le va a Ignacio?

—Bien, supongo. Ya lo conoces, y no es muy hablador. Se quiere independizar.

—¿Se os casa?

—No, no, pero como ya tiene trabajo, ya quiere techo propio.

—Míralo, qué espabilado. Pero parece que no te alegras por Ignacio.

—En parte sí. Lo que pasa es que a su padre no le gusta nada de lo que hace últimamente, y en casa no tengo otro remedio que defenderlo, para no ponerme del lado de Gerardo; y no porque a veces le falte criterio, sino para que no se envalentone y muela a reproches a su hijo. Vamos, que estoy entre uno y otro, y eso, como te decía hace un rato, cansa.

—Con lo majo que es. ¿Qué se le puede recriminar?

—En palabras de Gerardo y resumiendo: Ignacio ha desperdiciado su talento, ha hecho una carrera que, en su opinión, no merece tal nombre, ha escogido una profesión con la brillantez de la arcilla cocida que, además, es estable como las piedras; y, para rematar, va a empezar una vida independiente sin haber ahorrado ni un maldito céntimo (¿qué podría haber ahorrado hasta ahora, pobre hijo mío?), así que, según Gerardo, su vida material dentro de un año no diferirá de la de dentro de treinta, excepto si forma una familia, en cuyo caso irá a peor. Ni más ni menos.

—Y eso es lo que opina Gerardo.

—Eso es lo que ve y prevé Gerardo, y yo se lo refuto con todo el énfasis que me permite mi menopausia, ya te digo, para pararle los pies y, en la medida de lo posible, para que todo quede entre nosotros dos y no amargue al chico.

—¿Pero?

—Pero ser maestro de escuela es de las pocas profesiones que, como ayer, puede durar toda la vida. Piensa por cuántos trabajos has pasado tú, Luisa, o yo, o nuestros maridos, y eso que tenemos una generación más a la espalda. El escalafón de un maestro es seguir siendo maestro de escuela. A ver, Luisa, ¿tú crees que yo me defiendo con los ordenadores?

—Más que alguno de los que cobran como informáticos en el laboratorio.

—Pues tendrías que ver a Ignacio. No sé cómo describírtelo. Sí, sí que lo sé: no entiendo nada de lo que es capaz de hacer. Lo que ha aprendido lo ha aprendido solo. Los tres años de Magisterio se los sacó con la mano izquierda, mientras que con la derecha se dedicaba a la criptografía.

—¿Criptografía?

—Algo referido a la seguridad y al cifrado de la información. ¿Tú utilizas

certificado digital?

—Para pagar impuestos, qué remedio.

—Cosas así. Que uno pueda acceder y el otro no, que tal cosa pueda viajar sin que la mire nadie, y tal.

—Suenan muy impresionantes, Magdalena, pero ¿estás segura de que eso es mejor que enseñar a niños?

—Con esa misma pregunta he retado a Gerardo infinidad de veces. Sin embargo, no ha evitado que tanto él como yo misma nos hayamos respondido que, si no mejor, sí más lucrativo y más..., no me gusta ni pensarlo, pero más prestigioso, más exclusivo, más ambicioso.

—Ya veo. Como supervisor general del Consejo de Energía Nuclear, como Gerardo, o como jefa de laboratorio de nuestra todopoderosa pequeña multinacional Sanatea.

—Lo dices como si te pareciera cursi o esnob. No me irás a soltar que te resulta indiferente que Alfonso acabe trabajando de albañil o sea un químico brillante como su madre.

—Eso, tú lo has dicho, un químico brillante como su madre, que en vez de ensayar e investigar se dedica a conducir un joven e igualmente bien titulado equipo de comerciales que emplea su tiempo en predicar las bondades de los preparados de Sanatea en círculos hospitalarios y colectivos médicos, donde los galenos suelen tratarnos poco más que como a fastidiosos teleoperadores. Pues mira, Magdalena, no sé qué decirte. Porque, ¿sabes?, cuando hace diez años entré, yo aspiraba a trabajar con la doctora Magdalena Moral, que ya en aquel momento tu prestigio llegaba a la competencia, donde yo me arrastraba. Y pedí trabajo y me lo dieron, y me despedí del anterior. Y me engañaron. Esto no te lo había dicho nunca, por vergüenza. ¿Sabes cuál es la clave de mi carrera, Magdalena? Mi pechuga. El día antes de decidirse mi asignación al Departamento Comercial, y no al Laboratorio, oí unas palabras que intercambiaron Ochoa y Almeida. Mira lo que son las cosas. Tenía que reunirme con ellos en la sala de juntas, que tenía las puertas abiertas, y esos dos prohombres no se recataban en discutir lo que me iban a decir momentos después, y en justificarse mutuamente. Ochoa, tu querido jefe, todavía intentaba romper una lanza a mi favor, recordando que yo había trabajado en Würtel y Sandoz, y que parecía muy cualificada. Incluso llegó a decirle que sería una pena no incorporarme a tu equipo. Estaba convencido de que nos compenetraríamos y que eso redundaría en beneficio del laboratorio. Almeida, mi querido jefe, le vino a responder que mi principal don no estaba en la cabeza, sino un poco más abajo, en mi torso, y que, ante él, los clientes comprarían hasta placebo. Y aquí estamos.

—No sabía...

—Pues ya has descubierto cómo acaba la brillante carrera de la madre de Alfonso, que soy yo. Así que, fríamente, no sé si es mejor que Alfonso se dedique a una cosa que a la otra, y por eso arrugaba la nariz al oír la decepción que sentís por la

elección de Ignacio. ¿Quieres otra copita de lo que nos han servido?

—No, gracias, ya tengo bastante. Y se me está haciendo tarde.

—¡Huy!, es verdad. Supongo que mañana nos veremos en el trabajo.

—¿Por qué no nos íbamos a ver?

—No serás la única en la empresa que no ha oído lo que se nos viene encima, ¿verdad?

—No, claro que no. Mañana hablamos.

—Eso, Magdalena. Mañana.

—Ya hemos llegado. ¿Vamos por el polígono o mejor por el centro?

—Se tarda lo mismo.

—Pues por el centro, a ver si vemos algún cartel de «se alquila».

—Esta tarde tengo dos para ver.

—¿Sí? Pero, oye, no te escurras. ¿Te ha echado el ojo o no?

—¿Quién?

—Cristina, hombre, la del grupo de quinto, no te hagas el interesante. Cuenta, cuenta. Prometo no decírselo a casi nadie.

—Lucía...

—A nadie, Ignacio, a nadie. Di.

—Es que no sé explicarlo. Nada, supongo. Los martes coincidimos en la sala después de comer. Yo estaba corrigiendo unos ejercicios y ella estaba haciendo no sé qué un poco más allá. Necesitaba unas tijeras, o dijo que necesitaba unas tijeras, y en vez de pedírmelas (el cubilete estaba a mi derecha), o de levantarse, dar la vuelta y cogerlas, pues va y se acerca por la izquierda y con una postura forzada pasa medio cuerpo de lado a lado rozándome con la melena, con el brazo y creo que hasta con un pecho encima de mi hombro.

—¡Esa es mi Cristina!

—Tal vez fuesen imaginaciones mías.

—Quita, hombre, quita. Compartir piso contigo, no sé; pero compartir cama, mañana mismo. Esa chica está por la variedad. Y menos mal que sus hijos son pequeños, que si no...

—Hala, Lucía, no será para tanto.

—Da lo mismo. Cristina tampoco te sirve. Nunca viviríais dos, sino tres.

—Está difícil.

—¿Qué me dices de Jorge?

—Oí que se casa en primavera.

—¿Sííí? No lo sabía. ¿Y José María? Es de Almonte. A lo mejor quiere compartir piso.

—No, no quiero ir a casa de nadie.

—¿No es lo mismo?

—Para mí, no. Primero quiero que sea mi casa; después, compartirla. Aunque sea un después muy corto.

—Lo más fácil sería compartirla con tu chica.

—Sí, eso sería lo más fácil.

—¿Entonces?

—Entonces es que no tengo.

—¿No tienes?

—Ya no tengo.

—Encarna me dijo que salías con una chica de tu barrio desde hacía años.

—Encarna tiene la lengua muy larga, pero no está al día.

—Perdona, no quería ser entrometida.

—No, si lo digo por ella, no por ti. Alicia me dejó hace un par de semanas, después de tres años de... noviazgo, o de compañía. Algo así. Por lo mismo que mi familia. Alicia aspiraba a más. Está estudiando Medicina; y ahora que he acabado y he empezado a trabajar, se habrá dado cuenta de que un maestro es poco. Y adiós.

—¿Así, sin más?

—Me dijo que con mi ir y venir nos veríamos menos, que necesita los fines de semana para estudiar...

—Y que necesita tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Es la forma piadosa de decir «no te quiero ver ni en pintura».

—¿Nos vemos a la hora de comer?

—Hoy tenemos excursión.

—Mañana, entonces. Pero oye, Lucía, si no tienes nada más urgente, ¿por qué no me acompañas a la salida a mirar esos pisos? Me podrías ayudar a escoger.

—Tengo un par de recados por hacer...

—Y te invito a merendar.

—Haber empezado por ahí. A las cinco y media en la sala de abajo.

—No te olvides.

—Me ataré un lacito en el dedo.

—Mira que si te gusta uno de los que vamos a ver...

—Prepárate para pagar chocolate con churros.

—Te presento a Gerardo Vives. Gerardo, aquí Vicente Patilla.

—Señor Vives, me alegro de conocerle. ¿Te importa que nos tuteemos?

—Al contrario. Más cómodo.

—Eso digo yo. Al fin y al cabo aquí todos somos amigos, ¿verdad, Manolo?

—Tú siempre llevas razón, Vicente, que para eso eres mi cliente.

—Hoy Manolo se nos ha levantado bromista. Bueno, Gerardo, pues tenía ganas de saludarte, ¿sabes? He oído hablar muy bien de ti y de tu trabajo en el consejo. Manolo es uno de los que te elogia. Y que te elogie tu abogado...

—Es que Manolo es un bocazas, además de bromista, ¿verdad, Manolo?

—Ya veo que, entre los dos, voy a salir malparado. Os voy a dejar un momento mientras encargo algo de beber, y así me podéis criticar a gusto.

—Este Cornicabra es un buen elemento. ¿Hace mucho que os conocéis?

—Desde el servicio militar. Calcula.

—Entonces es algo más que tu abogado.

—Por supuesto. Manolo es un buen amigo, y compartimos más que asuntos legales. ¿Y tú?

—Lo nuestro es más profesional, pero avanza rápidamente hacia el aprecio. No hace ni tres meses que nos presentó el subsecretario de Industria, Maldonado, ¿sabes?

—Nos vemos con cierta frecuencia, y más últimamente.

—Pues eso, y desde entonces me lleva algunos asuntos, y hasta me ha convencido para entrar en el círculo.

—¿Qué tal te parece esto?

—Fenomenal, chico. Además, es que lo de los clubes correspondientes me va muy bien. Viajo con frecuencia, y los hoteles me cansan, y en estos sitios el trato es más agradable, más próximo.

—Claro.

—Y aquí todas las caras son conocidas, aunque no las conozca. No sé si me entiendes. Hay tanto sinvergüenza suelto y tanta morralla que esto es como un oasis. Buena gente. ¿Hace mucho que eres miembro?

—Lo mío no tiene mérito. Es una filiación heredada. Mi padre...

—Coño, Gerardo, eso sí que es pedigrí. Bueno, a lo que iba. Mi grupo de empresas se está diversificando y estoy muy interesado en el campo nuclear. Por mucho que digan, ahí está el futuro, ¿no crees?

—Sí, porque...

—Por otro lado, tú no puedes decir otra cosa; eres parte interesada. Pero no hay más que ver a los mejores países, los más adelantados. Aquí lo que hace falta es un empujón para modificar la opinión del pueblo, de la gente sencilla, que cuatro

indocumentados han deformado hasta estar donde estamos. No hay nada que me fastidie más que la manipulación. Así que estoy convencido de que el interés general es impulsar la construcción de más centrales.

—Veo que ya estáis ambientados y en materia. Aquí os traigo un poco de alcohol para rehaceros.

—Hombre, Manolo, qué oportuno. Lo malo es que tengo cita en la Diputación, ya lo sabes. Claro que lo sabes, si has sido tú quien lo ha arreglado. Bueno, Gerardo, lo dicho, que me ha encantado conocerte y que tenemos mucho de qué hablar y mucho en común por defender. Que sepas que te voy a llamar un día de estos. ¿Cómo lo tienes la semana que viene?

—Tengo inspección en Escorihuelo, apenas pararé por aquí.

—¡Ah!, Escorihuelo. Nada de cerrar esa planta, ¿eh? Es la vida de la región. Si es que hay gente que cree que el pan crece de las ramas de los árboles. Bueno, pues no hay más que hablar, la siguiente semana te voy a invitar a comer, y prepárate para una sobremesa larga. Venga esos cinco.

—Hasta la vista.

—Adiós. Manolo, llámame mañana, ¿quieres? Tengo un par de cosillas para ti. Adiós otra vez.

—Hostia, Manolo, ¿de dónde has sacado a este tío?

—Todos tenemos que comer, Gerardo, y este tío, que tú dices, tiene un pesebre que no se acaba.

—Pues me ha apabullado un poco.

—Perdona, hombre, pero es que ya me lo había dicho varias veces, y hoy ya no lo he podido evitar.

—Supongo que a ti te lo puedo confiar: me ha parecido un patán.

—No te lo discuto. Pero es el dueño de CLVM.

—¿De quién?

—De CLVM. ¿No has oído hablar de esa empresa? Ya es la cuarta constructora del país, y subiendo.

—Ni idea.

—Pues parece que estás en otro mundo, Gerardo.

—Ya regañaré a mi agente de Bolsa por no tenerme al corriente de las mejores oportunidades del mercado.

—Tu agente no tiene ninguna culpa, Gerardo. CLVM no cotiza en Bolsa. Aunque, si lo hiciera, estaría arriba. Vicente Patilla controla directamente casi todo el capital. Y si durmiera con su esposa, cada noche podría constituir una junta universal de accionistas.

—Sí que estás informado, Manolo.

—Vivo de eso, Gerardo, ya lo sabes. Y ya habrás notado que Patilla no es lo que se dice tímido y reservado.

—Y que lo digas. Gente con la que trato de tiempo no se toma tantas confianzas.

—Es un tío muy especial. Dicen que CLVM son las siglas de Construcciones La Virgen María, que ya son huevos.

—No me fastidies.

—Es un rumor. Desde luego en el Registro Mercantil constan únicamente las siglas. Lo importante es que lo suyo parece de intercesión divina. ¿Sabes cuántos empleados tenía CLVM hace veinte años?

—Cuatro.

—Coño, Gerardo, ¿cómo lo sabes?

—Potra.

—Pues a ver si adivinas cuántos millones debe a la banca.

—Ni una moneda.

—Joder, Gerardo, que tú me estás tomando el pelo y sabes más que yo.

—Que no hombre, que no. ¿No ves que si me preguntas cuánto debe un constructor es porque la respuesta no puede ser ni poco ni mucho, porque eso sería una vulgaridad, sino nada?

—¡Qué listo eres, Gerardo! Es que desde el servicio, oye. Tú de alférez, y yo de sargento. Bueno, yo no sé si te das cuenta, pero estar donde está y no deber un céntimo...

—Claro, Manolito, no es frecuente, y tiene mérito. Y, ahora, te lo has agregado a tu fichero de clientes.

—Por ahora son cosas de poca monta, pero es de los pocos que no rebuzna ni arruga la nariz cuando le entrego la minuta.

—Eso no lo dirás por mí.

—Hombre, si tú te quejas, te pego. Y si yo te facturase como hago con Patilla, me pegarías tú.

—¿Y a qué viene tanto interés fingido conmigo?

—No, no te creas, no es fingido. Quiere entrar en el negocio.

—Como no sea en el extranjero... Aquí a lo máximo que puede aspirar es a reparar o a desmantelar.

—Ahí es donde entras tú.

—¿Yo?

—Sí. A mí no me lo ha explicado con detalle. A decir verdad no me ha dicho mucho más de lo que te ha anticipado a ti. La primera sensación es que el hombre desbarra proponiendo algo caduco, algo que todo el mundo acepta que es del pasado. Yo creo que hasta los expertos como tú, sin querer, pensáis lo mismo y consideráis que vuestro trabajo es conseguir un cierre limpio y más o menos cercano de las plantas. Una batalla perdida, un calamitoso invento del pasado que ahora nos hace pagar un alto precio en control, almacenamiento y cierre.

—Esa es la versión oficial, y la social. La única versión.

—Me atrevo a decir que hasta ahora. Patilla transmite un entusiasmo contagioso, ya lo verás.

—Como tantos. ¿Qué quiere? ¿Qué dicte unas conferencias alabando las bondades del uranio enriquecido?

—A mí no me extrañaría que te propusiera trabajar para él.

—Hombre, eso sí que tendría gracia. A mis años y con ofertas de trabajo. Pues sí que tienes imaginación. Ha de ser imaginación. No puede ser que a ese hombre se le ocurra una cosa así. Además, no sé qué pinto en todo esto.

—Tú aportarías la credibilidad.

—¿En qué?

—En lo que sea que esté pensando. Supongo que le concederás el beneficio de la duda y aceptarás su invitación.

—No sé, Manolo, estoy muy liado, y no tengo ganas de perder el tiempo con fantasmas. Cuando llegue el momento, ya veremos.

—No le des largas, Gerardo, hazme ese favor. Y hazte ese favor.

—¿Hacerme? ¿Qué me va a arreglar?

—No te precipites, Gerardo. Ten en cuenta que te conozco bien. Sé que, a tus cincuenta y tres, sigues siendo ambicioso. Has llegado alto, pero tú y yo sabemos que sabes y vales más. Hasta los del consejo lo saben, aunque no te lo reconozcan, y por eso tienes que hacer lo que haces, y he oído quejarte con motivo. Si hasta me ocupo de tu declaración de renta, hombre, así que conozco al detalle tus triunfos, y créeme que Patilla está en condiciones de deslumbrarte.

—¿De comprarme?

—¿Así de feo se dice ahora? ¿Hacer valer los conocimientos, la experiencia y la capacidad es venderse? Como quieras, pero eso es el pan de cada día. Yo solo te recomiendo que escuches. Si te propone un trato que te interese, perfecto. Si no, tan amigos.

—De acuerdo, Manolo. Va por ti. Y, además, me voy a cobrar el favor por anticipado. Tú que oyes de aquí y de allá, ¿sabes algo de Sanatea? Magdalena está preocupada.

—¿Tenéis acciones de la empresa?

—No te lo pregunto para cuidar mis inversiones, sino porque Magdalena trabaja en el laboratorio.

—Lo sé perfectamente, Gerardo, no te pongas fiero. ¿Tenéis o no?

—Desde hace tres o cuatro años le pagan una bonificación a año vencido en forma de acciones. Y hace dos, cuando Magdalena (vamos, el equipo de Magdalena) sacó esa patente de anticoagulante, tuve la ocurrencia de regalarle un paquete algo menos miserable. Creo que no le cayó muy bien. Así que, respondiendo con exactitud y de memoria a tu pregunta, unos diez o doce mil.

—Sanatea es un plato que todavía se está cocinando, así que no sé si saldrá crudo o quemado, pero se habla mucho de ella. Tus doce mil pueden convertirse, el mes que viene, en quince o hasta en veinte mil.

—O en ocho mil.

—O en ocho mil, de acuerdo. Ya se sabe que este juego obedece a probabilidades. Y tanto si juegas como si no juegas, juegas, porque si suben y dejas de comprar, pierdes. Juegas hasta si te quedas fuera, porque nadie te evita que dejes de ganar o de perder.

—Manolo, hijo, al grano. No me des la murga, que te he preguntado algo muy concreto.

—¿Murga? Tantos que me toman por oráculo, y tú, mi amigo, por charlatán. Tú te lo pierdes. Sanatea, por lo visto, está en conversaciones para ser comprada por..., por..., por BernaFarm, ahora, que no me salía. Pueden llegar a pagar perfectamente hasta un cincuenta por ciento de prima, así que, desde el punto de vista del accionista, sois afortunados.

—¿Qué más?

—Eso es lo malo, que siempre hay algo más. Si Magdalena no trabajara ahí, lo que te voy a decir te lo explicaría con entusiasmo, porque, al fin y al cabo, si se cierra, es una operación excelente. BernaFarm tiene una división que coincide con la línea de Sanatea, y estas cosas tienen consecuencias. En la empresa privada, quiero decir.

—¿Qué insinúas?

—A ver, Gerardo, sin ofender, pero tú eres funcionario. Tú serás muy bueno en lo tuyo y trabajarás mucho, pero sabes bien que si se reestructura un ministerio y aparecen dos funcionarios que se dedicaban a responder al teléfono, no trasladan a uno, o le cambian la tarea o lo despiden, sino que se reparten las llamadas.

—Tenemos muy mala fama.

—Muy mala y muy merecida. Si Sanatea acaba vendida, dos más dos sumarán tres si los cálculos se hacen con la plantilla.

—Sinergias.

—Eliminación de redundancias. Llámalo como quieras. Eufemismos para un sencillo: tú sobras.

—Me estás intranquilizando.

—Tú me pedías información. Por otra parte, no todas las secciones sufren igual. Yo creo que Magdalena no corre peligro, al menos peligro inminente. No pongas esa cara. Entiéndeme. Me he expresado mal, hombre. Quiero decir que las secciones de administración o la comercial van a sufrir más que la técnica y, además, tu mujer es una eminencia. No la van a dejar escapar...

—¿Pero?

—Pero nada, Gerardo, que lo demás que pudiera decir es un hablar por no callar.

—Sigue, te lo ruego. En este asunto no sé pensar con claridad.

—En una compra, o en una fusión, las primeras castigadas son las piezas duplicadas. En el mejor de los casos, si se conserva la plantilla, cambian las ocupaciones, los salarios o los horarios, o todo a la vez. En el peor, la puerta de la calle. Las empresas se comen o se mezclan entre sí para cambiar de anagrama, claro,

y para crecer, por supuesto, y para apabullar a los competidores, faltaría más, pero, sobre todo, para pegar el tizeretazo a los costes, que es lo que inmediatamente notarán los bolsillos de los accionistas, quienes bendecirán las sabias decisiones de sus gestores.

—Manolo, estábamos con mi mujer.

—Perdona, ya me conoces. Para divagar y comer siempre estoy a punto.

—Pues mañana te invito a almorzar pero, ahora, concreta.

—Te repito que no son más que especulaciones. Sin embargo, es bastante habitual amortizar un trabajador repetido. Los criterios de reducción no hace falta que te los explique, que salen en la prensa con frecuencia: cercanía a la jubilación, antigüedad en la empresa, cualificación.

—Pero...

—Voy, Gerardo, voy. Pero no sé para qué me pinchas para que te suelte mis teorías. Si me voy por las ramas, es porque prefiero callarme y no meter la pata.

—Venga, Manolo, que estás consiguiendo ponerme nervioso. Habla de una vez.

—Como quieras. El año pasado estuve asesorando algunos aspectos legales de la adquisición de ENORSA por RETTI. Me explicaron el caso de un grupo de ingenieros, los mejores de ENORSA, que habían acabado haciendo cualquier cosa menos lo que hacían, porque RETTI mantuvo su núcleo, sin escoger lo mejor de cada casa. Dos de los ingenieros apartados terminaron largándose voluntariamente. Por supuesto, ese es también el efecto buscado. El caso de Magdalena me lo ha recordado. BernaFarm y Sanatea tiene departamentos de investigación, pero dedicados a lo mismo, o casi. Claro que podría ser que decidieran meter a todos en una sala más grande. Sería muy bonito. O que los mantuviesen tal cual: compitiendo entre sí, y todo eso. Hasta podrían abrir nuevas líneas de investigación y dedicarse a los analgésicos mientras otros siguen con los anticoagulantes y lo demás. Pero...

—¿Pero?

—Pero, al parecer, la decisión de BernaFarm no es unánime. A una parte de la propiedad la adquisición no le hace ni fu ni fa. Si, al final, se lleva a cabo, es fácil suponer que tendrán prisa en demostrar con números que ha valido la pena. Así que yo me atrevería a pronosticar que será una operación de poda fulminante. Cuanto más adelgacen a Sanatea, mejor. Van detrás de su mercado y de sus patentes rentables, no de sus hipotéticos éxitos futuros. Magdalena es tan buena que es intocable, pero no pocos de sus colegas serán pronto excompañeros. También puede que le ofrezcan otra tarea. Pasa a menudo.

—No veo a Magdalena haciendo otra cosa que no sea remover microscopios y probetas.

—Tu mujer puede hacer lo que se proponga.

—No tenemos veinte años.

—Lo que hacemos es adelantar acontecimientos que puede que no lleguen nunca, pero ¿y otro laboratorio? O incluso montar uno propio.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Hombre, Gerardo, estoy haciendo lo que me has pedido: hablar. Oye, ¿y dar clases en la universidad?

—Sí, de asociada, como a mí me propusieron hace unos años. Desde que me explicaron las condiciones, me río cada vez que lo pienso.

—Bueno, oye, vamos a dejar que se enfríe el tema. ¿Qué pensaría tu mujer si supiera que estamos inventando su futuro?

—No lo va a saber. Yo no se lo voy a decir.

—Yo, menos.

—Oye, Manolo, nos vemos mañana en Betaria a las dos. Lo prometido es deuda.

—¿Te vas ya?

—Todavía tengo que volver a la oficina para firmar unos papeles.

—Es que los funcionarios no paráis.

—No te burles, Manolo, que no estoy de humor. ¡Ah!, eso te quería preguntar. ¿De qué depende que se cierre o no el trato con esa BernaFarm?

—Del precio, claro. Uno de los accionistas de Sanatea se resiste a vender barato. Y su quince por ciento le da derecho, según los estatutos de la sociedad, a bloquear el trato.

—Coño, Manolo, para no saber del asunto...

—No por la parte de BernaFarm, y un poco por la otra.

—Pero si parece que conozcas al accionista díscolo.

—Tú también, Manolo. Te lo acabo de presentar. Es Vicente Patilla.

—Esto está buenísimo, Ignacio.

—[*Habrá que seguir la corriente*]. Y que lo digas, Magdalena. Te felicito por la verdura, hijo.

—Oye, ¿de dónde has sacado estas alcachofas? Las pocas que se empiezan a ver en esta época siempre son una pena. [*Ahora me dirás que de tu querido Almonte. ¿De dónde, si no?*].

—Las he comprado en Almonte, madre. Todavía quedan algunas huertas y algunos campesinos siguen atreviéndose a vender cuatro cosas directamente, con las cajas metidas en un portal.

—Y, la judía, tierna, ¿eh? [*Con más hilos que un costurero, pero tierna*]. Hasta tu hermana se come lo suyo.

—Es para no hacerle el desprecio, mamá. Me gusta esta tanto como la que tú haces. O sea, nada.

—Vamos, Begoña, intentemos tener una cena en paz.

—¿Qué nos has preparado de segundo, Ignacio?

—Nada, padre. Bueno, fruta. Por la noche no es sano hartarse. [*Y menos con tu barrigón, que espero que no sea hereditario*].

—Bien dicho, Ignacio.

—Sí, hijo mío. La verdad es que con este plato de verdura ya me he quedado a gusto. Yo solo lo preguntaba por cortesía, por saber si nos ibas a regalar con una creación o con dos. [*No creo que captes el sarcasmo, hijo; lo que daría yo por un par de manitas de cerdo tostaditas*].

—Pues si no hay nada más, hermanito, yo me voy a zampar unas chocolatinas. [*A ver si me saco el mal sabor de boca Porque quiero a Ignacio y por no dejarlo en evidencia. Por eso me lo he comido. Si no, de qué*]. ¿Alguien quiere?

—No.

—No, y tú tampoco deberías comer, Begoña. [*A pesar de que te lo puedes permitir, hija mía, mientras que yo no sé cómo esconder las cartucheras*].

—No, gracias.

—Ah, hija, ya que vas a la cocina enciende la cafetera. Que hoy tienes mejor cara, Begoña, hija mía. ¿Vas haciendo buenas migas con ese chico que te gustaba?

—¡Mamá!

—Déjala, mujer, que siempre estáis igual.

—Pero si lo único que hago es interesarme por sus cosas. ¿Qué tiene de malo?

—Me comeré el chocolate en mi habitación. Buenas noches.

—Buenas noches, Begoña. Esto es lo que tiene de malo, Magdalena.

—Que descanses, hija, y procura no ser tan susceptible. [*Y ten seso cuando te*

veas con chicos; a tu edad ya no son tan chicos, y no estoy para berrinches].

—Buenas noches, Ignacio.

—Que duermas bien, Begoña. Dentro de un rato te ayudaré con ese problema que me decías.

—Vale.

—Ahora os traigo el café. Voy a fregar los platos.

—No hace falta, Ignacio. Ya lo haré yo mañana, que ahora no tengo ganas.

—Ignacio, escúchame. Un pajarito me ha dicho que te vas de casa. Bueno, Magdalena, no me mires así. Supongo que no era un secreto de Estado. ¿Es verdad eso? [*A ver si me explicas cómo seguirás tirando*].

—Claro. [*Por ahorrarme tus aires de grandeza me largaría hoy mismo*]. ¿Qué tiene de particular?

—Eso, Gerardo, ¿qué tiene de especial?

—Yo solo me intereso. No es una cosa corriente que un hijo se lance con lo puesto.

—Tengo un salario decente, padre, mejor que muchos. [*Una miseria, para lo que hago, pero no te voy a dar el gusto de lamentarlo*]. Aunque, desde luego, no es como el tuyo. Ni siquiera como el tuyo, madre.

—Oye, Ignacio, que yo no he dicho nada de eso. No me malinterpretes. Además, tú eres muy joven, y lo importante es progresar. [*Aquí te lanzo otra puya, hijo; ya comprobarás cómo se incrementa tu paga con los años*]. ¿Has encontrado piso?

—Estos días he estado mirando unos cuantos. Hay uno a medio camino entre la escuela y la estación que no está mal.

—No me habías dicho nada, Ignacio. ¿Qué tal es?

—Es que no está decidido, madre. No es muy grande, pero tiene luz. Me lo guardan unos días. Quiero acabar de pensarlo. [*Y convencer a Lucía de que lo compartamos; el espacio y los gastos, por lo menos*].

—Pero ¿de alquiler o de compra? [*Hoy tengo el día mordaz, coño*].

—De alquiler, padre. ¿Tú crees que estoy como para embarcarme en una compra?

—¿De alquiler? Pero eso es tirar el dinero, Ignacio. Es de dominio público. [*A veces, parece que no seas hijo mío*].

—Tu padre es demasiado vehemente, Ignacio [*Gerardo, Gerardo, si con las miradas no tienes bastante, te voy a pegar una patada en la espinilla que verás si te comportas*], pero piénsalo. Hoy no es muy diferente un alquiler de una hipoteca.

—¿Habéis oído hablar de una cosa que se llama entrada? ¿Y de otra que se llama préstamo a veinte o a treinta años?

—Bueno, Ignacio, pues ya hemos llegado al cabo de la calle. Me parece de perlas que hagas tu vida, pero eso no está reñido con el hecho de que tengas familia. Tu madre y yo te echaríamos una mano gustosos. Sabes perfectamente que conservamos el piso de los abuelos, que está a tres pasos de aquí. [*Coño, Magdalena, me cago en tu padre por la patada, pero no vas a evitar que diga un tercio de lo que quiero*].

decir]. Y podríamos reclamarlo para ti en poco tiempo. Queda a cuatro paradas de la zona universitaria; a lo mejor, te podrías animar a completar tu formación. [A empezarla, te tendría que decir, pero no quiero armarla].

—Mira...

—No, no, déjame terminar. [*Joder, Magdalena, en vez de intentar frenarme a base de pataditas, podrías colaborar en convencer a tu hijo*]. Ignacio: perteneces a una generación que está condenada al cambio laboral y a seguir formándose durante toda la vida. Sería un anacronismo que, precisamente tú, le anclases en tu magisterio, formándote a base de cursillos de veinte horas sobre técnicas de respiración y manualidades de macramé. Tú vales más.

—Oye...

—Espera. Espera. Solo te pido que dediques unos años más a aprender un poco más; algo más. Tú has escogido la profesión de enseñar. Muy bien. Justamente por eso tendrías que apreciar mi opinión. Gana conocimientos, gana altura. Tienes condiciones, Ignacio. Te conozco. Nos has dado muestras de sobra. No entendemos que te quedes así [*sí, Magdalena, te incluyo; me lo tienes que agradecer*], que te conformes con esto. Y no tienes por qué avergonzarte de poder utilizarnos de trampolín.

—¿Has acabado, padre?

—No, Ignacio, no he acabado. Si te emperras en tus trece, dentro de cinco años decidirás comprar el piso (u otro similar) en el que habrás tirado a la basura meses de alquiler, te acostumbrarás a votar en las municipales de Almonte y te sabrás de memoria todos los ladrillos y todas las caras del colegio. No te digo nada sobre de aquí a veinte.

—¿Gerardo! Creo que, por hoy, ya has dicho bastante. [*Y la franqueza no exculpa a un bocazas*].

—¿Has acabado ya, padre? [*Antes tenía la intención de dejarte por imposible, pero has logrado inflarme los huevos, gilipollas*].

—Te lo digo por tu bien, Ignacio. El tiempo pasa muy...

—¿Por qué hace más de tres años que no me invitas al círculo, padre? ¿No admiten a los mayores de edad?

—Creí que no te interesaba. Podemos ir cuando tú...

—¿No será que te avergüenzo, padre?

—Pero ¿qué sandeces dice tu hijo, Magdalena?

—Ignacio, por favor, vamos a dejarlo. Has ofendido a tu padre. [*Yo me lo he preguntado cien veces y nunca me he atrevido a pedirte explicaciones*]. Y tu padre habrá sido más o menos afortunado en sus consejos, pero, al fin y al cabo, estamos obligados a darte los que nos parezcan más sensatos. Yo [*mal que me pese*] respeto tus planes, ya lo sabes, pero una cosa no quita la otra. Estamos viendo que el paso que vas a dar es irreversible, y tu padre te ha vuelto a colocar ante los ojos [*esos ojos más claros todavía que los de Begoña*] lo que podemos poner a tu disposición para

que tengas más opciones para elegir. Yo no te voy a decir que muchos envidiarían tu lugar [*no te lo digo porque te lo acabo de decir, y porque es cierto*], porque cada cual es como es. Gerardo, ponme a mí dos dedos también. [*Así mañana podré echarle las culpas al alcohol por ser tan ligera de verbo*]. No te lo voy a decir, Ignacio. A cambio, haz un esfuerzo por ponerte en nuestro lugar.

—Me pides un grandísimo esfuerzo, madre.

—La insolencia no es ningún argumento, Ignacio. [*Creía que una cosa así solo tendría la desfachatez de lanzársela a su padre. Hoy no voy a dormir*]. Piénsalo, hazme el favor. Tenemos una vida desahogada. No nos falta de nada. Puede que pequemos por exceso: algunos gestos superfluos, muchos objetos innecesarios. Bien. No nos han regalado nada, Ignacio. ¿Por quién crees que nos hemos partido la espalda? Por vosotros dos. Por Begoña y por ti. No, mírame, Ignacio.

—Déjalo, Magdalena. Más no podemos hacer. Hemos cumplido con nuestra obligación. Es tu vida, Ignacio.

—Por fin lo has entendido, padre. Ah, y me alegro de que finalmente tú también hayas hablado claro, madre: no es bueno reprimirse las opiniones. Estaréis pensando que no tardaré mucho en volver cabizbajo para tomaros la palabra, que añoraré vuestros coches, vuestros pisos y vuestros ahorros. Esperad sentados. Solo os pido que no os cebéis con Begoña para resarciros. Procuraré mudarme cuanto antes. Buenas noches.

—Pero ¿tú has visto, Magdalena? Pronuncia su última palabra y nos deja aquí como si fuésemos dos de los chiquillos con los que batalla. Bueno, y ahora no te pongas a llorar, mujer.

—Es que... [*Estoy cansada; por eso lloro*].

—Venga, cálmate. Toma y sécate. Vamos, así está mejor. Acábate esto. No hay para tanto. Y solo te repito lo que tú siempre me recuerdas.

—Estoy blanda, eso es todo...

—Nos hacemos mayores, Magdalena. Pero todavía tenemos muchas penas por aguantar.

—Eso, hombre, anímame.

—Cuando menos tenemos a nuestros padres muertos y enterrados.

—Menudo consuelo.

—No poco, Magdalena. Podemos dedicarnos a los hijos... y a nosotros.

—A nosotros... [*Estoy cansada*].

—Sí, mujer, también nos corresponde disfrutar. [*No sé exactamente cómo, pero nos lo merecemos. Me lo merezco*].

—¿En qué sociedad vivimos, Gerardo, que yo, a mis años, me tenga que preocupar por conservar mi trabajo? Si no es porque mi cuerpo me jura que envejezco, diría que tiro atrás.

—¿Sabes algo más? [*¿Algo más que yo no sepa?*].

—¿Más? Más habladurías. Eso es lo que sé. No hay derecho a que mi vida

dependa de quien no conozco y de lo que está fuera de mi alcance. Me siento desvalida [*y furiosa*].

—Manuel Cornicabra me habló de la operación. [*Eso no es mentira*].

—¡Ah! ¿Sí?

—Asesora a uno de los accionistas de Sanatea.

—¡Qué me dices!

—Lo pequeño que es el mundo. Un tal Patilla.

—¿Patilla? Vaya, qué casualidad. Su nombre va y viene en boca de unos y otros.

—¿Y eso?

—Una parte de la plantilla quiere enviar una comisión para convencerlo de que no venda. La otra, lo contrario.

—¿Y tú?

—No sé qué decirte. Tanto da.

—¿Tanto da?

—He estado hablando con Ochoa.

—Vaya por Dios. Tu jefe es pájaro de mal agüero.

—Y parece que no vender ya no es garantía de tranquilidad.

—No lo entiendo.

—La mayor parte de los accionistas de Sanatea quieren deshacerse de la compañía. Si no son los suizos, serán los alemanes, o los norteamericanos. Lo más probable es que nuestra situación, tal como está, no dure más que irnos meses.

—¿Tantas prisas?

—Ochoa me ha explicado que la propiedad de Sanatea cambió de manos, por herencia, hace tres o cuatro años.

—Pero eso ya lo sabías.

—Pero lo que no sabía es que llevan todo ese tiempo a la greña. Unos cuantos quieren vender; otros, mantener. Han llegado hasta los tribunales.

—¿Y vosotros no lo habíais notado en la empresa?

—¿Sorpriente, verdad? Lo cierto es que no tanto. Yo, cuando entré, ya no conocí a los fundadores. Traspasaron la gestión a profesionales. Suerte de Augusto Calvo, el gerente, o consejero delegado, como sea que lo llamen, que lleva cerca de veinte años dirigiendo el negocio y nos ha tenido al margen de las pataletas de los propietarios.

—Entonces decidirán lo que recomiende este hombre. ¿De qué es partidario, de vender o de no vender?

—Calvo se jubila a final de mes.

—Caramba, qué oportuno.

—Cumple setenta. Además Ochoa me ha dado a entender que ha acabado harto de contener a unos y a otros. De ahí que ahora se precipite todo y que no sea más que una cuestión de tiempo, poco tiempo, que todo aquello cambie de arriba abajo. No sé, Gerardo, estoy un poco asustada. [*Pavor es lo que siento ante la incertidumbre. Me*

mata el no saber qué mierda pasará conmigo]. Me mata el no saber qué pasará conmigo.

—Vamos, Magdalena, tú eres muy buena en lo tuyo.

—Aunque fuese verdad: ¿de qué me sirve una habilidad que ya no se utilice en la empresa?

—Tu valía no se puede desaprovechar [*a pesar de que el talento despilfarrado se está convirtiendo en un rasgo de familia*]. Pero cálmate, Magdalena, no vuelvas a llorar. [*No me hagas esto, mujer, que no sé qué hacer con las lágrimas; ni las mías ni las ajenas*].

—Perdona...

—Tampoco es el fin de los tiempos. En el peor de los casos tenemos medios.

—¡No me vengas con los medios! Yo no soy Ignacio. No lodo se reduce a medios. No sé estar ociosa. Soy una buena investigadora. No quiero dedicarme a redactar prospectos o a presentaciones comerciales de productos que han desarrollado otros. No tengo treinta años. Ni siquiera cuarenta.

—Ahora todo se te hace una montaña, pero...

—Pero ¿qué?

—A ver, Magdalena, coño, sosiégate, que perdiendo los nervios no vas a conseguir nada [*nada más que hacerme perder los míos*]. Espera, por lo menos, hasta que se aclare la situación. Tampoco hay para tanto.

—¿Que no? Ya me gustaría verte en mi situación [*desprovisto de tu plaza inamovible, de tus funciones intocables y de tu sueldo sagrado*]. Te podría reconfortar con el tiempo que podrías dedicar a Begoña, o a tus tertulias en el círculo. O con las perspectivas de volver a venderte en el mercado laboral, o conformarte con completar expedientes administrativos, estampando sellos y rellenando casillas vacías, en vez de supervisar a los supervisores del consejo.

—Si voy a ser yo quien pague los platos rotos, espera al menos a que se rompan. Cuando estalle el drama, si se produce, yo te consolaré, pero sufrir ahora no merece la pena. Tampoco hay nada que puedas hacer, así que esperemos acontecimientos. [*Ya no me miras hundida, sino ofendida. Algo es algo. Te prefiero enojada a deprimida*].

—Supongo que te das cuenta de que eso es hablar por hablar. [*Me gustaría saber si me quieres ahorrar un sofoco o te lo quieres evitar tú*]. Eres tú el primero que especula y cavila sobre las consecuencias de lo que todavía tiene que pasar. Te recuerdo que hace un rato has tenido un nuevo episodio con Ignacio y su porvenir de protagonistas.

—Hoy ha sido un día muy largo, Magdalena. ¿Nos ponernos a dormir? [*¿Y nos callamos de una maldita vez?*].

—Me parece que me quedará un rato despierta. Veré alguna serie. Cualquier cosa que me distraiga [*porque el señor ya ha dado por concluida la entrevista y tendré que conformarme con autocompadecerme*]. Que descanses, Gerardo. Procuraré no despertarte.

—No te preocupes [*que ya estoy acostumbrado*]. Buenas noches.

—Apaga la luz, por favor. Con la de la mesita tengo bastante.

—¿Así está bien? [*Te vas a quedar ciega*].

—Sí, muy bien. [*¿Cómo va a estar? Te he pedido que le des a un interruptor, no que me prepares el jarabe de la felicidad*].

—Ah, Magdalena.

—Dime.

—¿Le has dado mi número de móvil a alguien últimamente?

—¿De tu móvil?

—Sí, el particular. No el del consejo, sino el mío.

—Ay, Gerardo, no sé de qué me estás hablando.

—Coño, Magdalena, yo uso dos teléfonos, el propio y el del trabajo. No me dirás que te coge de nuevas.

—Hombre, sé que usas dos, pero no me acuerdo de ninguno. Para eso está la agenda del teléfono. Los tengo los dos guardados.

—No, si no hace falta que lo jures. Siempre me acabas llamando por el que no toca.

—Será que es el que tienes encendido, Gerardo. No sé. Procuraré enmendarme. No sabía que fuese tan importante. [*Tus nimiedades sí que cuentan*]. En todo caso no he dado ninguno de tus teléfonos a nadie recientemente, que yo recuerde.

—¿Tampoco conoces a ningún López?

—¿López?

—Sí, López, López. No es un apellido complicado [*pero, si quieres, te lo puedo deletrear*].

—Veo que tus nervios también están destemplados. [*Y, cuando te pones así, mejor cierras los morros y te das media vuelta*]. Y no, no conozco a ningún López ni he dado ninguno de tus números de teléfono a ningún López.

—Pues no sé...

—Deduzco que te ha llamado un tal López a tu número privado.

—Precisamente.

—Y no se había equivocado.

—Imposible. Ha preguntado por mí.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho? [*Ahora mismo me importa un rábano lo que te haya dicho o dejado de decir, pero si hemos llegado hasta aquí no me queda más remedio que preguntar*].

—Que me volvería a llamar pronto.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—Pero vamos a ver, Gerardo. ¿Me estás diciendo que un tipo te llama: «¿Es el señor Gerardo Vives? ¿Sí? Al habla López. Que mucho gusto y que le llamo de aquí a unos días»?

—Suenan absurdo, ya lo sé. Pero no ha sido muy diferente.

—Bueno, Gerardo, no ha habido sangre ni violencia. Es lo que tú llamarías una pequeñez. Supongo que no te preocupará...

—No, qué va. Únicamente que ha sido muy extraño...

—Algo más te habrá dicho.

—Que estaba muy interesado en mi trayectoria, en mi trabajo, o algo así.

—¿De verdad? Tienes hasta admiradores. Pero tú le habrás preguntado quién es.

—Claro. Me ha respondido vaguedades. Que no nos conocíamos, pero que ya tendríamos oportunidad. Es cuando me ha dicho que me volvería a llamar.

—Bueno..., ¿y qué?

—Que me volvería a llamar coincidiendo con mi visita a la número seis.

—¿Qué?

—Pasado mañana me voy a revisar la inspección a la central número seis. Ya te lo había dicho, ¿no?

—No, Gerardo, no lo sabía.

—¿Estás segura?

—Hostia, Gerardo, al final me haces renegar. Si te digo que no, es que no. Se lo habrás dicho a ese López en vez de a mí.

—No tiene gracia. Esa información la conoce muy poca gente.

—Y que lo digas.

—Coño, Magdalena, lo siento. Creía que lo sabías. Apenas lo decidí hace dos o tres días.

—¿No puedes devolverle la llamada?

—Número oculto. Y, ahora, estoy más mosqueado. Creía que tú le habías dado el número, pero si ni siquiera estabas al corriente de mi viaje... Y los chicos, menos.

—¿No puedes hacer averiguaciones? En la oficina...

—Sí, los de la Policía e Inteligencia nos cuidan mucho, pero es poco lo que les podría decir. Además, lo primero que harían sería pincharme el teléfono y endosarme una sombra. Ponerme vigilancia, quiero decir.

—No sé qué decirte, Gerardo. ¿Te ha explicado algo más, o has notado algo más? ¿En su voz, por ejemplo?

—No. No sé. Parecía extranjero. O una máquina. O alguien muy mayor. Puede que las tres cosas a la vez, pero no era una grabación. Me seguía la conversación.

—O se lo dices a la policía, o esperas la próxima llamada.

—Seguro que tiene una explicación. Esperaré a que vuelva a llamar, o, mejor, que no llame más. Buenas noches.

—Buenas noches, Gerardo.

—Hostia, tía, creía que éramos amigas.

—¿Espe? ¿Qué hora es?

—¿Qué hora es? ¡Yo qué sé! Las dos o las tres, porque yo ya he comido.

—Joder, tía, estoy hecha polvo.

—Te lo mereces, por plantarme ayer. Vamos, hoy, porque te he estado esperando desde las cuatro hasta las cuatro y media de la madrugada, hostia.

—Ten compasión, Espe. La cabeza me va a estallar.

—Sí, claro, la señora marchosa está ahora que no se tiene en pie. Porque...

—Oye, Espe, no cuelgues. Voy a poner el altavoz y a intentar levantarme. Creo que si me mojo la cabeza...

—¿Bego? ¿Me oyes?

—Claro que te oigo. Y no grites, que no quiero que mi madre me vea así. Ya tuve bastante...

—Bueno, explica, ¿cómo te fue?

—Mal. Espera.

—¿Mal?

—Espera, hostia.

—¿Oye?

—Ya está. Ya estoy un poco más despierta.

—¿Que te fue mal, dices?

—Peor que mal. Espera, que me pongo algo encima. ¡Ah!

—¡¿Qué pasa, Bego?!

—Es que me he visto dos arañazos en el cuello [*que no sé de dónde han salido*].

—¿Y dices que te fue mal?

—Me pegó una bronca de la hostia, y yo me quedé absolutamente callada.

—¿Ese cabrón de Enrique se atrevió a gritarte?

—Pero ¿qué te enrollas, Espe? ¿Estás tonta? Fue la borde de mi madre la que me puso verde. [*Total, porque le había dicho que volvería antes de las cinco, no antes de las ocho. Además: ¿qué culpa tengo yo de quedarme sin batería?*]. Es una gilipollas.

—¿Y yo qué? ¿También soy gilipollas por quedarme pelándome de frío un buen rato? Que hasta pasaron dos tíos ofreciéndome dinero.

—¿Y qué tal?

—Vete a la mierda, Bego. No fue nada gracioso.

—Perdona, tía, de verdad [*pero ayer me daba todo igual*]. Espera, que me pongo los auriculares. Iré haciendo la cama por si entra la cascarrabias [*y ojalá entre con algo de comer, que me muero de hambre*]. Oye, perdona, pero ya te he dicho lo del móvil y, sobre todo, bebí demasiado y no sé ni cómo volví a casa. [*No quiero ni*

pensar en cómo me encontró mi madre ni qué llegué a decirle].

—¿Móvil? ¿Qué móvil?

—¿No te he dicho que me quedé seca?

—No, no me lo has dicho. Solo que ibas borracha [*de alcohol o de sexo, eso todavía no lo sé*].

—Hasta las tres, o así, controlaba. Después... te hubiera necesitado, Espe.

—¿Para sostenerte en pie?

—Para eso y para que estuvieras ahí; para hablar, para todo.

—Ya sabes que yo tenía que cubrirte en el Split.

—¡Hostia, es verdad! Pero no me vas a decir que fue una obligación ir a distraer a Ricardo [*que ya te conozco, y lo que escupo te sabe a manjar*]. ¿Cómo te fue?

—No estuvo mal. Cumplí el encargo y pasamos el rato. [*Me reservo para el momento oportuno explicarte que me preguntó por ti una sola vez, cuando nos encontramos, pero con cara de contento, ¿eh?, no triste, como tú supones que pasó*]. Estuvo bien.

—¿Sí? Oye, pues me alegro. [*Me alegro de sacarme de encima a ese moscón mandón y salido, olvidarme de sus mensajes y no tener remordimientos*]. ¿Vais a seguir?

—Claro. Vamos, yo creo que sí. Cualquier día de estos volvemos a quedar [*y me conformo con disfrutar la mitad que la noche pasada*]. Bueno, Bego, y tú, ¿qué? Que para eso llamo.

—Increíble.

—¿Así de bien?

—Mejor, tía. Estoy coladita, Espe.

—Pero eso no es nuevo, Bego [*que te lo he oído media docena de veces, todas con el mismo delirio*].

—Quita, quita. Esto no me ha pasado nunca. Es diferente a todo.

—Bueno, ¿te vas a explicar ya o te cuelgo hasta que te decidas?

—Vale. Pues llegué al Oremus sobre la una. Iba con Pati y Lorena, a falta de ti. Que vaya par de pavas, que a veces parecen gilipollas, ¿no te parece?

—Hostia, sí, sobre todo Pati. Con tanta teta ya no le quedó carne para el cerebro.

—Que vaya numerito que montó ayer, tía.

—¿Sííí?

—Para mí que se tomó (o le hicieron tomar) un *wake*. Es que, si no, no se explica.

—¿Sííí?

—Calcula: suena una de Guru Josh y me la veo al lado, en la pista, revolucionada como la moto del Largo, y va y se quita los zapatos y los lanza hacia arriba, que por poco no se carga la bola nueva que han puesto. Vamos, hace tres meses no estaba, que era la última vez que bailé en Oremus.

—Sí, es nueva, Bego. Del mes pasado. Leds de colores.

—¿Leds?

—Sí, chica, bombillitas pequeñas. ¿Qué más da?

—Perdona, Espe, es que todavía no estoy entera. Bueno, pues no acabó con los zapatos, no. El jersey, la falda (o cinturón, porque era tan corta...), la blusa y hasta las medias. Oye, y lo hizo con gracia, bajándolas mientras oscilaba y se acuclillaba, que eso ha de ser difícil. Entonces me acordé de lo del lunar.

—Te lo dije, ¿no? ¿A que es asqueroso?

—Ya sabes que en la discoteca no hay mucha luz y, además...

—Yo, en el vestuario, me tengo que ir a la otra punta para no verlo. Si es que hasta tiene pelos. Y en medio de la nalga, nada menos [*que parece que el coño se le haya ido de paseo*]. ¡Qué vergüenza, desnudarse ahí en medio y dejar todo al descubierto!

—Que no, Espe, que hasta tanto no llegó la anfet. Ya te he dicho que se quedó en bragas y sostenes, todo negro, con puntilla, y como la braga era de pantaloncito, ¿sabes?, pues nada, todo tapadito. Bueno, todo el lunar, o la verruga, o lo que sea.

—Vaya manera de hacer el ridículo.

—[*Eso es lo que tú quisieras, y hasta yo*]. Bueno, no te creas. Porque iba tostada y eso, y la tuvimos que sacar y calmar, pero, por lo demás, se metió a casi todos los tíos en el bolsillo. Pati es boba, Espe, pero mona; vamos, que tiene un tipito que no está mal [*¡qué coño!, está esculpida, la tía*], así que la mayor parte de los tíos acabaron aplaudiendo [*y babeando*]. Figúrate de qué me sirvió Pati. Menos mal de Lorena, que me ayudó a sacarla de la pista, a recoger la ropa y a volver a vestirla.

—Es lo que tiene Lorena.

—Sí, es buena chica. Bueno, y ya te digo, yo acabé más o menos como Pati, aunque fue más tarde, así que fue una suerte haber llevado a Lorena, que supongo que fue quien nos metió en un taxi a cada una.

—¿Tampoco pescó esta vez?

—Es que Lorena es muy tímida, ya la conoces [*seca como la estopa, que los nervios la traicionan y no sabe tratar a los chicos*].

—Y que no se cuida, Bego [*que gasta más en dulces que yo en tabaco*], que, si no, otro gallo le cantaría. [*Perdiendo, por lo bajo, quince kilos, y permitiendo que alguien con menos de cincuenta años le arregle el pelo*].

—Sí, porque la cara no la tiene fea. Rellenita, pero normal...

—Bego, si lo que quieres es intrigarme, lo estás logrando. Que yo llamaba para saber cómo te había ido con Enrique [*o sea, si te lo habías tirado a la primera, como yo hice con Ricardo*], no para poner a parir a las amigas.

—Pero si te lo estaba explicando, Espe [*que eres tú la que me interrumpe y me hace perder el hilo*]. Primero, el numerito de Pati. Ya te he dicho que los tíos [*y no pocas tías*] habían formado un corro, así que para sacarla de ahí tuvimos que abrirnos paso. Yo iba con los Levi's Slim Fit y la camiseta...

—Blanca, de tirantes y blonda, Bego, que ayer te vestiste delante de mí, en tu casa, después de probarte doce cosas.

—Oye, que me estoy preocupando, ¿eh? Pero si estos lapsus pasan a los diecisiete...

—A los dieciséis, Bego, que nuestro cumpleaños no es hasta el mes que viene.

—Pero casi, mujer; pues no te digo lo que debe de pasar a los treinta.

—Alzhéimer. Ya ves que nuestros padres están chochos.

—Eso. Bueno. Entre el bailoteo y el arrastrar a Pati, yo es que estaba empapada de sudor, que ya sabes que, si me da por sudar, me pongo como una sopa. Mechones enganchados, no te digo más. Encima me olvidé de ponerme sujetador...

—No seas mentirosa, Bego, que ayer me miraste con cara picarona cuando te vestiste sin sujetador y tiraste los sostenes limpios al cubo de la ropa sucia [*con la chulería del matón que enseña la culata de la pistola en el cinto en vez de esconderla en la funda. ¿Qué coño estoy diciendo?*].

—Sea como sea, no llevaba, y no veas lo que chorreaba por el escote y lo que bajaba de los sobacos, vamos, que ya sabes cómo se pone el algodón mojado sobre la piel.

—Pegado y transparente [*que me estás poniendo cachonda, cabroncita*].

—Hombre, no me puedo engañar, y ya sé que por arriba no me puedo comparar con Pati, pero creo que estaba resultona.

—Ale, sí, va, sigue.

—Estábamos así, apartando a la gente y tirando de la pobre, en dirección a la barra, para pedir algo frío, ¿sabes?, cuando lo veo ahí.

—¿A quién? ¿Dónde? [*Para que veas que yo también me puedo hacer la olvidadiza*].

—A Enrique. ¿A quién va a ser? Yo creo que era el único que no estaba pendiente del estriptis. Y estaba apoyado de espaldas en la barra, con una copa colgando de una de las manos y mirándome fijamente. Yo creía que los pezones me agujerearían la camiseta, Espe, que me dio un sofoco y una humedad...

—Así que estaba, y estaba guapo.

—¿Guapo? Para comérselo. Lo mejor era la camisa. Quiero una camisa así, tía, a ver si la encontramos. Negra, de seda, ajustada, el cuello grandote y afilado, los puños sueltos y los botones de garfio...

—¿Hasta los botones llegaste?

—Bueno...

—Cuenta, mona, cuenta, a ver si, al final, vale la pena la llamada.

—No, si no pasó nada. Bueno, nada. Quiero decir, no pasó mucho. No, fue muchísimo, tía.

—Habla o te cuelgo, Bego. Va en serio.

—Antes de dejar a Pati con Lorena, ya se acercó a preguntarnos si nos podía ayudar. Imagínatelo poniéndole las medias. Hasta Lorena se me adelantó para decirle que no, que gracias. Entonces me preguntó si quería salir a fumar un cigarrillo. Solo pegamos un par de caladas. Enrique se preocupó por si me enfriaba, así fresquita y

mojada, fíjate, así que tuvo un detalle, ¿no? Le dije, ¿vamos a bailar? Estuvimos un buen rato. El pincha no estaba fino. Mucho Jakarta y mucho Lexter, que a mí no me va mucho. Enrique no baila mal, pero es lo peor que hace. Se mueve un poco rígido, ¿sabes? Por muy hombre, creo yo. Oye y, de repente, ponen una lenta. Yo creía que en Oremus ya no se hacía, tía, esos que van de tan modernos. Bueno, pues ponen una que no había oído en mi vida; sonaba antigua.

—¿Sííí?

—Hostia, sí. Enrique me dijo que era de Elvis Presley. *No puedo evitar amarte*, o algo así.

—No me suena. Pero este Elvis será ya viejo.

—Supongo, tía. Pero esta tarde me la voy a descargar y a ver si todavía actúa.

—Me la envías.

—Vale. Pero eso me lo dijo más tarde. Cuando empezó a sonar, todo el mundo parecía que se descolocaba, menos Enrique, Como si la hubiera pedido a propósito. Nos cogimos, claro. Él por mi cintura, y yo por su cuello, para que no se me escapase. ¡Y qué dilema, tía! Con lo de subir los brazos no sabía si me cantaban los alerones o no, porque ya sabes que las pistas acaban oliendo a mil cosas, y no sabía si el desodorante aguanta lo que dice la etiqueta, y tampoco sabía qué era mejor, porque te sonará que hay tíos a los que el olor a sudado les pone, ¿no? Bueno, pues así íbamos, juntos, cogidos y sin decirnos ni una palabra. Aguantándonos la mirada, ¿comprendes? ¡Qué fuerte, tía! Bueno, pues yo calculaba que ya se había pasado media canción, y Enrique no daba más pasos, así que me decidí yo. Te lo dije, ¿no? ¿No te dije que me iba a lanzar? Pues aprovechando que tenía las manos cruzadas detrás de su cuello, le pegué un tirón, hasta quedar tocando del pecho a las piernas. Es que al pensarlo, cada vez que lo recuerdo, me da un escalofrío. No sé explicarte lo que noté, pero fue fortísimo. [*Lo que noté fue el rodillo de amasar de Gladys en el bajo vientre, que poco faltó para desmayarme*].

—Ya. [*Ya me imagino que lo que notaste fue a tu Quique bien empalmado, que tú tienes esa virtud. No te hagas la inocente conmigo, que sé de sobra lo que enciendes en los tíos*].

—Ya no bailamos más. Pagó unas copas y me llevó de la mano al sofá de la punta de la parte izquierda, ¿sabes cuál te quiero decir?

—No...

—Sí, mujer, aquel que está en dirección contraria a los lavabos. ¿No? El que está debajo de aquel espejo con el marco tan ancho.

—Oye, Bego, no sé. Igual el espejo es nuevo, o yo no me he fijado nunca. ¿Qué pelotas importa el sofá concreto donde te lo tiraste?

—¡No me lo he tirado! [*Desgraciadamente*].

—¡Begoña! Pero ¿qué significa eso? [*Dios mío, nos ha salido una perdida. ¿Qué voy a hacer?*].

—¡Mamá! ¡Qué susto!

—¿Qué significa eso, Begoña? [*Preferiría hacerme la loca y no preguntar, pero es que, además, me mata la curiosidad, y la puedo disfrazar de obligación materna*].

—¿Qué significa el qué? [*Y ahora, ¿qué le digo?*].

—No te hagas la tonta conmigo, Begoña.

—¿Cuelgo, Bego?

—No, espera un momento [*por si te necesito como excusa*]. Mamá, estoy hablando con Espe, y me preguntaba si me estaba tirando los estudios a la espalda, que parecía que te estaba oyendo a ti, y le he contestado que no, que no me lo estaba tirando. [*Vaya salida gilipollas*]. A ver, mamá, no estarías pensando que me refería a... [*Puede que reforzando un poco la mentira fingiendo que me escandalizo...*].

—Vamos a dejarlo, Begoña. [*Tiene reflejos, la criatura, pero le faltan tablas. Vamos a dejarlo. Al fin y al cabo lo que ha dicho es que no se lo ha cepillado, no que sí*]. Dale recuerdos a Esperanza y...

—Espe, recuerdos de mi madre.

—Se los devuelves, Bego, y, oye, Bego, pero qué mal te enrollas...

—Sí, espera, que se los doy. [*Menos mal que tengo el auricular, que con la mierda de teléfono que tengo se oye todo lo que me dicen, hostia*].

—... y aquí te dejo algo de almuerzo.

—Eres la mami más buena del mundo [*con la hija más hambrienta del mundo*].

—No te creas que se me ha pasado la corajina, niña. Cuando vuelva del Aqua ya hablaremos. [*Total, para que me vuelvas a timar, salgas, hagas lo que te plazca y vuelvas cuando te dé la gana*].

—Bueeeno.

—Eres la mami más buena del mundo [*que lo menos que puedo hacer es reírme*].

—No te burles, capulla, que tú eres la primera que le das coba a tu madre; no te creas que soy sorda.

—Y tú eres la hija más filfa del mundo. [*Ocasiones tan buenas de reírme de Begoña en su cara, pocas*].

—Cuando te tenga delante te voy a hacer un nudo con las coletas.

—¿Ya se ha ido?

—Por suerte. Oye, me parece que te llamo luego, que si no me voy como a marear.

—Vale, antipática, pero al menos dime cómo acabó con Enrique.

—Se tuvo que ir pronto, ahí está lo malo.

—¿Y eso?

—Hoy tenía que salir con sus padres de viaje, de buena mañana, así que se ofreció a acompañarme, pero era tan temprano, las tres, o así, que decidí quedarme. Cuando se fue, me vino el bajón y me bebí dos copas más y, al final, no me acordaba ni de caminar. Suerte de Lorena.

—Qué mal rollo, tía.

—Y que lo digas. Mira que ayer estaba dispuesta a todo. [*Joder, que si estaba*

dispuesta. *Ayer me hubiera arrodillado para suplicarle que no me dejase ni un momento, nunca más. Y ahora creo que también*].

—Qué putada, Bego. Qué cortada te quedarías, ¿no? [*Cortada y ofendida, porque todavía no ha habido niño que se atreviera a dejar a medias a Begoña*].

—Fatal. Pero, si lo piensas bien, fíjate que tío más tiarrón. Estuvo conmigo y solo conmigo mientras pudo, y no se aprovechó de mí [*ni yo pude aprovecharme de él, hostia*].

—¿Alguien, alguna vez, se ha aprovechado de ti?

—Bueno, mujer, es un decir. Vamos que, con lo que hizo [*y con lo que no hizo*] me tiene todavía más enamorada, y más ganas tengo de verle.

—Pero ¿te pidió para salir, o qué?

—Oye, Espe, ¿quedamos a las siete aquí, en mi casa? Que me están llamando, igual es mi padre.

—Vale, hasta las siete, y prepárate para explicarme los detalles.

—Todos. Hasta luego, Espe. [*Todos, y hasta que te pongas roja de tirria*]. Dígame.

—¿Begoña?

—¿Eres tú, papá?

—No, pequeña, soy López.

—¿Quién? ¿López? ¿Qué López? ¿Y cómo es que me llama desde el teléfono de mi padre? ¿Dónde está él?

—Tranquila, Begoña. Resulta que yo estoy aquí con él, aquí, en la central seis, y se me ha estropeado el teléfono.

—¿Y?

—Sí, perdona. Yo tenía que llamar a mi casa. Me ha dejado el suyo, me he hecho un lío y, por lo visto, he llamado sin querer a tu número.

—Ah, vaya [*qué cosa más rara*].

—Tu padre me ha hablado mucho de ti, que eres una chica muy despierta y muy aplicada, así que aprovecho la confusión para felicitarte.

—Gracias, pero...

—Nada, Begoña, perdona la molestia, y espero que un día podamos charlar un poco más.

—Sí, claro, pero ¿podría pasarle el teléfono a mi padre? Tengo que hablar con él [*a ver si me aclara lo que pasa*]. ¿Oiga? ¡Oiga!

—¿Dónde nos sentamos?

—Allí hay dos libres.

—Ponte tú en la ventanilla, que te gusta más.

—Bueno, pero en esta época poco se ve a estas horas.

—Hoy está claro. Veremos el amanecer.

—Si es que no estoy durmiendo.

—¿Tienes sueño?

—Me caigo de sueño. No sabes lo que me ha costado levantarme. ¿A ti no?

—Por la mañana estoy más fresco que por la noche. Desde siempre me ha pasado lo mismo. Prefiero madrugar a trasnochar.

—Eso no es muy común. Al menos yo no estoy acostumbrada. Todos los de mi familia, todos los días de fiesta, no se levantan jamás antes de las nueve o las diez.

—Estoy dispuesto a habituarme.

—Qué malo eres, Ignacio. Quedamos en que me darías tiempo para pensarlo.

—Eso fue antes...

—No, eso fue después.

—Antes o después, muchas gracias, Lucía.

—¿Por qué?

—Tú verás. Me acompañaste a ver el piso y echamos un polvo...

—¡Ignacio! Baja la voz, hombre.

—¿Qué más da? Estos de aquí están fritos y, además, no entienden ni una palabra. Pero como si me leyeran el pensamiento. Solo verán felicidad, y la felicidad no insulta. ¿Estuviste bien?

—Ya me lo preguntaste ayer, Ignacio, y ya te dije que sí. ¿No se me notó?

—Mujer, sí, pero tampoco nos conocemos tanto...

—¿Conocernos? ¿Tenía que jactarme?

—¿Qué? ¿Por qué hablas tan flojito? [*Aunque me importa más verte que oírte*].

—Que sí, Ignacio, que estuve muy bien. [*Y desde el último clavo con David han pasados dos meses, así que ya me hacía falta, aunque me quedase en amago*].

—¿Un poco incómodo, tal vez?

—Eso tú, en todo caso, ahí de pie y aguantándome. [*Espero que estos de enfrente no entiendan, de verdad, ni una palabra*].

—Eres una pluma. ¿Cuánto pesas? ¿Cincuenta y cinco?

—Cincuenta y tres.

—Ni lo noté.

—¿Nooo?

—Tu peso. Lo otro sí.

—Lo que no me gustan son las prisas. Lo que dura un cigarrillo.

—Ya podría aficionarse a los habanos esa chica.

—¿Tú crees que notó algo cuando volvió?

—A mí, en todo caso. Tú te encerraste en el lavabo.

—*[Para limpiarme el panecillo, faltaría más]*. Tú te quedaste despeinado, y seguías despeinado cuando os encontré hablando. La tía iba desesperada por colocarte el piso. A lo mejor por eso nos dejó solos. Para que le cogiéramos cariño.

—Entonces, acertó. Me refiero a mí, claro. Me supo a gloria entrar ahí y cumplir un sueño. Sí, guapa, no pongas esa cara. No me vas a decir que no sospechabas que me gustabas.

—Hombre... *[Escrito en la cara que lo llevabas]*.

—Dos meses que me ha costado decidirme... y convencerte. *[Lo que falta ahora es que te decidas a vivir conmigo]*.

—Yo creía que solo me mirabas como a una compañera de trabajo.

—¡Qué va! Enseguida me quedé enganchado a esos ojos tan oscuros y tan grandes. *[Creo que todavía no tenemos confianza suficiente para confesarte que lo que me enloquece es tu culo. Con ese pantalón blanco, sin bolsillos. Con tu falda verde. Sobre todo con la verde. Con la bata. Oh, sí, con tu bata de maestra]*.

—¿Mis ojos? *[No es lo mejor que tengo, eso tenlo por seguro]*.

—¿No te los han alabado nunca? *[Y lo de ayer no cuenta; toqué, pero no vi. Enfrentados, vestidos, sosteniéndola. Eso no cuenta, no. A pesar de que, al sujetar, palpé, y menudo tacto y vaya firmeza]*.

—Me gustan más mis manos que mis ojos. *[Y más mi trasero que mis manos. ¿Será ciego este chico?]*.

—Te las cogería, pero no sé cómo quieres llevar esto.

—Con disimulo, Ignacio, con mucho disimulo. *[No quiero que se entere ni Dios]*.

—¿En la escuela?

—Especialmente en la escuela. Tú eres nuevo, Ignacio, pero el año pasado se enrollaron dos, y ya no están.

—No sería por eso.

—Pues tú estás ocupando la plaza de ella.

—Habría otras razones.

—Él llevaba años aquí, y lo han trasladado a otro centro que tienen en Oratorio. Casado, con hijos y todo. A ella no le han renovado el contrato. *[No sé si por fresca, por incompetente o por ambas cosas, pero yo no tengo ganas de propagar mis amoríos, y menos si son pasajeros]*.

—No me lo puedo creer. *[Contaba con que el ambiente laboral estaba más ventilado]*.

—La organización es conservadora. Eso no te puede venir de nuevo. Y la directora..., ¿qué opinas de la directora?

—¿Es monja?

—De espíritu.

—Pues a mí me da igual, Lucía. A ver si no voy a poder estar con quien a mí me dé la gana. ¿En qué año vivimos?

—Pues a mí no me da igual, Ignacio. En el colegio no lo ha de saber nadie.

—Pero...

—Si se entera alguien, Ignacio, se acabará todo en ese mismo instante, y ya no habrá nada por descubrir.

—Como quieras.

—Es mejor así, Ignacio. Hazme caso.

—Entonces, lo de vivir juntos...

—No, claro, por ahora no puede ser.

—Pero tú me dijiste...

—Que me lo pensaría, Ignacio [*a ver si cuela*], pero fue antes de lo de ayer. [*Ahora no quiero tanto compromiso, ¿me entiendes, Ignacio?*]. Una cosa es compartir piso y otra compartir todo lo demás. Ya llegamos. Nos tenemos que bajar.

—Pues ahora me has fastidiado. [*Sí que me va a salir caro el polvo, joder*]. Ayer creía que lo tenía todo, y ahora parece que he perdido la novia, la compañera de piso y la amiga del trabajo.

—Se olvida la carpeta, señorita.

—Ay, muchas gracias [*me cago en tus muertos*]. Vamos, Ignacio, que nos van a cerrar las puertas. [*Me cago en su padre, qué vergüenza*]. Con que no sabían ni una palabra de castellano y estaban como troncos, ¿eh? Y el muy cabrón me ha dicho lo de la carpeta con una sonrisita en la boca.

—Pues se ha enterado de una historia triste, que no acaba bien.

—Vamos, Ignacio, no seas memo. Tú coge el piso...

—No nos veremos ni en el tren.

—Pero yo, tras tomar mis precauciones, pasaré a verte, y además podemos quedar en otros sitios.

—Hostia, Lucía...

—¿Te has vuelto loco, Ignacio? [*¿Pues no intenta besarme en la estación de Almonte, nada menos?*]. ¡Estamos en Almonte, hombre, que aquí nos puede ver cualquiera!

—Pero...

—No hay peros, Ignacio. Si quieres que lo nuestro tenga algún futuro, ha de ser a mi manera. O sea, discretamente. Y en la escuela, que no se te note, Ignacio, o no te conozco. [*Que una cosa es el sexo y otra el porvenir*].

—Espera, Lucía, espera.

—No, Ignacio, vamos caminando. ¿No te das cuenta de que ahí plantados en la estación parecemos dos enamorados discutiendo?

—¡Ojalá!

—No, Ignacio, no. Te he dicho que quiero que pase desapercibido.

—¿Cuándo quedamos? Eso te lo puedo preguntar, ¿no?

—¿Cuándo te vas a mudar?

—¿Hasta que no coja el piso no nos vamos a ver? *Cagondiós*, qué largo me lo fías.

—Creía que era cosa de horas.

—No lo dan gratis, ¿recuerdas? Tendré que esperar al mes que viene para reunir la fianza, y para entonces ya estará alquilado y tendré que volver a empezar.

—¿Cuánto necesitas?

—Novecientos.

—Cuenta con ellos. Mañana te los traigo. Si más adelante me decido, ya tendré hecha la aportación. [*Si no, será como pagar por sexo*].

—¿Y si no te decides? [*¿Qué ha pasado en doce horas, que cada vez te veo más lejos? Duré muy poco, ya lo sé, pero no pude evitarlo. Ganas atrasadas*].

—No seas pesado, Ignacio. Vamos a dejar que las cosas sigan su curso. Te prometo que, después de instalarte, vendré a inaugurarlo contigo.

—Ya está estrenado. Ayer. [*¿Se habrá olvidado esta mujer?*].

—El pasillo. Estrenamos el pasillo. La de habitaciones que quedan por inaugurar.

—¿Quieres que estrenemos el archivo del colegio?

—No quiero ni bromas con eso, Ignacio. Nos jugamos mucho. Y nada de mensajes. Cada dos por tres extravió el teléfono. Una vez me lo devolvió la directora. Me lo olvidé en su despacho, tras una reunión. Imagínate que aparece un aviso comprometido. Así que nada de mensajes antes de las siete de la tarde.

—No sé si me acordaré de tantas normas. [*Tengo la sensación de que el trasero de esta chica me va a salir caro*]. ¡Qué susto! [*El puto teléfono me traiciona*].

—¿Te das cuenta? Entra un mensaje, te sobresaltas y excitas la curiosidad.

—¿Sí?

—Te lo voy a demostrar. ¿De quién es?

—De mi madre.

—¡Qué atenta! Tu mamá deseándote una buena jornada de trabajo.

—Vaya guasa que te traes conmigo. [*Que a este paso se me van a inflar las pelotas*].

—Es para que te des cuenta de lo que puede pasar, hombre. A ver, ¿qué dice?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro.

—Bueno, pues ábrelo tú misma. [*Vaya jueguecito tontaina, cagondiós. Ya verás la vergüenza que paso*]. Me lo lees. Para que veas que no tengo secretos contigo. [*Que Dios me ampare*].

—«Ignacio, el señor López me ha pedido que intentes acceder a la IP 122.69.152.1. Besos. Mamá».

—¡Qué raro!

—Joder, Ignacio, y que lo digas. Si los mensajes de mamá son así, no quiero

pensar cómo serán los de papá.

—La firma, digo.

—¿La firma? Es lo único que entiendo.

—Es que mi madre nunca firma sus mensajes. Como mucho pone una «M», pero no de mamá, ni de madre, sino de Magdalena. [*Es una costumbre que me copió; ¿de quién iban a ser los mensajes enviados por mi teléfono, sino míos?*].

—¿Y el resto? Porque mi madre me dice cosas como dónde quedamos o qué tengo que comprar antes de subir a casa.

—Acceder a una IP no tiene nada de raro. Puede ser más difícil o más fácil, o legal o ilegal. Es conectarse a una página de Internet. Lo extraño es que me lo pida mi madre, que dudo que sepa lo que es, que me lo pida por teléfono, a estas horas y, además, por encargo de alguien de quien no he oído hablar en mi vida.

—Me estás picando la curiosidad con tantas cosas raras seguidas.

—Pues yo también me voy a quedar con las ganas de aclaraciones, porque mi madre tiene apagado el teléfono.

—Hoy hemos llegado pronto.

—Más cosas misteriosas: por primera vez desde hace dos meses llego al trabajo con los veinticinco minutos de adelanto con que debería llegar cada día.

—Tenemos tiempo, Ignacio...

—Pero ¿no me has dicho que no querías intimidades aquí? [*¡Qué complicadas sois! Aún me vas a pedir un polvo en la sala de profesores*].

—No seas animal, hombre. Que tenemos tiempo de que me expliques el mensaje. Si no, no me podré concentrar en toda la mañana.

—¡Ah, eso! Venga, enciende la torre nueva. La primera parte es sencilla e inocente.

—¿Y ahora?

—Abre un navegador y escribe la dirección.

—¿Qué dirección?

—Los números del mensaje. Eso es una dirección. Yo te los dicto: 122.69.152.1.

—Ya está. Usuario, contraseña y clave. Por pedir, que no quede. ¿Dos contraseñas?

—No es demasiado habitual.

—En la vida lo había visto. ¿Sirve de algo?

—Para serte sincero, no de mucho. Depende de la calidad de cifrado, no de la cantidad de cadenas.

—¿Qué?

—Tanto da.

—¿Ya está?

—¿Ya está el qué?

—El acceder.

—No. Acceder significa entrar.

—¿Y?

—Yo no conozco esta página ni tengo una cuenta de usuario. Tendría que probar a entrar por las malas.

—¿Podrías?

—No lo sé. Ya te he dicho que depende...

—Sí, de la calidad de las cadenas.

—No, Lucía, de la del cifrado.

—De lo que sea, vale, pero ¿podrías?

—Tú no eres poli, ¿verdad? ¿Y tampoco de la sociedad de autores?

—Creo que no, Ignacio. ¡Qué cosas tienes!

—Entonces te confirmaré que, a veces, he entrado en algunos sitios sin permiso.

—¡Qué chulo! A ver, enséñamelo, que todavía nos quedan unos minutos.

—Me temo que puede llevar más tiempo. Además, lo primero es saber dónde se intenta entrar. Mira, aquí lo indica: CNTRRM El Petril.

—No sé qué es.

—Yo lo busco. Mira, a la primera: Centro Nacional de Tratamiento de Residuos de Radioactividad Media El Petril.

—No sabía que la situación fuese tan acuciante.

—En el informe que redacté la semana pasada lo escribí bien claro.

—Seguirá en manos de Rojas. Todavía no lo he visto.

—Pues ya te digo, cosa de muy pocos meses. Es insostenible. Con esto del cierre nos habéis tomado por el pito del sereno, Gerardo.

—Yo no ordené el traslado de las barras de la número cuatro.

—El mal ya está hecho.

—Y la solución no será fácil.

—Hombre, tú verás. Ya me explicarás dónde metemos nuestras últimas barras. En condiciones normales ya habrían sido sustituidas. Siguen en el núcleo porque alguien ha decidido que esto se acabó y porque la piscina está llena.

—¿Por qué demonios no me llamaste, Fernando? Si lo hubiera sabido...

—No me salgas con estas, Gerardo. La orden me llegó por mensajería especial y firmada por Rojas. Se supone que él no mueve un dedo sin tu aprobación, ¿no es así?

—No siempre. No esta vez.

—Pues ya ves, me ha tocado bailar con la más fea. Si me mandan que acepte dos barras de uranio de la número cuatro porque alguien está convencido de que es la central más importante del país, la que ha de mimarse más, la que no puede dejar de funcionar ni un instante, aunque sea al precio de jodernos a los demás..., si nos lo mandan, pues lo hacemos. A ver, ¿por qué coño la cuatro no se puede quedar sus barras, como todo hijo de vecino?

—Se diseñó con la suposición de un centro de residuos externo. La cuatro, a pleno rendimiento, carece de instalaciones para almacenar su propia porquería.

—Pero tiene piscina.

—Llena.

—Que pare.

—Hay mucha gente interesada en lo contrario. [*Rojas mismo; en cierto modo, yo mismo*]. No sé, Fernando, si la situación se complica tal vez será la forma de tomar las decisiones que se han ido aplazando indebidamente. [*Como, por ejemplo, abrir de una maldita vez El Nuevo Petril*].

—Sí, claro, ellos tienen un año por delante, mientras que a nosotros nos quema la prisa. Y, después, está la segunda parte.

—Lo sé, Fernando, lo sé.

—Me da miedo solo de pensarlo.

—Yo tampoco estoy tranquilo.

—Estuve tentado de ir con el cuento a la prensa, Gerardo, y que saliera el sol por Antequera.

—Coño, Fernando, no lo digas ni en sueños. Menudo escándalo. [*Y ya tengo suficientemente complicada la vida como para meter a los diarios*].

—Es que clama al cielo, de verdad. ¿Acaso Rojas es idiota? ¿Y quién es el que lleva la cuatro? ¿Carlos Montero? ¿Qué pasa? ¿De pronto todo dios está olvidando lo que aprendió en la escuela? A ver, Gerardo, ¿no saben estos tíos los riesgos que comporta almacenar barras de alta actividad de una sección inferior al nido?

—Sí, claro. [*A este hombre le va a dar un ataque al corazón*].

—¿Que se convierten en inestables? ¿Que pueden vibrar hasta veinte milímetros? ¿Que los brazos de los robots no ajustan con la suficiente firmeza?

—Cálmate, Fernando [*que solo nos falta un histérico gobernando el marrón*].

—¿Que me calme? Lo que estoy pensando es en dimitir, o en caer enfermo. [*Si no lo he hecho ya es porque la central la llevaría la subdirectora, y no le deseo nada malo a ninguna de las dos*]. ¿Dónde están ese Rojas y ese Montero? Suficientemente lejos, si se produce una fuga.

—Ni se te ocurra pensarlo, Fernando. Se supone que todos nosotros poseemos el aplomo necesario...

—Que vengan, Gerardo, que vengan, que tengo ganas de verles el aplomo.

—Basta, Fernando. Ellos no están, pero yo sí.

—Siempre sacándole las castañas del fuego a Rojas.

—Lo importante es sacar las tuyas de tu piscina.

—Y rápido.

—Tú llevas días dándole vueltas. ¿Qué salidas ves?

—Lo mejor, llevarlas al extranjero.

—Difícil. Casi imposible. Además de peligroso (se puede enterar todo el mundo, quiero decir) y caro, tenemos agotados los cupos contratados. Sería necesario renegociar los contratos, pero dependemos de Industria y de Asuntos Exteriores. No se puede poner fecha a algo así.

—¿Y con una llamada de alto nivel?

—Eso sería un favor de alto nivel, difícil de pedir y más difícil de devolver. Descártalo si no es una situación de emergencia.

—¿No estamos en una de extrema emergencia, Gerardo?

—Si tenemos unos pocos meses por delante, no. ¿Qué más se puede hacer?

—Trasladarlas a El Petril. Pero ¿por qué mueves la cabeza, hombre?

—No hace falta que te diga que se dedica exclusivamente a residuos de actividad media y baja, no a combustible ardiente recién salido del núcleo.

—Era por oírtelo decir, Gerardo. Pero dime: ¿su situación sería peor que la que ahora tenemos aquí? Guardamos en el armario lo que no podemos tener.

—¿Qué más?

—Devolverlas a la número cuatro.

—Como represalia, bien pensado, pero ahora no tenemos tiempo para bromas.

—No era una broma.

—¿Qué más, Fernando?

—El Nuevo Petril.

—¿Hasta dónde sabes?

—Hasta lo que se ha publicado. Que tenemos una planta de almacenamiento de residuos radiactivos de alta actividad construida y a punto, que por el momento solo acumula polvo.

—Esa solución no sería mala, pero también es complicada. Otra decisión política.

—¿Dónde está?

—¿Conoces El Petril?

—Fui a la inauguración. Nada más.

—Pues es a la vez una instalación independiente pero contigua. Los accesos desde la C42 son los mismos. Construyeron una pista que circunvala los módulos actuales y conduce al edificio de administración de El Nuevo, pero desde el interior del actual también hay paso. Vamos, como si fuesen dos polígonos industriales que se conectan en un punto.

—¿Esta vez tampoco se han decidido por el tren?

—Esa es la principal novedad. Se incluyó en el proyecto casi de forma secreta, y está ejecutado. Para disimular, a medio camino se levantó un inocente almacén de la subsidiaria de mercancías, de uso nulo. Con la excusa añadida de una zona de maniobras, la vía entra en El Nuevo Petril por la parte opuesta a la pista. Está mal que yo recuerde que fue idea mía, pero estuvo peor lo de Rojas, que la hizo literalmente suya.

—Así que dispone de vía.

—Sí.

—Pues parece un mensaje divino, porque mi central también tiene.

—Ya. [*¿De qué me quieres convencer? Con gusto aceptarías que me llevara las putas barras cargadas al hombro. ¿Qué crees que vas a conseguir con esa mueca? Eres un sometido, Fernando. Tú recibes una orden de Rojas y, por el hecho de descargar tu responsabilidad, dejas que te endosen un problemón que eres incapaz de resolver. Veo que te has dejado la barba. ¿Para disfrazar tu blandura? Vaya necio estás hecho, Fernando, permitiendo que te jodan de esta manera. ¿No te podías haber inventado una excusa para rechazarlas? ¿O negarte, sencillamente? No. Estás más cómodo en el papel de víctima*].

—Gerardo, ¿estás bien? [*Vaya cara se te ha puesto, señor supervisor jefe, oráculo atómico nacional, don preciso, don soluciones, don cardo toda la lana y otros se llevan mi ansiada y merecida fama. Estoy hasta los huevos de vuestros tejemanejes, y este asunto es un estupendo episodio para poner a todo el consejo a prueba. ¿En qué estás pensando, colega? ¿Que tú, en mi lugar, ya habrías solucionado el pastel? ¿O que ni siquiera te habría pasado? Alégrate, milhombres, te brindo la oportunidad de que te luzcas. Que te aproveche el mérito, sobre todo si resuelves la maraña. Y mueve de una vez esos ojos, que parece que se te hayan quedado enganchados en el bolsillo*]

de mi camisa].

—Perdona, me había quedado embobado [*tratando de ponerme en tu papel, y es agotador*]. Descansaba la vista y el pensamiento durante unos segundos.

—Claro. [*Tu trabajo es tan duro, tus responsabilidades tan altas y los que te rodeamos tan poca cosa que no tienes más remedio que tomarte un respiro de vez en cuando*]. Te decía que se podría organizar una expedición nocturna de aquí a El Nuevo Petril.

—Si estuviera en marcha. [*¿No escuchas, Fernando? Primer síntoma de la desesperación*].

—Es una situación apurada, Gerardo. Las enviaría al trapero como chatarra. Y después la otra parte: que las podamos sacar de ahí sin percances.

—¿Qué quieres decir?

—Las manos de los robots no ajustan.

—¿Cómo?

—Ya te he dicho que la sección de las barras que nos han endosado de la número cuatro no coincide con la de nuestros anclajes. Bailan.

—Más fácil de recuperar, ¿no?

—¡Cómo se nota que hace tiempo que no estás al pie del cañón! [*Y, ahora, te me vas a sulfurar*].

—Oye, oye... [*¿Será berzotas? Se mete en el hoyo y ahora se las da de veterano*].

—No te ofendas, Gerardo. Quería decir que no tienes fresca la mecánica de la manipulación. Aquí tenemos unos brazos mecánicos para meter y sacar el combustible gastado de la piscina. Las manos de los robots no se cierran a voluntad. Solo llegan a asir con precisión las de medidas convencionales, como las nuestras.

—¿Y entonces?

—Las bajamos con riesgo y suerte. Aprisionándolas con los dos brazos, más que pinzándolas. La fuerza de la gravedad y la pericia de la jefa de control se ocuparon del resto. Sacarlas es otro asunto.

—¿Ajustes del robot?

—Sí, y ya sabes lo que eso significa. Parada técnica de la central durante un mes. Eso supondría que ya no compensaría volver a iniciar la fisión y aceleraría el cierre de la planta. Necesitamos deshacernos de ellas, Gerardo, porque tengo mis dudas sobre su estabilidad. ¿Te he dicho que tienen margen de vibración?

—Me lo has dicho. Pero, vamos a ver, ¿cómo quieres trasladarlas si no puedes sacarlas [*so tonto*]?

—Yo no he dicho que no pueda sacarlas. [*Listillo. Aprende ahora*]. Yo he dicho que el protocolo obligaría a cambiar las manos, y eso conduciría a la parada y al cierre. No te he dicho que la subdirectora y yo hemos estado trabajando [*entre otras cosas*] para encontrar una alternativa sin necesidad de desconexión, ni de limpieza, ni de entrada de operarios. Hemos conseguido [*Elvira lo ha logrado, pero somos un*

equipo] que un brazo añada unos imanes que suplementan la mano del contrario hasta ajustar el grosor de las malditas barras. Podríamos vaciar la piscina en horas, y desde cualquier ordenador de la red de la central. Perdona. ¿Dígame?

—Señor Redondo, tiene una llamada...

—Te había dicho que no me pasases ninguna llamada, Leo.

—Es que es para el señor Vives.

—¡Ah!, en ese caso... ¿Sabes de parte de quién?

—Del señor López.

—De acuerdo, espera. Gerardo, es para ti. De parte del señor López. [*Caramba, Gerardo, ni que te hubiera mentado al ministro. Te has puesto lívido de golpe. ¿Será que han cambiado al ministro y yo no me he enterado?*]. ¿Quieres la llamada?

—Pásamela. [*¿Por qué estoy aceptando? Tengo el teléfono silenciado y me ha vibrado dos veces. No quería cogerlo; sospechaba que podría ser este tío. Y, ahora, ¿qué? Tendré que disimular delante de Redondo. Y de mañana no pasa que hable con el enlace de la Policía. ¿Cómo se llama? Plaza. Baltasar Plaza, me parece*]. Dígame.

—Le paso con el señor López, señor Vives.

—Bien.

—¿Don Gerardo? ¿Es usted?

—Sí.

—¿Le importa que le llame don Gerardo?

—Como guste.

—Me parece muy bien. Perdona que le importune en plena reunión con el señor Redondo, pero me tenía usted preocupado.

—¿Y eso? [*¿Cómo coño sabe dónde y con quién estoy? ¿Y con qué me sale, además, este chalado?*].

—He llamado dos veces y no me ha cogido el teléfono...

—Estoy ocupado...

—Pues claro, don Gerardo, pues claro. Lo entiendo. Pero si comprueba después las llamadas, verá que aparecen los números de miembros de su familia, y no quería que usted se sobresaltara imaginando que había pasado algo malo.

—Me temo que tendremos que buscar otro momento para aclarar esos extremos. [*Me cago en todo. Aparece que han llamado Magdalena y la niña. Mantén la calma, Gerardo*]. ¿A qué hora ha llamado?

—Veo que lo está comprobando en su aparato. Bien hecho. A las 11.30 y a las 11.36, exactamente.

—[*Mantén la calma, Gerardo; que se entere Redondo de algo tan absurdo no va a arreglar nada*]. ¿A qué hora puedo llamarle?

—Oh, no se moleste. Yo le llamaré. Además, ¿a qué número? Como ve me resulta muy práctico ir cambiando. Práctico y económico.

—¿Esta tarde? [*Empiezo a sudar. Redondo lo va a notar. Acaba la conversación, acaba la reunión, llama a todos y serénate. Serénate, Gerardo*].

—No, esta tarde no, don Gerardo, que está usted de viaje y tendrá ganas de llegar a casa y descansar. Tal vez mañana.

—[*¿Cómo es que conoce mis planes? ¿De qué va todo esto?*]. Mañana, entonces.

—Tal vez, don Gerardo, tal vez mañana. Entre tanto, relájese. No le entretengo más. Vuelva con su reunión antes de que al señor Redondo le pique la curiosidad. Yo creo que no hace falta que le dé muchos detalles de nuestra relación. Me parece que no lo entendería.

—Claro. [*¡Qué cabrón! Soy yo quien no lo entiende. Pero, desde luego, no me voy a explayar con Redondo antes que con la policía*].

—Siempre puede decirle que le llamo por lo del viaje a Viena, para concretar unos detalles...

—¿Cómo...?

—Todo a su tiempo, don Gerardo. Dentro de unos segundos tendrá que retomar su charla con el señor Redondo y necesita recobrar su compostura. Adiós.

—Adiós. Gracias, Fernando. [*Coge de una vez el teléfono y deja de intentar leerme el pensamiento, estúpido*].

—Caray, Gerardo, tendría que haber salido del despacho, pero no he caído hasta ahora. [*Y un huevo; este es mi despacho*].

—Nada, chico. Total, trabajo. Concretando los detalles de Viena.

—Vaya. [*¿Se hace el importante o el misterioso?*]. ¿Acompañas a Rojas?

—Voy solo. Hace dos años que delega. Por lo visto hay problemas con los vuelos. [*Qué más da que se lo trague. Lo importante es que comprenda que no quiero hablar de ello*].

—Me alegro de que solo sea eso. [*Como que me lo voy a creer*]. Te he visto tan inquieto que temía algo de más importancia.

—[*No insistas, cabrito, que no es de tu incumbencia*]. Será por asociación. Es un viaje que siempre me da mucha pereza. [*Y vamos a dejarlo ya*].

—No me extraña [*la asociación de un cojón con el otro. Después indagaré sobre ese López*]. ¿Por dónde estábamos? [*Que no parezca que soy un entrometido*].

—Estábamos sacando las barras con brazos modificados.

—Eso es. Ahora solo falta saber dónde meterlas.

—Déjalo de mi cuenta. Una solución u otra encontraremos. La inspiración viene cuando menos se la espera.

—A lo mejor sacas una buena idea de la reunión de Viena.

—A lo mejor. Nunca se sabe. [*Anda y que te zurzan, Fernando*].

—Si de mí dependiera...

—Si de ti dependiera ¿qué, Fernando?

—Pondría en funcionamiento las partes esenciales de El Nuevo Petril con el personal de la instalación actual, y enviaría de inmediato el combustible usado que tenemos. Vaciaría la piscina. De paso resolvería la duda de si cerrar o no mi central. Con un paquete de mejoras, tiene otros veinte años de vida. Al cabo de un par de

semanas podrían tener las barras guardadas en los silos.

—Un par de semanas, dices.

—Sí, un par. Si las cosas fuesen por donde deberían ir, sobraría tiempo.

—Vamos a ver, Fernando [*pedazo de gilipollas*]. Cuando necesitas una provisión de, digamos, bombillas, ¿cuánto tiempo pasa entre que lo decides y tienes tus bombillas en el almacén?

—No tengo ni idea, Gerardo. No me encargo de pedir las bombillas.

—Yo te lo diré, Fernando [*querido*]. Tres meses, Fernando. Como mínimo. Si la cadena de funcionarios, firmas, expedientes y autorizaciones no falla, tres meses. Si falla, velas. Tu central, como la llamas, es propiedad del Estado. Si perteneciera a las eléctricas, tal vez tendrías tus bombillas en cuestión de días y te desharías de tus barras en semanas. Ten los pies en el suelo [*y no me busques las cosquillas*].

—¿Ignacio? [*¿A estas horas?*]. ¿Qué pasa, Ignacio?

—Nada. Calma.

—¿Ignacio? ¿Eres tú, Ignacio?

—¿Señora Moral? ¿Magdalena Moral?

—¿Qué le ha pasado a Ignacio? [*Me va a dar un ataque si no lo aclaro ahora*].

—Nada, señora Moral. Hasta donde yo sé su hijo Ignacio está perfectamente. Créame que yo lo sabría si sucediera algo fuera de lo normal. No se preocupe.

—[*No entiendo nada*]. No entiendo nada. ¿Quién es usted?

—Para más tranquilidad, ahora mismo está cumpliendo su servicio de comedor en el colegio. Lo acabo de ver.

—Pero ¿qué me dice? ¿Está Ignacio ahí? ¿Quién es usted?

—Sobre la segunda pregunta: no, Ignacio no está conmigo, ni yo estoy con él. Creo que lo que hace es muy sacrificado. No. Le he dicho lo que acabo de ver, del mismo modo que usted podría si se conectara a la página del colegio. Tienen diversas cámaras en directo y, con paciencia, su hijo pasará fugazmente ante la del comedor.

—¿Quién es usted? [*Todo tiene una explicación lógica. No adelantes conclusiones*].

—López. Llámeme López.

—¿López? [*¿Qué nombre me dijo Gerardo? ¿Pérez?*].

—Sí, López. ¿No le parece bien?

—[*¿Qué dice este tipo?*]. ¿Por qué me está llamando con el teléfono de Ignacio? ¿Qué es lo que busca?

—¡Ah! ¿Eso? No le dé importancia, señora Moral. El aparato de su hijo está en poder de su hijo. En el bolsillo derecho, para ser más preciso.

—Pero...

—No tiene mérito, señora. Acaba de pasar por delante de la pantalla consultándolo y volviéndoselo a guardar. Bolsillo derecho. Es fácil.

—El número...

—Eso sí, señora Moral. Me he tomado la libertad de llamarla ocupando la línea de su hijo...

—¿Cómo...?

—¿Qué importancia tiene el cómo? Bebemos el agua sin obsesionarnos por cómo se ha formado o cómo se conserva. Olvídese de eso. A mí me resulta muy conveniente. Ignacio no sufre ningún perjuicio (excepto un pequeño incremento en la factura), y usted, salvada esta primera ocasión, que comprendo es desconcertante, sabrá que atiende una llamada conocida.

—Dígame ahora mismo qué quiere o cuelgo y llamo a la policía.

—Está en su derecho, por supuesto. De todas formas creo que sería mejor esperar a esta noche y discutirlo en familia.

—¿De qué está usted hablando? [*¿Qué clase de absurdo es este?*].

—A lo largo del día me he puesto en contacto (qué fea es esta expresión, ¿verdad, señora Moral?) con ustedes cuatro...

—¿Qué?!

—¿A qué viene esta alarma? He hablado unos minutos con su marido, don Gerardo Vives. Repítale de mi parte mis disculpas por interrumpir su reunión.

—¿Qué reunión? Mi marido está de viaje. [*¿Por qué se lo he dicho? ¿Seré idiota?*].

—Precisamente. Esta noche se lo explicará en persona.

—[*¿Por qué no me ha llamado Gerardo para advertirme?*]. ¿Qué quiere usted? ¿Por qué me ha dicho que ha hablado con mis hijos?

—Porque es verdad, señora Moral. Mejor dicho, no es exacto. He utilizado aquella expresión tan desagradable, ¿recuerda?, porque con Ignacio no he tenido la oportunidad de charlar. Un mensaje corto y basta. Su trabajo de maestro me infunde mucho respeto y mucha pena al mismo tiempo, y he pensado que con eso sería suficiente para darme a conocer ante Ignacio.

—No se habrá atrevido a molestar a mi hija. [*¿A qué categoría perteneces? ¿Ladrón, chantajista, perverso o loco?*].

—¿Molestado? No. Sorprendido, tal vez. Tan solo hemos intercambiado cuatro palabras. Begoña es todavía muy joven, usted lo sabe mejor que nadie, así que he disfrazado mi llamada de error, simulando cierta relación con su padre. Aunque, bien pensado, eso ya no es faltar a la verdad. Cuando ha intentado averiguar más, he colgado. Ningún daño, pues. Puede que haya despertado su curiosidad, pero ya se sabe lo voluble, me atrevería a decir efímera, que es la curiosidad a los dieciséis años, por muy cerca que estén de los diecisiete.

—[*¿Cómo sabe el muy hijo de puta...?*]. ¿Cómo sabe...?

—¿Qué más da?

—¡Claro que da! ¿Qué quiere? ¿Qué busca de nosotros?

—Tiempo al tiempo, señora Moral. Ahora, si no le importa, me gustaría hablar de usted.

—¿Qué? ¿De mí?

—Naturalmente. Creí que a estas alturas ya habría comprendido que tengo un interés especial por su familia, por todos y cada uno de los miembros. También por usted. Por su trabajo, por ejemplo. Por su salud...

—¿Por mi salud? [*Pero ¿qué dice este hombre? Me siento perdida*].

—No me he expresado bien. Me refiero a su bienestar general en una época que suele ser difícil, más todavía que para los varones...

—Oiga, pare el carro. ¿Me está usted diciendo que un desconocido llama e importuna a mi familia porque está preocupado por mi menopausia, que ha logrado

adivinar porque la llevo escrita en la cara?

—Todos sufrimos achaques, señora Moral. Los años no perdonan. Pero es verdad que la naturaleza parece darse gusto en cebarse con las mujeres, sumando inconveniencias exclusivas de su sexo.

—Muy comprensivo por su parte. [*Esto es un esperpento. No sé ya ni lo que me digo y, mucho menos, este desgraciado*]. Le exijo que me diga qué quiere de nosotros.

—Tranquilícese, se lo ruego. Ya habrá tiempo de soliviantarse. Dígame, ¿cómo está su situación en Sanatea?

—¿Usted sabe que trabajo en Sanatea?

—Empiece a hacerse a la idea de que si tomo interés en su familia es porque he procurado aprender antes. Por otra parte, ya me está usted ampliando la información. Que continúe trabajando en Sanatea ya es una nueva, y es buena. ¿Oiga?

—¿Begoña? ¿Eres tú, Begoña?

—No, señora Moral.

—Usted, otra vez usted.

—Pues claro, señora Moral. Espero que no le importe que ahora la llame desde el número de su hija. He pensado que, como me ha colgado mientras utilizaba el número de su hijo, sería conveniente cambiar.

—No quiero...

—Entendámonos, señora Moral. No me ha gustado nada la forma maleducada como me ha tratado. Convéznase de que durante un periodo, que espero sea corto, les pediré a todos, ¿me ha oído?, a todos ustedes, su colaboración. Cuanto más diligentes y francos sean conmigo, mejor para todos. En especial, para ustedes.

—Pero...

—Sin peros. Le voy a hacer unas preguntas. Espero que me las responda con sinceridad y concreción.

—No...

—¡Señora Moral! ¡Es suficiente! Ni usted ni yo tenemos tiempo que perder. ¿Cómo se llama su jefe?

—No quiero...

—¿Cómo se llama su jefe, señora Moral?

—[*¿Qué hago?*]. Marcelo Grimal.

—No me gusta que me mienta. Su jefe se llama Marcelo Ochoa.

—¡Usted lo sabe! [*Dios mío, ¿qué significa esto?*].

—¿Cómo se llama su jefe?

—Marcelo Ochoa. [*Maldito seas*]. ¿Para qué me lo pregunta, si ya lo sabe?

—Eso no importa. Límitese a responder. ¿Cuántos años tiene su hijo Ignacio?

—Veintitrés. Tiene veintitrés.

—¿Cuántas sillas hay en la habitación de Begoña?

—[*¿Qué es esto?*]. No sé...

—¿Cuántas sillas hay en la habitación de su hija?

—¡Dos! Creo que hay dos. Tendría que haber dos. No sé. Begoña siempre ha querido dos, a pesar de que caben mal en su cuarto. Dos sillas. La que utiliza ella tiene ruedas y brazos; como de despacho, pero muy sencilla. La escogió el año pasado. No se quiso desprender de la de enea, una más pequeña, la que usaba antes. Begoña tiene dos sillas en su habitación.

—¿Cuántas personas tiene a su cargo en el laboratorio?

—Diez.

—Sus categorías. Sus nombres de pila.

—Pero...

—Pronto.

—Juan y Alicia dirigen proyectos. Colaboran con ellos Víctor, Pedro, Laura y Tomás. Las ayudantes son Rosario, Fina, Carmen y Ángeles.

—¿Están todos?

—Sí...

—Insisto: ¿están todos? Haga memoria.

—Lorenzo. Falta Lorenzo. Nos echa una mano con tareas administrativas y de documentación.

—Eso está mejor. ¿Cuántos años tienen los niños a los que enseña Ignacio?

—¿Qué?

—Ya me ha oído usted. Responda.

—Nueve. Once años. No sé...

—Ya se lo confirmo yo. Entre diez y once años.

—Por el amor de Dios, ¿qué quiere usted de nosotros?

—¿Qué tipo de productos investigan en su laboratorio?

—¿Qué quiere de nosotros? ¿Qué daño le hemos hecho?

—¿Qué investigan en su laboratorio, señora Moral?

—Anticoagulantes y antivirales. [*Estoy exhausta, confundida*].

—¿Ve como no es tan difícil colaborar? Unas pocas preguntas más y acabaremos por hoy...

—¡Alto! ¿Qué quiere decir con acabar por hoy? [*Esto es serio, Magdalena. Has de medir las palabras. Endulza el tono*]. No puedo más, señor López, o como sea que se llame. Yo no puedo responder, ni siquiera hablar con usted, si no me aclara este sinsentido, ¿comprende?

—Si ha de servir para que se sosiegue, alternaremos las preguntas. Sin embargo, no olvide que yo juego con ventaja. Por el momento, solo usted podrá quedarse insatisfecha con las respuestas. Empiece.

—¿Quién es usted?

—López. Ya le he dicho que puede llamarme López. Ahora yo. ¿En qué...?

—¡Cállese! [*¡No debo hacer eso! ¿Por qué? No sé por qué, pero sé que no debo contrariarlo*]. Quiero decir, espere. No es justo. Necesito que me diga algo más que

un nombre. Necesito...

—Quién sea yo carece de importancia, así que no vuelva a preguntarme lo mismo. ¿En qué gama farmacológica interviene usted?

—En ambas.

—Pero está especializada en...

—Antivirales y procesos infecciosos. ¿Qué quiere de nosotros?

—Su ayuda. Tan solo un poco de colaboración.

—¿Ayuda? ¿Para qué?

—Para llevar a cabo algunas comprobaciones.

—¡No me está diciendo nada!

—Le digo lo que en estos momentos estimo más útil. Más adelante podremos concretar algunos puntos. Y, ahora, dígame...

—¡No! ¿Más adelante? ¿Cuánto va a durar esta comedia?

—Si por comedia se refiere a esta conversación, poco. Unos minutos y habremos acabado. Si lo que quiere saber es la duración de nuestra colaboración, no puedo complacerla. Es incierto. Ni yo mismo lo sé. Es muy improbable, casi imposible, que sean horas. Ojalá sean unos pocos días, pero no se puede descartar un plazo mayor. En buena medida dependerá de ustedes.

—Pero...

—No. Es mi turno. Atienda bien y responda con cuidado. ¿Qué es lo que desea más en esta vida? Ahórrase contestar que deshacerse de mí. Eso sería una niñería. Tampoco le estoy preguntando a quién quiere más, ni tengo intención de oír que a su familia. No. Imagínese tumbada haciendo ejercicio, tal como estaba hace dos días en el Aqua...

—¿Sabe también...?

—Escúcheme, por favor. Dígame cuáles eran (son, quiero pensar) sus anhelos, sus mejores planes. En cualquier ámbito. Mejor, en todos. En su trabajo, en su matrimonio, en sí misma. Cuanto más verosímil, mejor. Y cuanto más fiel a la realidad, más verosímil. No le estoy pidiendo que improvise. Le pido que ponga en palabras lo que con tanta frecuencia asociaría con su felicidad.

—[Se me está rifando. ¿Qué pretende este sinvergüenza? ¿Que le abra mi corazón? ¿Que le confiese que preferiría investigar en la universidad por la mitad de mi sueldo y evitar los vaivenes que se avecinan? ¿Que me frustra que mis descubrimientos, pequeños o no, no sean míos? No me veo diciéndole a un extraño, a un enemigo, por lo que parece, que me haría feliz recuperar mi figura de hace diez años; cinco, incluso. ¿Cómo voy a admitir que daría un brazo por sentirme mejor conviviendo con Gerardo? ¿O que tengo la esperanza secreta de casar bien casada a Begoña, y que cualquiera de mis hijos me dé un nieto cuanto antes? No una nieta, no; un nieto. Aunque, por otra parte, me asusta lo mayor que eso me puede volver de golpe. ¿Le digo que lo que me haría feliz es matarlo? No. Eso me ha dicho que no vale]. ¿Qué quiere que le diga? ¿Espera que pueda responder a algo así en mi

situación? ¿Que se lo diga ahora y a usted?

—Inténtelo. Solo tiene que repetir lo que ya tiene presente.

—Quisiera un laboratorio para mí sola. ¿Satisfecho?

—No. Siga probando.

—Ser abuela. Irme de viaje, bien lejos. Tener una aventura. [*Pero ¿qué mierda acabo de decir? Me ha salido sin pensar*].

—De modo que le gustaría echar una cana al aire.

—Sí. No. Oiga, déjeme en paz. Déjenos en paz. ¿No puede, por lo menos, dejar al margen a mi familia? ¿No tiene bastante conmigo? ¿Por qué tiene que mezclar a mis hijos? Esa es mi pregunta.

—Para mí su familia es indivisible. Lo lamento. Una última pregunta.

—¿Por qué?! ¿Por qué tiene que complicar a Ignacio y a Begoña, que no han hecho nada ni saben nada?

—¿Y usted? ¿Qué ha hecho o sabe usted?

—Váyase a la mierda.

—Creo que los malos modos sobran. Mi interés, mi necesidad, si prefiere llamarla así, no les afecta a ninguno de ustedes cuatro individualmente. Los he escogido solo en tanto que familia. Era una familia lo que estaba buscando, y con unas características muy especiales. Ha resultado que son ustedes. Ni tiene remedio ni es tan grave. Bien, debemos abreviar. Usted todavía tiene que comer y que reincorporarse a su despacho. La última pregunta. Le suplico que no saque conclusiones precipitadas. Le voy a pedir otra información, otra respuesta en la que también habrá pensado docenas de veces antes de este momento. De nuevo le exijo que me dé su opinión ya formada, no que apresure una salida. ¿Me ha entendido?

—No, pero eso a usted le da igual.

—Señora Moral, ¿cómo le gustaría morir?

—[*Me ahogo. Voy a colgar. No, no voy a colgar el teléfono. Es un asesino y me da a escoger. No, no puede ser. Lo detendrán. Esta noche ya estará enjaulado y me las pagará todas juntas. Quiero verle la cara. Yo no quiero morir. Ni ahora, ni antes, ni después. Poco me importa que sea inevitable, que haya presenciado la muerte de mis padres o haya asistido a cien entierros. No quiero morir. Asqueroso. Eres un asqueroso, López, y ahora, ahora mismísimo, no me das miedo. Solo coraje*]. No tengo ninguna intención de morir.

—Una respuesta atractiva. Me gusta. ¿Quiere decir que se considera inmortal, que su fe le promete la vida eterna o la reencarnación, o qué?

—Que no quiero morir. Ni por su mano, chocho asesino...

—¿Espere! ¿Por qué me ha llamado chocho?

—[*¿Por qué le he llamado chocho? ¿Por qué tengo la sensación de que hablo con un vejstorio enajenado? Se ha molestado, eso está claro. Es susceptible a algo. Bendito sea Dios. En la desesperación sirven hasta las alegrías minúsculas*]. Por nada.

—¿Y bien? Me decía que no quería morir ni por mi mano...

—Ni por la de nadie. Es igual. No quiero morir. Me resigno a desaparecer: algo rápido, tan rápido que no le quede lugar al dolor del cuerpo ni al de la voluntad. Me avengo a desaparecer, pero no a morir. Morir es una vulgaridad.

—Me ha gustado hablar con usted, señora Moral. Tengo la esperanza de que, al final, nos entenderemos. Pronto tendremos otra oportunidad de conversar, y la primera ocasión de actuar. Le sugiero que esta noche, cuando discutan en familia mi intrusión y sus consecuencias, no se apresuren a decidir nada. Por supuesto que no voy a ser yo quien les prohíba buscar una supuesta ayuda o vocear nuestro trato a los cuatro vientos. Ustedes ya son mayorcitos para saber qué les conviene más. Su destino, que es colaborar conmigo, no lo va a cambiar nadie. Hasta pronto. Que le aproveche el almuerzo.

—Repítemelo. Palabra por palabra.

—Os lo he dicho ya cien veces.

—Una más, Begoña. Por favor.

—Pero, papá, que no he grabado la conversación. Que le habías hablado de mí. Eso, seguro que me lo ha dicho. Y que era muy buena chica, o muy guapa, o no sé. Algo así.

—Su voz, ¿te resultaba familiar?

—¿A mí? ¿De qué?

—Yo qué sé, Begoña. Familiar, conocida; si la habías escuchado antes.

—Ya entiendo lo que significa, mamá. No, no me sonaba. ¿Y a ti?

—¿Y a mí qué?

—A lo mejor tú sí que sabes de quién era. Eres mayor y has escuchado a más gente que yo. ¿A quién se parecía?

—¿Tú has visto el desparpajo que tiene tu hija, Gerardo?

—Esto es serio, Begoña. ¿Te ha parecido joven o viejo? ¿Tenía acento? Lo que sea.

—Ni joven ni viejo. Normal. Viejo.

—¿Viejo?

—También vosotros, por teléfono, tenéis voces mayores. Lo que pasa es que ya estoy acostumbrada.

—*Mecachis*, Begoña, cómo eres.

—Y acento extranjero.

—¿Sí? ¿De dónde?

—¿Y a mí qué me explicas?

—Así no vamos a ninguna parte.

—Bueno, mamá, ¿qué quieres que haga? Han sido dos momentos, y tampoco sabía que tenía que poner tanta atención. Además, con lo que dices que has llegado a hablar tú seguro que le adivinas hasta el número que calza.

—Bueno, niña, menos guasa conmigo, que bastante me ha afectado. No sé por qué últimamente la tomas conmigo.

—¿Yo? Hostia, mamá, eres tú la que me agobia.

—Sin palabrotas, Begoña.

—¿Ves?

—¿Estás segura de que era el número de papá?

—Hostia, Ignacio, ¿tú también? Que tengo el número guardado. ¿Lo quieres ver?

—Es que eso es lo que no me cabe en la cabeza, Ignacio. ¿Tú te lo explicas?

—Desde luego no sé cómo lo hace, padre, pero no es magia. Tampoco sabía que

fuese posible hacerlo, pero está bien claro que puede. Interviene, interfiere, pincha. No sé, pero suplanta. Aunque me parece que eso es lo de menos.

—Estoy con Ignacio en eso, Gerardo. La cosa es que nos llama, tanto da desde dónde. ¿Para qué enciendes el ordenador, Gerardo?

—A ver, Ignacio, enséñame esa página.

—Poco hay que ver. Aquí la tienes.

—Coño, sí que parece auténtica.

—Entra, papá.

—¿Qué dices, Begoña? Yo no tengo acceso.

—¿No? Creía que eras el que mandaba.

—No se trata de mandar, hija. Esta es la puerta de acceso remoto a una planta de almacenamiento. No son los archivos del consejo.

—Prueba con el tuyo, Gerardo, a ver qué pasa.

—¿Es una broma, Magdalena? Solo faltaría que pudiera. ¿Qué quieres, que empiece a mover bidones radioactivos desde el comedor de casa? ¿Cómo justificaría haber accedido?

—¿Te parece poca excusa todo lo que nos está pasando? Anda, prueba.

—¿Tú qué dices, Ignacio?

—Bueno, por lo menos serviría para ver cómo reacciona el sistema en el siguiente paso.

—Venga, pues. De perdidos, al río. Pero aquí piden dos contraseñas. Repetiré la mía, ¿no?

—*Naná*. No te da permiso. Ya veo que el programa de identificación no lo ha hecho un aficionado.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No sabría explicártelo en pocas palabras, Begoña, pero con el bloqueo del sistema ya tengo bastante. Una hora para el siguiente intento.

—¿Así que ahora papá no puede volver a probar? ¿Y si se equivoca?

—Es un acceso delicado. No da margen de error. Por eso las contraseñas no están enmascaradas.

—¿Qué?

—Están a la vista, Begoña. ¿No te has fijado que no salían los asteriscos?

—Y el tío pedía que entraras, y le enviaba el mensaje de mi parte.

—Ya te he dicho que firmando mamá no colaba.

—Bueno, Ignacio, ¿podrías?

—¿Me estás pidiendo que lo intente, padre?

—No, hijo, creo que no. Solo quería saber si ese tipo pedía un imposible.

—Ya.

—¿Podrías?

—No lo sé.

—¿Quieres decir que tal vez?

—No lo sé, padre. Hay algunas fáciles, y otras más difíciles.

—Pero, cómo, ¿es que alguna vez has reventado algún acceso?

—Sin practicar no se aprende. Y no te me escandalices, que eso es corriente. Aquella vez que nos quedamos sin conexión te intentaste colar en la red de los vecinos de arriba.

—¡Papá!

—Probé un par de veces, y para nada, Begoña. Tenía una cosa a medio hacer y llevaba prisa. A ver, Ignacio, ponme un ejemplo de fácil.

—La del Ayuntamiento. Es de chiste. O la de tu banco. De subnormales.

—¡Ignacio!

—Mi afición es abrir la puerta, no pasearme por dentro. No me sermonees, madre.

—Dime una difícil.

—Las de las compañías telefónicas. Suelen tener a gente competente.

—Pero las abriste.

—Una. Las otras se resistieron. Lo probé una semana y me harté. Ahora estoy muy ocupado.

—¿Esto es lo que enseñas a tus alumnos, Ignacio?

—No sigas por ahí, padre.

—Pero es que lo que sabes no es corriente. Podrías...

—*Cagondiez*, padre. ¿Ni con lo que nos ha caído te puedes contener? Me voy a la cama. Estoy cansado. Ya me informaréis mañana de lo que hayáis decidido. Buenas noches.

—Eres un caso, Gerardo.

—¿Por qué?

—Ahora cada día le tocas la fibra.

—¡Qué fibra ni qué ocho cuartos! Es que me comen los demonios. ¿Tú has visto? A Ignacio se lo rifarían, con lo que domina, y ahí lo tenemos, perdiendo el tiempo.

—Ignacio no está perdiendo el tiempo, papá.

—Tú no te metas en esto, niña, y procura hacer un buen bachillerato y escoger bien la carrera.

—Pues ser maestra de párvulos no me disgustaría.

—¡Acabáramos! Sobre mi cadáver, Begoña.

—Pero, Gerardo, ¿qué dices?

—¿No has oído a la niña, Magdalena? Pero ¿qué es esto? ¿Una familia como debe ser o una escuela de magisterio? ¿Por qué no nos dedicamos también tú y yo a hacer de maestros de escuela, mujer? Venga, entre todos montamos un colegio.

—Vale ya, Gerardo, no te burles más.

—Pero ¿es que ninguno de mis hijos se va a dedicar a algo serio?

—Pues me hago actriz.

—Lo que sea, hija mía, pero hazte a la idea de que, en esta casa, el cupo de

maestros ya se ha sobrepasado. Tendrás que pensar en cualquier otra profesión.

—Gerardo, vamos a dejarlo, que tenemos otras cosas en la cabeza.

—¿Qué le digo al señor López si me llama, mamá?

—Nada, no le vas a decir nada, porque tu teléfono me lo quedo yo.

—¡Ni loca!

—¡Niña!

—Pero, mamá, que no puede ser. ¿Cómo voy a salir sin teléfono? ¿Cómo llamo o me llaman? ¡Menuda mierda...!

—Magdalena, tú serás la primera que querrás tener a Begoña localizable. Vamos a hacer otra cosa. Te voy a dar el que yo he comprado esta tarde. Quería probar con uno limpio, pero mejor que lo uses tú. Tiene saldo y está a punto. Toma, Begoña.

—Pero, papá, ¿qué es esto? ¿Dejarás que tu hija vaya por ahí con este trasto? ¡Si tiene botoncitos! Esto ya no lo lleva nadie. Y azul, encima.

—Vamos, Begoña, serán dos días. Déjame anotar el número. Magdalena, guárdatelo tú también. Al menos sabremos que desde este teléfono nos hablará Begoña.

—¡Hostia! ¿Y mis amigas? ¿Adónde me llaman?

—No seas ordinaria, Begoña. Dos días. Y no vayas dándole el número al primero que pase, que luego lo tiene que utilizar tu padre y tus novios se llevarían una mala impresión. No te me enfades, que es broma.

—Mañana te acompañaré yo al colegio. ¿La puedes recoger tú, Magdalena?

—No me hagas esperar, Begoña. Estate ahí a la hora en punto.

—Mañana había quedado...

—Cámbialo, hija, por favor. Durante dos días vamos a tomar precauciones y a abrir bien los ojos. ¿Estamos?

—Vosotros mandáis, como siempre. ¿Por qué no llamáis a la policía y ya está, y yo podría hacer vida normal?

—Eso es lo que tu madre y yo vamos a discutir cuando te vayas a tu habitación.

—Vaya indirecta, papá.

—Que descanses, hija.

—Buenas noches, Begoña.

—Buenas noches. Y no os preocupéis demasiado.

—*[Lo que se tiene que agachar esta niña para darme un beso. Estoy segura de que ya ha pasado del metro ochenta. Y eso que la pediatra me dijo que ya había crecido todo lo que tenía que crecer. La pediatra. Vaya. Le sacaré una cabeza. Begoña se nos ha hecho una mujer y apenas me he dado cuenta]*. Ya ves qué buenos consejos nos da nuestra hija, Gerardo. Y qué guapa nos ha salido.

—Qué extraño. Lo último que ha dicho me ha sonado adulto, por primera vez.

—Ya es una mujer.

—Por muy alta que sea no consigo hacerme a la idea de que crezca. Será la deformación de padre. Me ha chocado la despedida porque no correspondía a la

imagen que tengo de ella.

—Tendrás que acostumbrarte, y deprisa.

—[*Me costará. Durante el desayuno le alargó la mantequilla o las tostadas, como he hecho toda la vida: «Come, mi pequeña Begoña, que así te harás mayor» y, de golpe, veo a una desconocida. No, una desconocida no. Veo a mi Begoña levantarse con el plato a medias, y me dispongo a recriminarle que está en época de alimentarse, y la veo con ropa nueva, o nueva para mí, con sus piernas largas, tan largas, sus caderas, su moda de dieciséis años pensada expresamente para lucir. Su cintura de avispa (¿por qué cada día tiene que ir enseñando el ombligo a todo el mundo?) y más pecho que Magdalena. Me costará acostumbrarme. No entiendo que sea carne de mi carne*]. Perdona, me he quedado absorto. ¿Qué vamos a hacer, Magdalena?

—No lo sé, Gerardo. Llamar a la policía, por ejemplo. Supongo que eso es lo mejor. Pero tú no estás convencido. [*Yo, tampoco*].

—No. Para empezar, mi trabajo. Quiero decir, mi relación con la Policía por mi trabajo. Una persona normal lo denunciaría y se quejaría de que no le harían suficiente caso, o que no se moverían lo bastante. Yo temo lo contrario. Que por un sonado me monten (nos monten) un numerito de padre y muy señor mío. Que nos intervengan los teléfonos, nos pongan escolta, nos mareen todo el día y me cambien la agenda.

—Especialmente eso. Que te cambien los planes. [*Cómo no. Los planes laborales del señor son sagrados*].

—No sé por qué lo dices en ese tono, Magdalena [*que parece que lamentes que tenga grandes responsabilidades. No todos podemos ser como tú, o como Ignacio, sin ir más lejos*]. Hasta final de año, por lo menos, lo tengo muy complicado. Normalmente lo principal es preparar el viaje a Viena, que no es poco y, para que veas, eso ahora lo tengo en segundo plano, con los dolores de cabeza que me da la número seis [*y sus putas barras*].

—¿Y qué tiene que ver con la Policía?

—Salta a la vista, mujer [*que a veces parece que se te embote el razonamiento*]. Si un policía suma centrales nucleares y amenazas, a ver qué le va a dar.

—¿Nos han amenazado?

—No, claro que no, pero ese sería el resumen que haría. Así de dotados están. Alarma segura, patosos por en medio, órdenes de zopencos. No es forma de trabajar.

—A pesar de todo, ¿no sería mejor prevenir? [*¿A pesar de tener que verte rodeado de seres intelectualmente inferiores, pero con pistola?*].

—Sí, claro, prevenir. Puede que tengas razón [*con una probabilidad de uno a diez mil*]. Vamos a suponer que los pongo al corriente [*porque no me atrevo a confesarte que esta mañana me había jurado que llamaría a ese Plaza*]. ¿Qué les decimos?

—Que nos amenazan, según tú.

—No tergiverses mis palabras, Magdalena. Te he dicho que lo de la amenaza

sería como lo sintetizaría el común de los policías [*cortos de entendederas*]. A ver, mira, busco el teléfono de ese Plaza y levanto el auricular. ¿Qué le digo?

—¿De quién hablas?

—Plaza es el enlace de la Policía con el consejo. Las veinticuatro horas del día. Ahora estará con la parienta, mirando la tele. ¿Qué le diríamos?

—Que nos ha llamado un iluminado. [*Ya estoy viendo que tienes muy pocas ganas de decírselo a nadie. Espero que no tengamos que arrepentimos*].

—Detalladamente, Magdalena. Vamos a hacer bien las cosas. Explícale la situación a alguien que no sabe nada del asunto y que ni nos conoce.

—Que hemos recibido cinco llamadas de un desconocido.

—¿Cinco?

—Bueno, cuatro y un mensaje. Dos a ti, el mensaje a Ignacio y una a cada una de nosotras dos. La mía, doble. Las llamadas siempre emitidas desde nuestros teléfonos.

—¿Qué cara crees que pondrá? ¿Qué cara crees que pondrías tú en su lugar?

—Suenan extraño, es verdad.

—¿Qué pruebas tenemos?

—El mensaje a Ignacio.

—Firmado por ti.

—Yo siempre firmo con mi nombre.

—Dudo que eso impresione a Plaza o a tipos como él, pero en fin. Tenemos tu mensaje. ¿Qué más?

—No es mi mensaje. [*Qué retorcido eres a veces, Gerardo*].

—Lo que tú digas. ¿Qué más?

—Las llamadas que hemos recibido. ¿Te parece poco?

—Si para nuestros aparatos las llamadas procedían de la propia familia, lo mismo dirá el registro de las compañías. Pero sigue.

—A Ignacio le han pedido que reviente el acceso a la planta estatal de residuos.

—Formalmente se lo has pedido tú...

—Y dale.

—Y la petición era acceder, no colarse.

—Vamos, Gerardo, ¿a quién quieres engañar?

—No es eso. Trato de hacerme cargo de la situación. No nos han amenazado.

—Lo último que me dijo se parecía bastante.

—¿Qué último?

—Que había escogido a nuestra familia y que no podíamos hacer nada para evitarlo. No resulta demasiado amigable.

—Oye, a mí todo esto me gusta tan poco como a ti. Lo que trato de defender es que, ahora, avisar a la Policía no va a servir sino para empeorar la situación. Ha dicho que no debemos pedir ayuda, ¿no? Pues vamos a hacer caso. No ha pasado nada, excepto unas llamadas extrañas. No nos ha exigido nada. Tampoco se trata de ninguna rencilla del pasado...

—¿Qué? [*¿Por dónde me sales ahora?*].

—No, me refiero a que este individuo ha salido de la nada, no del túnel del tiempo...

—No sé de qué estás hablando, Gerardo.

—Joder, Magdalena, pues no sé cómo decirlo más claro. Estaba descartando en voz alta el caso de que alguien ofendido en el pasado volviera a ajustar las cuentas.

—¿Tú tienes de eso?

—Todos tenemos de eso. Incluso los que no lo saben. A ver si te crees que entramos en esta vida con guantes blancos y que pasa el tiempo y siguen impolutos.

—¿Así que sospechas que ese López puede ser alguien a quien hayas perjudicado en el pasado?

—Pero ¿qué castillos en el aire te estás levantando, Magdalena? Yo he dicho justo lo contrario [*y ya me estás sacando de quicio*]. Hasta he perdido el hilo.

—Que nos quedemos callados y esperemos el siguiente paso de ese López.

—Así que, ¿estamos de acuerdo?

—Qué remedio. [*Después de lo que hemos hablado tengo más ganas de contárselo a la policía que antes*]. Tampoco hemos llegado a ninguna conclusión sobre si este tío es así o asá, o de aquí o de allá. ¿Tú te has fijado si utiliza el plural?

—¿Qué?

—Sí, hombre, si utiliza el yo o el nosotros. No sé por qué se me ha ocurrido preguntarme si es uno o varios.

—Importa poco, hazme caso. La semana que viene ni nos acordaremos. Anda suelto mucho loco, y nos ha tocado uno de ellos. Un tío joven, disimulando la voz, con pasta, con tiempo libre para perder y hacer perder. Aún será un conocido de Ignacio, de esos que se hacen en la Red sin haberse visto las caras en su vida. Y solo. Seguro. [*Aunque no sé por qué tan seguro. Lo digo para tranquilizarla y, de propina, para tranquilizarme yo. No me he fijado si hablaba por uno o por varios. Diría que uno, pero lo que ha hecho, ¿puede ser cosa de una persona? ¿Por qué me han parecido diferentes las dos llamadas?*].

—¿Cómo puede estar tan informado, Gerardo?

—¿Tan informado? [*Me hago el ignorante por inercia, o por cubrirme la retirada, porque si hay algo que me preocupe en todo esto es justamente cómo ese sujeto sabe tanto*].

—Sí, Gerardo, sí. Parece que me hagas hablar a propósito. ¿Cómo conoce la destreza de Ignacio? ¿Cómo averigua que a determinada hora estoy a punto de comer, o que hay problemas laborales en Sanatea? ¿Cómo te puede localizar en medio de un viaje? Quiero decir, ¿cómo sabe que estás donde estás?

—¿Cómo voy a adivinarlo?

—Pues eso es inquietante y, ahora que lo vuelvo a pensar, podría ser causa suficiente para llamar a la policía.

—Me hablas de dos pesadillas. Una: estar a la espera de que nos llame un

desconocido que está como una cabra, aunque inofensivo. La otra: embarcarnos en un sinfín de gestiones, molestias e incertidumbres; la principal, que tampoco tenemos la garantía de que López nos dé tregua.

—Lo que llega a saber de nosotros no me parece tan inofensivo.

—Vamos a ver, Magdalena. Lo que Ignacio es capaz de hacer con un ordenador no es un secreto. ¿No crees que por la propia naturaleza de su habilidad lo debe de saber una docena, un centenar o un millar de otros como él repartidos en medio mundo conectados a sus máquinas y que comparten aficiones? Respecto a tu comida, hombre, qué quieres que te diga, era el mediodía, y tampoco cuesta llamar un día, preguntar por ti, «ay, ha salido a comer, ah, ¿sí?, ¿a qué hora la puedo encontrar?». No parece comprometido. Sobre los problemas laborales de Sanatea, tres cuartos de lo mismo. Atiende: el otro día, en el círculo, éramos menos de quince personas en el salón principal. Oye, pues un mínimo de tres estábamos al corriente. Calcula. Lo de localizarme a mí no tiene mérito, por el móvil. Saber que estaba en la número seis ya es harina de otro costal.

—Si esto no es casual, puede que lo demás tampoco.

—Ahora estaba pensando... ¡Pues claro! Un día lo tengo que probar. Mira, suponte que alguien llama al consejo preguntando por mí. Está de viaje, ¿de parte de quién? Se inventa cualquier cosa y le pasan con mi secretaria. Beatriz es un poco pava, ya lo sabes.

—Eso me dices siempre, aunque como bien recordarás no la conozco [*cosa que siempre me ha dejado con la curiosidad insatisfecha. Me has presentado a medio consejo, por arriba y por abajo, pero con la tal Beatriz solo tres palabras de cortesía y por teléfono. Prefiero pensar que es coincidencia*].

—No te pierdes mucho [*y salgamos de este tema*]. Mi nombre, mi cargo y mis funciones principales están colgadas en el organigrama de la página del consejo. Si estoy de viaje, ¿dónde, si no a una central? Me apuesto lo que quieras a que si López tira el anzuelo y pregunta «¿Está en la número dos?», a Beatriz le falta tiempo para rectificarle y, de paso, ponerle en la pista correcta. Reconozco que esta mañana me ha impresionado no solo que supiera mi paradero, sino que estaba reunido con Fernando Redondo. Ahora veo que no era tan difícil. ¿Con quién iba a reunirme yo, si no era con el director? ¿Con el ordenanza?

—Ya. [*Ya, Gerardo. No pierdes ocasión de resaltarte el tronío*]. Me dejas más tranquila. [*Por muchas explicaciones que me des, y por verosímiles que sean, no me saco de encima la mala espina*].

—No acaba ahí. La seis es estatal. Los cargos directivos aparecen en el boletín oficial. Tomándose un par de molestias, ese López puede presumir de omnisciencia, cuando solo es aplicado. [*Hablando, hablando, casi me he convencido de que no hay nada extraordinario en todo el asunto y que hemos estado exagerando. Casi*].

—Así que ¿está todo explicado?

—Cuando menos se puede descartar que sea un villano con superpoderes o un

enviado de Dios enfurecido.

—No veo que quepan las bufonadas en esta situación, Gerardo.

—Venga, mujer, solo intento convencernos de que no es nada del otro jueves.

—Entonces, ¿qué?

—[*¿Sinceramente? No lo sé. Sí sé que me intranquiliza pensarlo; por eso intento evitarlo. Me siento vulnerable. Por mí, por ti y por los chavales. Pero ahora no me puedo permitir el lujo de elucubrar. Por lo tanto, urge que también a ti te lo saque de la cabeza*]. ¿Cómo quieres que lo sepa? Solo veo la explicación del enajenado obsesivo, alimentado por un exceso de películas y fantasías. Tenemos que confiar en que se cansará antes...

—¿Antes de qué?

—¡No lo sé, Magdalena! [*Sí lo sé, lo que iba a decir, pero no te lo voy a decir*]. Antes de dos días. [*No te voy a decir: antes de que se dedique a concretar lo que él llama colaboración*].

—No eres sincero. Te lo noto. [*Te leo el pensamiento. Ibas a decir: antes de que se ponga violento, o antes de que pase a la acción. Antes de que lamentemos no haber puesto remedio*].

—No seas pejiguera, Magdalena. [*Algo tengo que improvisar, no vaya a darle el amén si me callo*]. Si te empeñas, te diré que lo que busca ese tipo es asustarnos para impresionar a Ignacio y conseguir un par de servicios.

—¿De qué estás hablando, hombre de Dios? [*Cuando se ve acorralado, este hombre es capaz de defender la primera estupidez que le viene a la cabeza*].

—Piénsalo un momento. [*Creo que no va a ser difícil dar consistencia a eso que me ha venido de sopetón*]. Ignacio ha sido el único que ha recibido un encargo. Hace un rato se lo has oído a él mismo: es capaz de colarse hasta en la base de datos de un banco. ¿Cuántos no pagarían por hacerse con esa llave, o tratarían de coaccionar a quien la posee?

—No me asustes, Gerardo.

—No seas así, mujer. Si he acertado y es eso, es el momento de alegrarse y respirar hondo. Es un sarampión de nuestros días. La nueva faceta de los chorizos que ha habido en cualquier tiempo, ahora revestidos de la modernidad informática. Por una foto, una descarga, una conversación o un mensaje incómodo o, como parece ser nuestro caso, una pericia algo oscura pero evidentemente valiosa.

—Sueno muy razonable, Gerardo. Lástima que no me lo creo.

—[*Yo, tampoco. ¿Qué esperabas?*]. Ni falta que hace. No tengo por qué haber acertado. Tan solo intento dar una explicación, no «la explicación». [*Y me estoy cansando de tanto probar. O cortas tú, o corto yo*].

—[*Mejor lo dejamos. Me sé de memoria lo que significa ese rictus en la boca de mi marido. Mañana...*]. ¡Qué susto! Creía que había apagado el maldito teléfono. A ver. Mensaje. Mira, Gerardo, tu hija ya ha estrenado su teléfono nuevo: «Buenas noches». ¿Qué hago? ¿Se lo agradezco o la regaño por el susto?

—Dale un beso de mi parte. [*No sé qué sería de nuestras vidas sin estas pequeñas satisfacciones. Mucho López y mucha llamada, pero no dejo de pensar en la número seis. Eso sí que es un problema nacional, coño, y no otras cosas que no pasan de paparruchas. No sé qué voy a hacer. Antes de hablar con el ministro he de tener preparada una solución; mejor: dos. Mañana convocaré a la directora de El Petril para hacerme...*].

—¡Gerardo! El mensaje no lo ha escrito Begoña.

—Tienes que comer, Bego.

—No tengo hambre.

—Aun así no te puedes saltar cada día el desayuno.

—Ya hago demasiadas cosas a la fuerza.

—¿Qué cosas? A ver, dime, ¿qué cosas?

—Levantarme de la cama. O vestirme. Venir al colegio.

—Pero, eso, todos.

—Pues bueno.

—Estás pálida, Bego.

—Estoy mareada. Y me duelen los ovarios. [*Y la camiseta que llevas es mona, y te queda mona, pero espérate sentada a que te lo diga, Espe, porque te la has copiado descaradamente de la mía azul y no has abierto la boca ni me lo has reconocido. Y eres capaz de creerte que tú la tenías antes*].

—¿Te ha venido la regla?

—Encima, eso [*y me acaba de bajar un porrón, y me tendría que cambiar el tampón, y no me da tiempo, y no le voy a pedir permiso al de Física para ir al servicio dándole explicaciones, que es capaz de acompañarme*].

—Feliz tú.

—¿Qué te enrollas, Espe? Ahora me entero de que disfrutas sangrando por el coño. Menuda cruz.

—Voy dos días tarde.

—¿Dos días? ¿Me tomas el pelo? ¿Tienes ovarios o relojes suizos?

—Yo me conozco, Bego, y soy muy regular.

—Ya te vendrá, tía. Cualquiera diría. Ni que hubieras echado un polvo a saco. [*¿Hay algo que yo no estuviese dispuesta a hacer por Enrique? Si supiera que eso lo haría mío...*]. Pero ¿por qué lloras, tía? No me digas que... Pero... ¿con quién? [*Esta sí que no me la esperaba. Vaya con la mosquita muerta*].

—Con Ricardo.

—¿Quééé? ¿Con Ricardo? ¡Pero si os conocisteis el otro día! Quiero decir, salía conmigo, y tú fuiste a... ¿Fue ese día? [*¿No tienes fuerzas para hablar? ¿Solo para mover la cabeza? Y la pelvis, claro*]. Pues no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Bego? ¿Necesitas un dibujo o es que has olvidado de dónde vienen los niños?

—Nos han cerrado la puerta, Espe.

—A la mierda la clase siguiente. Me voy a la cafetería hasta la de las doce. Tú haz lo que te dé la gana.

—Voy contigo. Oye, Espe, ¿cómo es que no tomasteis precauciones?

—No sé. Un clavo no se prepara como una excursión, a ver qué necesitaré y a ver qué me falta. A veces se presenta y basta, y hay que montarlo a pelo, o dejarlo escapar. Él no llevaba goma [*porque te esperaba a ti, y tus límites son conocidos por todos*], y yo menos. [*No me los olvidé. Me dejé los preservativos adrede en casa, para no tentarme, porque yo a Ricardo le tenía ganas de antemano*].

—¿Qué vais a tomar, chicas?

—Coca-Cola.

—Coca-Cola y un bollo de crema.

—Ahora os lo traigo.

—Joder, Bego, tiras el bocadillo de lomo y ahora me sales con un puto bollo de crema.

—Es la regla. Tengo tan poca hambre como antes, pero ahora me ha dado un no sé qué en el estómago que me va a matar si no lo distraigo. Voy al lavabo.

—[*Me noto diferente a ti, Begoña, lejos de tus (de nuestras) travesuras, distinguiendo entre el hambre y las ganas de comer, y entre sexo a base de lenguas o a base de todo. Ahora me siento mujer, y no niña. Ansiaba este momento, pero no lo esperaba así. No sé si me gusta. No me gusta. Me parece que esto no es normal. No he cumplido los diecisiete y ya añoro la adolescencia. Ni que tuviera veinticinco o treinta. Por ahí vuelve Begoña. Lástima que se pinte y se arregle tanto. A mí, desde luego, me van los tíos, pero esta chica está que le ha de gustar hasta a una gaviota*].

—Cuenta, tía.

—¿Qué quieres que te cuente? [*¿Me envidias o te alivias?*].

—Pues no sé. Cómo pasó. [*Me muero de ganas de oírlo, aunque no sé si te envidio el polvo o me alivio por no estar en tu piel*].

—¿Es que no te has puesto nunca cachonda, Bego, o qué?

—Joder, tía, que eso no pasa cada día, al menos por ahora. Pero, si no quieres, no me lo cuentes. Te consuelo y nos volvemos a clase.

—Qué bruta eres a veces, Bego. Te ha quedado crema en la barbilla.

—Hostia, me sabe a maquillaje.

—Hablamos, bebimos, nos besamos. Me puso a cien. A cien. Salimos del local y, sin decir palabra, nos fuimos al coche. El de su padre, me dijo. Uno grandote. Condujo hasta la Ensenada, ya sabes. Diez minutos. Iba rápido. A mí me daba igual si se dirigía a un sitio que a otro. Le puse la mano en el muslo. Más que nada para no ponérsela donde tú imaginas, que es donde yo quería palpar, pero tenía miedo de distraerlo y comernos un pino. Aunque no pude evitar ir subiendo hasta la ingle. Paró y se quedó mirando al frente. Le propuse pasar a los asientos de atrás. Y ya está.

—¿Ya está?

—Hostia, Bego, que no grabé la película. Lo que sí te puedo decir es que si de alguien fue la culpa, fue mía. Yo no sé qué pollas me dio esa noche, pero cuando me tocó por encima del pantalón, casi me corro.

—¡Hala!

—Calla, burra, y si se lo cuentas a alguien, te mato. Y es raro, porque a mí, conmigo, sola, quiero decir, me lleva mi tiempo. Nada de mirarme, tres pasaditas y a gozar. Qué va. ¿A ti te cuesta?

—Espe...

—Hostia, Bego, tú me tiras de la lengua para que te describa al milímetro mi desvirgamiento...

—¿Eras virgen?

—¡Toma, claro! No me dirás que estás harta de hacerlo.

—No, pero...

—Pero ¿qué? ¿Tengo cara de fácil? Bueno, pues yo te tengo que contar mi primer polvo y hasta puede que mi primer embarazo [*es que me muero si...*], y tú te sonrojas y te haces la estrecha cuando te pregunto si las gallardas te duran dos minutos o veinte.

—Depende. Ayer, cinco minutos. [*Es un decir. Puede que fuesen cinco segundos. Pensar que mi mano era la de Enrique y el chorro de la ducha, el suyo, me llevó al más rápido de mi vida*]. Normalmente, más. Alguna vez se me pasa, y lo tengo que dejar.

—Normal. Bueno, pues el otro día perdí la tierra de vista. Él me advirtió, quería salir antes de acabar, pero yo le hubiera cortado la cabeza antes de permitirlo, así que le pegué tal palmetazo en el culo que me soltó una arremetida con la que nos corrimos juntos.

—¡Ostras, qué fuerte! Me ha dado un tironcillo, y todo.

—Sí, cojonudo, pero Ricardo está acojonado, y yo bien cogida.

—¿Qué vais a hacer? [*Es lo mínimo que puedo preguntar, Espe, guapa. Por gusto te preguntaría si os vais a casar, o qué nombre le pondréis, que es una chufla chula, pero creo que te lo tomarías por la tremenda y no tengo otra amiga como tú*].

—¿Vais? No es asunto de dos, Bego, sino exclusivamente mío.

—Habréis hablado.

—No. Digo que está acojonado por la cara que puso después, las medias palabras que cruzamos y los mensajes que me ha enviado desde entonces. Ni siquiera le he respondido.

—Ahora sí que no lo entiendo.

—Hostia, Bego, lo haces a propósito, para hacerme hablar.

—¡No! [*Bueno, un poco, pero sin mala intención. No muy mala*].

—Ricardo y yo no nos queremos...

—¡Espe!

—Mira que me largo, ¿eh? ¿Quién te ha enseñado que hace falta quererse para follar? Desearse, eso es lo suyo. Y ahora...

—¿Lo vas a tener? ¿Por qué me miras así? Pero... no te vayas, Espe...

—¡Suéltame!

—Por favor, por favor, perdona. No sé lo que me digo...

—Para empezar: solo tengo un retraso de dos días en la menstruación, no una barriga de ocho meses. Y para acabar: si la semana próxima no me ha venido, me voy directa a la farmacia.

—¿Sin consultar a Ricardo? ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Venga, Bego, explícame cómo estaba tu bollo y vamos a dejar a mi útero que descanse. No te tendré en cuenta las burradas que me has llegado a soltar [*so zorra, que parecía que deseabas ser madrina de la boda y del bautizo*] por lo afectada que me has dicho que estás. ¿Te das cuenta? Lo tuyo es amar; lo mío, cardar. Lo tuyo es romántico; lo mío, físico. A ti te rompen el corazón; a mí, el himen. Así que explícame los vaivenes de tu pasión y las lágrimas de mandarina que te provoca tu príncipe Enrique.

—No te burles, por favor, Espe [*que estoy muy tierna y muy enamorada*].

—No me burlo, tía. [*No más que tú, cara bonita, y ahora me toca a mí*]. ¿Estás enamorada o no?

—Nunca me había dado así, Espe.

—[*No, qué va. El curso pasado, hasta dos al mismo tiempo*]. Ya. ¿Y qué? ¿Cómo os va? Estaréis los dos colados. Fenómeno.

—Yo, sí. Él, no sé.

—[*No me creo que tu encanto flojee. Claro que una cosa es desearte y otra muy distinta quererte*]. No me puedo creer que se te resista.

—Hostia, tía, ni que fuese una dominadora o un insecticida.

—[*Casi, casi*]. Pero si me dijiste que aquella noche os había ido tan bien...

—Sí, pero desde entonces...

—Ahora que lo dices: hoy he pasado el recreo contigo y no lo hemos visto. [*¿No te importa que hurgue un poco en la herida, verdad, mona?*]. Es raro. Y hoy ha venido, ¿eh?, que hoy ya llevo dos clases con él. ¡Hostia, Bego, no te me pongas a llorar tú ahora! [*Mejor aflojo o voy a acabar enternecida y llorando con ella*]. Ya sabes cómo son los tíos.

—Unos cabrones.

—En una palabra no se puede decir más: unos cabrones.

—¿Qué hago, Espe?

—¿Le has llamado?

—No.

—¿Y a qué esperas?

—Es él quien ha de llamarme a mí.

—¿Serás antigua? ¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Nadie. Yo nunca he tenido que llamar.

—Caramba con la señora. [*Te tienes bien merecido tropezar con la horma de tu zapato, ya*]. Pues ya va siendo hora de aprender.

—Parecerá que le voy detrás.

—¿Y no es eso? Tarde o temprano a todos y a todas nos toca el turno.

—¿Y qué le voy a decir? ¿Que por su culpa no como ni duermo? ¿Que me muero por sus besos? ¿Que es un cerdo por no haberme llamado? ¿Que nunca nadie me había humillado así?

—A ver, mejor las dos primeras; peor las dos últimas. Mejor te pones cursi que grosera o sincera. Pero ¿por qué dices humillado?

—Porque me envió un mensaje proponiéndome ir a jugar al billar.

—¿Me tomas el pelo, Bego? ¿No me habías dicho que no sabías nada de él? Y, además, ¿invitarte al billar es humillante?

—Pues sí, tía, porque a mí el billar me la suda, solo he visto una mesa de esas por la tele, me parece complicadísimo y una chiquillada a la vez, y me parece una forma ridícula para quedar conmigo.

—Hostia, Bego, estás peor de lo que pensaba. ¿Qué querías, una cena en París? Estás tonta, tía. ¿Y qué le respondiste?

—Paso.

—¿Quéééé?

—Mensaje corto. ¿No se dice así? Pues eso, corto. Paso. Con cuatro letras no se lo podía decir ni más completo ni más claro. ¿Qué? [*¿Qué hubieras hecho tú? ¿Tomar lecciones y perder el culo por meterme en un sótano lleno de mesas de billar?*]. ¿No hice bien?

—Estás tonta, Bego. De remate.

—¿Por qué?

—Te merecerías que te hubiera enviado a hacer pimientos. Yo, en su lugar, te hubiera respondido: «Y yo paso de ti».

—No me asustes, Espe. ¿Tan grave crees que es?

—Si todavía quiere saber algo de ti será porque lo tienes bien agarrado. Pero que muy bien agarrado. De otra forma habrás conseguido cargarte el ligue del año en una sola cita.

—No me digas, no me digas, no me lo digas. [*¿Será verdad que he perdido a Enrique para siempre? No lo voy a poder soportar*].

—Cálmate, Begoña. [*Ahora me tocará zarandearla. Y el de la cafetería, disfrutando con nuestros lloros*]. Tranquilízate. Ya se arreglará.

—¿Cómo, Espe, cómo? ¡Hostia puta, no me he acordado de apagar el teléfono! ¡Es mi hermano! ¿Qué habrá pasado? ¿Ignacio?

—Hola, Begoña. Soy López.

—¿López? ¿Qué López?

—¿Qué López, Bego?

—Calla, Espe, que ahora caigo.

—Mejor, Begoña. Recordarás que intercambiamos unas palabras hace poco. Te quería pedir un pequeño favor.

—¿Un favor?

—Nada, una cosa sin importancia.

—Oiga, mire, será mejor que cuelgue. Ya hablaré con mis padres.

—¿Qué pasa, Bego? ¿Qué le pasa a tu hermano?

—Calla un momento, Espe.

—Espera, Begoña. Unos instantes. Oye lo que te tengo que decir y después, si quieres, cuelga sin responder.

—Voy al lavabo, Bego.

—Te espero fuera, Espe. ¿Sigue ahí?

—Claro, Begoña.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Congraciarme contigo.

—¿Qué?

—Intercambiar pequeños favores. Muy pequeños. Necesito que me aconsejes.

—¿Que le aconseje?

—Eso es. Tengo que hacer un obsequio a Ignacio y voy algo desorientado.

—¿Un regalo? El cumpleaños de mi hermano cae bien lejos. ¿A qué viene el regalo?

—Tú sabes que las personas se regalan cosas en otras ocasiones. Para corresponder, o para agradecer algo, o para demostrar aprecio. En mi caso es para devolver algo que ha hecho por mí. Ignacio ha sido muy amable, y quiero que lo sepa. Tenía un pequeño problema informático y tu hermano me lo ha solucionado casi al instante. Digo pequeño problema, pero para mí era grande, así que quiero quedar bien. Por eso se me ha ocurrido recurrir a ti.

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—¿Tú no prefieres regalar y que te regalen cosas por sorpresa? Seguro que sí. Podría regalar a ciegas. Un ordenador portátil, por ejemplo, pero preferiría ir sobre seguro.

—Todavía creo que es mejor que lo hable con él, o con mis padres. Voy a colgar.

—Favor por favor.

—¿Qué?

—Creo que lo que te pido no es nada malo ni difícil. ¿Nunca has ayudado a nadie a elegir un obsequio? Solo es eso. Además, te lo he prometido. Tú también me vas a hacer un favor, y yo te lo agradeceré generosamente.

—¿Cómo?

—Si no tienes inconveniente, te pagaré por tu consejo.

—¿Qué dice? ¿Que me va a dar dinero por decirle qué le puede regalar a Ignacio?

—No, pequeña. Créeme que no te arrepentirás. Te gustará más que el dinero. Begoña, tengo poco tiempo, y tu amiga se reunirá contigo enseguida. Hazme este favor. Te lo ruego.

—Música.

—¿Música? ¿Quieres decir que a Ignacio le gusta la música?

—Sí, pero rara.

—Rara.

—Sí, ópera, creo. Pero no la ópera normal. Más o menos eso dice él. Ópera con muchos años. No sé a qué se refiere y no me gusta, así que no sé afinar más.

—Perfecto, Begoña. Creo que será suficiente. Yo también sumo muchos años y con eso tendré bastante.

—Pues si ya está contento, ahora sí que voy a colgar.

—Un momento, Begoña. Primero te quiero dar las gracias.

—Ya me las ha dado. Adiós...

—Espera, pequeña. Recoge el taco.

—Se me hace tarde. ¿Qué dice del taco?

—En la recepción del colegio, a la salida, tendrás un paquete a tu nombre. Así verás que mi agradecimiento es sincero.

—¿Qué voy a hacer con un taco? ¿Un taco de qué?

—Begoña, es un taco de billar. Un taco McDermott Sedona. El palo largo con el que se golpean las bolas de billar se llama taco.

—¿McDerno?

—No. McDermott. Es la marca. Puede que a ti no te diga nada, pero cualquier aficionado la conoce y la aprecia.

—Y yo, ¿para qué quiero...? [*Joder, pues claro*].

—Mi regalo es para regalar, Begoña. He pensado que podrías encontrar entre tus amigos a alguno que le guste ese juego.

—Pero ¿cómo...?

—¿Qué importa, Begoña? Te garantizo que quedarás bien. Muy bien.

—Hasta que no me diga quién le ha soplado...

—Eso no tiene importancia. Sin embargo, ya que insistes... ¿Sabías que las orejas no paran de crecer en toda la vida? ¿No te has fijado en que muchos ancianos las tienen desmesuradamente grandes? Antes ya te he confesado que acumulo años, así que tengo unas orejas desproporcionadas. Enormes.

—Ya veo que todo es un engaño.

—Por si acaso no olvides pasar más tarde por la recepción para recoger el taco. Tu taco. Y ahora te tengo que dejar, Begoña.

—Yo también me tengo que ir.

—Una última cosa. Una sugerencia. Hemos hablado unos pocos minutos y hemos intercambiado dos pequeños servicios. ¿Te importaría mantener la discreción?

—¿Qué quiere decir?

—Que guardes el secreto, si se puede llamar así. Te lo digo porque necesito hacer uso de tu recomendación sin que nadie se entere. Respecto a mi regalo, supongo que durará poco en tus manos, así que no es necesario que yo aparezca en esto para nada. En realidad la parte principal de mi obsequio es que parezca tuyo. ¿Me comprendes?

—Sí. [*Le comprendo y me tienta*].

—Tú decides, pero tanto tú como yo sacaremos más partido a lo que ahora

tenemos si queda entre nosotros. Buena suerte.

—¿Todavía estás hablando por teléfono, Bego?

—[*¿Qué hago? ¿Largo o muerdo?*]. No, es que al final he tenido que llamar a Ignacio, porque alguien se ha cruzado.

—¿Qué?

—Alguien que se ha equivocado, y su número se parecía que te cagas al de mi hermano.

—Entonces, ¿por qué le has llamado?

—[*Vaya con la niña; ya me ha pillado*]. Como asesor sentimental. Tiene mucha experiencia. [*Vaya mentira idiota. No sé dónde me estoy metiendo*].

—Pero ¿qué dices, Bego? [*Se te nota de lejos que troleas*].

—Le he preguntado cómo saco la pata. La he metido, ¿no? Tú misma me lo has dicho. Pues le he consultado, así, desde el punto de vista de un tío, qué puedo hacer para devolver las cosas a su sitio con Enrique. [*Bueno, a lo mejor cuela*].

—¿Sí? ¿Y qué dice? [*¡Qué morro tienes, Bego, no te lo crees ni tú! Como mucho has llamado a tu mamá para que te guíe*].

—Que le haga un regalo.

—No es mala idea.

—Y se me ha ocurrido regalarle un taco. Uno bueno. Un McDerno, o algo así.

—De pronto te has convertido en una experta.

—No es eso. A mí me continúa importando un pito ese juego, pero como es el de Enrique, estuve mirando aquí y allá. Eso, para informarme. Al decirme Ignacio lo del regalo, he atado una cosa con otra [*y vaya imaginación que le estoy poniendo*]. Esta tarde me voy a presentar en el salón de billar con el palo, a ver si así me reconcilio con Enrique.

—[*¿Para qué remover? Que crea que me lo he tragado*]. Buena idea, Bego. Cómprate otro para ti y hasta puede que le cojas afición.

—Oye, Espe, ¿no te has dado cuenta de que la camiseta que llevas es clavada a la mía, la blanca?

—Lo superarás todo, Luisa. Eres fuerte. [*Sin lugar a dudas más fuerte que yo. Ante tu panorama yo no me acurrucaría en un rincón*].

—¿Fuerte? Ya te lo explicaré dentro de dos meses, cuando esto y aquello acaben sumándose. Me tendrás que recoger con pinzas.

—[*No habría para menos*]. ¿Tienes más noticias?

—¿Familia o trabajo?

—¿Cómo tienes las cosas en casa?

—Este fin de semana he cruzado el Rubicón.

—¿Has hablado con Borja?

—Con Borja y con Alfonso. Mejor dicho, con Alfonso y con Borja. Se lo he dicho primero al chico. El sábado por la mañana.

—Se me hace raro.

—Para cubrirme las espaldas, Magdalena. De los tres, él es el más importante; más que yo y más que su padre. Me interesaba, antes que nada, saber que daba el consentimiento.

—¿El consentimiento?

—Entiéndeme. Que no tenía una reacción violenta o de repudio. También necesitaba que Alfonso lo supiera para tapar la boca a Borja. Era el primer argumento que esperaba, que afectaría al equilibrio de Alfonso, y no me equivoqué... de mucho.

—¿Y cómo se lo tomó?

—¿Quién? ¿Borja?

—Alfonso. Borja.

—Alfonso me sorprendió. Como si tal cosa, oye. Yo ya no sé si lo veo más niño de lo que es, si es la influencia ambiental, donde solo ve parejas rotas, o la misma inconstancia de los adolescentes con sus romances. El caso es que creo que le hubiera chocado más si le digo que su padre y yo nos hemos jurado afecto eterno y vida en común hasta la muerte.

—¿Qué te dijo?

—No te lo creerás. Me recomendó que no me preocupara, que buena parte de sus amigos ya lo han vivido, y de niños (como si él fuera un adulto, ya ves), y que ya lo superaríamos. Yo me quedé perpleja. ¿Estaba mi hijo sugiriéndome paciencia y aguante para superar una crisis y salvar mi matrimonio? Me lo notó. Seguro que me lo notó. Enseguida añadió: quiero decir, pronto encontraréis a otro y a otra. Me preguntó cuánto tiempo hacía que conocía a su padre. La respuesta le desbordó hasta el punto de escapársele que le extrañaba que no nos odiáramos.

—Cómo han cambiado los tiempos. [*Begoña me falta al respeto de ese modo y, separada o no, le cruzo la cara. Estaríamos buenos*].

—No le dio importancia a consultárselo antes de dar el paso, ni se la dio al acontecimiento mismo. Ni siquiera se descolocó cuando le pregunté con cuál de los dos preferiría vivir. [*También es cierto que escogí a propósito las doce de la mañana, medio dormido, tras seis horas de sueño y doce de fiesta. En esos momentos sé que puedo decirle cualquier cosa sin que pestañee. Apenas tiene puestos los huesos y su corazón bombea con pereza. Mi pobre Alfonso*].

—Vaya pregunta.

—No fue fácil.

—Ya me supongo que fue un trance para el pobre chico.

—¿Para Alfonso? No. Digo que no fue fácil para mí.

—Ya, eso también, pero...

—Que no, que Alfonso tan tranquilo. Y sensato, ¿eh? Primero se quedó unos segundos callado, pero solo unos momentos, y enseguida me preguntó si solo dependía de él y si lo tenía que decidir en ese instante.

—Parece mentira, tanta madurez.

—Pues hazte cargo de la impresión que recibí yo, que soy su madre. Cuando le contesté que sí, que era cosa suya, y que no, que había tiempo para pensarlo, me preguntó si ya sabía quién se iba a quedar en la casa. Mira. Es que me quedé... ¿Te querrás creer que ni lo había pensado? Y va el niño y me lo pregunta.

—¿Y qué le dijiste?

—Que todavía tenía que hablar con su padre. Y tanto que tenía que hablar, y de la separación antes que del alojamiento. Yo, de tan aturdida que voy, tan obsesionada con una cosa y la otra, ni había reparado en recapacitar sobre algo tan elemental como dónde dormir. En fin. Eso me sirvió para estar más preparada ante Borja.

—¿Fue duro?

—No. Si he de ser franca, fue decepcionantemente anodino.

—¿Y eso?

—Como si yo hubiera tenido el detalle de adelantarme, como buena ama de casa, a los deseos de mi marido. Sin malas palabras, sin reproches. Se pareció más a la planificación de un viaje que ambos quisiéramos realizar.

—Tal vez toda la entereza fue simulación. [*La tuya y la de los demás. No me cabe en la cabeza que anunciar la dispersión de la familia deje a todos indiferentes o bien dispuestos*].

—A mí no me pareció fingido. No sé. Creía que era yo la que estaba harta de Borja, pero parece que él es de la misma opinión sobre mí. Íntimamente esperaba (o deseaba) una escena inolvidable. Un episodio trágico, gritos, lloros, recriminaciones. Incluso algún jarrón por los suelos y un cruce de insultos debidamente iniciado por Borja. Nada de todo eso.

—¿Tan bien se lo tomó?

—[*Maldito sea, demasiado bien, hasta dolerme*]. No se lo tomó mal, o sea, que se lo tomó bien. [*Eres muy oportuna, Luisa. Creo que será lo mejor para los dos*].

Cerdo]. Ecuánime. Práctico. Hablamos de Alfonso. [*Conociéndote, Luisa, doy por descontado que habrás hablado con Alfonso antes de dar el paso. Puerco*]. Hablamos de...

—¿De vuestra vida en común?

—Poco. [*Como si veinte años compartidos diesen para poco más que un «no ha estado mal». Cerdo*]. Puede que solo a las parejas felices les interese el pasado. El resto solo mira al futuro. Hablando de Alfonso, la conversación enseguida derivó a asuntos cotidianos del mañana, no del hoy [*y, menos todavía, del ayer*].

—Un disgusto menos, Luisa.

—Supongo que sí. [*El gran disgusto consiste en constatar que, con una decisión así, que es un cataclismo en mi vida y en la de los más próximos a mí, soy incapaz de provocar un disgusto. Puerco*].

—Y más fácil para organizar el día de mañana.

—Sin lugar a dudas. En el mismísimo momento en que le pregunté qué íbamos a hacer, vi cuál era la solución. Borja, domésticamente hablando, está chapado a la antigua. No es autosuficiente. Necesita una mujer para llevarle la casa y todo lo demás. [*«¿Sabes qué, Luisa? Me trasladaré de forma temporal a casa de mamá». Cerdo*]. Se va a mudar a casa de su madre.

—¿De veras? Pero... tu suegra debe de ser muy mayor...

—Setenta y ocho o setenta y nueve.

—¿Y está para acoger al hijo pródigo?

—Para lo que ha de trabajar... No ha fregado un plato en su vida. En eso, Borja ha salido a ella.

—Entonces...

—Ella es una mujer de posición, propietaria de un piso doble, enorme, desde hace muchos años, y de buenas rentas. Se sentirá en casa desde el primer día y, si hace falta, redoblarán el servicio doméstico para que a Borja no le falte de nada. Así a Alfonso tampoco se le hará extraño. [*Fíjate, Luisa, allí Alfonso dispone de una habitación más grande que la de esta casa, y allí encontrará a su padre y a su abuela. Puerco*].

—Todo encarrilado.

—Eso parece.

—Una preocupación menos.

—Dios te oiga.

—Por lo que me cuentas, ha sido dicho y hecho.

—La semana que viene.

—¡Qué pronto!

—Es lo que ha pedido Alfonso para hablar con nosotros, pensárselo y tomar una decisión. Ahora va a resultar que será el niño quien reflexionará sobre nuestra separación. Estoy algo desbordada por cómo han reaccionado mis hombrecitos.

—Mejor, Luisa, que preocupaciones hay para dar y vender.

—Maldito Almeida. Nuestro querido director comercial me va a amargar la separación.

—¿Sabes más?

—Estoy hasta el moño de bañera, Magdalena. Me voy a duchar y a vestir. ¿Prefieres quedarte en remojo?

—No, salgo también. ¿Qué te ha dicho Almeida?

—Que la mitad de la plantilla se va a la calle.

—¡Pero qué dices! ¿De verdad?

—Almeida no puede ser más fantasma; eso no es ninguna novedad. Pero está más informado que yo, qué duda cabe, aunque le gusta alardear, para bien o para mal. No me dijo que la mitad, sino exactamente que por lo menos la mitad del personal pierde el trabajo.

—Me estás poniendo nerviosa, Luisa.

—Puede que solo me quisiera impresionar [*y camelar*].

—¿Acaso sabía si ya está cerrado el trato de venta?

—Eso mismo le pregunté yo.

—¿Y qué? [*Vamos, Luisa, que mi trabajo también está en juego*].

—Que era inminente. Yo creo que puse la misma cara que tú para que soltase lo que tenía que soltar, pero el tío seguía haciéndose el misterioso. No saqué nada en limpio, vamos. Me reveló, como si fuese un gran secreto, que los directores de área están convocados el lunes. Con listas.

—Por Dios te lo pido, Luisa, no me vengas con medias palabras y acaba de una vez. ¿De qué demonio de listas me hablas?

—Listas de criba. Quién sí y quién no. Quién se queda y quién se va. Y, de los que se quedan, a qué se pueden dedicar.

—Me estoy perdiendo, Luisa. Pero ¡mira, que me estoy lavando el cuerpo con champú! Pero ¿es que ya saben cuáles serán las nuevas tareas?

—Es eso lo que no me trago. Almeida se embarulló con no sé qué de planes previos y ensayos de viabilidad. Y, además, que piensan involucrar a los subordinados.

—Ay, caray, a ver si con el agua cerrada te entiendo mejor.

—Que si eso es verdad, también te va a tocar, Magdalena [*a ver si te crees que te vas a poder mantener virgen y pura*]. A mí ya me ha pedido un informe y una selección (una amputación, diría yo) de mi equipo de ventas.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Tengo cara de estar bromeando? De mis cuatro comerciales, dos. Que escoja a dos. Más aún: que ordene los cuatro por orden de prescindibilidad.

—De prescindibilidad.

—Justo. Que así es más fácil recortar por dos, por uno o por tres. Eso me dijo. A mí me parece demasiado gordo para ser una trola, pero si a ti no te han dicho nada...

—Me sofoco, Luisa...

—Es que este vestuario es una sauna, oye. Caramba, Magdalena, qué blusa más bonita. Antes no me he fijado. Es monísima. ¿De dónde es?

—[*¿Con qué coño te descuelgas ahora, loca?*]. Del Jaro.

—¿El de la calle Dehesa?

—No hay otro.

—¿Cuánto, si se puede saber?

—[*El precio de una camisa contra el precio de nuestros trabajos*]. Cien o ciento veinte, no me acuerdo bien.

—[*Dejarse ciento veinte en eso y no acordarse. ¿Para qué tantos nervios por un salario arriba o abajo?*]. Pues vale cada céntimo. Y te queda de fábula. ¿Seda?

—Creo que sí. Mañana tengo reunión con Marcelo Ochoa...

—Pues no te sorprendas si te pide elegir las mejores flores de tu jardín.

—[*Hay veces que me dan ganas de no volver a dirigirte la palabra nunca más, amiga mía*]. Pero eso es imposible. El personal del laboratorio no se puede dividir...

—¿Qué crees que le dije yo a mi querido jefe? Como si mis vendedores se rascasen la barriga. Como si con unas pocas prisas dos pudieran ocuparse de la tarea de cuatro.

—No puede ser, no puede ser...

—¿Ya estás? Te invito a un cubalibre. Y eso no es todo.

—¿Qué más puede haber?

—En Sanatea hay tres equipos de venta. Tres jefes de equipo. Almeida dejó caer tan sutilmente como pudo que pasarán la guillotina por todos los niveles. Es el momento de mostrar méritos, Luisa, me dijo, de enseñar lo mejor que uno tiene. Puede que, al cabo de los años, consiga su oportunidad de exigirme mostrar la pechuga. No es la de antaño, pero...

—¿Cómo puedes frivolarizar con esto, Luisa?

—¿Frivolarizar, dices? Ponte en mi piel, Magdalena. Dos cubalibres, por favor. ¿Tú quieres hielo?

—Sí. O no. Me da igual.

—Uno con hielo y el otro sin. Gracias. ¿Qué te decía?

—Me hablabas de tu piel.

—¿De mi piel? ¿Qué le pasa a mi piel?

—Que me ponga en tu situación, cuerno, Luisa, que ya comprendo que estás descentrada, pero es que a mí me están dando vahídos.

—¡Eso! ¿Frivolarizar? Eso te decía. Imagínate que tu matrimonio ya no existe y que tus hijos son extraños para ti. Suponte que tu sueldo ya no es decorativo, sino la única base de tu sustento [*aunque eso te será difícil*]. Que caes en la cuenta de que ya no eres una niña. [*Eso te será más fácil*]. Y que tu trabajo y tu paga, que a trancas y barrancas acumula algunos trienios y medio complemento de productividad, está en manos de un cabrón que hace diez años que te busca y a quien los dioses han escogido como puto juez de tu vida. Mastica todo esto y dime si es una frivolidad

contar las probabilidades que tienes de acabar enseñando la pechuga, ofreciendo la nalga y engullendo cualquier asquerosidad.

—Luisa...

—Así están las cosas, Magdalena. Este cubalibre me sabe tan aguado como a ti el jerez. En este club todo lo bautizan. Puede que sea una buena excusa para darme de baja y ahorrarme la cuota.

—Luisa, soy tu amiga...

—Lo sé, Magdalena. Yo también soy tu amiga. Ojalá en tu reunión con Ochoa se hable de copiar la aspirina, y no de quién se merece quedarse sin empleo. Ojalá. [*Yo, aquí, arrastrándome y abriéndome en canal, mientras mi apreciada amiga Magdalena está pendiente del teléfono. Mejor ahueco el ala*].

—¿Por qué te levantas? ¿Te vas ya?

—Sí. Me voy a preparar la cena de Borja y de Alfonso. Una de las últimas cenas de Borja. Espero que me queden más para mi hijo.

—Son casi las siete. Me quedo para llamar a Gerardo. He visto un mensaje suyo en el que me pide que le llame a esa hora en punto.

—¿Un rescate?

—Eso he pensado yo. Alguna reunión pelmaza que reclama un final decoroso.

—¿Quedamos mañana para almorzar?

—Es la hora a la que me ha citado Ochoa.

—Claro. Pues te llamaré por la tarde.

—Hasta mañana, Luisa.

—Hasta mañana, Magdalena.

—¿Gerardo?

—¿Señora Moral?

—¿Gerardo? ¿Quién es usted? ¿Qué pasa?

—No pasa nada, doña Magdalena. Ya habrá adivinado que soy López.

—¿Dónde está mi marido? ¿Qué ha hecho usted?

—Nada en particular, doña Magdalena. Su esposo está todavía en el despacho, me temo, o tal vez esté de camino al círculo.

—¿De dónde ha sacado...?

—Por favor, saltemos las futilidades. El mensaje pidiendo la llamada a esta hora se lo he enviado yo. Ni estoy con el señor Vives ni tengo su teléfono. Sencillamente estoy ocupando su línea unos pocos minutos. Ya sabe que es mi costumbre.

—¿Qué quiere?

—Ahora nos entenderemos. Le prometo que dentro de nada se acabará esta conversación sin enojos y casi amigablemente.

—Lo dudo, porque...

—Sé que soy un intruso, doña Magdalena...

—No me llame doña Magdalena.

—¿No? Como guste. ¿Cómo prefiere que me dirija a usted?

—De ningún modo.

—Lo intentaré, pero introducirá unos gramos de hostilidad en el trato...

—¿Más? Imposible.

—No podemos eternizarnos aquí, doña... Sea como usted quiera, pero tenemos que ir al grano. Atiéndame, haga el favor.

—¿Qué quiere? Dígame ya.

—Una información. Mejor: una confirmación.

—Por ahora le escucho.

—Tengo delante una lista de patentes de Sanatea de los últimos tres años.

—¿Qué dice?

—Creo que ya me ha oído, señora... Me cuesta retirarle el trato que merece, como puede comprobar. En total suman veintidós.

—Veintiuna.

—¿A ver? Cuatro, ocho, doce... Justo, y me alegra que lo tenga presente.

—¿Por qué?

—Necesitaría saber cuántas se pueden atribuir a su equipo y cuántas al grupo de farmacología aplicada.

—Ocho y trece.

—¿Respectivamente?

—Ocho al laboratorio de farmacología básica y trece al de aplicada.

—Tenía entendido que el suyo era el más potente.

—Que dos innovaciones estén registradas con el mismo procedimiento administrativo no significa que tengan el mismo calado.

—Claro, qué descuidado soy. ¿Deduzco de lo que me dice que esas ocho son más importantes que las otras trece?

—No solo eso. Prácticamente todas las de aplicada son refinamientos, mediante ensayos clínicos finales, de las de básica.

—Muchas gracias, eso es muy clarificador. Dos detalles más y ya no la molesto más. ¿Cuál de entre esas patentes ha generado más ingresos a la empresa?

—No lo sé. No me encargo de la contabilidad.

—Me consta, doña..., me consta. Pero la información circula con libertad en cualquier organización. No le pido el valor exacto de las ventas del producto. No me dirá que no sabe cuál de sus trabajos ha sido el más lucrativo recientemente.

—El anticoagulante desarrollado hace dos años. Lo bautizamos —laxa. Vamos, le puso el nombre el director técnico, no yo.

—Y ha sido el más provechoso.

—Eso creo.

—Bien. Una última pregunta, más fácil todavía que las anteriores, aunque más subjetiva.

—Pregunte, si no hay más remedio, y acabemos de una vez.

—¿De cuál de las patentes está usted más orgullosa?

—¿Y a usted qué le importa?

—Vamos, señora Moral, y no me corrija también por llamarla así. Es una pregunta que usted aceptaría de cualquiera, de quien más antipático le caiga en Sanatea o de un periodista, hasta de un enemigo. ¿De qué patente de Sanatea está usted más orgullosa?

—[¿Qué debo responder? ¿Que de la primera, no hace dos años, sino casi nueve? ¿O de aquella que fue un fracaso comercial, pero en la que todavía creo? ¿Del —laxa, tan provechoso, pero con el que tropezamos casi por casualidad?]. De la pentabutamina. [Como ni yo misma lo sé, me quedaré con la de en medio].

—¿Pentabutamina, dice?

—Sí. [Pero como si te dijera paracetamol].

—Es curioso. He estado haciendo algunas consultas por aquí y por allá, y apenas hay información sobre ella. Desde luego en los despachos de farmacia no hay ningún preparado que incluya pentabutamina.

—Se ha tomado muchas molestias.

—Me interesa, eso es todo. Así que Sanatea no recuperó la inversión.

—Unos específicos compensan a los otros. Además, en los países ricos no hay casos de ásara, y en los pobres creo que es la única enfermedad en vías de desaparición.

—Entonces, su orgullo deriva de...

—De muchas horas y mucho esfuerzo. Poquísimas veces una logra justo lo que se propone. En un laboratorio farmacológico, menos. Se suele buscar una cosa y se encuentra otra. Que sirve, sí, pero para algo completamente diferente. La pentabutamina ha sido una de las pocas dianas limpias que he logrado [y jamás he tenido la ocasión, las ganas o el tiempo de explicarle estas cosas a Gerardo].

—¿Se completaron los ensayos clínicos?

—Se empezaron y no se acabaron.

—Señora Moral, muchísimas gracias. Ha sido usted muy gentil aclarando mis dudas...

—¿Por qué le interesa?

—Usted misma ha respondido. ¿Acaso todos tenemos explicaciones para justificar nuestros intereses? Dispongo de tiempo, y tengo muchas lagunas en mi conocimiento, y usted me ha ayudado a rellenar un par de ellas. Estoy tan satisfecho que quisiera pedirle otro favor.

—Tengo prisa.

—Eso no es más que una sensación. Los miércoles son días que se cena tarde en su casa, como en tantos otros, con tantas ocupaciones que tienen todos...

—¿Nos vigila...?

—No era más que una suposición. He tenido suerte. Así que le voy a pedir un último favor. Pida un jerez.

—¿Se burla de mí?

—Se lo ruego. Ahora tiene el camarero cerca y ocioso.

—Pero cómo...

—Por favor. Hágalo.

—Tráigame una copa de jerez.

—¿No ha sido tan embarazoso, verdad?

—Está usted observándome.

—Nada de eso. Su club, como tantos de su estilo, hierve de actividad a media semana. La única dependencia que suele estar tranquila a estas horas es la cafetería. Lo normal es que el servicio, hoy y ahora, sea eficiente.

—Aquí tiene.

—Gracias.

—¿Se lo han servido ya?

—Sí.

—¿Lo ha probado?

—Sí. No es el de siempre.

—Y que lo diga. No se puede comparar un ajerezado de garrafa con un Palo Cortado. Por si no ha podido ver la botella le diré que es un reserva de doce años.

—No lo había probado nunca. Es bueno. [*No. Es sencillamente delicioso*].

—Me alegro de que lo aprecie. Ah, y antes de que me interrogue sobre cómo sé que usted tiene debilidad por el jerez y que aborrece, o aborrecía, el que sirven ahí, le diré que no es ningún secreto y que se ha quejado usted de ello infinidad de veces a multitud de personas. No se haga mala sangre y disfrútelo. Y no lo pague.

—¿Qué quiere decir?

—No se enfade usted conmigo, que lo que viene a continuación es muy inocente. He mandado una caja de parte de su marido, advirtiéndole a la encargada del local que es para su uso, exclusivamente, o el de las amigas que usted disponga. La nota de su marido, es decir, mi nota, iba acompañada de una pequeña gratificación para compensarles las molestias y para que usted no tenga nada que abonar. Solo paladear.

—No comprendo por qué ha hecho usted esto [*pero sí sé que si una atención así la hubiera tenido Gerardo, me vuelvo a casar con él*].

—Se lo he dicho antes. Una humilde forma de agradecerle su gentileza.

—¿Y qué más quiere?

—Discreción, tal vez. Convendrá conmigo en que estas nimiedades que hemos intercambiado no afectan a nadie. El señor Vives podría tomar a mal que un cualquiera se haya adelantado en remediar algo tan sencillo como un mal vino, y permítame dudar de que ponga atención en la propiedad intelectual de Sanatea. En cuanto a sus hijos, menos todavía. Así que lo mejor, creo yo, es olvidar esta conversación. Adiós, doña Magdalena.

—Aquí, ni pides ni pagas. Tú, hoy, pasivo. A ver, Francisco, ¿qué tenéis fuera de la carta?

—Tenemos las primeras habitas de la temporada, al vapor de menta. Sesitos de cordero rebozados al coñac. Corballyo y lirio a la brasa o fritos, y...

—¿Qué coño es eso, Francisco?

—Pescados muy finos, don Vicente.

—¿Qué más?

—También tenemos cabrito de día.

—No, Gerardo, no es que lo sacrifiquen al día de nacer, a pesar de que no sería mala idea. Se refiere a que está cocinándose durante un montón de horas. ¿No es así, Francisco?

—Exactamente veinte, don Vicente.

—Bueno, pues decidido. Primero nos traes alguna de esas cursilerías que sacáis de aperitivo. Después las habitas (que estén agua, ¿eh, Francisco?, que si no te las pondré por montera) y seguiremos con ese cabroncillo.

—¿El cabrito de día?

—Eso. El cabroncillo del día.

—¿Los señores van a tomar lo mismo?

—Lo mismo de lo mismo, Francisco. Así nos ahorraremos las comparaciones y los celos. Y las mariconadas de prueba lo mío y déjame catar lo tuyo.

—Muy bien, don Vicente. ¿Para beber?

—Tráete un Único.

—¿Vega Sicilia?

—¿Han sacado otro o qué?

—¿Agua?

—La llevas a la mesa de la punta, que parecen ranas.

—Muchas gracias, don Vicente. Que les aproveche la comida.

—Bueno, Gerardo, si aquí no comes bien, lo que se dice bien, me cambio de nombre.

—No llegaremos a eso. Seguro que estará todo estupendo. Además, siempre me gusta probar un restaurante nuevo.

—Pues mira que yo creía que lo conocías, a pesar de que yo vengo con frecuencia y no habíamos coincidido nunca. Se puede decir que esta mesa siempre la tienen reservada para mí. Que, si te digo la verdad, al final es como ir a comer a la fonda. La carta me la sé de memoria, así que tiro de lo que hacen de más cada día.

—Tengo apetito.

—Mira qué a punto. Aquí tienes las tapas para ir abriendo boca.

—Muy buena pinta.

—Ya puede tenerla, ya. Este Francisco se pasa la mitad de la vida aquí metido, y la otra mitad buscando ingredientes.

—¡Qué jamón!

—Cada semana le envían una paletilla de Truján. Una vez me explicó que la familia que los cura vive de un encinar y cien marranos negros como el betún. Y vive bien. No te digo más.

—Sabe a poco.

—De postre, o después del postre, te pido más, pero ahora deja sitio a lo que tiene que venir. Bueno, Gerardo, ¿qué tal tu trabajo?

—Ajetreado. Oye, y el vino es terciopelo.

—Ahí me gusta poco variar. Para comer siempre estoy dispuesto a probar esto y lo otro, pero para beber no salgo de media docena de vinos. No hay nada que me reviente más como un caldo que no me llena, o que no pega con lo que trago. Así que ajetreado.

—Más de lo normal. El cierre de...

—¡Ah, sí!, claro, el cierre de Escorihuelo. Pero vamos a ver, ¿está decidido ya o todavía están mareando la perdiz?

—Es que también se cruza la gestión de residuos...

—¡Faltaría más! ¡Qué país! ¿Tú te imaginas una casa donde no haya un cubo de la basura? ¿Cómo es posible que todavía estemos así?

—La sociedad es muy sensible con este asunto...

—La sociedad, la sociedad. Me paso la sociedad por detrás. La sociedad no sabe lo que quiere, ya te lo advertí el otro día.

—A nadie le gusta tener el vertedero al lado.

—¿Me permiten los señores?

—¡Hombre!, las habitas. Tú, Francisco, no te muevas de aquí hasta que haya probado una. O te felicito, o ya puedes ir pensando algo para quitarme el cabreo.

—Con la vista pagan, Vicente. [*Este tío me hace sentir violento con el pobre hombre. Será que ese López me ha dejado mal cuerpo*].

—No te felicito, Francisco, que el año pasado casi me caigo de la silla cuando me serviste aquellas con morcilla, que todavía me acuerdo, para que veas, pero no están mal. Nos las vamos a comer, ¿verdad, Gerardo?

—Si parecen de mantequilla, caramba.

—Y que lo digas. Pero a la gente hay que mantenerla en tensión, coño. Si les empiezas a regalar los oídos se creen que son los amos, y yo quiero que sepan que siempre espero más. Y es así mismo. Pero, ahora que no nos oye, sí que se puede decir que están buenas. Hombre, a ver, a mí el plato me parece un poco sencillo. Total, habas hervidas con menta, que eso lo sé hacer hasta yo mismo, y para justificar el precio le endiñan las tiritas de hígado de pato que..., a ver..., mm..., está fresco, sí, templado y fresco. No está mal. Pero ya te digo, es sencillito. Coño, Gerardo,

parece que te han gustado.

—Es que hay habas y habas. Normalmente tropiezo con las segundas, así que no es un plato que me pirre, pero estas pasan solas.

—Bueno, hala, pues tómate otro traguito de vino y así ya tienes la boca libre para explicarme cómo están los Petriles.

—¿Hablas en plural, Vicente?

—Son dos, ¿no?

—Eso no es de dominio público.

—Sé un par de cosillas más aparte de las de dominio público, Gerardo. Joder con la puta gelatina. No hay nada que me ponga más negro que encontrarme gelatina o grasilla o lo que cojones sea cerca del pato. Cuando vuelva Francisco tendré que recordárselo. Bueno. ¿Qué pasa con los Petriles?

—[*¿Cómo es que López sabía que estaba citado con Patilla? Me he quedado un poco aplatanado, pero, por otro lado, más tranquilo. Como si me hubiera sacado de encima la sensación de amenaza. Mejor afloja con el vino, Gerardo, que acabarás cantando viva el rey*]. Así que tú estás al corriente de que hay un nuevo Petril junto al único Petril que oficialmente existe.

—Claro.

—Y sabes de sus usos.

—¿Usos? Desusos, querrás decir. El que funciona es poco más que un vertedero común, joder, que aquí para todo montamos un nacimiento.

—Tanto como común...

—Pero si es que da risa, hombre. Lo de la zona de cubierta móvil es para descojonarse. Pero si eso lo tendría yo en el jardín de mi casa, coño, cualquiera diría.

—Hay algo más que la zona de nave abierta. Hay... Pero, oye, ¿es que lo has visitado alguna vez?

—Vamos, querido Gerardo, vamos a amenizar la espera con el culito que queda de esta botella.

—A este paso veré doble el postre. [*Favor por favor, me ha entrado el viejo, y me ha intrigado. Soy así. Un científico. No lo puedo evitar*].

—Como los Petriles, ¿no? Doble, pero uno de los dos es un espejismo. Al final parecemos todos afeminados, cojones. Se manda construir una planta para almacenar lo que de verdad conviene guardar como Dios manda, se construye, se acaba, y dejamos que se pudra por el miedo al qué dirán. Es de locos. Porque...

—Caballeros, con su permiso, cabrito de día.

—¿Todavía te queda un rinconcito, Gerardo?

—El olorcillo invita.

—Que les aproveche, señores. Por cierto, don Vicente, ¿empezamos a preparar su postre?

—La duda ofende, Francisco. Y tráete otra botellita de lo mismo.

—Enseguida se la trae la sumiller, don Vicente.

—¿Adónde iremos a parar, Gerardo? ¿Tú recuerdas de pequeño ir a un restaurante y que tuvieran a un tío, ¡o a una tía!, exclusivamente dedicado a avisarte de si el vino te va a gustar o no? Tú me dirás: «Te puede ayudar a escoger». Pero a escoger ¿el qué? Si yo ya lo tengo más que elegido, y nadie me puede enseñar si un jarabe me sabe bueno o amilanado.

—Ya. [*¿Para qué le pueden interesar al tal López los países proveedores de uranio? Sea como sea no tiene nada de malo decírselo. Solo hace falta tomarse la molestia de ojear un par de fuentes. El consejo, la Organización Mundial o la balanza de pagos detallada se lo dicen a cualquiera que sepa leer*].

—Eso sí, ya has visto la que tienen aquí. Yo la dejo hacer y me hago el sumiso (siempre que no se pase de lista, se comprende) porque así, revoloteando por la izquierda y por la derecha, se da la vuelta, se inclina, cierra los ojitos cuando se acerca el vino a los morritos y hasta es gracioso verla escupir. Está como un tren, en una palabra. Cualquiera día le pido a Francisco que me sirva un muslito de esa pava. ¿Qué tal el cabroncito?

—De rechupete.

—Lo bordan, esa es la verdad. Lo preparan una o dos veces al mes, y solo en otoño y en invierno, por no sé qué de la consistencia de la carne del animal, pero yo, si engancho el día, ya tengo plato.

—Sublime. [*¿Y lo de los niveles de radioactividad de un residuo? Raro. Desde luego, raro. Ahora bien, inocuo. Es lo que marca la ley, casi, y recogido de cualquier libro de texto. Eso lo debe de estudiar Begoña en su bachillerato. Se lo tengo que preguntar*].

—Pareces ensimismado, Gerardo, y no creas que no lo entiendo. Este cabroncillo resucita a un muerto. A mí no me cabe en la cabeza que la carne esté dale que te pego un montón de horas, y esté crujiente por fuera. No me cabe en la cabeza ni aun sabiendo la explicación, porque, claro, se lo pregunté la primera vez a Francisco, que no hay nada que me joda más que no saber qué me meto en la boca, pero no me ayudó mucho. Al final, que si horno, que si tantos grados, que si lo llaman un repente (será aquí, porque no lo había oído nunca en ningún otro sitio), que si es una tradición árabe.

—¿Árabe?

—Sí, y ahí me jodió. No me gustan los moros. A ti supongo que te lo puedo decir con confianza, porque hoy día hay mucho remilgado y fingen escandalizarse. O no lo fingen, que no sé qué es peor. Y si me preguntas por qué, no sabré qué decirte, pero tampoco podría justificar que no me gusta el color rosa o los jerséis de cuello alto. Es así, y basta. ¿De qué estábamos hablando?

—Del cabritillo tostado.

—Eso, sí, árabe. Menos mal que Francisco se las ingenió para tranquilizarme cuando arrugué el ceño, porque, al fin y al cabo, es de la misma opinión que yo en cuanto a esa gentuza, y me recordó que, por ejemplo, «alféizar» es una palabra de

origen árabe, y así tantas, y no pasa nada. Es de sabios aprovechar lo bueno, lo poco bueno, de cada pueblo. Y así me trago el cabroncillo más a gusto que Dios.

—Es que dan ganas de rebañar el plato.

—Pues sin manías, ¿eh?, que quien paga manda. Y, mientras untas pan, dime, ¿qué pasa con El Nuevo Petril?

—¿Te puedo hablar en confianza, Vicente? [*¿Qué mierda estás diciendo, Gerardo? ¿Hablar con confianza a este arribista hueco?*].

—Me afrentas si es de otro modo.

—Daría un ojo de la cara por tenerlo en funcionamiento la semana entrante.

—¿Por qué tantas prisas después de años paralizado?

—Una central está al borde del colapso y necesita urgentemente vaciar sus piscinas. [*¿Qué más le vas a decir, Gerardo? ¿Que te gusta la franela para dormir en invierno? ¿Que hace unos meses que vas estreñado? Ya no importa una indiscreción más*]. Es la situación absurda que dibujabas antes: tenemos porquería en las manos, un cubo de la basura nuevo y al alcance, y miedo a estrenarlo.

—Bueno, Gerardo, esto merece una pausa. ¿Qué nos traes, Francisco?

—Su postre, don Vicente.

—El cabroncillo estaba bueno, Francisco. Mereces saberlo. ¿No es así, Gerardo?

—Para chuparse los dedos.

—Me alegro de que les haya gustado, caballeros. Confío en que los postres no desmerezcan. ¿Quieren algún vino dulce con la sopa?

—Acabaremos lo que tenemos entre manos, Francisco, gracias. ¿Tiene la sopa todo lo que ha de tener?

—Todo y uno más, como siempre, don Vicente.

—Pues hala, después te lo contaremos.

—No estoy entendiendo nada, Vicente.

—Normal. El postre lo llamo sopa porque parece sopa. Las tres cuartas partes de las veces que vengo, la pido. Destapa la soperita y huele.

—Creía que ya no me cabía nada más, pero tendré que hacer sitio. Huele a trópico, a frescura, a paraíso.

—Muy fina, la descripción. A mí solo me sale que huele de cojones.

—Es una sopa de chocolate, faltaría más.

—Esa es la gracia. Comamos primero. Luego te explico lo de la sopa. Y, mientras, cuéntame lo de tu ojo de la cara y El Nuevo Petril. Decías que urge ponerlo en marcha.

—Sobremano. Joder con la sopa de chocolate, Vicente. Mira que, a mí, el dulce no me hace ni me dice nada, pero esto está riquísimo.

—¿A que sí? Pero sigue: ¿qué se necesitaría para ponerlo en funcionamiento?

—Personal. Financiación. Rodaje. Firma del ministro. Esconderlo al público o convencerlo de que no había otro remedio. ¿Sigo? [*Si lo digo en voz alta, todavía me parece más grave. El favor que me ha brindado López no sé si es eso, un favor, o una*

puñalada por la espalda. Si Magdalena se enterase...].

—¡Qué país del copón, Gerardo! Tener que tapar el uso de una infraestructura necesaria. Y el Gobierno más preocupado por los titulares que por hacer las cosas bien hechas. ¿Y de quién depende? ¿Del Ministerio de Industria o del de Bienestar? Porque tal como va todo, ya no me extrañaría nada.

—De Industria. Del excelentísimo y burrísimo señor Juan José Negrete. [*¿Para qué me ha pedido discreción, ese López? No le voy a decir a Magdalena que he consentido en el envío de un regalo a Beatriz*].

—¡Negrete! Si es que cuando las cosas pueden ir peor, van. ¡Menudo figura! La semana pasada me llamó dos veces, y la que viene no me escapo de comer en el ministerio. ¿Te lo puedes creer, tener que comer en las dependencias de Industria?

—Así que ya lo conoces.

—Nos hemos visto un par de veces y hemos hablado unas cuantas más. El hombre está nervioso porque la ampliación de la A-14 ha de estar a punto antes de las municipales, y la adjudicataria no está cumpliendo. Si es que es normal. Se la dan a temerarios, y luego pasa lo que pasa. La sopa, bien, ¿no?

—Extraordinaria. [*López ha sido amable, coño, tengo que admitirlo. Si me olvido de que se ha colado de rondón y que sabe demasiado sobre mí, y mucho más que yo de él, me parecería un pariente lejano bien dispuesto a cuidar de su sobrino segundo, que ese sería yo. ¿Será un benefactor? Como escasean, es fácil tomarlos por sospechosos y hasta por delincuentes. Joder con el vino. Ya no pienso con mucha claridad. Y, aquí, Patilla presumiendo de codearse con el ministro*].

—¿Te pido otra ración de ese jamón del entrante?

—Estoy que reviento, Vicente. No puedo más. [*No tiene tanta importancia. Me ha dicho que son unas criollas de plata. Valen menos que una corbata. Está bien empleado el dinero. Y está bien justificado*].

—¿Cafetito y Napoleón?

—Perfecto. Solo lamento perder el sabor de boca de la sopa. Me tienes en vilo con la receta. [*Un año ya desde que Beatriz es mi secretaria y...*].

—Solo te puedo decir lo que sé, que es lo que hace tiempo me explicó Francisco, al cual considero muy capaz de engatusarme. A mí me dijo que la base es de un cacao especial, mexicano. Según él son pepitas blancas de Tabasco. Suena sugerente, es verdad, pero por el mismo precio nos ha metido una tableta de supermercado. No sé. Además...

—¿Pepitas qué, has dicho?

—Pepitas blancas de Tabasco. Para que veas. A eso le añade una docena de ingredientes fijos, de los que solo le he sonsacado dos: el jengibre y la naranja.

—Pero ¿lo de todo y uno más? [*Magdalena, siempre tan suspicaz, se me amoscaría si supiera que he regalado una bagatela a Beatriz para conmemorar el primer año que trabaja conmigo. Es lo suyo*].

—Un desafío que nos traemos Francisco y yo. Para no caer en la rutina, cada vez

añade un ingrediente nuevo a los de siempre, y luego nos apostamos un habano que me tiene que encender él mismo si acierto.

—Y hoy, ¿qué tiene de nuevo? [*Porque yo ya no me acordaba de que se cumplían doce meses. Es verdad que coincidió con el viaje a Viena, el año pasado. Todavía me acompañó doña Milagros, y eso que era su último servicio antes de jubilarse. Qué cambio con Beatriz*].

—Ni idea, chico; me tendrás que echar una mano.

—Pero yo no puedo comparar, Vicente.

—¿Qué más da? Es para darle el gusto a Francisco. El hombre tiene el detalle de hacérmela ex profeso y yo siempre acabo pagándole el puro. No acierto ni a tiros.

—¿Café, señores?

—Uno para mi amigo y dos para mí. Y dos copas de coñac.

—¿Napoleón?

—Napoleón, claro. Y lo nuevo en la sopa era... ¿qué habíamos dicho, Gerardo?

—Canela. [*Me da igual decir canela que curry. Estas comilonas no se pueden hacer a diario*].

—Lo siento, señores, pero hoy era nuez moscada.

—Si es que lo haces a propósito, Francisco, que vaya duelo desigual. Hala, vete a buscar tres Montecristos del cuatro y cerillas largas para encendértelo, que no hay forma de ganarte.

—¿Siempre pides dos cafés, Vicente? [*Este año el fin de semana en Viena promete ser más apasionante. Yo creo que Beatriz cederá*].

—El café que hacen aquí es bueno, pero se han apuntado a esa moda de servir una miseria. Parece que te traigan una taza manchada, coño, más que un café. Así que, de buen principio, pido dos. Bueno, Gerardo, vamos a ver. ¿Cómo te podría echar una mano con eso de El Nuevo Petril?

—No veo la forma... [*¿A qué me vas a ayudar tú, pedazo de fantasma de marca mayor? Como no sea colocándote un par de barras radioactivas para decorarte el despacho y otro par para hervirte la piscina...*].

—Si no consigues el sí del ministro, ¿evitar el no serviría de algo?

—Hombre... [*Hombre, ya, de paso, por pedir imposibles, ¿por qué no conseguir que dimita y pongan a alguien competente en su sitio? Son muchos años de diferencia, ya lo sé. Veinte buenos. Beatriz está más en los treinta que en los treinta y cinco. No sé. Tendría que consultar su ficha. Pero no ha pasado nada. Nada grave*]. Hombre, eso sería un buen paso adelante, pero me parece más sencillo de decir que de hacer.

—Hasta las más verdes maduran, Gerardo. Por probar no pierdo nada. Y ten en cuenta que ahora estoy en una posición de fuerza. Es él quien me necesita, no yo. Ven, vamos a fumarnos el puro en la terraza, que hoy el día está templado y yo estoy de esta silla hasta los cojones. Necesito un sillón.

—Venga. [*A ver dónde me agarro para que no se me note que me ha subido el*

tinto. *Y vaya ojazos que tiene Beatriz*].

—Negrete es un patán, de eso se da cuenta hasta su madre, pero es un tío listo. Percátate de que digo «listo», ¿eh?, no «inteligente», que no sabes lo que me molesta que se confundan los términos. ¿Se trata de verdad de una emergencia, Gerardo?

—Como no he conocido otra. [*Nunca había tenido una secretaria tan resultona. Hombre, Magdalena, a su edad, le daba vuelta y media, excepto los ojos, que los de Beatriz son como soles. Y, en cuanto a cabeza, no hay comparación. Magdalena es todo cerebro. Inteligente, que diría este mamarracho que no para de hablar. Beatriz es normalita*].

—Pues yo creo que a Negrete le gustaría vestir el traje de salvador de la patria. Eso le da para renovar su escaño, aunque el Gobierno pierda las siguientes, callar a la oposición y hacer algo de provecho en el cargo, que vaya legislatura lleva. Tantearé el terreno.

—Se podría vestir de ensayo. [*Ahora se me acaba de meter en la cabeza la idea de desvestir a Beatriz. ¿Cómo será por dentro?*].

—¿Cómo dices?

—Se me acaba de ocurrir que, si se descubriera el traslado, el Ministerio lo podría justificar como estudios de puesta en marcha, pruebas de funcionamiento. Cualquier cosa, menos inauguración.

—Bien pensado, Gerardo. La hiel se traga con miel. Tú puedes afinar el plan, y yo dejo caer la enorme preocupación soterrada de las fuerzas vivas de la sociedad civil, y todo eso, y le sugiero que te convoque para que le presentes la solución. ¿Qué te parece?

—Demasiado bonito para que se cumpla. [*Porque López no puede saber que le soy infiel a Magdalena con Beatriz. Ni él, que lo sabe todo, lo puede saber, porque no lo soy. Me gustaría, lo admito, pero no ha pasado nada entre nosotros*].

—Y, ahora, hablemos de ti, mi querido Gerardo.

—¿De mí? [*¿Más? Porque cuatro miradas, cuatro roces y lo de hace unos días no significa nada*].

—Tengo planes, Gerardo. Podría decirse que tengo planes para este país.

—Gente como tú es la que hace falta. [*No tiene abuela, el tío, pero ya le hago yo el papel. Quería detenerme en la cortesía, pero me he pasado de largo y ahora estoy lamiéndole el culo*].

—Y como tú, Gerardo. Gente que después de comer, y de comer bien, y de beber lo que haga falta, no se va a echar la siesta, sino que con un puro en una mano y un coñac en la otra es capaz de discurrir soluciones para graves problemas nacionales. Esa es la gente que a mí me interesa, y que me interesa que trabaje conmigo.

—Hablabas de planes ambiciosos.

—¿Cuántas centrales nucleares tenemos en el territorio?

—Catorce, contando con Escorihuelo.

—¿De qué edad?

—Entre este año y los diez siguientes, todas cumplirán los cuarenta.

—¿Todas prolongables?

—Diez, seguro. Las otras son de modelo norteamericano, más difícil.

—¿A sesenta?

—A sesenta años. Veinte más para cada una.

—Eso significa el equivalente a la vida de cinco centrales nuevas.

—Veinte por diez, entre cuarenta. Justo.

—En el consejo tendréis un escandallo de actualización.

—Caduco. Me dediqué por mi cuenta a la tarea hace un par o tres de años.

—¿Y qué te salía?

—Unos cincuenta cada una.

—¿Cincuenta? Vamos, Gerardo. La remodelación de una central, a precios de hoy, se está pagando en el extranjero a entre doscientos y trescientos millones.

—Tal vez fueron cuatro años.

—Ya ves el negocio que representa.

—Entre dos y tres mil en diez años.

—Súmale la posibilidad de convencer al personal de sustituir las cuatro que cerrarán por sendas de nueva planta con todas las garantías de la ciencia actual. Suma.

—¿Diez mil?

—Pon quince mil millones en los próximos diez años. Cerrar las que hay que cerrar no es gratis, y tú sabes cómo se comporta la inflación de costes en estas tierras.

—Suená apetitoso. *[Ni que lo hubiéramos ensayado. Ya no me acuerdo si el papel se le cayó a ella o a mí, pero nos agachamos los dos a un tiempo para recogerlo. Coño. ¿Perdió el equilibrio a propósito? No creo. Menudos tacones llevaba. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Apartarme y dejar que se estrellara contra el suelo? Cogerla, claro. Algo reflejo. Lo que no comprendo bien fue cómo quedaron sus labios tan cerca de los míos].*

—¿Tú crees que quien dirigiera el tinglado se merecería el 0,1% de lo que se facturase? ¿Qué opinas?

—Hombre, así, a bote pronto, yo diría que sí.

—Pues echa cuentas.

—Son sencillas.

—Pues ahora te las voy a complicar, hombre, que tú eres entendido en números. Me vas a comparar la cantidad resultante con tu remuneración actual hasta el día que te jubiles. ¿Qué? ¿Vas sumando?

—Son palabras mayores, Vicente. *[Joder, ¿cambiar de vida a mi edad? ¿Cambiar de trabajo? ¿Cambiar de...?].*

—Las palabras de Vicente Patilla suelen ser mayores, Gerardo, ya lo comprobarás. No hay cosa que soporte menos que la falsa modestia. Hoy vamos a dejar las cosas aquí. La comida ha sido buena, y lo tratado, sustancioso. Espero

haberte convencido de que nos queda mucho de qué hablar. Pronto tendrás noticias mías, Gerardo. Directamente o a través de Cornicabra.

—Iré preparando papeles.

—Y yo al ministro.

- ¿Estás ahí, Ignacio?
- Aquí me tienes.
- ¿Estás en casa?
- Hoy no nos hemos visto a la salida.
- Tenía prisa. Cumpleaños de mi madre.
- Felicidades, aunque no la conozca.
- [*¿Para qué quieres conocerla? Vaya capricho*]. Le encantaría. ¿Dónde estás?
- Todavía en Almonte.
- ¿Sí? ¿Para?
- Dentro de media hora firmo el contrato.
- ¿Dónde estás?
- Cafetería, haciendo tiempo con el portátil.
- He visto que estabas conectado al correo.
- ¿Y tú? ¿En casa?
- Sí.
- ¿Has pasado al canal privado?
- Claro. No quiero que cualquiera se cuele en el *chat*.
- Ni que lo tuviéramos con vídeo.
- Ya me gustaría... [*Ahora mismo te llevarías una sorpresa. Puta mierda, se me va a mojar el teclado*].
- Hasta que no tengas más velocidad...
- Me la pido para Reyes.
- ¿Qué haces?
- Acabo de ducharme [*pero todavía no me he vestido*].
- Que no se te moje el teclado.
- ¿Cómo lo sabes, Ignacio?
- Melena, Lucía.
- Me alegro por lo del piso.
- ¿Ya te has vestido?
- Albornoz.
- No te resfríes.
- Siento lo del dinero.
- Es igual.
- ¿Dolido?
- No te preocupes, Lucía.
- Es que ese coche era una oportunidad. Me lo dan el viernes.
- Estupendo. [*Tus prometedos novecientos solo han servido para que yo me lance*

a alquilar un piso que me va a devorar el sueldo].

—Blanco. ¿Te gusta?

—Con locura. *[En vez de tenerte en mi cama, te tendré al volante de un cochecito nuevo. De puta madre].*

—No te burles, Ignacio, que los dos estábamos hartos de tren.

—Te echo de menos, Lucía. *[Estoy encoñado por represión, eso es lo que me pasa. Solo dos clavos, y por los dos pagando].*

—Mañana nos vemos en el cole. ¿Cuándo te trasladas?

—*[Primero por encapricharme del piso, que es lo único bueno que tiene: ese recuerdo. Y, el segundo, treinta y cinco papeles por dos horas de pensión. Y se acabó. Soy un fracaso].* Según. Puede que el viernes.

—Estrenaremos el coche con algún paquete pequeño *[que no te vayas a pensar que me lo voy a cargar el primer día metiendo muebles].*

—*[Lucía fingió correrse, seguro. Joder, en la pensión intenté ocuparme un poco de ella, pero yo qué sé. Tendré que hacer un cursillo de zonas erógenas femeninas].* Ya veremos.

—¿Cuándo inauguras?

—¿Cuándo vendrás? ¿Sábado?

—Tengo un compromiso fuera. Invitada el fin de semana. *[No te pongas absorbente, tío, que entonces es peor].*

—¿No te lo puedes saltar? *[Ya he metido la pata].*

—Amigas de la infancia. Hace meses que no nos vemos, desde que se mudó. *[¿Estás loco?].*

—Vidas parecidas.

—¿Qué dices?

—Vidas paralelas. Me mudo, o casi, y ya no te veo. *[La he vuelto a cagar, pero no puedo por menos que decírselo].*

—Oye, no es para tanto. *[Me halaga que me vaya detrás, pero para perderme la inauguración de Margarita, si es que al final la celebran, tendría que estar desesperadamente enamorada y, además, Ignacio tendría que follar como un ángel. Fallan las dos condiciones].*

—¿Lunes, entonces? *[Si me dices que sí, igual seré yo quien te diga que no, por despecho; si me dices que no, seguiré insistiendo. Así de ridículos somos los hombres].*

—Supongo, pero no lo sé. Se me va a acumular el trabajo, pero lo intentaré. *[Supongo que lo intentaré, pero depende. Dependerá de las ganas que tenga. Dependerá de si me enrolló con alguien este fin de semana. Dependerá de las ganas que tenga de verte, Ignacio].*

—Esto no va bien. *[Seguiré cagándola. Ya no importa un poco más].*

—¿El qué? *[Me haré la loca antes de cabrearme].*

—Lo nuestro. *[Encima de borde, amanerado. Lo tengo todo].*

—¿Estás de broma? ¿Qué dices? [*No voy a darte la razón, por mucho que la tengas. No estoy enamorada, hijo mío, eso es lo que pasa, pero no te lo voy a confesar, excepto sí me aprietas demasiado*].

—Nos vemos poco. [*A ver por dónde me sales, Lucía*].

—¿Poco? Los dos tenemos compromisos. [*No entres ahí, Ignacio*].

—Excusas. A mí me suenan a excusas, Lucía. [*Cagondiós, ¿qué mierda me ha dado ahora? Me va a enviar a paseo*].

—Oye, Ignacio...

—¿Estamos saliendo juntos o no?

—¿Necesitas un papel que lo diga?

—¿Estamos saliendo juntos, Lucía?

—¿Qué significa eso? ¿Un mínimo de tiempo? ¿Obligación de boda o de convivencia?

—Lo estás retorciendo.

—¿Yo? Eres tú quien saca las cosas de quicio.

—¿Qué tenemos, Lucía? ¿Qué somos?

—¿A todo hay que ponerle nombre?

—Estoy enamorado de ti, Lucía. ¿Y tú?

—[*Ya estamos. O lo envío a pastar, o me salgo por la tangente. Que sea la tangente. Aguantaré un poco más. Ignacio me cae bien y tiene un cuerpo que no está mal. Pero le falta un puntito*]. ¿Más etiquetas?

—No respondes.

—Amigos. Amigos íntimos.

—Poca cosa.

—Hombre, gracias, pero mi amistad y mi coño no los voy regalando por ahí.

—Estoy enamorado.

—Los sentimientos no son sí o no, o es o no es. Cambian.

—Vale, Lucía, ya lo he entendido.

—¿De verdad?

—Sí. Yo estoy colgado y tú pasas el rato.

—Mañana nos vemos en el trabajo. Mejor lo dejamos por hoy. [*Podía haber suprimido el por hoy. Dejarlo correr definitivamente. Ya sé que Ignacio querría más, pero es mucho lo que doy y poco lo que pido a cambio. Él querría más y que yo también le pidiese más. Yo, ahora, no quiero ataduras. Prefiero no romper la amistad, pero tampoco tengo intención de convertirla en un noviazgo. Aspiro a algo más que un chico agradable, guapito y simpático. No solo me ha de gustar. Y no lo quiero ahora. Ahora todos los hombres me acaban cansando*].

—No te vayas todavía. [*No te vayas, Lucía. Ahora es cuando más te necesito. Te quiero. Voy a empezar mi vida independiente, y la quiero comenzar a tu lado. Puede que hasta ahora no haya hecho las cosas a tu gusto, pero aprenderé. No te vayas todavía*].

—Salgo del chat.

—Adiós, Lucía.

—Hola, Ignacio.

—¿Te has arrepentido?

—No, que yo sepa. ¿De qué?

—Has dicho que salías y que hasta mañana.

—Sí, perdona. Soy López. Ya te habrás enterado de que me gusta ocupar líneas de otros, de teléfono o de correo. Ah, Ignacio, para evitar las tentaciones de desconectar, tómalo como un reto y trata de rastrearme.

—Tiene usted grandes habilidades.

—Gracias por el trato. Nuestra diferencia de edades lo justifica. Pero en un chat (así se llama, ¿verdad?) solo cabe el tuteo.

—Tienes grandes habilidades.

—Habilidades, las tuyas. Lo mío es una burda combinación de paciencia, medios y tiempo. No tiene mérito.

—Felicidades por la colada.

—¿Colada se dice? Claro, al fin y al cabo me he colado. Pero valía la pena. Todavía no habíamos cruzado más que un mensaje. Espero que no lo tomases a mal.

—¿Qué pretendías? ¿Que intentara reventar el acceso?

—No necesariamente. Admito que quería conocer tu reacción.

—¿Te gustó?

—Fue sensata.

—Lo sorprendente es que la conozcas.

—Vamos, Ignacio. A ti no te tengo que explicar que el ordenador que utilizaste en el colegio y el del despacho de tu padre están abiertos a las miradas de cualquier aficionado.

—¿Y el mío?

—El tuyo es otra cosa, pero hazme caso y, cuando tengas un minuto, échale un vistazo a los puertos 23 y 25.

—¿23 y 25?

—Sí. Tiene la culpa el programa que precisamente ahora estás utilizando para rastrearme. Me temo que, al ejecutarlo, crea un agujero malicioso. Estos programas no son muy fiables.

—Estás muy puesto.

—Nada importante. ¿Has conseguido localizarme?

—Los resultados son contradictorios. ¿Londres? ¿Buenos Aires?

—Nada de eso. Son ciudades más bonitas que en la que estoy, eso sí.

—¿Dónde estás?

—Mira, como la pregunta es inocente, te voy a responder, o casi. Ahora mismo estoy delante de un ordenador de una biblioteca pública, en un radio de cinco kilómetros de Almonte. Estas bibliotecas son una bendición, y sus máquinas son muy

manejables.

—Amigo de lo ajeno.

—Para las cosas sencillas van muy bien.

—¿Qué edad tienes?

—Esa es una pregunta demasiado indiscreta. Pero como sé que necesitas unos segundos más para tu búsqueda, te respondo a medias. Tengo más del doble y menos del cuádruple de tu edad.

—No es muy preciso.

—Tanto da. ¿Lo has encontrado ya? Verás que hay quince bibliotecas públicas en un círculo de cinco kilómetros, centrado en tu posición. No está nada mal, ¿verdad? Y son bastante frecuentadas, no te creas. Hasta vienen chavales de la edad de los que tratas.

—¿De veras?

—Sí. Y con esa nueva información habrás bajado de quince a ocho las bibliotecas con sección infantil. Pero, como puedes ver, están muy desperdigadas como para visitarlas todas.

—¿Estás monitorizando mi ordenador?

—Sí, y perdona. Un pequeño pecadillo. Pero en eso estamos iguales, ¿no es así? Además, es lo que tú habrías hecho en mi lugar. Normal.

—Creí que estaba lo bastante protegido.

—No se puede tener todo en esta vida. No se puede estar conectado a la Red y aislado de ella. No hace falta que te lo explique. Además, llevamos prisa. Sobre todo tú.

—Sí. Me esperan dentro de cinco minutos.

—¿Puedo preguntarte si llevas encima el importe de la fianza?

—Veo que soy un libro abierto para ti. La fianza y el primer mes. En total, mil ochocientos. ¿Piensas atracarme?

—Eso tendría gracia, hombre, aunque me temo que me vería en dificultades. No. Vamos a hacer otra cosa.

—Cuatro minutos.

—¿Conoces la página del diario local de Almonte? Entra, hazme el favor.

—Ya estoy.

—Pues mira, ahora añade: \anun035.

—¿Qué es esto?

—Parece mentira que buscando piso en la ciudad no atendieras al medio local. Soy aficionado a ver anuncios por palabras antes que nadie. Se pueden encontrar gangas.

—Me quedan tres minutos.

—Estás en la página de anuncios que se publicará mañana.

—Llevo prisa.

—Confía en mí. Al fin y al cabo me estoy tomando muchas molestias. ¿Verdad

que puedes recuperar esta conversación con ese terminal móvil tan moderno que llevas? Venga, hazlo, cierra el portátil, levántate y sigamos charlando un par de minutos.

—Ya está.

—Has sido rápido. Muy bien. Como tienes que responder con el teclado del teléfono, me haré cargo de tus contestaciones breves. Admite que eso es un atraso.

—Sí. Un minuto.

—Olvídate de la cita. No te me enfades, Ignacio. Hace un rato he llamado de tu parte a la agencia para anular la cita y tu interés por el piso.

—¿Qué?

—Un atrevimiento, ya lo sé. Dame unos instantes para compensarte. Mira el anuncio que está en noveno lugar.

—Ya.

—¿Damos una ojeada?

—¿Trampa?

—Ninguna trampa. Una oportunidad, creo yo.

—No me lo creo.

—Vamos andando, Ignacio. Tú te lo miras. Si te gusta, bien. Si no... Pero te gustará.

—No sé ir.

—Muy cerca de donde estás. Camina hacia el centro. Segunda a la izquierda, y otra vez segunda a la izquierda. Te están esperando.

—¿Sí?

—A tu paso ya estás a mitad de camino.

—¿Mi paso?

—A tu edad todas las distancias son cortas. Bueno, Ignacio, ya lo has leído. No es muy grande. El comedor hace de comedor, salón, recibidor y cocina. Pero el dormitorio tiene cerca de veinte metros. Notarás la diferencia. Y un baño. Sin bañera, eso sí, pero me han asegurado que todo funciona.

—Ya estoy.

—Llama al entresuelo. Ahí tienen las llaves. Toma aire.

—¿Qué?

—Es un quinto piso sin ascensor. Esa es una de las razones por las que solo piden trescientos al mes. Por lo que sé, el vecindario es tranquilo. Gente mayor. Tendrás la azotea para ti solo.

—Ya.

—¿Cansado?

—No.

—Juventud, divino tesoro. Por lo visto está medio amueblado. Tiene mucha luz y buenas vistas. Almonte no es Venecia, claro, pero buenas vistas para lo que es el pueblo. ¿Qué te parece?

—[*Joder, qué diferencia. Es acogedor, está bien cuidado. La cama es grande. El frigorífico, nuevo. Me gusta. Me gustaría quedarme desde ahora mismo. Desde aquí Almonte no parece Almonte. Y tirado de precio. No puede ser. Algo falla*]. Bien.

—Supongo que te preguntarás por qué solo trescientos. Ya te he advertido de que tiene dos inconvenientes. Primero, los doce tramos de escalera estrecha. ¿Lo podrás superar?

—Sí.

—Y el otro. En la gestoría me han explicado que los propietarios son dos ancianos que lo han ocupado hasta hace nada. Ella tuvo una caída y han decidido ingresar en una residencia. Ya ves. Cuando menos tendrán ascensor. Sube a la azotea, Ignacio. La escalerita del rellano. La llave tendría que estar en el aparador. ¿La tienes?

—Sí.

—Adelante, y no te asustes.

—[*¿Por qué me iba a asustar? ¿Los ancianitos acumulaban porquerías, o cadáveres?*]. Palomas.

—Veo que me han informado bien. El palomar de los propietarios. El inquilino se tiene que comprometer (figura en el contrato, eso me han asegurado) a cuidar del palomar. Son palomas mensajeras. Alimentarlas regularmente y una limpieza de vez en cuando. Dejarlas volar, supongo. ¿Tienes algo en contra de las palomas?

—Creo que no.

—Mejor. Ah, y también hay que permitir una visita mensual de los dueños. Solo a la azotea, claro. Me han dicho que son gente encantadora y que avisarían con tiempo. ¿Qué tal?

—[*Cojonudísimo. De puta madre. Me quedaría a dormir esta noche. Joder, pero qué chollo*]. Bien, supongo.

—Pues Pelayo 40, antes de las ocho.

—¿Cómo?

—Es la dirección de la gestoría. Te esperan hasta esa hora para firmar el contrato. Hasta podrías dormir esta noche, si quisieras.

—He vuelto al portátil. Esto está muy bien, pero lo que quiero saber es qué ganas tú.

—¿Tengo que ganar algo?

—¿Eres un filántropo extravagante?

—No, pero estaba en deuda contigo.

—¿Por qué?

—Por aquel mensaje. Suplantar a tu madre fue una travesura.

—No tuvo consecuencias.

—Afortunadamente.

—La compensación me parece excesiva.

—Me alegra oír eso. Si estás bien dispuesto, te pediría un par de favores.

—Ya veo que me he precipitado haciéndome ilusiones con este piso.

—No lo creas.

—Mejor lo dejamos. No estoy dispuesto a compensar a un desconocido.

—Venga, Ignacio. En realidad solo te voy a pedir opinión, poco más. Sobre tus padres y tu hermana, además.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Qué es lo que crees que es mejor y peor de cada uno de ellos?

—No entiendo.

—Vamos, vamos. Antes me has preguntado si era un filántropo extravagante. Ahora te lo respondo mejor: más lo segundo que lo primero. Considérame un amigo de la familia (en definitiva creo que lo soy) algo chiflado al que se le ocurre preguntarte la principal virtud y el principal defecto de tu padre, a tu modo de ver.

—No le veo la gracia.

—No la tiene. Es un capricho, Ignacio. Nada más. Si estás completamente decidido, no respondas. Es igual. Pero tú me has preguntado qué favor pagaba el favor.

—Aunque quisiera, no sabría responder.

—No digas eso, que no puede ser verdad. No te pido opinión sobre un desconocido. Pero empecemos por tu madre o tu hermana, si ha de resultar más sencillo.

—Mi madre es muy inteligente. Es lo que más admiro de ella.

—Excelente. Por lo poco que la conozco no puedo sino aceptar tu criterio. También yo he notado destellos de inteligencia.

—Y demasiado convencional para mi gusto.

—¿Convencional?

—Conducta social estereotipada. No creo que sea necesario dar ejemplos.

—No, desde luego que no. Ya he entendido tu postura.

—¿Estás de acuerdo?

—No tengo información para juzgar.

—Begoña es muy guapa. [Cagondiós. *¿Qué estoy escribiendo? Este tío pide burradas; me sentiría más tranquilo si me hubiera exigido el dinero que llevo*]. Se hace querer. Es para enamorarse de ella. En cierto modo lo mejor y lo peor es lo mismo: es mi hermana. Begoña estudia poco.

—Eso es una lástima. Con frecuencia los jóvenes no se dan cuenta de que su mocedad no volverá. Por otro lado... En fin, casi dan ganas de conocerla.

—Ni se te ocurra.

—Tranquilo, Ignacio. Desgraciadamente creo que nunca tendré la oportunidad de estar delante de tu hermana pequeña. ¿Qué me dices de tu padre? ¿Estás más inspirado?

—Perseverante.

—¿Virtud o vicio?

—Virtud, claro.

—Por supuesto, qué infeliz soy. Me tienes que excusar. Algunas actitudes me confunden, y la perseverancia es una de ellas. No es inhabitual que derive hacia la fijación o incluso la obcecación. Pero en su justa medida es admirable. Sigue, por favor.

—Ambicioso.

—Caramba, Ignacio. Otra vez me pierdo. Por exclusión entiendo que te refieres a la ambición como vicio.

—No sé si es viciosa, pero en mi padre no me gusta.

—Qué peculiar. Comúnmente se considera una virtud.

—Su ambición desborda los límites de sí mismo y es capaz de extenderla a los que le rodean.

—Comprendo. La ambición postiza es difícil de sobrellevar, no cabe duda. Y estás en lo cierto sobre la ambigüedad de esa avidez. Probablemente mi pregunta era capciosa desde buen principio, así que tu esfuerzo por responder tiene mayor valor.

—¿Ya estamos?

—Casi. Te quería pedir otro favor.

—Vaya.

—Bien pensado no es ni siquiera eso. Llamémoslo mejor sugerencia o recomendación.

—Adelante. Lo vas a decir igual.

—No seas duro con tus padres. Especialmente con tu padre. Dale alguna satisfacción.

—No sabes lo que dices.

—Puede que no. Pero seguirle la corriente en ciertos casos no te ha de resultar difícil. Lo agradecería, seguro. Igual que la deferencia de invitarlos a cenar en tu nuevo hogar antes que a nadie. Les encantaría.

—¿Eso crees?

—Sí. Estoy convencido. Pero, oye, recuerda que no todas las personas tienen el paladar tan espartano como tú. Te enviaré por correo algunas recetas sencillas y sabrosas.

—¿Eso es todo?

—Todo. Recuerda que te esperan en la gestoría antes de una hora. Ojalá disfrutes en tu nueva casa.

—No entiendo qué buscas. ¿Qué quieres de nuestra familia, López?

—Por el momento, conocernos mejor. Nada más.

—Y supongo que volveremos a hablar.

—Eso espero. Todavía no nos conocemos la voz.

—Ni las caras.

—Las caras distraen la atención. Son demasiado agresivas, demasiado rotundas. Ya sufrimos suficientes imágenes.

—Me resulta embarazoso explicar que un tal López, al que no conozco, me ha llevado de la mano para encontrar piso. Supongo que tu recomendación será prescindir de detalles.

—Indudablemente, pero lo dejo a tu elección. Total, lo único que he hecho ha sido pasarte un anuncio por palabras. Más o menos solo ha sido eso.

—Oye, López, me he quedado con las ganas de preguntarte si has estado mirando el chat mientras estaba charlando con mi amiga Lucía.

—Me avergüenza un poco, pero reconozco que sí. Esperaba el momento apropiado para entrar, y era inevitable seguir la conversación. Lo siento. No era mi intención atender a intimidades, pero ten en cuenta que mi edad me da lejanía y perspectiva. Espero que me perdones.

—Hasta sospecho que me vas a soltar algún consejo sentimental.

—Me temo que no soy quién para esa tarea. Hasta tu hermana Begoña sabrá más de estas lides. Pero ya que lo dices: yo, en tu lugar, daría cuerda.

—¿Cuerda?

—No me preguntes el porqué, pues no lo sé, pero me consta que a algunas personas les interesa más el desinterés que el interés. No aprietes tanto. Suelta las riendas. Con Lucía yo creo que antes sirve dar celos que dar la murga. ¡Ah!, una cosa más: no te imaginarías nunca cuál es el pájaro favorito de esta chica.

—¡Esto es chulísimo, Ignacio!

—¿Sí? ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¿Por qué no me invitas a vivir contigo?

—Me parece que a nuestros padres no les entusiasmaría la idea, Begoña. ¿Tú qué dices, madre? ¿Se viene Begoña conmigo?

—Mira que te digo que sí, y ya verás la gracia que te hace, ¿eh?

—Di que sí, di que sí, mamá.

—Venga, Begoña, déjalo, que Ignacio solo tiene una cama y tu madre bromeaba. No vamos a perder de vista a nuestros dos hijos al mismo tiempo.

—Ay, papá, qué plasta. Ya verás dentro de un año.

—Dentro de trece meses, hija, y a poco juicio que conserves harás lo imposible por seguir viviendo con nosotros. Y, si no, al tiempo.

—No me lo imaginaba así, Ignacio.

—Muchas escaleras, ¿verdad? Y muy pequeño.

—Sí, pero está bien. Parece que lleves aquí instalado dos años, y no dos días. Se ve limpio y bien conservado. ¿No te parece, Gerardo?

—No te lo discuto. Creía que ya no existían oportunidades así.

—Es que es una ganga. La vista es estupenda. Reconoce que Almonte no es tan feo desde aquí, Gerardo. Azoteas floridas, un campanario y huertas en el horizonte.

—No te olvides de las torres de alta tensión y el ensanche de adefesios a la derecha, madre.

—Déjate, Ignacio, que están lejos. Nosotros, por mucho que vivamos en Carnero, también tenemos que soportar arquitectura de baja estofa.

—Venga, sentaos. Cada silla es diferente. Espero que no os importe.

—¿Qué nos va a importar? Lo que cuenta es que hay para sentarse y que podamos brindar a tu salud.

—Coño, Ignacio, has comprado vino y todo. Y no uno cualquiera. ¿Qué abro, el tuyo o el nuestro?

—Acabarán las dos abiertas, padre. Empieza por la que quieras.

—Mira, papá. Hoy no te quejarás. Ignacio ha preparado una cena de tapas. Tortilla de patatas, morcillas, hojaldres, queso... ¿Qué es esto, Ignacio?

—Arena, lo llaman.

—¿Arena?

—Barriga de atún.

—¡Qué asco!

—¡Begoña!

—No sé la de años que hace que no tomo de eso. Tu madre ya no la compra.

—Es que no la encuentro, Gerardo. ¿Dónde lo has comprado, Ignacio?

—No he comprado nada en Almonte. Todo del mercado Santa Eugenia. Menos las croquetas, que son de la vecina del tercero, y la cazuelita de callos, de la del cuarto. Cuando han sabido que os invitaba, me han insistido en servir comida apetitosa y se han empeñado en que aceptara esos platos.

—Todavía tendrás mejores vecinos que nosotros.

—Parecen buena gente, madre.

—¿Pasas frío, Ignacio?

—¿Tienes frío, madre?

—Qué va, se está bien.

—Es que esto es pequeño y las paredes gruesas, y con la estufa lo caldeo en poco tiempo. ¿Qué tal el queso, padre?

—Fenómeno. ¿Oveja?

—Churra cruda.

—¿Qué, niña? Para ser que te daba asco, vaya castigo le estás dando al atún. ¿Está bueno?

—Es que lo demás engorda, mamá. Y no está mal. Sabe diferente.

—Caramba, Ignacio. Hoy nos estás dando lecciones inmobiliarias y culinarias.

—Y antes de que me salgas con una indirecta, padre, has de saber que hoy me he matriculado en un posgrado de la universidad a distancia, sobre sistemas operativos.

—Me cago en diez, Ignacio, hoy sí que me estás llenando, coño. [*Por fin me has hecho caso, joder, de una puta vez, a ver si corriges el rumbo definitivamente*]. Menudo notición. [*En vez de aceptar ser mantenido, estudiar otra carrera entera a tiempo completo y vivir con nosotros o en el piso de su abuela, una jaula de cuarenta metros y todo a tiempo parcial. Pero menos es nada, y es mucho más de lo que esperaba antes de salir de casa. Supondré que todavía hay esperanza y que Ignacio ha recobrado parte de la cordura*]. Me has dado un alegrón, hijo.

—Ya te contaré cómo va, padre. Y tú, madre, no te emociones.

—Es que son muchas cosas de golpe, Ignacio. Te veo un hombre [*que solo me faltaría que me sacaras del armario una mujer*]. Aprende de tu hermano, Begoña, y sienta la cabeza.

—No me rayes, mamá. Pero, si te empeñas, me voy de casa.

—Me refiero a los estudios, mocosa.

—¡Pero si no suspendo nada! [*Que tiene mérito y no sé si durará, con la de cosas que tengo en la cabeza*].

—Pero es verdad que tú puedes mucho más, Begoña.

—¿Tú también Ignacio? Dejadme respirar un poco. ¿Nadie quiere más barriga de esta?

—Para ti toda, hija. Pero apúntate que yo soy el tercero que te recomienda que saques mejores notas.

—¡Papá! Ahora la vais a tomar conmigo, ya lo noto. Pues, para que os enteréis:

yo también quiero aprender más.

—¿Qué quieres aprender, Begoña?

—Billar. *[Y desde luego no os pienso explicar el puntazo que me marqué con el taco del señor López. Enrique se quedó de pasta de boniato. Yo creo que disfruté tanto usando el palo nuevo como con la admiración de todos los que había en la sala. Ni que le hubiera regalado una varita mágica, oye. Ahora no tengo más remedio que aprender un poco porque, cuando probé, casi rasgo el tapete].*

—¿Has oído a tu hija, Gerardo? ¿Ha dicho billar? Esta niña me va a matar a pataletas.

—Huy, sí, mamá, cualquiera diría que cada día te traigo un pollo a casa. ¿No queréis que suba las notas? Pues estimuladme. Unas clases de billar y un punto más de media en los próximos exámenes.

—¿Hablas en serio o te estás burlando de nosotros, Begoña?

—Completamente en serio, papá.

—No te entiendo, Begoña, hija.

—Jo, mamá, cualquiera diría que os pido aprender a..., yo qué sé..., a tocar la armónica o a patinar sobre hielo.

—No me hubiera sorprendido tanto.

—Bueno, hija, ya hablaremos tu madre y yo más tarde.

—¿Y adónde irías a aprender, Begoña? ¿A los bajos fondos?

—¡Mamá!

—Déjala, Magdalena. Ya hablaremos.

—Ignacio, enséñame el palomar *[y así pierdo de vista un rato a nuestros viejales, que a veces les daría de hostias].*

—Eso, Ignacio, llévate a tu hermana y que le dé un poco el aire, que le sentará bien ventilarse. ¿De dónde sacará esas ideas?

—Enseguida subimos nosotros, pero antes déjame disfrutar de la morralla que queda, que vale la pena.

—Os esperamos arriba. *[Creo que es mejor no sacar a relucir a López. No les quiero amargar el momento, ni me lo quiero amargar yo. Además parece un asunto olvidado por todos. Mejor. Estoy tan contento con este piso que hasta le hubiera invitado a cenar para agradecerle el soplo].*

—Bueno, Magdalena, ya volvemos a estar solos. Parece que fue ayer cuando estábamos concibiendo a Ignacio...

—¡Gerardo!

—¿Te crees que nos van a oír? Tampoco creo que se escandalizasen por eso.

—Soy yo la que se escandaliza por recordarme los años que han pasado.

—Date cuenta. No tiene remedio. Ayer..., lo que te decía, y hoy en la casa propia de nuestro primogénito. Alquilada, eso sí.

—Espero que hoy te guardes tus latiguillos, Gerardo. No te quejarás de lo que te estás encontrando esta noche.

—No me quejo. Reconozco que hoy Ignacio ha conseguido hacerme casi feliz. Saber que no está tirando el dinero, porque este sitio vale lo que paga [*aunque yo no creo que me pudiese acostumbrar a algo tan chiquitín, pero Ignacio es joven y soltero*], y que, sobre todo, ha decidido hacerme caso. [*Para que te enteres, Magdalena. Tú venga a frenarme, venga a cortarme, venga a defenderlo, pero al final me he llevado el gato al agua. O lo he empezado a mojar, por lo menos*].

—Hacernos caso. [*Claro, a mi esposo le falta tiempo para colgarse las medallas y no dejar que nadie se las toque. Pero deberías reconocer, Gerardo, que Ignacio te ha soportado el mismo sonsonete durante años, y se ha hecho el sordo, mientras que apenas ha pasado una semana desde que yo me pronuncié por primera y única vez, y ha dado su brazo a torcer. Qué casualidad*].

—Como quieras. [*Sí, joder, después de años llevándome la contraria, restándome autoridad y apoyando la cabezonería de Ignacio, y ahora reclamas la mitad de los laureles. Hoy no tengo ganas de discutir. Aunque me busques, no me vas a encontrar*]. El caso es que hoy, por primera vez, lo veo más encarrilado, más maduro. Hasta la cena estaba comestible.

—Desde luego que sí. Ha hecho un esfuerzo. Hoy ha procurado agasajar a sus invitados, no azotarlos con verduras orgánicas y dietas budistas.

—¿Has llegado a probar la morcilla?

—¡Pero si la has acaparado!

—Pues no sabes lo que te has perdido. Buena, lo que se dice buena.

—¡Qué cara más dura tienes! Y Begoña ha salido a ti. Me he quedado sin morcilla y sin arena.

—Mira que descolgarse con el billar...

—Me juego lo que quieras a que a su novio le va el juego.

—Si así fuese, ya le enseñaría el chaval, ¿no? Una bicoca, ayudar a la chica a coger una posturita y otra para golpear la bola.

—Eso demuestra que no está consolidado, sino que es una artimaña de Begoña para hacerlo suyo... Pero ¿qué es esto?

Cualquiera diría que estoy hablando de una felona y no de una criatura de dieciséis años.

—Nos hacemos viejos, Magdalena.

—Sí, pero mi trabajo es más inseguro que el de mi hijo de veintitrés.

—¿Sabes algo más?

—No, en realidad no. Nada concreto aún. [*Porque no tengo ganas de contarte mi conversación con Ochoa, que, en resumen, repitió lo que me había advertido Luisa. Van a ajustar la plantilla. Me exigen una selección de entre los miembros del laboratorio. Ni siquiera mi plaza está segura. Nada más y nada menos*].

—Mejor. Mejor que no tengas novedades. Puede que todo acabe diluyéndose con ruido y sin daños. ¿Un poco más de vino? [*Dejemos también este asunto, que necesito la cabeza despejada. Entre Rojas, Redondo, Montero y la madre que los*

parió, estoy hasta la coronilla. Cada cual con sus dolores y aguantando sus velas].

—Bueno, pon. *[El vino que viertes me ha recordado el vino de López. Nadie ha dicho nada. Nadie ha preguntado por él. Nadie parece mortificado ni atemorizado. Ni siquiera yo. ¿Habrá hablado con Gerardo o con los chicos? Me extrañaría. En todo caso disimulan muy bien, y si disimulan es que pocas ganas tienen de hablar. Tenemos. No sé]*.

—Te has quedado reconcentrada. *[Menos mal que ese López ha desaparecido de nuestras vidas. Al menos, de las de los demás. Solo lamento no haber descubierto de qué palo iba. Si Magdalena, que era la más neurótica, no abre la boca, es porque para ella es un asunto enterrado. No seré yo quien lo resucite]*.

—Es el alcohol. Pero tú tampoco estás muy locuaz. *[¿Qué diría si Gerardo me preguntase si López me ha llamado? No le podría decir que no. Menos por mentirle que por mentir. Sería ridículo. Pero sería más absurdo aceptarlo. No le iba a responder: «Ah, pues sí, me ha llamado, me ha preguntado un par de cosillas y ha tenido una atención encantadora conmigo»]*.

—Quebraderos de cabeza. *[Porque de Magdalena todavía podría pensar que se lo guarda para evitarme un desvelo, o porque le haya rebajado el nivel de emergencia al buenazo de López; aunque no lo creo. Pero los chicos son lo suficientemente espontáneos como para cantarlo todo]*.

—Ya. *[Si te crees que voy a lanzarme a preguntar, vas listo. Con lo mío tengo para dar y vender. Así que acabo siguiendo la recomendación del tío ese. «Guarda discreción», me dijo. O algo así. Me estoy volviendo muy obediente, además de vieja. Tendré que comprar unas cortinas nuevas para este piso]*.

—Bueno, ¿qué hacemos con Begoña? *[Hoy no me he quedado a solas con Beatriz ni un momento, pero me ha parecido que, cuando cruzábamos las miradas, se recogía el pelo tras las orejas para mostrar los pendientes, y sonreía un poquito. También con ella tendré que inventarme una excusa para justificar que no sé cómo son. Encargadas por teléfono, o algo así. Joder, me estoy rodeando de excusas]*.

—¿Hacer? ¿De qué?

—Del billar, mujer.

—Así que crees que hablaba en serio.

—Claro.

—Pues le tomas la palabra.

—No te conozco, Magdalena.

—Me está cambiando el cuerpo. Eso incluye el cerebro.

—Contaba con tener que convencerte.

—Pues ya ves. Total, tampoco ha pedido clases de posturas del *Kamasutra*.

—Ya habrá superado el curso.

—¡Gerardo!

—Es broma, Magdalena. Lo he dicho a propósito para ver hasta dónde habías cambiado. Tranquila. Todavía eres tú misma.

- No sé cómo tomarme lo que me has dicho.
- Bien, mujer, bien.
- ¿A qué hora sales mañana?
- Antes de que toquen las siete.
- Te he preparado la maleta de cabina.
- Bien. Muy bien. Estupendo.
- Recuerda guardarte la cuchilla de afeitar y el cepillo de dientes.
- Bueno.
- Con gusto te acompañaría a Viena.
- Solo te perderás dos grupos de trabajo, una comisión y un plenario en cuarenta y ocho horas. Ya te lo regalo.

—Me alegra oírlo, Begoña.

—Gracias a usted, señor López. Jamás se me habría ocurrido que a Enrique le ilusionaría tanto el regalo.

—¿A que presume con él?

—Cosa mala. Hasta se acercó el dueño de la sala para mirarlo.

—Así que quedaste bien.

—¿Bien? Mejor que bien. Además mi amigo y yo estábamos un poco..., ¿cómo le diría?... , distanciados, y el regalo lo suavizó todo.

—Lo celebro de verdad. Los jóvenes no podéis malgastar el tiempo en desavenencias. Aunque son inevitables para todos, os merecéis reducir las, o retrasarlas.

—Quería llamarle para darle las gracias, pero no sabía dónde.

—No tiene importancia, pequeña. Ya ves que acabamos teniendo la oportunidad de hablar. Y seguiremos hablando y colaborando en el futuro.

—¿Qué quiere decir?

—Mira, tú vas a ser la primera en saberlo. Tanto tus padres como Ignacio hemos intercambiado favores, del estilo del que tú y yo tuvimos entre manos, y todos los miembros de la familia habéis conservado el secreto.

—¿De verdad?

—¿Tú dijiste algo a alguien?

—No, porque...

—Claro, porque era innecesario.

—Sí, pero...

—Pero ahora los vínculos con tu familia se amplían. Y más que deseo que se estrechen. Por eso te llamaba.

—No le entiendo.

—Quiero que continuemos con el intercambio de favores.

—Oiga, señor López, me parece que no es una buena idea. ¿O es que también quiere saber la música preferida de mis padres?

—No, Begoña. Me puedo hacer una idea. Es mejor cambiar de objetivo.

—Mire, ya le he dicho que lo del taco para Enrique fue estupendo y todo eso, pero no me parece bien que tengamos que seguir haciendo tratos.

—¡Qué exacta has sido, Begoña! Tratos. Eso es. Un interés a cambio de otro. ¿Qué otra cosa es la vida, sino una sucesión de ellos?

—Bueno, pues nada, señor López. Tal vez más adelante...

—¿No hay nada que te interese, Begoña?

—Creo que nada que usted pueda darme.

—Pues no sería la primera vez.

—Mil gracias otra vez, pero me estoy poniendo nerviosa y es mejor que lo dejemos aquí. Ya se lo explicaré todo a mis padres; ellos ya se encargarán de compensarle.

—Acabas de decir que no crees que tenga nada que ofrecerte. Yo estoy convencido de que sí.

—¿Qué?

—Una vez te dije que oigo muchas cosas. Muchas más de las que me gustaría, y bastantes más de las que soporto.

—Sigo sin entenderle, señor, y mi hermano está esperándome abajo, así que, con su permiso, me voy a...

—¿Ves a lo que me refiero? Es un calvario estar tan informado, créeme. Si no, yo aceptaría resignado tus excusas y buscaría otra ocasión para convencerte. Desgraciadamente, me consta que Ignacio está subido a una silla colocando las cortinas nuevas que está desempaquetando tu madre, justo a su lado, y ambos, claro, están en el piso nuevo que tu hermano ha alquilado en Almonte.

—¿Cómo...?

—Cambia el adverbio, Begoña. Pregunta dónde. Sé que estás sola, pero, para tu tranquilidad (innecesaria, te lo juro), te diré que estoy en Boadil, a unos ciento diez, kilómetros de tu casa. ¿Conoces Boadil? Una ciudad de provincias, gris, que está creciendo más y más rápido de lo debido. Estoy lejos, vamos. Dentro de media hora tendrás a tu madre en la cocina calentando la cena.

—Pero mi padre está...

—Está en Viena, sí. Ayer venía un breve en un diario en el que recordaban esa reunión tan curiosa a la que asiste. Sobreponete, Begoña. Estás sola y estás hablando por teléfono con un..., digamos, conocido de la familia que está muy lejos, aunque sabe cosas que te pueden interesar.

—No veo qué puede ser.

—Suponte que un amigo, un amigo muy querido, necesita tu ayuda. ¿No acudirías a proporcionársela? ¿No lo harías?

—Normal. Si está en mi mano.

—¿Estarías dispuesta a hacer cualquier cosa?

—No le entiendo. ¿Qué quiere que haga? ¿A quién puedo ayudar?

—¿Sabías que Enrique tiene un hermano mayor?

—¿Qué tiene que ver usted con Enrique?

—Nada. Dime, ¿lo sabías?

—No. Creo que no.

—Francisco Javier. Se llama Francisco Javier Luján.

—¿Cómo lo sabe?

—A estas alturas tendrías que comprender que eso no tiene importancia y, además, que es cierto. Francisco Javier tiene dos años más que Enrique.

—¿Y qué?

—Ambos son buenos chicos, por lo visto. Sin embargo, el mayor tiene cierta tendencia al desorden. Está en un lío.

—¿Qué lío?

—Enseguida te lo resumo. Pero, además, Francisco Javier tiene la mala costumbre de apelar al que tiene más cerca para sacarle de apuros. Enrique acostumbra a ser su primera opción como salvavidas. ¿Me comprendes?

—No.

—Pues vamos a los detalles. Al hermano mayor de Enrique le gusta el juego. Cartas, apuestas, carreras. Todo aquello que acentúa las posibilidades de ganar le tienta. Hasta ayer disfrutaba de una racha de suerte.

—Me alegro. Y a mí, ¿qué?

—¿Te has visto hoy con Enrique?

—¿Qué le importa a usted?

—Me importa poco. De no ser porque su problema te afecta, ni me habría inmutado. Métete esto en la cabeza, Begoña: tengo gran apego a tu familia. Respecto al resto de los mortales, solo pongo mi atención en los que, de una forma u otra, os incumben. ¿Me estás entendiendo?

—No, no le comprendo. ¿Qué pasa con Francisco Javier?

—Ayer perdió una suma elevada contra un individuo de mala reputación, que tiene fama de buen pagador y mejor cobrador.

—¿Cuánto?

—Mil quinientos.

—¡Uf! Si llego a cien ya sería mucho. No podré ayudar.

—La urgencia de ayudar suele ser proporcional a la cercanía de la desgracia y a la inminencia del suceso.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Te digo que el acreedor tiene por costumbre amenazar con partir la cara no del deudor, sino de alguien próximo al moroso, y que ha dado un plazo de dos días. ¿Más claro? Si el tipejo no cobra el lunes, irá a por Enrique. Espero que tenga un buen seguro dental.

—No me lo creo. Todo esto me lo dice para meterme miedo.

—Indudablemente persigo conmoverte, pero, por desgracia, es cierto. Además, me limito a comunicártelo. Creo que juego a tu favor. Tal vez hubieras preferido no saberlo, visitar a Enrique en el hospital y acostumbrarte a su nuevo aspecto.

—¡Cállese! Es horrible. No me creo ni una palabra. ¿Por qué Enrique no me ha dicho nada?

—En primer lugar porque no se ha enterado hasta el mediodía, cuando Francisco Javier ha constatado que ninguno de sus colegas le puede sacar del apuro. Entonces acude a su hermano pequeño. Por otra parte, ponte en situación: ¿correrías a llamar a Enrique en caso de necesidad para pedirle dinero, o te consumiría la vergüenza?

—Enrique sabrá cuidarse solo.

—Ojalá. Desafortunadamente, como bien has observado, está solo. Los matones suelen ir en grupo para evitar imponderables.

—Seguro que Enrique tendrá dinero. [*Pero ¿qué gilipolleces estoy diciendo? Lo peor que tiene Enrique es que no tiene un puto duro*].

—Puede que sí, y puede que fuese una casualidad que el otro día tuvieras que pagar tú la segunda bebida.

—Pero... [*Hostia puta, ¿por qué sabe...?*].

—Por otro lado, Enrique no es tan disoluto como su hermano, y más desde que te conoce. Tras enterarse de lo que se avecina, ha seguido con sus intenciones y se ha gastado casi todo lo que tenía en una pulserita de plata que tiene intención de regalar a una chica de la que está locamente enamorado.

—[*Enrique, Enrique, ¿qué hago? ¿Qué quieres que haga?*].

—Yo creo que Enrique se está debatiendo entre decírtelo o no. Razonará que ocultártelo es una muestra de desconfianza. Es de suponer que, habiéndole hecho un regalo valioso, puedas tener lo suficiente como para sacar del trance a su hermano. Pero en estas situaciones suele prevalecer la vergüenza.

—Vergüenza, ¿de qué? ¿Y por qué no vende el taco?

—Malvendido no da para tanto, Begoña. ¿Y acaso no sentirías escrúpulos de vender un regalo de Enrique o de pedirle una fortuna para tapar los vicios de Ignacio? A él le pasa lo mismo. Es un buen muchacho..., con el hermano equivocado.

—Todavía no me lo creo. [*Sí que me lo creo. Y me hace mucho daño. ¿Me los va a ofrecer este hombre? ¿A cambio de qué?*].

—Creo que te acaba de entrar un mensaje, Begoña. Léelo. Yo ya conozco el texto, así que no hace falta que me lo repitas.

—[«*Llámame. Enr*»]. No me lo creo. [*Dios, pobre Enrique. Debo ayudarle*]. Lo ha escrito y me lo ha enviado usted, como hizo con mi hermano. [*Tengo mucho miedo. Estoy cagada de miedo*].

—No seas maniática, Begoña.

—No sería la primera vez.

—Eres una chica despierta. Te lo voy a presentar de otra manera. Nosotros seguimos discutiendo un poco sobre este asunto y tratamos de llegar a una solución. Inmediatamente después llamas a Enrique y así sabrás a qué atenerte. Si es cierto lo que te digo, podrás hacer algo más que consolar a tu amigo.

—¿Y si no es cierto?

—No hace falta examinar este supuesto, y vamos...

—¿Y si no es cierto?

—Mira, pequeña, estás lo bastante bien educada como para no interrumpir a un adulto. No obstante, ya que insistes, te diré que sería un sinsentido malgastar mi crédito. No es la primera ni será la última vez que hablamos, y necesito que estés convencida de que, cuando te llamo, no oyes a un mentiroso. Otra cosa, tal vez, pero

no miento.

—[*No entiendo ni la mitad de las cosas que dice. Y la otra mitad me pone la carne de gallina*]. Y usted me va a dar los mil quinientos.

—Con una condición, claro.

—Claro. [*Le voy a decir que no, sea lo que sea. Mejor afrontar lo que de otro modo ha de venir. Se lo pediré a papá. O a mamá. Lo que sea, pero no puedo soportar la idea de abandonar a Enrique*].

—Si no estoy equivocado, hoy llega tu padre. Considerando la hora del vuelo, cenará en familia. En su maletín encontrarás muchos papeles, pero al menos uno de ellos es de color rosa.

—No siga. No pienso hacerlo.

—Eso es decisión tuya. Yo me limito a mostrarte las condiciones del trato. Tomas ese papel de color rosa...

—No voy a robar a mi padre, porque...

—¡Basta de chiquilladas, Begoña! Tú escucha, después reflexiona y, finalmente, haz lo que tengas que hacer. Tomas el papel, lo escaneas, lo envías por correo electrónico a tu hermano...

—¿A mi hermano?

—Exacto, a tu hermano. Ya me ocuparé yo...

—Pero ¿tiene acceso al correo electrónico de mi hermano Ignacio?

—¿Hace falta que te repita lo mucho que escucho? Te decía que lo envíes, y así podrás devolver el papel a su sitio.

—¿Y si no hay papel rosa?

—Lo habrá, no te preocupes. Para tu tranquilidad te diré que ese documento no contiene oscuros secretos. Es un vulgar formulario de gastos.

—Si es tan poca cosa, ¿para qué lo quiere?

—Principalmente como símbolo de que eres capaz de cumplir lo pactado.

—¿Y el dinero? [*¿Por qué pregunto semejante cosa? Como si ya hubiese decidido obedecer a este hijo de puta*].

—Eso es comportarse con sentido común. Si a lo largo de mañana domingo haces lo que te he pedido, pasa el lunes por la recepción del colegio para recoger el desayuno. Tendrás a tu nombre un bocadillo (seguro que el buen jamón te gusta) con tres billetes de quinientos en el envoltorio. A la hora del recreo podrás arreglarle el día a Enrique con tu presencia y con su salvación.

—No podré hacerlo. [*Es imposible. ¿Cómo voy a traicionar a mi padre?*].

—Para que puedas decidir con toda la información posible, puedes abrir tu correo. Verás uno con Ignacio como remitente. Me he tomado la molestia de acceder a las fichas policiales del acreedor de Francisco Javier y de dos de sus secuaces. Así, con las fotos y los historiales, tendrás más elementos de juicio.

—[*Esto es insoportable*]. Usted lo ha organizado todo.

—Únicamente he aprovechado para advertirte de las circunstancias. Yo no he

inspirado ni he fomentado la afición al juego del hermano de Enrique. Ni conozco a los maleantes con los que se relaciona (por cierto, Begoña, parecen muy brutos). Tampoco creo que yo tenga nada que ver con tu predilección por tu compañero de estudios.

—Aun así...

—No lo miras bajo el prisma adecuado, Begoña. Pregúntate si hubieras preferido ignorarlo todo hasta que Enrique, a lo mejor, te hubiera puesto al corriente. Suponte que hoy o mañana te lo revela. ¿Qué hubieras estado dispuesta a hacer por protegerlo? ¿Qué actitud crees que adoptarían tus queridos padres si les pidieras a ellos el dinero? Reconoce conmigo que, a lo sumo, llamarían a la policía, lo que liaría más las cosas. La revancha se aplazaría y se agravaría.

—Eso usted no lo sabe.

—He dicho en el mejor de los casos. En el peor, y más probable, lo que harían tus padres sería prohibirte acercarte a Enrique o a su entorno. Finalmente podrías lograr aquel cambio de colegio que pediste.

—¿Por qué no intervienen los padres de Enrique? [*¿Qué importa eso? ¿Qué voy a hacer? Mamá estará a punto de llegar*].

—No me he preocupado por informarme hasta ese punto, pero ¿qué más da? Tampoco es tan difícil imaginar el distanciamiento de unos padres con un hijo asilvestrado. Además, rengo entendido que los padres de Enrique son un poco especiales. ¿Nunca te ha comentado nada tu amigo?

—No.

—Enrique es un joven bueno y discreto.

—¿Cómo voy a justificar el dinero ante Enrique? [*¿Lo estoy dando por hecho?*].

—Yo creo que eso carece de importancia. No se lo tienes que dar a tus padres, que podrían alarmarse, sino a un amigo querido pero que sabe poca cosa de ti. Tampoco está en condiciones de hacerle ascos a nada, sean tus ahorros o el resultado de una colecta popular.

—Entonces...

—Entonces ya hemos hablado bastante, y ya conoces los pros y los contras. En resumidas cuentas: papel rosa contra rescate de Enrique. Tú sabrás.

—No creo que lo haga...

—Todavía tienes un rato para pensar sola. Tu madre está a punto de enviarte un mensaje advirtiéndote de un retraso de media hora.

—Todavía no me creo que Enrique...

—Este terminal que usas es pobre, Begoña. Ni siquiera te avisa de otras llamadas que recibes. Me temo que Enrique ha intentado hablar contigo varias veces, y te ha encontrado comunicando.

—¿Qué? ¡Hostia puta!

—Con un poco de suerte te habrá dejado unas palabras en el contestador. Adiós, Begoña. Espero que tomes la decisión correcta.

—¿Oiga? ¡Oiga! [*Hostia puta, hostia puta, hostia puta*].

—Tiene un mensaje nuevo, recibido hoy a las 19.35: «Begoña, soy yo, Enrique. Esto..., bueno, no cogías el teléfono, y necesitaba oírte. Ya te volveré a llamar más tarde. Ahora tengo que hablar con Francisco Javier otra vez... Francisco Javier es mi hermano, ¿sabes?, y mientras dejo el móvil cargando. Esto..., ¿qué te iba a decir? Bueno, tú no te preocupes... Quiero decir, vamos, que me ha salido un problemilla y estoy intentando solucionarlo, así que esta noche no sé si podremos vernos. Eeeh..., bueno, luego te cuento, que necesito hablar contigo. Bueno, un beso. Te quiero, Begoña. Adiós. Otro beso».

—[*Hostia, qué nervioso parece, pobrecillo. ¿Cómo voy a dejar que le rompan la cara? No, si todavía tendré que estar agradecida con ese cabrón por avisarme y darme el dinero por tan poca cosa. Supongo que es poca cosa. Joder, o traiciono a papá o apalean a Enrique. Vaya menú*]. ¿Espe?

—Hola, Bego. Joder, tía, no paras quietecita con esa mierda de teléfono que tienes. Que llevo media hora...

—¡No me rayes, Espe!, que no tengo el día fino, porque...

—¡Yo sí, tía! ¡Ya la tengo!

—¿Que la tienes? ¿Qué es lo que tienes?

—La regla, joder, la regla. La muy puta se me ha retrasado una semana, pero ya está aquí. Por fin.

—Me alegro, Espe.

—Imagínate yo. No sabía si ponerme una compresa o bebérmela.

—Pero qué guarra eres, tía.

—Sí, sí, guarra. Aliviada es lo que estoy. Una semana con la cabeza como un balón, tía, que, sin querer, se me venían a la mente hasta nombres para el niño.

—A ver si aprendes, joder.

—¿Que si aprendo a joder?

—Hostia, Espe, hoy estoy que muerdo, así que no me jodas. Digo que a ver si aprendes a tomar precauciones para follar. ¿Me entiendes ahora?

—Bueno, tía, tampoco hace falta ponerse borde. Y, desde luego, a partir de ahora condón hasta en la lengua. A ver, chica, y a ti, ¿qué te ha pasado? ¿Se te ha corrido el rímel?

—Vete a la mierda, Espe. [*¿Por qué leches he colgado, si lo que necesito es hablar con alguien? ¿Qué hago, la llamo yo o...?*]. ¿Espe?

—Joder, tía, ¿se ha cortado o me has colgado?

—Perdona, oye, pero es que estoy muy nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Es que no te lo puedo decir.

—Ah, ¿no? ¿Secretos conmigo? Creía que éramos amigas y que nos lo podíamos explicar todo, tía. Ahora sí que me dejas fría.

—Es que el secreto no es mío, Espe.

—Bueno, como quieras. Si necesitas una oreja, aquí está la mía, pero si no sé nada tampoco te podré ayudar.

—Ya lo sé, tía. Es que... [*¿Y si se lo digo sin decírselo del todo?*]. Oye, Espe, ¿tú crees que se puede hacer algo malo para conseguir otra cosa buena?

—Oye, Bego, antes de seguir: ¿me quieres tomar el pelo o algo así? Porque si es eso...

—En mi vida he hablado más en serio, Espe.

—Pues no sé qué decirte. Si no tengo más datos...

—Oye, Espe, si te pidiera prestado dinero, todo lo que pudieras, para algo de vida o muerte, ¿a cuánto llegarías?

—Esta noche, cuando nos veamos, te puedo pasar sesenta... y tres. Es todo lo que tengo.

—Joder...

—Si te esperas a mañana, pidiendo aquí y allá, seguro que puedo llegar a cien, o pasar de cien. Por mucho que necesites, seguro que con eso te apañas.

—Oye, suponte que necesito... [*¿Qué digo? ¿Quinientos?*] ochocientos.

—¡Ochocientos! Pero Bego, tía, ¿en qué te has metido?

—En nada. Es solo un suponer. Para que te hagas a la idea.

—Ah, pues en ese caso tanto me da ochocientos que ocho mil. Son fajones igual de imposibles para mí.

—Si tuvieras oportunidad de robar esa cantidad para dárme la, o mejor, para dársela a alguien que quisieras mucho, por el que lo darías todo, ¿qué harías?

—Hostia, Bego, vaya preguntas haces. Me tendría que encontrar en la situación. ¿De verdad necesitas que robe ochocientos?

—No, hostia, solo es un suponer.

—Pues yo ya empezaba a cavilar a quién pegar el palo.

—¿Y si para conseguir el dinero tuvieses que... [*¿Qué le digo para que lo entienda sin que lo entienda del todo?*] que hacer un favor?

—¿Un favor? ¿Te refieres a un favor favor?

—No, hostia puta, Espe, no quiero decir eso; esto es serio, tía.

—Pues habla un poco más claro, Bego, que voy perdida.

—¿Tú serías capaz de...?

—¿De qué, Bego, de qué?

—No, mira, te lo pregunto de otro modo. Suponte que mi padre necesita una cantidad de dinero, y a mí me ofrecen dárme lo, para poder ayudar a mi padre, si hago algo malo.

—Pero ¿el qué? ¿Lo que quieras, siempre que sea malo?

—Hostia puta, Espe, la regla te ha espesado el cerebro.

—Bueno, oye, si no te entiendo, ¿qué quieres que haga?

—Atiende. Imagínate que podría ganar el dinero si..., si..., si robo un examen del colegio.

—¡Aguanta! ¿De qué?

—¿Cómo que de qué?

—Pues de qué asignatura, Bego. Compórtate y pásame una copia, o ni que sea alguna pregunta.

—Por última vez, Espe, esto es grave. Robar el papel está mal y además es arriesgado. ¿Lo harías?

—Yo creo que sí, Bego. Vamos, seguro. Hay que ayudar a un padre, y si encima te luces en una prueba, sin esfuerzo...

—¡Olvídate del puto examen! ¿Y si te pidieran robar algún papel importante que tenga tu padre en casa? [*Estoy gilipollas. Acabaré explicándole hasta las jodidas llamadas de López*].

—Vamos a ver, Begoña. Dejaré de lado que en tu ejemplo hay que pagar y hay que robar al mismo, o sea, al padre. Tampoco me detendré en hacerte ver que los únicos papeles importantes que tiene mi padre en casa son los libros de crucigramas.

—Pero...

—Déjame acabar, Bego. Ni aunque me dices pelos y señales del enredo en que te encuentras, podría sentir lo mismo que tú. Pero sí sé que si me tengo que ensuciar las manos y hasta los codos por alguien muy querido, lo haría sin dudar ni un instante. Lo primero es lo primero. Después ya vendría el tiempo de deshacer el mal que se ha hecho.

—Te quiero, Espe.

—Y yo a ti, tonta del culo.

—¡Ignacio!

—Lucía, pero qué guapa estás. [*Pero qué buena que estás, Lucía*].

—¡Aquí, Matías!

—Así que ya tiene nombre.

—Matías. ¿Te gusta? Y ahora mismo, antes de que nos enseñes esto tan cuco, me vas a explicar cómo lo supiste.

—Que supe, ¿qué? [*Tocará hacerse el longuis para añadir un poco de salsa. Salsa y alcohol para olvidar*].

—Hombre, pues que quería un cachorro.

—Intuición masculina.

—¡Siéntate, Matías! Es travieso como uno que se llama Abel, uno muy rubito y chiquitín que tengo en la clase. ¿Sabes quién te quiero decir?

—¿Uno que se queda a comer y no come?

—Ese. Lo tienes fichado.

—Cuando me toca comedor, ya tiemblo. No para ni atado.

—¡Matías, calla! Pues Matías igual, oye, pero estoy chiflada con él. Pero ¿cómo sabías que, además, estaba prendada de los fox terrier?

—Intuición de viejo. [*La de López, claro*].

—Venga, en serio. Es que no me explico... ¡Matías! ¡Aquí, Matías! Es que no me lo explico. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Casualidad, Lucía. Me concentré intensamente para adivinar un regalo que te arrastrara hasta aquí. Llegué a la conclusión de que nada mejor para tirar de ti que un perro. En ese momento, además, estaba fregando los platos, así que se me ocurrió un perro de aguas. [*Vaya colección de estupideces. Espero que tapen la verdad. Que...*]. Vendí mi alma al diablo.

—Pues casi me lo creo, ¿sabes?, porque me he devanado los sesos tratando de recordar si se me escapó, o si hablé en sueños, pero todavía no hemos pasado juntos una noche entera...

—Eso es completamente cierto [*y completamente injusto*].

—Mira qué llevo... Oye, que te lo has ganado en un momento, fíjate, mi Matías en tu regazo y tranquilito. Eso todavía no he aprendido a hacerlo. Seguro que tú lo tuviste una semana contigo para que te reconociera al llegar...

—Qué va. Directo de la tienda...

—Lo que te decía. Mira qué llevo en el bolso.

—Un cepillo...

—De dientes, sí, por si tú no tenías dos. Hoy pienso estrenarlo todo, chaval, hasta el despertador, que mañana es domingo, pero lo pondremos a las ocho y nos

quedaremos un rato más.

—Caramba, no esperaba...

—A lo mejor no quieres, o te va mal... [*No me jodas, Ignacio, ahora que me estoy enamorando yo, no me digas que no*].

—¿Qué lado de la cama?

—Izquierdo, pese a quien pese.

—Me conformaré. [*Cagondiós con el perrillo. Es la poción mágica para seducir a mi Lucía*].

—Bueno, venga, enséñame todo esto.

—Acabaremos enseguida. Estás sentada en el salón, que también es comedor y, ¿ves ahí?, cocina; y, como la puerta de entrada queda a mano, también es recibidor.

—¡Pero si esto es monísimo! No, no, tú no te muevas, que Matías está en el Cielo contigo. A ver..., ¿qué tenemos para cenar? Esto tiene una pinta estupenda.

—Eso que contemplas es el plato de Matías.

—¿Queeé?

—Picaste, reina. Es pisto, a la manera del sur. Para el perro he comprado lo más apetitoso que he encontrado, para que te obligue a volver.

—¿Qué tienes en el horno?

—Sorpresa. No retires el trapo del vidrio. [*Menos mal que López me aconsejó hasta en qué no hacerle caso. El plato preferido de Lucía, por lo visto, es el besugo al horno. Estaba dispuesto a hacerlo, pero eso ya habría sido demasiado*].

—No me puedo aguantar. [*Por favor, que no sea carne. Si es carne, me estoy equivocando*]. ¡Pescado! Oye, pero esto es una dorada.

—No me digas que no te gusta.

—¡Me encanta! Casi tanto como el besugo.

—¡Qué mala suerte! Me ofrecieron los dos y, mira, me pareció el ojo más fresco, pero ya lo sé para otra vez.

—Mejor, Ignacio, mejor. Un fox terrier y un besugo en el mismo día y empezaría a sospechar algo malo.

—Poderes sobrenaturales. [*Los que da la impresión de tener López*].

—¿No habrás hablado con mi madre? [*Dime que no*].

—¿Con tu madre? No he tenido el gusto.

—¿A qué hora acaba el pez?

—Diez minutos.

—Tengo tantas ganas de ver el palomar que me voy a reprimir hasta mañana. Quiero que la primera vez sea de día. ¿Cuántas son?

—Veintiuna, en el primer recuento. Todavía no sé si hay otras de viaje.

—¿Los muebles son tuyos?

—Casi todos forman parte del lote.

—Son muy bonitos.

—No están mal.

—¿Puedo ver el dormitorio?

—Todo tuyo. [*Por culpa tuya me he dejado liar, Lucía. Por las ganas tan grandes que tenía de verte venir por tu voluntad. Por las ganas que tenía de que renunciaras a la maldita inauguración de tu amiga para verme. Hasta ahora solo te hacías de rogar, y para nada*].

—Oye, pero estas cortinas parecen nuevas, y la alfombra, y la ropa de la cama está por estrenar. [*Y todo me gusta, quién me lo iba a decir*].

—Las cortinas son un regalo de mi madre. El resto es el resultado de un sábado agitado. Me he pasado el día comprando. [*Solo faltabas tú. López ha cumplido su parte*]. Pero el colchón estaba casi nuevo, y es cómodo, así que solo he cambiado la funda. Del baño también son nuevas las toallas y la tapa del váter. Hala, así ya lo sabes todo. [*Todo lo que puedes saber*].

—Está pero que muy bien, y muy limpio, y... ¡flores! ¡Claveles! ¡Qué bonito, Ignacio!

—¿Te gusta? [*Claro que te gusta. Me consta. Flor cortada, no. Flor en maceta, sí. Dentro y fuera de la casa. En cualquier rincón*].

—Me encanta.

—Pienso poner más, pero hoy quería aprovechar esa repisita. Le llega buena luz, a pesar de que la ventana es diminuta.

—¡Qué envidia, chico! [*Se me ha escapado, pero no hay para menos. Yo creía que era un infeliz que acabaría alquilando algo tan feo como lo que vimos, y que se lo arreglaría peor, de cualquier manera, y lo gordo es que es tan pulcro que...*].

—Me alegro de que te guste. [*Estoy siguiendo el manual López de seducción al pie de la letra. Debe de ser un hombre con tablas en el amor, además de un tipo peligroso. Yo te hubiera respondido con una invitación a compartirlo, pero López me aseguró que la invitación más efectiva era omitirla*].

—Ya lo creo. [*¿Por qué echo en falta que me proponga quedarme a vivir con él?*]. Matías, ven aquí, cariño, que te voy a enseñar este piso tan cuco. Joder, Ignacio, que me lo tienes hipnotizado, y yo quiero que sea alocado durante unos meses.

—Hala, Matías, vete con tu ama, que yo voy a encender dos velas y a abrir el vino. Coño, Lucía, todavía no te he ofrecido nada.

—¿Te parece poco? Perro, piso, flores y pescado para cenar [*y un Ignacio desconocido que me sabe a nuevo, y a bueno*].

—Venga, Lucía, a la mesa. Siéntate aquí. De cara al balcón y cerca del radiador. [*Y aprovecho para retirarte y ponerte la silla, y para acariciarte el pelo y la nuca. Aquí se acaba mi iniciativa sexual. Según la voz de la experiencia, la voz de López, hay que esperar a que tú no te aguantes, y nunca antes de una prolongada sobremesa, y siempre y cuando te arrastres un poco, Lucía. «Para variar», me dijo el tío*]. Aquí, a tu lado, te dejo a Matías con sus manjares.

—¡Cómo me cuidas! Oye, míralo cómo come, con qué afición. También has adivinado las debilidades de Matías.

—Hoy es mi día de suerte [*a diferencia de ayer. Por fortuna, el paso del tiempo desdibuja las emociones*]. Venga, vamos, a comer.

—Deja, Ignacio. Si la intentas mover de la fuente, la dorada se te va a romper. ¿Y si nos la comemos directamente, sin sacarla de ahí? [*Muy cortés veo yo a este chico. Demasiado, para las confianzas que tengo intención de tomarme. Mejor empiezo la aproximación*]. Si no te da reparos, vamos.

—¿Reparos? Al contrario. [*Comería la dorada de tu boca*].

—Empiezo yo por la parte del vientre.

—No, quita, que eres la invitada, y por arriba está rolliza. Cuando le demos la vuelta, ya veremos.

—A tu salud. El vino huele bien.

—A la tuya, Lucía. [*Por ella acepté, Lucía. Por ti. En cierto modo, pues, también por la mía*].

—Esto está riquísimo, Ignacio. [*Encima se defiende cocinando*]. Estás muy cambiado.

—¿Cambiado? ¿Tú crees? ¿A qué te refieres? [*Esconderé lo que es evidente*].

—No sé, más moderno, más hecho. [*Más hombre y más atractivo, caray. O yo soy una caprichosa, que si me empujan el juguete, lo rechazo, y si me lo quitan, lo persigo. Será eso*].

—Es la independencia. No, no te rías, Lucía. Es la independencia [*física, que anhelaba, y la dependencia moral, que no esperaba. Puede que exagere. El intercambio se ha reducido a un perro contra un fichero. Cualquiera diría*].

—¡Pero bueno! ¿Has visto? Matías, baja del sofá del amo. [*Espero que capte el detalle: «el amo»*]. Míralo, como si le perteneciera de toda la vida. Pero qué gracioso queda, con las patitas cruzadas y la cabeza encima. [*No me importaría que este instante se prolongara tiempo y tiempo. Soy feliz. Estoy feliz*].

—¿Más pisto? [*El fichero era el del colegio, eso sí*].

—Una cucharada, que está bueno, pero no me conviene. Y un poco más de vino, por favor, que yo no alcanzo. [*Hago mal en beber. El vino me altera la carne, y no estoy, lo que se dice, sosegada. Estoy caliente. Voy caliente*].

—Venga, mujer, no disimules, que tienes la comida muy bien repartida. [*Frena, tío, frena. Sobriedad ante todo, que ya llegará la fiesta. Eso espero. Eso me vino a decir López*].

—¿Tú crees? [*Bueno, menos mal. Todavía tiene sangre en las venas. Y yo voy a conseguir que la concentre en cierto sitio*].

—¿Qué quieres? ¿Que te regale los oídos? Me cuesta poco: eres muy guapa, Lucía. Te habrás hartado de oírtelo decir. [*López solo quería ponerme a prueba, estoy seguro. Si es capaz de esclavizar un teléfono o de suplantar el correo de quien le place, entrar en la red del colegio, protegido con una contraseña que es su propio nombre, no le podía costar mucho*].

—Oye, hasta el pan me parece especial. [*¿Por qué será que, estando todo*

bastante bueno, de lo que tengo ganas es de que se acabe la cena? Vaya pregunta].

—Me ha llamado la atención la forma. Me han dicho que es de trigo candeal, o algo así, que no sé exactamente qué es, y me ha dado vergüenza preguntarlo.

—Ah, pues nada, después, en la cama, lo buscamos con el portátil. [*Ahí va una directa, chaval*].

—Joder, Lucía, igual te quedas con hambre, porque no he preparado otra cosa más que el postre. [*¡Cómo me he tenido que aguantar para no seguirte la cuerda! Por mis huevos que hoy vas a ser tú quien desabroche el primer botón*].

—¿Tiene chocolate? [*¡Qué cabrón! Me cambia el colchón por el postre*].

—¿No te gusta? [*Pondré cara de miedo ante el error, a pesar de que sé que prefieres los chocolates fuertes con algún invitado, como la menta o la pimienta. Te sorprendería lo mucho que un desconocido, desconocido incluso para mí, sabe sobre ti*].

—Más que el besugo, no te digo más. ¿Qué es? ¿Lo has hecho tú?

—Comprado en la mejor pastelería de Almonte, aunque eso no es decir demasiado en su favor. Un bracito de gitano de trufa. [*Puede que estuviese trastornado al aceptar. Todos los datos de alumnos, familias y personal. Me voy repitiendo que, por muy grave que parezca, no se puede comparar con el placer de tener aquí a Lucía. Además, ya no se puede deshacer*].

—Un pedazo pequeñito. [*Acabemos de una vez, que tengo ganas de probar las sábanas*]. ¡Matías, no! ¡Bájate de aquí!

—Compartís afición por el chocolate. Joder, sí que salta el renacuajo.

—Cógemelo un rato, Ignacio, que, si no, no me dejará comer tranquila. Está bueno, y está reciente.

—¿Vino dulce?

—Con este tengo bastante. Y mejor no bebo mucho más, que me achispo.

—Pues directos al champán.

—¡Qué dices!

—Que ya lo estoy abriendo, y se acabó. Faltaría más. Si hoy no tengo motivos de celebración, ¿cuándo los voy a tener? [*Me come la sospecha de que López solo quería comprometerme. Vale. Pues ya me tiene comprometido. Él se ha salido con la suya, pero yo no voy a ser menos. Y no lo voy a disfrutar menos*]. ¿Quieres más brazo?

—No puedo más [*aunque no del estómago, de más abajo*].

—Pues bebamos y brindemos.

—¿Y nos la tenemos que acabar? [*¿Antes de follar?, iba a añadir. Me he callado a tiempo. Hostia, estoy fatal*].

—Lo que nos apetezca, claro. Pero, si quieres, brindamos y seguimos más cómodos en el sofá, con Matías o como tú quieras. [*¿Esperabas una romántica invitación a bebería entre polvo y polvo? Pues hoy abres tú el camino*].

—Yo es que estoy cansada, no te creas, el primer día, todo el día, detrás de

Matías. [*Y un huevo, en el sofá, y con el perro por en medio. En la puta cama, con la puerta cerrada y Matías atado y con bozal*]. ¿A que sí, Matías?

—Él se lleva el primer brindis, que se lo merece. Por Matías.

—Por Matías.

—No estoy hecho al champán. ¿Está bueno?

—Muy bueno. Le falta algo de frío.

—Pues lo voy dejando en la nevera entre copa y copa.

—¡Sí, hombre! ¿Tienes cubitos de hielo? Pues voy a por ellos. [*Y, aprovechando que tú te has levantado antes, y que esto es estrecho, y que voy a fingir un traspiés, me voy a arrimar a ti*].

—Cuidado, Lucía. [*Nunca pensé que me podría aguantar así. Estiraría el mantel y me la tiraría encima de la mesa. Firmeza, macho*].

—Esto servirá de cubitera.

—Aquí van.

—Ahora un poco de agua.

—Lucía, eso que coges no es la botella de champán.

—¿De veras? Venga, niño, de frente y hacia el dormitorio. Tú, Matías, aquí quieto y callado, o mañana a pan y agua.

—Te ha hecho caso, Lucía. Ya haces de él lo que quieres.

—Tira para adelante. Esta noche no va a ser el único que hará lo que le pida.

—Puede hacer lo que le plazca, señora Moral.

—La policía sabrá cómo tratarlo. Estoy harta de usted. De sus llamadas, de sus tratos, de su voz. Estoy harta, ¿me oye?

—Lamento que así sea. Creo que, por el momento, no hay motivo. Al fin y al cabo me estoy interesando por su trabajo.

—Me da igual. Me da lo mismo si me pide el expediente de la pentabutamina o un periódico usado. La respuesta es no. [*Esa es mi decisión. Venga a repetirme que si volvía a llamar este loco le daría portazo y le amenazaría con la policía, tanto repetirlo que he acabado haciéndolo sin pensar. ¿Por qué tengo la sensación de que tan solo me monto una treta?*].

—¿Está usted segura?

—Completamente. [*Espero*].

—¿Sin atender a lo que le voy a ofrecer a cambio?

—Guárdese.

—Eso no es prudente.

—No quiero saber nada.

—A mí me parece que el intercambio es muy ventajoso para usted.

—No quiero seguir hablando con usted. Adiós. [*Es la segunda vez en mi vida que le cuelgo a alguien el teléfono, y la anterior también se la llevó este López. ¿Por qué temo arrepentirme? Menos mal que llama Begoña. Habrá visto el mensaje de mi retraso*]. Begoña, hija.

—Es usted demasiado visceral, señora Moral. Vamos a dejar clara una cosa: no me vuelva a colgar el teléfono. Es una falta de educación; creo que, mientras podamos, debemos guardar las formas. Confío en que a estas alturas entienda que si quiero hablar con usted, lo haré. Si cree que tirando el teléfono por la ventanilla del coche...

—¡Me está observando!

—Eso también se lo prohíbo, si me permite la expresión, de aquí en adelante. Ni soy un dios omnisciente, ni ganas, ni tengo el don de la ubicuidad. No me venga con sorpresas pueblerinas, usted, que presume de científica, por las consecuencias de intervenir un par de teléfonos y media docena de ordenadores. Así que no me vuelva a interrumpir entre admirada e indignada por cómo sé esto o aquello. ¿Me he expresado con claridad?

—[*Tanto que se me escapa la voz*].

—Preferiría un sí al silencio, pero cualquier cosa antes que otra rabieta. Le estaba advirtiéndole que hablará conmigo cuando yo quiera. Para evitarlo tendría que encerrarse en una habitación sin puertas ni ventanas. Si es preciso llamaré al teléfono

de su jefe, al de su vecina Martina o al de quien pase por su lado para que le acerque el aparato. ¿Lo ha entendido? Esta vez quiero oír la respuesta.

—Sí. [*Te seguiré la corriente, pero mañana tendrás a la policía detrás*].

—Eso está mucho mejor. Bien. Y ahora, antes de seguir con nuestro negocio, crucemos cuatro palabras sobre la policía.

—¿Sobre la policía? [*Este hombre tiene la virtud de confundirme*].

—Exactamente. Su marido le dijo una vez que tiene, por su cargo, un acceso privilegiado a la Policía y a Inteligencia. Je, je. Perdóneme la risa. Lo de «inteligencia» siempre me ha sonado fachoso. En fin, lo que le decía sobre sus ventajas. ¿Lo recuerda?

—Sí. [*¿Cómo no lo voy a recordar? Es lo primero que vamos a hacer, llamar, en cuanto vea a Gerardo. Antes de cenar*].

—Pero no hablar con Baltasar Plaza sería muy irregular.

—¿Qué? [*Magdalena, concéntrate. Ya no entiendes ni a López, que es un pobre desgraciado. No: un hijo de puta. Por eso me cuesta más*].

—Sí, observe. Baltasar Plaza es el nombre del enlace policial. Una vez al mes, por lo menos, llama a su marido y a otros altos cargos del consejo para recoger novedades. Tengo guardadas las últimas conversaciones del señor Plaza con el señor Vives. ¿Desea oírlas o se fía de mi palabra?

—No quiero oírlas, pero no deduzca la alternativa.

—Veo que sigue tensa. No se lo reprocho.

—Solo faltaría [*grandísimo canalla*].

—En fin, sigamos. El policía siempre aprovecha para insistir en que su trabajo atañe a los miembros del consejo y a su entorno, especialmente su familia. ¿Me sigue?

—Supongo. [*¿Adónde quiere que le siga? ¿Al Infierno?*].

—Con eso quiero resaltar que lo que usted quiere denunciar tendría que canalizarse a través de Plaza. En la última conversación con su marido, para enfatizar su disposición, lo conminó a llamar incluso si perdía el perro. El señor Vives respondió que no tenían perro, pero Plaza no captó el retintín, y siguió insistiendo en que estaba ahí para todo. Me temo que a usted el señor Plaza le parecería algo obtuso.

—Lo puede conjugar en futuro inmediato: me va a parecer. Y me da igual si es obtuso o plano. Vamos a denunciarlo de todos modos.

—Es usted muy beligerante. Cualquiera aprobaría su actitud dadas sus circunstancias. En todo caso veo que comprende que tendrían (o tendrán, según asegura) que pasar por ese individuo. Así será más sencillo seguir con mis observaciones.

—Mi hija y mi marido me esperan.

—No se preocupe. El vuelo de su marido acumula un retraso de veinticinco minutos, así que, entre unas cosas y otras, espérelo en casa a las nueve. A Begoña, para que esté tranquila, le he enviado un mensaje desde su número, señora Moral,

aumentando el retraso unos minutos más por lo mal que está el tráfico, cosa que es una verdad como un templo.

—Está usted en todo.

—En todo lo que puedo. Bien. Como ya tiene decidido confiarse a Baltasar Plaza, creo que sería bueno que conozca, digamos..., su perfil. ¿Sabía usted que es un tipo ambicioso?

—Hay cosas peores. [*Usted es la prueba viviente, aunque no me atrevo a decirlo en voz alta. Con motivo o sin él, tengo miedo*].

—Entiendo su comentario, y lo pasaré por alto. El destino que ocupa este policía puede ser un trampolín o una fosa. No hay muchas ocasiones para lo primero, así que suele ser lo segundo. Un empleo pacífico y discreto. Por otro lado, y eso es lo que he oído de labios del propio Plaza, un caso interesante le daría la visibilidad que necesita.

—No sé qué tiene que ver conmigo.

—Ustedes podrían ser su trampolín. Dentro de unos meses se convocan unas plazas de subcomisario, y Plaza persigue una de ellas.

—Cada uno persigue lo que puede.

—Claro. Tiene razón.

—¿Qué persigue usted? [*¿Pregunta arriesgada, ridícula, prohibida? Durante unos instantes me haré ilusiones de haber recuperado la iniciativa*].

—Ya tendremos oportunidad de discutir mis aspiraciones, o mis necesidades, para hablar con más propiedad. Más adelante. Con tiempo. Como usted me recordaba hace poco, su familia la espera.

—Para hablar con el señor Plaza.

—O no. Eso es cosa suya. En tal caso, prepárese para un cambio de vida.

—¿De qué está hablando?

—Hace unos meses me tomé la molestia de poner a prueba al señor Plaza y sus métodos. Hice un par de llamadas al hijo de uno de los consejeros. Lo suficiente como para que el padre lo consultara con el enlace. Fue un experimento interesante. A pesar de que desde que Plaza se hizo cargo yo me limité a observar y a escuchar, nuestro policía decidió aislar al joven durante tres semanas (perdió sus primeros exámenes en la universidad, el pobre), intervenir los teléfonos de la familia y los de algunos de los amigos del chico y también ordenar el seguimiento del padre durante semanas.

—Eso ya lo sabrá mi marido.

—No trascendió. Milagrosamente, no trascendió. Aunque, más que milagrosamente, no se supo nada porque no hubo nada por descubrir. Medidas precautorias, las llamó el señor Plaza. Trate de recalcular las consecuencias en su caso.

—No le sigo. [*O sí. O no quiero seguirle*].

—Trate de imaginar que ustedes informan a ese policía (por lo demás, a cualquier

otro) acerca de las..., ¿cómo llamarlas?... conversaciones que he mantenido con cada uno de ustedes. Suponga que, puestos a ser veraces, todos detallan nuestra toma y daca. Es irrelevante, me dirá usted, y yo estaré de acuerdo, pero aquí no estamos tratando de lo que pensamos nosotros, sino de cómo reaccionará nuestro señor Plaza. Yo creo que oscilará entre la gran extrañeza y la gran alarma. De modo que, a la vista de sus hábitos profesionales, cabe esperar una gran respuesta.

—Es lo que estoy deseando. [*Creo que es lo que estoy deseando*].

—Permítame que lo ponga en duda.

—¿Es que usted también es capaz de saber lo que deseo o dejo de desear?

—Solo por experiencia en la vida. Y por la falta de datos que usted padece, por supuesto.

—Y, naturalmente, me va a explicar qué significa eso sin necesidad de que se lo pida.

—Es preciso. En primer lugar, tengo los años suficientes como para saber que la voluntad de los adultos es casi tan veleta como las de los niños. No crea...

—Encima me llama ingenua por querer perderlo de vista... o de oído.

—Iba a decirle que no creyese que buscaba menospreciarla. El cambio de opinión parece estar grabado a fuego en el ser humano.

—Sí, claro, es obvio. Ya ha conseguido tranquilizarme. ¿Puedo serle parcialmente franca? Me mata usted con sus misterios, sus peticiones, su saberlo todo y, ahora, con sus trivialidades. [*Otra vez temo haberme pasado de la raya, pero es que este desgraciado puede conmigo*].

—Aguarde unos momentos. No es ninguna obviedad. He dudado de que desee las consecuencias de comunicar mis llamadas a la policía porque a usted le falta información.

—Claro, claro, información que se va a apresurar a darme.

—Marcelo Ochoa va a ser despedido.

—¿Qué?!

—Para sustituirle como director técnico, se barajan dos candidatas: Marta Ortiz, jefa del Laboratorio de Aplicada, y Magdalena Moral, jefa del Laboratorio de Básica, que es usted.

—¿Pero qué dice! ¿Cómo lo sabe?

—No volvamos a las andadas, por favor. La información que fluye por los pensamientos es gozosamente inasequible. Lo que circula por cualquier otro medio está al alcance de casi cualquiera. Le ruego que dé por bueno lo que le diga. Lo contrario me aburre y me enoja. Cuando le vaya a soltar alguna mentira, prometo avisarla.

—¿Cómo van a deshacerse de Ochoa, con lo que representa?

—Está quemado; eso lo sabe hasta usted.

—No es cierto. [*¿Cuantísimas veces se me ha pasado por la cabeza?*].

—Como guste. La preferida, ahora mismo, es usted.

—[Con lo que me está cayendo encima y este tiparraco es capaz de hacerme salivar con la imagen de convertirme en la directora técnica de Sanatea]. Todavía me cuesta más creer eso. [Ahí va una pura mentira. Viva la humildad, pero cualquier equipo de selección me preferiría a mí antes que a Ortiz. Para dirigir técnicamente el laboratorio o para cualquier otra cosa].

—No es todo.

—[Ahora ya no puedo parar. Necesito saber más. Disimulando, pero necesito saber más]. Que, sin duda alguna, me va a seguir explicando aunque le pida que se calle. [Mierda de farol. Mierda de farol. Como se eche atrás, me trago el teléfono].

—No. Puede que le haga caso.

—[¡Joder! ¡Joder, no!].

—Interpretaré ese silencio como un resquicio de duda. Le explicaré algo más, pero antes suponga que lo que le puedo decir tiene un precio: el expediente de la pentabutamina.

—[Joder, sería capaz de llevárselo en persona para sonsacarle, pero no puedo caer tan bajo. ¿Podré morderme la lengua, por lo menos?].

—Era un suponer. Confiaré en usted. Le voy a descubrir un par de cosas más. Cuando acabemos esta conversación le quedarán treinta minutos para llegar a su casa. Aprovéchelos para decidir si me envía lo que le pido, o no. ¿Le parece bien?

—Siga.

—Los dos laboratorios se van a fundir en uno. A lo sumo.

—¿A lo sumo?

—Sabe usted de sobra que la situación actual de Sanatea es inestable.

—[Mi gozo en un pozo. Directora técnica de una empresa en trance de desaparición]. ¿Van a liquidarla?

—No, no. No me he explicado bien. Me refería a la incertidumbre en la postura de BernaFarm.

—[Va, viejo hijo de puta, va, si has empezado tú solo, acaba tú solo de una maldita vez].

—Lo más probable, a día de hoy, es la fusión. La compra, mejor dicho.

—Entonces, lo de a lo sumo, ¿por qué?

—En pocas palabras: si Sanatea se mantiene independiente, caben dos posibilidades. Un único laboratorio dirigido por la que no haya sido elegida como directora técnica.

—[No es malo el premio de consolación, pero, indudablemente, no me merezco trabajar a las órdenes de Marta Ortiz. Una faena]. ¿Y si no?

—También se contempla comprar patentes y distribuir fármacos sin investigación propia. En este caso se necesitaría relevar a Ochoa como director técnico, pero se amortizarían todos los empleos de investigación, incluida el de la jefa restante de laboratorio. Eso significaría que quien ganase se lo llevaría todo. La no elegida no se quedaría en la empresa.

—¡Imposible! [*Virgen del Amor Hermoso, esto es una bomba*].

—A no ser que ampliasen el Departamento Comercial.

—[*Sí, hombre, el colmo. Yo haciendo el artículo a estúpidos bisoños engreídos y a las órdenes de Luisa. Antes me dedico a la ganadería*]. Todo me suena a fantasía. [*Y, por ello, me lo estoy creyendo palabra por palabra*].

—Todavía hay más. Mucho más.

—[*Y yo que le he colgado el teléfono. Tanto da si es ángel o demonio quien nos suministra lo que queremos*]. No sé qué más puede haber.

—Que Sanatea permanezca independiente es lo menos verosímil. Supongo que comprenderá que BernaFarm tiene ya un director técnico: Louis Bonefane.

—[*Dios, todos a la puta calle. ¿Qué voy a hacer? Qué vergüenza*]. —En palabras de uno de los directivos de BernaFarm, hay muchos puntos a favor y otros tantos en contra de la adquisición de Sanatea. ¿Sabe cuál es el punto a favor número siete?

—No. [*Por no decirle: ¿cómo mierda voy a saberlo? El muy miserable me lo está haciendo sudar*].

—Sacarse de encima a Bonefane.

—No le entiendo.

—En todas partes cuecen habas. También en Suiza hay quien cae en desgracia, quien es indolente o quien se anquilosa. A juicio de los mandamases de BernaFarm, Louis Bonefane reúne todos esos dones.

—Pero, entonces...

—Entonces la directora técnica de Sanatea se convertiría en directora técnica del grupo, multinacional, resultante. ¿Qué le parece?

—Necesito digerir tantas novedades. [*Dios, eso sí que es un plato atractivo. Joder, si hasta me ha dado un escalofrío*].

—Una tarea de altos vuelos, gran responsabilidad, gran prestigio...

—Me hago cargo. [*Me cuesta hacerme cargo, pero así, de sopetón, me entusiasma el paisaje*].

—Y, aunque adivino que no es su principal preocupación, el cargo conlleva una generosa remuneración.

—Ha adivinado bien [*pero no me importaría, por una vez, pasar la mano por la cara a mi querido Gerardo*].

—Solo le diré que el señor Bonefane se lleva a casa, cada mes, dos veces y media lo que cobra su marido, el señor Vives. Así se puede hacer una idea cabal.

—Ya veo. [*¿Cómo cambiarían algunas cosas! Además, con los chicos ya mayores (porque Begoña ya está hecha una mujer, por mucho que la mire como a una niña), ya es hora de que piense en mí. Siempre me ha tocado ir a remolque de Gerardo y de los niños, pero ahora han desaparecido los impedimentos. Me gusta el panorama. Me gusta mucho*].

—Si se produce la adquisición, los laboratorios de Sanatea se dismantelarán y se integrarán en los de BernaFarm, que son considerados más potentes.

—Así que, otra vez, quien gana lo gana todo; y quien pierde lo pierde casi todo.

—Exacto. Ahora solo me queda subrayar un par de aspectos sobre los que hay que tomar una decisión. A la información anterior hay que añadir un plazo: desde pasado mañana, cuando se reúne el consejo de administración de Sanatea, hasta dentro de cincuenta días, cuando se celebra la junta de accionistas de BernaFarm. Cincuenta días decisivos para usted. Para usted y para todo aquel que trabaja en Sanatea, se entiende, así como para no pocos de BernaFarm, como el señor Bonefane.

—Comprendo.

—Usted y su colega, o rival, sufrirán un duro escrutinio.

—Eso supongo. [*Si verdaderamente solo depende de las capacidades objetivas de ambas, ya me puedo encargar las nuevas tarjetas de visita*].

—Usted verá si es el mejor momento para tener unos cuantos policías revoloteando a su alrededor, haciendo preguntas aquí y allá.

—[*Demasiado pronto me había olvidado de que estoy tratando con un sinvergüenza*]. Lo tenía usted preparado.

—No. La mayor parte de los acontecimientos escapan a nuestro control. Parece mentira que no lo sepa. Me he limitado a aportarle algunos datos.

—Muy sibilínicamente dosificados.

—Muy relevantes. Eso también lo podría decir. Hasta el punto de que le vuelvo a pedir que pague como modesto precio diferido el expediente que le he solicitado. Reflexione sobre todo ello. ¡Ah!, en el camino de vuelta tome la AP-12 y evite la ruta por la que ha venido. Ahora la autopista está tranquila y tendrá un viaje plácido.

—Muy atento.

—Me he permitido encargar algo de cenar para ustedes tres. Así, cuando llegue, tendrá más tiempo para los suyos y para pensar. Adiós, señora Moral.

—Coño, Gerardo, me has asustado. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, el viaje ha ido bien. [*Hasta un poco antes de tomar el avión de vuelta, cojonudo. Hasta ese momento, cojonudo*].

—¿Qué ha pasado, pues, para convocar a tu abogado, o a tu amigo, ya no lo sé, en el aeropuerto, a estas horas de un sábado? Si es por el transporte, mira: está lleno de taxis.

—Lo siento, Manolo, pero necesitaba hablar contigo.

—Y supongo que no me lo podías decir por teléfono.

—Cada vez me fío menos de los teléfonos.

—Ya me contarás también eso. Te noto raro. Oye, ¿has ido solo a Viena? Acostumbrabas a ir con tu secretaria, esa señora con cara de subteniente.

—No, no, como siempre. Este año ha ido la secretaria nueva, pero se ha quedado dentro. Me ha dicho que la pasaba a recoger su novio, o un amigo, no sé. [*No era buena idea despedirnos en tierra. Y es verdad que esperaba a no sé quién. Y yo no quería que un tío lenguaraz como tú atase cabos antes de oírme a mí*].

—¡Ah!, eso no lo sabía. Seguro que habrás salido ganando, porque aquella..., ¿cómo se llamaba?

—Milagros.

—¡Eso, doña Milagros! Arrugada como un pergamino, si no me confundo de cara. ¿Y la nueva?

—¿Qué pasa con la nueva?

—[*Has saltado como si te pincharan con una aguja. Ay, Gerardo, que estás hecho un calavera. A ver con qué me vas a salir*]. Que cómo se llama, Gerardo. Eso preguntaba.

—¡Ah!, Pablote. Beatriz Pablote. Y, antes de que me lo preguntes, te informo de que tiene treinta y pocos, sabe inglés, francés y alemán, y un cutis incomparablemente mejor que doña Milagros. ¡Qué! ¿Eh? ¡Qué! ¿De qué te ríes, Manolo?

—De nada, Gerardo, de nada. Se diría que estás un poco nerviosillo.

—[*Joder, ¿para qué he hecho venir yo a este? ¿Para explicarle lo de Beatriz o lo de López? ¿O las dos cosas? ¿O ninguna? Hace tres horas estaba deseando tener un confidente. Ahora creo que me contento con que me lleve a casa sin tener que dar la dirección*]. Perdona, chico. Estoy un poco alterado.

—No me digas que te has liado con la secretaria. [*Lo peor que puede pasar es que me deje aquí plantado, como ya me hizo otra vez que le canté las cuarenta. Pero, si no, desahogarse siempre va bien, y a mi estos chismorreos me encantan*]. Es igual, Gerardo, olvídalo. Disculpa la metedura de pata. Hala, venga, que tengo el coche aquí

mismo.

—[*No merece la pena disimular*]. Sí. [*Joder, y voy y lo digo. Me había jurado llevarme el secreto a la tumba y antes de pasar un día ya lo he largado. Estoy nervioso. Es eso*].

—¿Me lo dices de verdad?

—Sí. Y no te pares, Manolo, que estoy destemplado.

—El coche está a la altura de la segunda columna. Entonces, ¿es que estás a mal con Magdalena?

—¿A malas con Magdalena? ¿Qué tiene que ver?

—Hombre, Gerardo, ya sé que sois una pareja moderna, pero no hasta ese extremo. Me has dicho que le has puesto los cuernos a Magdalena, ¿no? Pues de ahí que te pregunte si el matrimonio va mal.

—[*No lo había pensado. No, no va mal. No especialmente mal*]. No, no va mal. [*Lo que pasa es que Beatriz está como un bizcocho*]. Lo que pasa es que he caído en la tentación. [*Más mentiras. Mentiras a Magdalena, mentiras a Cornicabra, mentiras a mí mismo. Solo le digo la verdad a López, por lo visto*]. Ha sido un arrebato. [*Arrebato se opone a plan, y estaba bien planeado. Los horarios, el hotel, las habitaciones. Yo tenía pensado hasta cuándo abordarla. Hasta cuántas veces abordarla. La fantasía es la fantasía*]. Joder, Manolo, ¿todavía no te has cambiado este cascajo?

—Ni por muchos años. Mientras él aguante, yo aguanto. Es el cariño, que crece con los años. [*Toma patada en el páncreas, Gerardo, para que aprendas a ser fiel a quien te es fiel*]. ¿No te das cuenta de que hay algo más que la velocidad y que la carrocería brillante y el capricho por lo nuevo?

—No necesito sermones, Manolo. Venga, arranca, si es que tu enamorado con ruedas no te deja tirado, y a mí contigo. [*Solo me falta que se me despierten los remordimientos*].

—Toma nota: a la primera. ¿Y qué te parece el ruido del motor? Como una máquina.

—Es como estar debajo del capó. Se oye muy bien: alto y claro. Venga, Manolo, vamos tirando. Tengo ganas de salir de aquí.

—¿Quieres calefacción?

—Pon. [*Aunque el corazón, donde noto más el frío, no me lo va a caldear*]. Estoy apurado, Manolo.

—Enseguida se te pasará. Aire frío no tiene, pero lo que es caliente...

—Tienes tú la preferencia, Manolo.

—Es verdad, pero lo veía tan lanzado...

—¿Qué harías tú ante un chantaje?

—¿Qué estás diciendo?

—¡No me mires, Manolo! ¡Mira hacia la carretera! El colmo sería tener un accidente en esta tartana. Joder, si hasta el cinturón va flojo.

—Más flojo va el de los aviones, y no circulo tan rápido.

—Cuidado con ese rojo, que se va a matar.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto te han pedido?

—¿Cuánto me han pedido de qué?

—Joder, hombre, ¿pero no me has dicho que te están chantajeando?

—No, Manolo, yo te he preguntado qué harías tú en ese caso.

—Así que es una pregunta retórica.

—Copón, Manolo, estate pendiente de conducir, no de mi cara, que nos la vamos a pegar.

—Jamás he tenido un accidente, Gerardo. No me ofendas.

Los únicos golpecitos que tiene los he hecho, o me los han hecho, aparcando. Bueno, ¿te están atornillando, o no?

—No. [*Yo creo que eso es verdad. En un chantaje no se pide poco a cambio de, comparativamente, mucho*].

—¿Entonces?

—¿Te vas a meter por el centro o por el cinturón?

—Me da igual.

—¿Por dónde estará más despejado?

—¿Y a mí qué me cuentas? Esto no lo hago cada sábado.

—Pues cógete el cinturón. Ya será mucho que a esta hora y para entrar en la ciudad...

—A ver, Gerardo, ¿de qué estamos hablando? ¿Del chantaje que no te hacen o del coche que no conduces?

—¿Qué harías tú? [*Esto no es bastante para que me dé una opinión. Pero no me atrevo a decírselo todo. Además, haría preguntas que no sé responder. ¿Cómo darle verosimilitud?*].

—No te entiendo, Gerardo. Así que no te puedo ayudar.

—Me siento vulnerable. [*Ya que se me ha escapado lo de Beatriz, tiraré por ahí*]. Suponte que alguien supiera mi desliz... No hace falta ir por en medio de dos carriles, Manolo.

—¿Con tu secretaria?

—Eso.

—Pero ¿te ha amenazado alguien o no?

—No.

—Pues olvídate.

—Quisiera estar preparado.

—O me estás ocultando algo, o no me lo dices todo. Una de dos.

—Si yo te pido todo tu cartapacio sobre Vicente Patilla, pongamos por caso, ¿me lo darías?

—Joder, Gerardo, ¿regresas de Viena o de territorio jíbaro? ¿Te has vuelto loco? Por supuesto que no.

—¿No?

—No. Claro que no. Y si insistes, te dejo tirado en el arcén y llamas a una grúa para que te remolque.

—¿Y si te ofrezco mil billetes, Manolo?

—Me estás poniendo nervioso, y si me pongo nervioso, me desconcentro, y si dices estas cosas, necesito mirarte a la cara para saber si estás de carnaval o enajenado; y desconcentrado y mirándote podemos tener un accidente.

—Está sonando la banda de rodadura, Manolo. Y, oye, ¿qué luces llevas? ¿De posición o de cruce?

—No me cambies de tema.

—Diez mil billetes. ¡Cuidado, Manolo, cuidado con ese coche!

—¡Hostia puta, Gerardo! ¿Me estás sobornando? ¿Eh? ¿Es eso? ¿Después de tantos años de amistad me haces esto? ¿Me obligas a cambiar los planes de llevar a Irene al cine y me convocas aquí, como a un chófer, para humillarme? Me has decepcionado, Gerardo, no me esperaba...

—Los papeles de Patilla a cambio de no soplarle a Irene lo tuyo con Rocío. [*Ay, madre mía, cómo va a reaccionar*]. ¡Cuidado, que nos matamos! ¡Cuidado, cuidado con la barrera! Coño, Manolo, que aquí parados no nos podemos quedar, y a mí me están esperando en casa.

—¿Tú crees que a mí no? Venga, ahora te puedo mirar a la cara como a un enemigo. Ya puedes inventarte una buena excusa para que no te arroje al paso de un camión.

—¿Serías capaz?

—De eso y de mucho más si me enfrento a un cabronazo.

—Perdona, Manolo, pero necesitaba que probaras algo similar a cómo me siento. De verdad que lo lamento.

—Y no me estás ofreciendo dinero.

—No, claro que no. ¡Diez mil billetes por cuatro contratos y media escritura! Vaya ruina. Por diez mil te exijo, al menos, la lengua de ese tío.

—Ni le piensas ir con el cuento de Rocío.

—¿Tan poco me conoces, Manolo? ¿Cómo te iba a hacer una putada semejante? Siempre presumes de matrimonio feliz, y me alegro.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Lo de Rocío?

—Y lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Que voy corto de líquido.

—[*López*]. Lo de tu criada, hace cosa de unos meses, puede que un año. [*También esta trola se la debo a López*]. Bebimos demasiado en el círculo, sobre todo tú. Te

pusiste picante, ¿sabes? Yo creía que chuleabas de alcoba con Irene, y vas y acabas colando el nombre y la descripción de las curvas de la chacha.

—No recuerdo nada parecido.

—[*Lo sobrenatural sería lo contrario*]. Para que veas lo malo que es el alcohol. [*Tengo que reconocer que López acertó: ni sombra de sospecha. Eso le pasa por empinar el codo y ser un faldero. Yo no empino el codo*].

—¿Y el dinero?

—Lo he dicho porque sí. [*Porque López me ha dado tu debe y tu haber. Pobre Manolo. A tus años, a tus vuelos, y con apuros*]. No sabía que fueses justo. [*Hasta hace unas horas, por lo menos*].

—Pues me he descubierto. Creía que me estabas leyendo el alma. Vaya sabadito que me estás dando. ¿Qué estás haciendo?

—Extendiendo un cheque.

—¿Por qué?

—Por diez mil.

—Digo por qué, no por cuánto.

—Mira, Manolo, somos amigos. Ya me lo devolverás. O no. Tanto da. Tómallo como pago diferido por servicios que me has hecho a buen precio. [*Solo taparás la décima parte de tu agujero, pero te dará un respiro*].

—Un par de semanas.

—Lo que haga falta. [*Y procura quitarte el vicio de invertir en bolsa con dinero prestado, o acabarás embargado o enjaulado*].

—Un negocio que no ha salido como esperaba...

—Es igual, Manolo, lo que sea. Lo importante es que te recuperes [*y, de algún modo, me aconsejes*].

—Y lo de Rocío ya se acabó.

—No me tienes que dar explicaciones, Manolo. [*Y mejor no me digas mentiras, que estoy más cargado de información de lo que tú te imaginas*].

—Hace seis meses que tenemos otra criada y no nos vemos.

—[*No os veis en el dormitorio de tu mujer y tuyo, mamón. Ahora te sale más caro el capricho*]. Me alegro. [*Me alegro de comprobar que las falsedades circulan con rapidez en las dos direcciones*]. Me alegro por Irene y por ti, quiero decir.

—Vaya par.

—Ya te digo. Venga, pongámonos en marcha otra vez.

—Voy.

—¡Espera, hombre, deja que pase ese!

—Debes de tener a Magdalena completamente amargada. Eres un pesado.

—Para nada. Conduzco yo, y listo. Bueno, Manolo, ¿te vas haciendo a la idea? Quiero decir, ¿comprendes que me sienta presa fácil?

—Joder, Gerardo, te podrías dedicar a mafioso. Me has apretado las tuercas a base de bien.

—¿Y si alguien me lo hiciera a mí?

—¿Con lo de Beatriz?

—Con lo que sea.

—Cada uno sabe hasta dónde puede aguantar.

—¿Qué estarías dispuesto a sacrificar para que Irene siga en la inopia?

—Coño, cualquiera diría que la tengo engañada con todo y en todo momento, porque...

—Te estás pasando del límite de velocidad. [*Y, efectivamente, la burlas en potencia todos los días, y en acto los martes y los jueves*]. No te escabullas. ¿Qué estarías dispuesto a hacer?

—Me estás asustando, Gerardo. Desde luego, el mismo día se enteraría Magdalena de lo tuyo con la secretaria. Donde las dan, las toman.

—No seas berzotas, Manolo. Por ejemplo, ¿serías capaz de dar información confidencial sobre algún cliente?

—Depende. No lo sé. Joder con tu viajecito a Viena. Antes me gustabas más.

—¿Un informe completo sobre mí?

—Estás jugando conmigo, Gerardo, y eso no está bien. Me preguntas si traicionaría a un amigo para salvar mi matrimonio. Eso no está nada bien. Si quieres buscarte otro abogado, dímelo a la cara y...

—Vamos, Manolo, solo por la confianza que te tengo me abro así. ¿Qué, pues? ¿Qué harías en ese caso?

—Y yo qué sé, Gerardo. Jugar al ratón y al gato, supongo. Tratar de llenar tres hojas con vaguedades y tu fecha de nacimiento, ganar tiempo, reunir fuerzas y confesarme a Irene. No lo sé. Dímelo tú.

—Si me quieres demostrar que esta cafetera supera los cien, ya lo has logrado. Afloja, que es de ochenta.

—No me cambies de tema.

—Soy yo el que pide consejo.

—A sus órdenes, mi cliente.

—Vamos a otro caso.

—¿Adónde dices?

—Que te quiero plantear otra situación.

—No, si a este paso me entrará mal cuerpo.

—Suponte que un amigo tuyo necesita dinero. Yo, por ejemplo.

—Oye, lo de los diez mil...

—Conduce, calla y atiende, Manolo. Yo lo necesito y tú quieres echarme una mano, pero no lo tienes.

—No hace falta que me lo recuerdes. Pero es verdad que te querría ayudar.

—Cincuenta.

—¿Cincuenta mil?!

—Casco urbano, Manolo. Límite a cincuenta.

—Oye, Gerardo, de verdad, si quieres me bajo, conduces tú y yo me centro en asimilar todas las salidas que tienes esta tarde. O noche, que se está haciendo la hora de cenar.

—Sigue, sigue tú, que un físico sería incapaz de hacer avanzar esta tartana. Se necesita un abogado.

—Joder, encima me vacilas. Bueno, vale, quiero prestarte y no puedo. ¿Qué más he de imaginar? ¿Una huerfanita? ¿Un dragón?

—Te lo he dicho al principio, Manolo. Esto es serio. Alguien te ofrece el dinero para socorrer a tu amigo. *[Todavía me suenan en las orejas las palabras de López y mi incredulidad]*.

—Eso es un detalle. Un buen amigo de amigo. Porque hoy tienes la mente calenturienta, Gerardo, que, si no, sospecharía que un hada buena te ha facilitado los diez mil que me has prestado. Acaba ya. Seguro que el amigo que te ayuda a socorrer al tercero querrá algo a cambio.

—Sigo tu idea. A cambio te pide..., digamos..., un dictamen legal. Algo sencillo, que te lleve poco tiempo.

—No entiendo el conflicto, Gerardo. Parece que me entrabas con un ejemplo de chantaje. Después has derivado a lo que tenía trazas de soborno, y ahora terminas con un cuento rosa donde todos comen perdices.

—¿Lo harías?

—Eso lo hago a diario, majo, aunque desgraciadamente no por diez mil, ni para rescatar a un amigo. Me descubres una bicoca. Ojalá conociera a alguien así.

—¿Patilla no paga bien?

—Patilla da mucho trabajo. ¿Ahí se acaban tus dudas?

—Más o menos. *[López me llamó; me alarmo. Estamos a punto de embarcar. Beatriz se estaba poniendo tierna. Me acojono con la certeza de que me va a amenazar con descubrir el pastel. Un pastel muy dulce y que me ha durado muy poco. En vez de eso compadrea conmigo y se muestra indulgente con las debilidades humanas. Enseguida me sale con lo de Cornicabra. Sus deudas. Sus dificultades. Se lo hace venir bien para descubrirme a la querida: «Los hay que institucionalizan su infidelidad, como su abogado y una chica muy joven, Rocío Blesa, montando piso y mercería, como antes». Eso me dijo. Poco más o menos. «¿No le gustaría ayudarlo, señor Vives?». Me hace ver que, aparte de la amistad, las vinculaciones de interés también son importantes, y tener obligado a Manuel Cornicabra no es malo en ningún sentido. «¿Qué hay mejor que un amigo, señor Vives? Un amigo agradecido». Y Beatriz formando ya en la cola de embarque. Entonces me propone el trato. Yo le facilito una copia del informe que redacté hace un año sobre El Nuevo Petril y él me lo paga con el dinero suficiente como para echar un cable a Manolo]*.

—¿Qué te pasa ahora, Gerardo? De pronto te has quedado callado, y hoy te temo más que a un rayo.

—Estamos llegando. *[Y yo he aceptado]*.

—Por fin.

—¿Quieres entrar en el aparcamiento y tomar algo en casa? [*Y al cabo de dos minutos más le he enviado el fichero desde mi correo y él me ha invitado a comprobar que la transferencia estaba ingresada. Me temo que sabía de antemano que me doblegaría*].

—Me voy pitando con Irene. Hay que cuidar a la parienta. Paro aquí mismo.

—Pon los intermitentes, hombre, si es que la carroza lleva. [*«Convoque al señor Cornicabra en el aeropuerto y hable con él. Le hará feliz, y usted se quedará más tranquilo»*]. Pero no me he quedado más tranquilo]. Gracias por el paseo, Manolo.

—Recuerdos a Magdalena y a los chicos.

—De tu parte. Lo mismo digo.

—Gerardo.

—¿Qué?

—Que muchas gracias por el préstamo. Me has hecho un gran favor en el mejor momento. Y gracias a tu hada buena.

—Ha sido más frustrante que otras veces.

—Pero estas reuniones suelen ser protocolarias. Es lo que siempre dices.

—No me desdigo, pero este año tenía la esperanza de obtener algo entre pasillos, o una buena idea, o un ejemplo que seguir. Los residuos de la número seis me llevan a mal traer. Soñaba con encontrar al delegado de un país deseoso de almacenar unas cuantas toneladas de material radioactivo. Y que se hicieran cargo del transporte y los seguros.

—No lo dirás en serio.

—No, claro. Pero sí me había hecho ilusiones sobre recoger ideas para salir del pozo. Algún desarrollo nuevo, cambios en los protocolos, lo que fuese.

—Y nada.

—Peor. Nada que me sirva y mucho que anhelo. Desde el año pasado media docena de países han puesto en marcha centros propios de residuos o están a punto de inaugurarlos. Y, mientras, nosotros dejamos que críen polvo unas instalaciones que quedarán inservibles antes de estrenarse. El mundo al revés.

—Te veo preocupado.

—Es grave, Magdalena. Es lo peor que tengo entre manos desde hace..., desde siempre. Además: en este negocio procuramos tenerlo todo pautado. Si pasa tal cosa, se hace esto; si aquello, lo otro. Cientos de situaciones tipificadas. Pues esto no está previsto, para que veas. Tampoco está previsto repartir caramelos de plutonio a la puerta de los colegios, porque también es una estupidez. Hay que resolver una estupidez colectiva. Esta semana tendré que coger el toro por los cuernos.

—¿Sales de viaje otra vez?

—Espero que no. Convocaré a los directores de la cuatro y la seis, y a la directora de El Petril. Que se muevan ellos. Pero nunca se sabe.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué tal tu nueva secretaria?

—En general, bien. Eficaz. [*Y tan eficaz*]. Menos experiencia [*en los manejos de congresos y exposiciones*], pero más empuje [*ya lo creo que empujaba*] que la anterior. Ha tenido la virtud de procurar estar a mano cuando la necesitaba, e invisible el resto del tiempo. [*Exactamente tres veces en cuarenta horas. Así que no se te ocurra pedirme guerra esta noche, Magdalena, por mucho que te encelen mis ausencias y que sea sábado por la noche*].

—Dicho así parece un objeto, Gerardo. ¿Ni una comida juntos?

—[*Nos comimos juntos cosas que no te puedo confesar*]. Las del avión. Por cierto [*vamos a alejarnos de Beatriz*], he comido la bazofia que han servido y creía que ya no tendría apetito al llegar a casa, pero lo cierto es que estaba muy bueno. Lo has encargado, ¿no?

—Sí. *[No directamente, pero López ha previsto que aparecieran las etiquetas en el envoltorio para no dejarme a oscuras]*. No tenía tiempo de otra cosa. Me he pasado la tarde en casa de Ignacio poniendo cortinas, toallas y sábanas nuevas.

—Cualquier día, sin darnos cuenta, estaremos haciéndole compañía delante de un altar, junto a su prometida.

—¿Qué prometida?

—Ah, no sé, pero como ya tiene todo lo demás, ahora buscará novia.

—Pues a juzgar por lo que he visto que empezaba a preparar, esta noche tenía invitados. Y, por la cantidad, uno. Y considerando el candelabro y las velas, una.

—Parece que fue ayer y, hoy, casi casado.

—Nos hacemos mayores.

—Nos hacemos viejos. *[Los hijos. Los disgustos. El tiempo]*. ¿Dónde se ha metido Begoña? Todavía tiene el postre a medio comer.

—Ha salido ya. ¿No le has enterado?

—¿Cómo que ha salido? ¿Por dónde? Quiero decir, ¿adónde?

—Gerardo, hijo, estás en la inopia. No hace ni diez minutos que nos ha saludado desde el recibidor.

—¿Adónde ha ido?

—Pero, Gerardo, ¿de dónde vienes? Son las diez y media de la noche de un sábado. ¿Adónde quieres que vaya? A divertirse, a ver a su último novio. A hacernos sufrir. A llegar a las tantas de la mañana. A tugurios que prefiero no conocer. *[A darme envidia]*. A hacer lo que todos hemos hecho a su edad, o hemos querido hacer.

—No me he dado ni cuenta.

—Estás pensando en otras cosas.

—Estoy preocupado, Magdalena.

—Oye, pues todo no lo puedes cargar a las espaldas.

—No puedo evitar sentirme responsable.

—Por lo que me has dicho otras veces, esto solo se puede solucionar tomando decisiones a otro nivel. No te puedes exigir...

—Me ha llamado López. *[Ya me aguanto otras cosas. Algo tengo que dejar ir. He de ser sincero con Magdalena. Aunque sea un poco]*.

—¿Qué me dices! ¿Cuándo? *[Joder, Gerardo, me has fastidiado. Tenía la esperanza de que López me había escogido a mí, únicamente a mí, para seguir su juego, pero veo que su palabra tampoco es vana esta vez: le interesa toda la familia]*.

—No hace ni seis horas. Estaba a punto de subir al avión. *[Pero compréndelo, Magdalena. Todo no te lo voy a decir. Todo no te lo puedo decir. Ni lo más obvio (que estaba cogido del brazo de Beatriz), ni lo menos (que es, además, difícil de explicar). Las llamadas de López me alarman, me desconciertan, pero también sucede algo más. No sé qué es. Tal vez es que me fascinan]*.

—Dios mío, Gerardo, creía que era agua pasada. ¿Qué quería? *[Me has roto, Gerardo. Ahora me pones en el brete de tener que confesar mis pecados, los que*

quería guardar para mí].

—Un trato. Me ha propuesto un trato.

—¿Un trato?

—Sí. Creo que es mejor llamar a la policía.

—¡No!

—¿Que quieres decir con no? ¿No eras tú la que me insistió en explicárselo todo a Plaza? No hay quien te entienda, hostia. Yo, aquí, violentándome y llevándome la contraria a mí mismo, y ahora me sales con estas. Cualquiera diría que también a ti te ha llamado López y ha logrado convencerte.

—Más o menos. [*Podría intentar callarme la verdad, pero no puedo mentirle directamente. No puedo*].

—¡¿Qué?! ¿También a ti te ha llamado?

—Sí, Gerardo. Y ahora caigo en la cuenta de que tal vez ha hablado también con los chicos, no solo con nosotros dos. Por lo visto consigue hacernos cerrar la boca. [*Ya, total, te lo digo*]. Sí, Gerardo, es cierto. Si no hubieras tocado el asunto, creo que no te habría dicho nada.

—Pero...

—Ya lo sé, ya lo sé. No tiene sentido y antes tenía otra opinión. Soy consciente de todo ello.

—¿No ibas a contármelo? [*Aprovecharé para castigarte un poco, por si llega el día que sepas demasiado y me calientes a mí*].

—Lo estaba pensando.

—¿Pensando? ¿Estás de broma?

—Menos pronto, Gerardo, que a ti te ha costado seis horas. Yo voy por la segunda o la tercera. Todavía disponía de margen para igualarte.

—Venga, Magdalena, ¿qué te ha dicho?

—Respetemos el turno. Yo lo he preguntado antes; de hecho, a ti te ha llamado antes. Puede que, así, tenga más sentido el conjunto. Adelante.

—¿Ya no quieres llamar a la policía?

—Mira, yo he tenido una conversación con ese sujeto. Un tiempo breve. Pues bien, he estado amenazándolo con llamar a la policía la mitad de ese tiempo. La primera mitad. No te digo más. Anda, explícame. ¿Qué te ha propuesto?

—Me ha pedido un informe sobre el centro de residuos.

—¿Confidencial?

—De aquella manera. No es público ni es secreto. Con casi un año de antigüedad. Nada excepcional. Circulación restringida, pero desde el momento en que existe una versión electrónica (es la que le he enviado desde Viena), puede haberse distribuido por cualquier sitio.

—Así que has aceptado el intercambio.

—Me he visto obligado.

—[*Eso me calma. Yo también*]. ¿Obligado? ¿Por qué?

—Por dinero.

—¿Cómo? ¿Por dinero?

—Diez mil.

—¿Diez mil? Ahora sí que me dejas hecha polvo. ¿Tan mal estamos, Gerardo? ¿Nos tenemos que vender por diez mil?

—[*Me dan ganas de tomarte el pelo, querida, por tacharme de ramplón*]. ¿Por cuánto nos has vendido tú, amor mío? ¿Cien mil? ¿Un millón? ¿A partir de qué cantidad perdemos la dignidad, Magdalena querida?

—No hace falta que te burles. Perdona, ¿de acuerdo? Se me ha escapado sin querer. Me has cogido desprevenida...

—Para Manuel Cornicabra.

—Por el amor de Dios, Gerardo, explícamelo de un tirón y no a base de pataditas, que acabo aturullada.

—López me ha expuesto unas cuantas miserias de Manolo. Para no aburrirte: ha jugado a la Bolsa de prestado y está con el agua al cuello. López hasta sabía que le pone los cuernos a su mujer.

—¿A Irene? [*Pobre chica, y maldito cerdo. Anda, que iba a hacer algún favor a ese*].

—A Irene, claro. Ya ves por qué he aceptado. Unos papeles a cambio de los recursos para ayudar a un amigo.

—No necesitábamos a un extraño para echarle una mano.

—No sé, Magdalena. Puede que tengas razón, pero, en aquel momento, he accedido. Qué quieres que te diga. Diez mil no es moco de pavo. Para no perder las amistades es mejor no prestar o, cuando menos, no prestar dinero propio. Y lo más importante: ya conoces a nuestro señor López. ¿Crees que hubiera desistido si le digo que no? A ver, di.

—No. [*Eso está claro. Y eso es lo inquietante. Ojalá no tengamos que ponerlo a prueba. Ojalá*].

—Al fin y al cabo supongo que también habréis intercambiado algo.

—Sí. [*Me llega el tiempo de expiación*].

—Y habrás quedado satisfecha, si es que has decidido no llamar a la policía. ¿Quieres más *whisky*?

—No. Y eso es injusto. Lo dices como si hubiera entablado amistad con ese tipo y no le quisiera ningún mal.

—¿También te ha pedido papeles?

—Un viejo expediente de una investigación de laboratorio.

—No lo entiendo. ¿Es que manejamos unos documentos tan valiosos que ni nos damos cuenta? ¿Hace colección? ¿Busca incordiarlos?

—Busca ponernos a prueba, Gerardo.

—Por lo que me has reprochado, no habrás aceptado dinero a cambio. O no una limosna.

—Déjalo ya, cariño, que me he disculpado. Me ha tapado la boca a base de información. Por eso sé que ahora no puedo, no podemos mezclar a la policía.

—¿Qué te ha dicho?

—Nombres, plazos, movimientos laborales en Sanatea. Tanto da. Lo más importante es que los próximos días son decisivos.

—Pareces convencida de que has obtenido algo valioso.

—Lo estoy, y lo es. [*Y no quiero ni pensar qué estaría dispuesta a dar por lograr más, por saber más, por poder anticiparme a los demás*].

—Sigo sin entender por qué no podemos llamar a la policía.

—Pues creo que te lo he dejado claro. En las próximas semanas puedo ser despedida o encumbrada. No pensarás...

—¿Encumbrada?

—Es una forma de hablar. [*Ya me podía haber metido la lengua en el bolsillo, mierda. Ahora no tengo otra opción que contárselo, y no tengo ganas*]. Por lo visto se preparan tantos movimientos de personal que tanto puedo ser empujada hacia fuera como hacia arriba. Lo que es seguro es que en poco tiempo ya no estaré haciendo lo mismo que antes y que ahora.

—Y la policía te molesta.

—Con las mismas razones que argumentaste tú el otro día. Llevar escolta, ser seguida, ser escuchada o provocar interrogatorios a personas cercanas es lo último que necesito.

—Como si hubiéramos intercambiado los papeles, Magdalena. Ahora me tocaría a mí inflarte la cabeza con que si tu trabajo es lo más importante para ti, que si la seguridad es lo primero y hasta que antepones tus ambiciones a tus hijos. [*Me lo has puesto a huevo, guapa. No puedo desperdiciar la oportunidad de hacerte probar tu propia medicina*].

—Eres tremendamente injusto, Gerardo. Si llamamos a la policía ya me puedo quedar en casa, ¿me oyes? ¿Es lo mismo para ti?

—Yo creo...

—No, Gerardo, esto es diferente. Llevo muchos años tragándome la enorme responsabilidad que soportas, y los viajes y tus decisiones, y que si patatín, que si patatán. A mí esto me está pasando una vez, ¿oyes?, una vez en la vida. Nunca antes te he venido con monsergas sobre mi trabajo...

—¿Son monsergas las mías?

—Es igual, Gerardo, dejémoslo ya. Haz lo que quieras. Me duele la cabeza y...

—¿Ahora adónde vas?

—A tomarme una aspirina, si no tienes inconveniente.

—No sabía que te escociera tanto mi...

—Déjalo, de verdad. Haz lo que tengas que hacer.

—Pero si es lo que intentaba discutir contigo, Magdalena. Saber qué hacer, y así...

—Ah, lo olvidaba. López me ha advertido de que ese Plaza es un mamón.

—¿Te ha dicho que es un mamón?

—Te lo estoy resumiendo. Se ve que busca lucimiento y le gusta el circo.

—¿El circo?

—Hostia, Gerardo, te traeré otra aspirina a ti, que también estás espeso. Que le va la parafernalia, los movimientos de masas.

—¿Hasta ahí llegan los tentáculos de López?

—Estaba al corriente de un incidente menor con un miembro del consejo, de tu consejo, hace unos meses.

—Primera noticia.

—Para que veas. Te acaba de sonar el teléfono, Gerardo. [*Por fortuna. Estoy harta de esta conversación.*]

—Un mensaje de Ignacio... Joder, joder, ¡joder!

—¿¿Qué pasa, Gerardo, qué pasa?!

—Escucha: «He enviado un mensaje de su parte a Plaza para que le llame dentro de un par minutos. Decídanse. Saludos. López». Hostia puta, Magdalena.

—Por el amor de Dios, Gerardo, ¿qué hacemos?

—Este tío es un cabrón, y no sé cómo...

—¿Gerardo! ¿Qué hacemos?

—¿No lo sé, Magdalena!

—Ni siquiera hemos tenido oportunidad de hablar con los chicos...

—Pero ¿cómo se atreve? Nos quiere...

—Nos quiere poner entre la espada y la pared, Gerardo.

—Nos va a buscar la ruina...

—¿Ya llama! ¡Gerardo!

—Ya lo he oído, Magdalena. [*Joder, a ver qué le digo yo a este capullo.*]. ¿Diga?

—¿Señor Vives?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy el enlace, Baltasar Plaza. He recibido su mensaje.

—Sí, claro, muchas gracias por llamar. He preferido avisarle antes con mi mensaje. No quería telefonarle así, de improviso, un sábado a estas horas.

—No se preocupe. Es mi trabajo y estoy a su servicio.

—[*Vete a paseo, lameculos.*]. Es que acabo de llegar de Viena, ¿sabe?

—¿Ha tenido alguna incidencia?

—[*¿Incidencia? Soplapollas. Un buen par de melones es lo que he tenido entre manos.*]. No, no es eso. Es que...

—Hable sin miedo, señor Vives. Estamos para protegerle.

—[*¿Sin miedo, cretino? Lo que pasa es que no sé qué decirte.*]. No, no, nada de eso. Se trata de que, a raíz de las conclusiones de algunas reuniones que he mantenido, tengo que convocar a varios directores de instalaciones nucleares en algún lugar discreto y seguro, y me preguntaba si usted...

—¿Cuándo será el *meeting*?

—[*¿Meeting? ¿Será lechón?*]. Según lo que me dijese usted, tenía intención de escribirles un correo esta misma noche y citarlos el martes, a más tardar.

—¿Martes, martes? Veamos, sí, afirmativo. Le montaré un operativo desde el momento en que cada uno pise la capital hasta que cada uno la abandone.

—[*Un pollazo, eso es lo que me montarás. Afirmativo, bobo del ojete*]. Tampoco hace falta que se tome tantas molestias, porque...

—Las cosas se hacen bien o no se hacen, señor Vives. El *timing* y la coordinación son esenciales.

—[*¿Timing? ¿De dónde coño han sacado al borde este?*]. ¿Se le ocurre algún lugar?

—Tengo el enclavamiento perfecto.

—¿Señor Vives?

—¡Ah!, esperaba que me diera la dirección para informar a todos.

—Negativo. Usted me envía por *mail* una ficha completa de cada uno y nosotros nos encargamos de trasladarlos con total seguridad a la hora prefijada.

—Bien lo tendré que saber yo...

—Negativo. El martes, señor Vives, estará usted en mis manos. Buenas manos, no se preocupe. Todo saldrá según lo previsto.

—[*¡Previsto! Joder, si estoy improvisando. Este tío es peor que una chincheta en el ojo*]. Tal vez sea excesivo... A lo mejor era innecesario molestarle, señor Plaza.

—Ha hecho usted lo que debía hacer, y yo no le defraudaré. ¿Conserva mi dirección de *mail*?

—Claro, claro.

—Necesito la información solicitada antes de las doce horas del lunes. Asimismo la hora en punto de inicio del proyecto.

—Del proyecto. [*Es que no sabe ni hablar*].

—Afirmativo. Y la conclusiva, lo más aproximada posible.

—¿La conclusiva, dice? Claro, claro, lo intentaré.

—Lo más exacta posible. El reloj es fundamental.

—[*Y yo no veo la hora de perderte de vista, fantasma*]. El lunes lo tendrá. Lamento haberle importunado, señor Plaza.

—A sus órdenes, señor Vives. Ya sabe que estoy bueno, estamos con ustedes veinticuatro siete.

—¿Veinti...? Ah, sí, claro, ya le entiendo. Pues nada, en fin, gracias y hasta el lunes.

—Siempre a sus órdenes. Buenas noches.

—Buenas noches. [*Joder, hasta prefiero una llamada de López*]. Hostia puta, Magdalena, lástima no haber conectado el altavoz para que lo oyeras todo.

—Por las caras que ponías me he hecho una idea. Veo [*aliviadísima*] que has decidido mantenerlo al margen. [*Gracias*]. Gracias.

—No hace falta que me des las gracias. Menudo payaso. No confío en ese tío ni para cruzar la calle. Pero ¿en qué manos nos han puesto?

—Vaya reflejos para improvisar.

—Ya ves. No sabía si llamar a tres de ellos, no me acababa de decidir, y es lo primero que me ha venido a la cabeza, así que ya está hecho. El martes.

—Pero no sabes dónde. Es que casi me parto de risa.

—No te rías, no, que me veo metido en un cuartel, o en el búnker del ministerio. Vaya patán.

—Te das cuenta, ¿no?

—¿De qué?

—De cómo las gasta López.

—Desde luego. Lo conocía como se conocen los defectos de un hijo.

—Y lo que sabe ahora.

—¿Qué sabe?

—Lo que acabas de decirle a Plaza. Palabra por palabra.

—Tú... ¿Tú crees?

—Ay, Gerardo, a veces eres más ingenuo que un niño. No le vamos a dar una explicación mágica. ¿O sí?

—No, claro, pero...

—Pues tenemos que hacernos a la idea de que en cada teléfono tiene una oreja, así que da por hecho que a estas horas ya sabe que hemos decidido no dar parte. Se ha salido con la suya.

—Y tú con la tuya. [*Reanudaremos los codazos*].

—Voy a tomarme esa aspirina. ¿Quieres algo? [*¿Un antídoto para la mala leche, por ejemplo?*]. ¡Gerardo! ¡Otra vez tu teléfono!

—Número oculto. Plaza, que querrá darme detalles del operativo, el muy gilipollas. Dígame.

—¿Gerardo?

—[*Ni López ni Plaza me llaman Gerardo. No sé quién es*]. Sí. ¿Quién es?

—Vicente Patilla al aparato.

—Hombre, Vicente, qué sorpresa. [*Joder, el que faltaba para el duro. López, Cornicabra, Plaza y Patilla en la misma tarde. Mi penitencia por lo de Beatriz*].

—¿Qué tal por Viena?

—Una más. Nada extraordinario.

—Así que nuestro problema sigue en pie.

—Nuestro... Eh, sí, es verdad. Estamos donde estábamos.

—¿Cansado?

—[*Ni que fueses mi madre, coño. ¿Qué te importa si estoy cansado del avión o de las piernas?*]. Hombre...

—Pues te voy a dar una mala noticia, Gerardo. Mañana tendrás un coche esperando a las seis de la mañana.

—¿Mañana domingo? ¿A las seis?

—¿Te gusta la caza?

—¿La caza? En mi vida...

—Para todo hay una primera vez, hombre. No hay nada que me jorobe más que perderme las cosas buenas de esta vida. Ya verás cómo te lo pasarás bien. Porque no tenías otro compromiso, ¿verdad?

—No, pero es que yo... [*¿A cazar? Como no vayas a cazar con tu tía...*]. Te lo agradezco, Vicente, pero es que mañana vamos a comer en familia, que celebramos...

—El interés nacional va primero, Gerardo, ya lo sabes.

—No, si de verdad, seguro que es muy interesante. Tal vez cuando todo se aclare un poco... Ahora no disfruto con ninguna distracción. Con lo que tenemos entre manos, ya te dije...

—Bueno, Gerardo, pues de eso se trata. No te invito a cazar patos, sino a una reunión con nuestro querido ministro. Le he hablado de ti y de los graves asuntos que manejas. Descansa a gusto, Gerardo, que mañana hay que encontrar una solución. ¿Entendido?

—Sí, aunque no me esperaba...

—Ya ves que Vicente Patilla cumple su palabra. Te prometí hablar con el ministro, ¿no? Pues mejor todavía si hablamos los dos y fuera de su despacho, que a mí las limitaciones de las audiencias y las oficinas me tocan los cojones. Además, piensa que podremos encañonarlo si se pone rebelde, je, je.

—Pero no tengo...

—¿Ganas?

—[*Ninguna*]. No tengo ni escopeta ni licencia.

—Ah, por eso no te preocupes. Ropa cómoda, ideas claras y empuje para salirte con la tuya. Eso es todo lo que necesitas. El resto lo pongo yo. Mañana nos vemos.

—Buenas noches. Y gracias.

—¿Vicente? ¿Escopeta? ¿De qué iba todo eso, Gerardo?

—Vicente Patilla, ¿te acuerdas? Mañana cazo y como con el ministro.

—¿Por qué me has metido tantas prisas?

—Tengo que hablar contigo, Bego.

—Joder, Espe, tienes la virtud de pillarme todavía dormida o recién despierta. ¿A qué hora acabaste tú?

—A las cuatro o así.

—Pues yo no he vuelto hasta las siete, tía, y ahora me haces madrugar como una gallina. ¡Por favor, si solo son las doce y media del domingo!

—¡Qué pijamita tan mono, tía! ¡Qué gracioso!

—¿Te gusta?

—Me encanta. Los tirantitos, y el pantaloncito así, corto, es monísimo. ¿De dónde?

—En Bragabra.

—Lo sabía. Te queda estupendo. Pero eso..., ¡pero si son chicas en moto!

—Sí, mira. Mi madre lo llama el pijama de la chica de la moto, por el estampado. ¿A que es gracioso?

—Muchísimo, y además te tienes que fijar porque, si no, el dibujo parece cualquier cosa, no sé, abstracto, que diría la Filo.

—Mira que llamarse Filomena...

—No es mala tía. Pone diapositivas, apaga las luces y a dormir. A veces organizamos turnos de dos o tres que se mantienen despiertos y le dan conversación. Está bien.

—Ten. Toma. Mira a la chica de la moto de cerca, que yo me meto en la ducha. Joder. Fíjate. A ver si esta tarde me depilo.

—¡Qué dices, loca! ¿Te vas a afeitar esa miseria? Mira esta pantorrilla.

—Bah, menos que yo, tía, lo que pasa es que tú eres morena y se te nota más.

—Pero el pubis lo dejarás quieto, ¿no, Bego? Te queda precioso. ¿Te di una buena idea o no?

—¿No fue idea mía lo de las dos puntas?

—¡Pero qué morro tienes, Bego! Tú lo que querías era pelarte el coño al cero, y entonces yo te dije que mejor depilarlo cortito y alargando dos puntas por aquí y...

—Ay, quita, Espe, que me haces cosquillas y encima me estoy meando. Me voy a la ducha. ¿Ya has comido... o desayunado, o algo?

—Iba a tomar leche con galletas, pero se me ha pasado el apetito.

—Pues yo, ahora, comería carne cruda. ¡Hostia, que me quemó! Bueno, guapa, pues ya me explicarás por qué me has sacado de la cama.

—Me ha llamado el señor López.

—¡Ahh!

—¡Begoña! ¡Qué pasa! [*Si se ha resbalado...*]. ¡Bego! ¿Estás bien?

—¡Qué hostia me acabo de pegar! Fíjate cómo tengo la rodilla.

—¡Y el codo! Te sangra un poco.

—Me he dado contra el grifo. Hostia, cómo duele..., y mañana tendré unos moratones de la Virgen. Joder, Espe, y tú te estás poniendo perdida. Cierra el agua.

—Estoy más mojada que tú.

—Me tendrás que ayudar, Espe. Me duelen todas las articulaciones. ¿Te importa? Total, así tampoco puedo estar. Luego te presto ropa.

—¿La blusa calada?

—*Vaaale*.

—Has dado tu palabra. Pues me meto, ¿eh? Total, hoy, con la impresión, también se me habían pasado las ganas de ducharme.

—Joder, cuando he oído el nombre de López he perdido el equilibrio. Date prisa, Espe, que me entra frío.

—¿Dónde pongo esto a secar?

—Déjalo en el cubo, para lavar. Ya te prestaré de todo.

—Los sostenes me vendrán justos.

—[*¡Qué puta eres, Espe!*]. Hombre, ya habló la tetuda. Pues te aflojas los tirantes, o te guardas una en el bolsillo.

—¿Así está bien el agua? Mejor no me pongo y las llevo sueltas.

—Un poco más calentita. Así. Claro, tú lo que quieres es llevarlas al aire y, con la blusa calada, que te asomen los pezones, y atar a Ricardo para toda la vida.

—No creo. Pásame el jabón.

—Toma... ¿Por qué?

—Ahora te lo explico.

—Primero explícame lo de López.

—Es lo mismo.

—¿*Queeé?* ¿Que Ricardo es López? Será...

—Pero ¿qué te lías, Bego? Digo que las dos cosas van de la mano. Los dos asuntos, ¿me entiendes?

—Cuidado ahí, que me duele. Cada vez te entiendo menos.

—Pues me ha llamado hace una hora, poco más o menos. Primero me he asustado, porque el teléfono me decía que me llamaba Ricardo.

—Oye, ¿sabes que esto está estupendo? Por mí puedes venir cada día a enjabonarme.

—A ver, capullita, levanta el piececito izquierdo. Eso. ¿Tú conoces a López? ¿Lo has visto alguna vez?

—¡Qué dices, tía! Solo he hablado con él un par de veces.

—El derecho.

—Cuidado con ese, que me dan más cosquillas que en el izquierdo.

—No puede ser.

—Que sí, tía, que me dan ganas hasta de ponerme el calcetín.

—Qué exagerada eres. A ver.

—¡Ay!, quita, coño, que me voy a caer otra vez. Trae, que te enjabono la espalda. Nada más, que no quiero ni pensar en agacharme.

—Me ha pedido que te dé las gracias.

—¿Quién? ¿López?

—Sí. Por enviar el papel rosa. No sé qué quería decir. Antes de preguntárselo me ha dicho que tú ya sabrías de qué iba. Hostia, Bego, enjabóname la cabeza, aunque sea con una mano.

Mira, ya me arrodillo para que te vaya más cómodo. ¿De qué va lo del papel rosa?

—[¿Qué hago? ¿Confieso que he traicionado a mi padre para salvar la piel de Enrique? ¿Me invento un cuento?]. Nos vamos a quedar limpias y remojadas para toda la semana. Me pidió un papel que corría por casa.

—¿Qué era? Ay, un poco más, Bego. Sí. Así.

—Nada importante. Una lista de gastos o algo así.

—¿Una lista de gastos? Joder, qué gusto.

—Sí, es igual, algo relacionado con mi padre, con el trabajo de mi padre. Se lo envié ayer. [¿Para qué demorar lo que no tiene remedio? Ellos estaban lo bastante distraídos cenando y discutiendo como para cogerlo del maletín de papá, enviarlo y devolverlo a su sitio. Eso fue fácil]. Hala, venga, ya tienes bastante. Vamos a aclararnos, que me arrugo.

—¿Por qué se lo enviaste? [Por no decir: ¿qué te dio a cambio? ¿No tendrá que ver con el rollo moral del otro día? O sea, que a este fue a quien le levantaste ochocientos papeles para tu padre. Aunque no parece que os venga de aquí. No hay quien te entienda, tía].

—Es largo de explicar. Cuenta tú primero. Oye, esta pulserita, ¿es nueva? ¿Es plata? ¿Ricardo?

—Todo sí, pero ya no te puedes fiar.

—Joder, Espe, qué pesimista. Seguro que López te ha agriado el humor, porque, vamos, es muy bonita, y es reciente, y es de tu novio.

—Tienes razón.

—¿En qué?

—En que es culpa de López.

—¿De verdad?

—¿Tú cómo crees que reaccioné al llamarme un tío borde desde el teléfono de mi novio? Deja de mojarte el higo, coño, que vas a criar hongos. ¿Dónde está la toalla?

—Detrás de ti. Joder, qué basta eres, Espe. Que tenía jabón en la pelambarrera. No me voy a dejar el jabón, ¿no?

—Sí, ya, y el gustito del chorro. ¿Qué te crees? ¿Que no me he duchado nunca? Bueno, pues ya te puedes imaginar: y usted, ¿qué quiere?, y usted, ¿de qué me

conoce?

—Deja, que por delante ya me puedo secar.

—Quila, quita, que estás lesionada. Anda, pon el pie en el borde de la bañera, que me será más fácil. Y, entonces, me convenció de que iba en serio. Date la vuelta.

—Bueno, ¿qué? Y no me aprietes ahí, que me duele.

—Pues el tío me dijo... Oye, Bego, tú te has engordado un poco, ¿no?

—¿Me lo dices de verdad [*mala amiga*]? Si es que ya me lo notaba yo. Con los nervios como más porquerías y...

—¿Por qué te preocupas? Pero si es lo que necesitas, tía. Continúa con nervios cuatro o cinco kilitos más y, entonces, te tranquilizas. Estás mucho mejor, tía. En los huesos estás guapa, Bego, pero con algo de carne estás de bigote.

—¿Me vas a explicar de una puta vez lo que te ha dicho?

—Es que me da una vergüenza...

—¿Vergüenza?

—Vergüenza, rabia, ganas de matar a alguien. Te lo voy a enseñar.

—¿Para eso me has encendido el ordenador al llegar?

—¿Te han mejorado la conexión?

—¿Qué pantalón quieres?

—Cualquiera, pero con la blusa calada.

—¿Bragas blancas o negras?

—¿Color carne? ¿A ver? Sí, estupendas. ¿Me quedan bien?

—Es una braga normal y corriente, Espe. Si lo que quieres es que te alabe tu culito respingón, pues lo hago. Te queda muy bien el culo. ¿Te quieres probar este sujetador?

—Quita, quita. Mi blusa y basta.

—Oye, que vuelva, ¿eh?

—Tranquila, volverá. Pero no tiene que ser esta tarde, ¿no? Hostia, le ha costado un huevo cargar. Mira.

—Pero...

—Sigue, sigue, no te cortes. Hay tres.

—Pero esta..., esta es Lorena.

—Sí, y el paquete que tiene en la mano es el de Ricardo.

—¡No!

—Compruébalo tú misma en las dos siguientes.

—O sea, que Ricardo también se lo hacía con Lorena.

—¿Se lo hacía? Estas fotos solo tienen seis horas.

—No me lo trago.

—Es como iba vestido Ricardo anoche. Lo sé bien porque lo sobé a fondo y le desabroché todos los botones que tenía.

—Bueno, ¿y qué? No estrenaría ropa anoche.

—Eso me intenté decir yo. Pero es que Lorena va vestida en las fotos igual que

ayer.

—¿La viste?

—Cuando me iba. Me despedía de Ricardo en la puerta de la disco. Me dijo que hoy tenía que madrugar.

—Bueno, tía, ya sé que es difícil, pero ¿no puede ser casualidad lo de la vestimenta y que la foto sea pasada?

—Eso también me lo intenté decir yo. Pero fíjate en la tercera. ¿Qué ves en la mesa?

—Un encendedor, digo yo, si está encima del tabaco. Es raro.

—Y tan raro. Comprado ayer por la estúpida de tu amiga Espe. A Ricardo le hizo gracia y se lo di. Ahora no hace falta que me digas que, a lo mejor, Lorena entró tras de mí en el estanco y compró otro igual.

—Qué putada, tía. Debes de estar hecha polvo.

—Ha sido un porrazo, sí, no puedo decir otra cosa.

—Aunque tampoco estás haciendo un drama [*que pareces de piedra, tía. A mí me pasa esto con Enrique y me tiro por la ventana. Primero le arrancarían los ojos a la hija de la gran perra y después me tirarían por la ventana. A Enrique no sé qué le haría antes de tirarme por la ventana*].

—Ya te he dicho que me ha hecho mucho daño, pero, ya que las cosas van así, prefiero enterarme hoy de que Ricardo es un cabrón y Lorena una puta, antes que mañana. Un día menos que me engañan.

—Qué madura, tía.

—Lo que sí te juro es que voy a intentar, mañana mismo y cada día que pueda, rebuscar en las bolsas de esos dos y voy a hacer un par de agujeritos a cada condón que encuentre. A ver si, así, los uno para siempre.

—Eso ya no es tan maduro, tía, pero tendría gracia.

—O sea, que nos despedimos y, como al señor le gusta picotear, va y se lo hace con otra.

—Vaya cabronazo.

—Y que lo digas. Primero acojonada con mi embarazo imaginario, y ahora cornuda con la foca de Lorena. Que le den por el culo a Ricardo, que lo tiene bien merecido. Fíjate lo caro que me ha salido un polvo y tres magreos.

—Y el maldito López va y te lo descubre. Es un desgraciado.

—¡¿Qué dices, tía?! Estoy agradecida, ya ves lo que te digo. No me lo ha soltado para hacerme daño, qué va.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé, pero eso se nota. Mi padre habría sido más bruto, y hasta puede que hubiese disfrutado dejándome como un trapo.

—No, si va a ser verdad que estás agradecida.

—Pues sí, tía. Así mismo. ¿Para qué voy a aguantar un día más al cabrito de Ricardo sabiendo lo que hace?

—Por lo menos ya te lo has sacado de encima.

—¿Te querrás creer que habíamos quedado para hoy? A las diez en Pilato's.

—¡No!

—Claro. Él no sabe que yo lo sé.

—¿Y qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé. Lo estoy pensando.

—No vayas, tía.

—Puedo no ir, puedo citarlo en dos o tres sitios y que espere sentado, puedo imprimir copias de las fotos hasta que se me acabe la tinta y repartirlas a la hora del patio...

—No serás capaz...

—Puedo colgar los ficheros para que hasta los rusos vean la barriga de uno y las pantorras de la otra, puedo enviarlas por correo electrónico a todo dios hasta que se me cansen los dedos...

—Déjalo correr, mujer.

—Puedo cortarle a Lorena una de las trenzas y puedo fingir verme con Ricardo esta noche y cortarle también algo que le cuelgue. O puedo dejarlo correr.

—Ya veo que estás cabreada.

—Bastante, para lo que soy yo. Gracias al señor López, que me lo ha dicho bien.

—Un gran hombre.

—¿Lo dices con segundas? Pues a mí me ha hecho un favor.

Aunque es raro, ¿verdad? Bueno, he venido a transmitirte un mensaje. Así me lo dijo: «Transmite el mensaje».

—¿A mí?

—Claro. ¿A quién iba a ser, si no?

—Pensaba que también quería hacer tratos contigo.

—¿Tratos? ¿De qué me estás hablando?

—Es igual, Espe. Tira. Desembucha. Para algo te ha enviado las fotos.

—Para que me lo tomase en serio y para hacerme un favor.

—¿Eso te ha dicho?

—Me lo ha dicho y me lo creo. Hombre, primero me ha cogido desprevenida. Claro, que me llame un desconocido desde un teléfono conocido es un mosqueo. Enseguida me ha dicho lo de las fotos, y yo ya tenía las palabras a punto para enviarlo a la mierda cuando me ha rogado que abriera el correo y he descubierto el pastel. Y todo con buenas palabras, ¿eh? Que me ha consolado y me ha dicho que Ricardo no me merecía. Bueno, a partir de ahí le he escuchado de otro modo. Porque me ha llamado, principalmente, por lo que te concierne, aunque a mí también me afecta.

—¿Ah, sí?

—Lo mío ha estado bien; lo tuyo lo veo un poco más raro.

—Me tienes en ascuas, como siempre.

—Es que necesito organizarme las ideas, tía. No he tomado notas, así que me puede salir todo incompleto y desordenado. Ten un poco de paciencia.

—Tengo más de la que te crees.

—Y no te me enfades.

—¿Por qué me iba a enfadar?

—Y no me interrumpas a medio hablar.

—¿Cuándo he hecho yo una cosa así?

—¿Cuándo has dejado de hacerlo?

—Venga, Espe, que me pones nerviosa.

—¿Ves como sí? No tienes espera. ¿Sabías que el padre de Enrique es militar?

—No.

—Sargento de infantería.

—¿Sargento? Pero eso es muy poco.

—[Ay, niña, ya nos salió la clase. Tus papás, que son muy modernos, aunque tienen para empaquetarte interna en un colegio fino suizo, te envían al instituto para que te mezcles con el pueblo. Y, a veces, te salen los genes por la boca]. Todos no pueden ser generales.

—No, si ya, pero yo tenía un tío, que se murió, que no fue a ninguna guerra ni hizo nada más que estar en un despacho toda su vida, y llegó a coronel. Y el padre de Enrique tendrá tantos años como nuestros padres, ¿no?

—No sé, Bego, ni me importa. Tampoco me lo ha dicho el señor López. A mí también me ha extrañado, y me ha explicado no sé qué de carreras de oficiales y de superoficiales... o suboficiales. No he prestado demasiada atención. El caso es que es sargento.

—Bueno. ¿Y qué?

—Que lo van a trasladar al norte.

—¡No!

—Eso pensé yo, aunque no me puedo comparar. Claro, si se va el padre, arrastra a la familia, así que Enrique volvería a cambiar de colegio.

—Pero no puede ser, Espe. No los van a cambiar cada tres meses. ¡Acaba de llegar! No puede ser, Espe, no lo voy a soportar.

—No llores, Bego, anímate.

—¿Que me anime? Pero si lo conozco desde hace solo semanas, y ya me lo van a quitar. ¡Maldito López, maldito!

—Pero ¿por qué maldito?

—Mentira. Es mentira. Seguro que es mentira.

—No lo creo. Yo, si este hombre me dice que es de noche, me lo creo. Lo de las fotos me ha demostrado que va de legal, tía.

—Todo es culpa suya...

—Pues a mí me ha dicho..., vamos... me ha venido a decir que alguna que otra vez te ha echado una mano con Enrique.

—¿Eso te ha dicho? [*Total, solo me ha reconciliado con él con un regalo que no se me habría ocurrido nunca, y me va a facilitar el dinero para salvarle la cara*]. Y, aunque fuese cierto, ¿de qué me sirve si lo voy a perder? Me voy a morir de pena, Espe.

—El señor López me ha pedido que, si te veía muy apurada, te dijese que tiene remedio.

—¡Remedio! ¡Cabrón! Es un cabrón, Espe. El crea el problema junto con la solución. Si tiene remedio, ¿por qué no lo aplica?

—A mí me ha dicho que la cosa de los destinos la hace un ordenador y que, a lo mejor, podría intentar alterar las listas. Que si conseguía sustituir un nombre con otro no se llegaría a enterar ni el padre de Enrique, el sargento.

—¿Qué pide a cambio?

—¿De dónde sacas que pide algo a cambio?

—Es lo que me ha hecho las veces que he hablado con él. Lo que no sé es por qué te ha metido a ti en mis problemas.

—Pide que desaparezcas durante un día.

—¿Qué?!

—Sí, ya sé que suena extraño, pero no es lo que te piensas.

—No pienso, Espe. Solo estoy esperando a que me lo expliques todo de una puta vez si no quieres que te rompa el teclado en la cabeza.

—Tengo que ayudarte a desaparecer. Tienes que esconderte en mi casa. Desde el martes hasta el miércoles.

—¿Qué?

—Me ha dicho que te acompañe a mi casa a la hora del recreo. Yo me vuelvo a clase y tú te quedas ahí hasta que pasen veinticuatro horas. El miércoles te recojo a la misma hora y volvemos juntas al colegio. El miércoles tenemos examen de Lengua. Podríamos estudiar juntas.

—¿Está loco? Y tú, ¿también te has vuelto loca?

—A mí no me mires, tía. Yo te repito lo que he oído. Tú verás lo que haces. Lo que hacemos.

—Pero ¿cómo me voy a encerrar en tu casa durante un día? ¿Sin avisar a mis padres?

—Eso sí que me lo ha dejado claro. Tiene que quedar entre nosotras dos. A mí me ha parecido muy emocionante.

—¿Estás zumbada? Ni lo sueñes, tía. Mi madre se muere del susto. Además, ¿me ibas a meter en un armario? Porque en tu casa todavía viven tus padres, ¿no?

—Mi madre se ha ido hoy al pueblo, a casa de mi abuela, que está pocha. Como muy pronto llegará el jueves. Mi padre sí que está, pero es como si no estuviera. Sale pronto y llega tarde. Y ni recuerdo la última vez que entró en mi habitación.

—No puedo hacerlo, tía.

—Allá tú. Yo me he ofrecido. A mí no me ha obligado. Me ha explicado el qué y

me lo ha preguntado. «¿Podrías acoger (ha dicho acoger, o algo así) a tu amiga Begoña durante un día?». Y yo enseguida he aceptado. Así que ya lo sabes. Otra cosa es que tú decidas que lo que te ofrece a cambio no vale...

—¡No me digas eso, Espe! Tú sabes lo que significa Enrique para mí.

—Pues entonces...

—¿De qué lado estás?

—Del tuyo, hostia.

—¿Me estás recomendando que acepte? ¿Eso es lo que me quieres decir?

—Espera, espera. El señor López me lo ha advertido: tal vez Begoña te pida opinión.

—Mira qué casualidad. ¿Y qué te ha ordenado que hagas en este caso?

—Oye, guapa, si te tienes que poner gansa conmigo, me abro y ahí te quedas. Parece que ya no reconoces a tus amigos.

—Es que no entiendo nada, Espe. Ponte en mi lugar.

—A mí me ha dicho que lo mejor es que elijas tú sola, y eso me ha parecido bien, y por eso te lo he dicho. Pero si insistes, yo, en tu lugar, no dudaría.

—Pero ¿qué pretende ese hombre? ¿Qué tiene que ver cambiar los planes de la familia de Enrique con que yo me esconda durante un día? ¿Cómo se entiende que sea capaz de alterar el destino de un militar? Si de verdad me quiere ayudar, que lo haga sin más, sin pedirme nada a cambio, o nada tan absurdo. ¿Y por qué te mezcla a ti?

—No sé, Bego. No sé qué responder. Solo sabría inventar.

—Inventa. Necesito alguna explicación, aunque sea mentira. Lo que sea. Dilo convencida, a ver si me lo trago.

—No sé, tía. Lo del militar me lo creo. Lo del cambio de destino también. Que tú estás por Enrique, está claro. Si ese señor tiene la forma de evitar que lo pierdas, sea desordenando unos papeles o cambiando una línea de una lista, hay que aprovechar. Desde luego pide una cosa increíble, pero no difícil. A mí me habrá metido, supongo, porque es más sencillo desaparecer en casa de una amiga que sin casa de una amiga.

—Al menos reconoce que es raro que te cagas.

—Un huevo raro, claro, pero peores serían otras cosas.

—No sé qué hacer.

—Habla con tu madre.

—¿Cómo que hable con mi madre? ¿Le consulto si le parece bien que me rapte yo misma un ratito sin que ella lo sepa?

—No, tonta. Quiero decir que la próxima vez que hables con tu madre lo tendrás que decidir. Será el momento de escoger. O se lo explicas todo y ya verás a Enrique durante las vacaciones, o te callas, y entonces significará que sigues adelante con el plan. ¿Dónde está tu madre?

—¿No te ha abierto ella?

—No. Solo he visto a...

—Gladys.

—Eso.

—A lo mejor se ha ido a comprar el periódico. ¡Hostia, Espe, que me está llamando! ¿Qué hago, joder? ¡Di...! ¿Mamá?

—Begoña, hija, ¿te he despertado?

—No, mamá, acabo de ducharme.

—Que no te he podido avisar, pero me ha llamado Luisa (¿te acuerdas?, es una amiga del trabajo) y me ha pedido que nos veamos. Se está separando, ¿sabes?, así que está un poco desanimada. Comeré con ella y volveré a media tarde, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Avisa a Gladys con tiempo cuando quieras comer. Le he dicho que te prepare aquellos espaguetis que te gustan. Pero, si lo prefieres, hay filete de ternera y pechuga de pollo.

—¿Y papá?

—¡Es verdad, hija, que tú no lo sabes! Estará fuera todo el día. De caza con un ministro, o a cazar a un ministro. Una de dos. Así que estarás sola. ¿Por qué no invitas a comer a alguna amiga?

—Bueno, sí, a lo mejor llamo a Espe.

—Begoña...

—Dime.

—Me ha fastidiado no poder estar hoy en casa. Quería hablar contigo, pero no me he atrevido a... Estabas tan guapa durmiendo...

—¿Despierta me pongo fea?

—No seas así, hija. En fin, hay algo que te quiero preguntar y no puedo esperar a llegar a casa. ¿Te ha vuelto a llamar ese individuo?

—¿Quién? [¿Cómo gano tiempo?].

—¿Quién va a ser, Begoña? Ese hombre que se llamaba López.

—[*No puedo perder a Enrique*]. No. [*No me ha llamado. Ha llamado a Espe. Todavía tengo hoy y mañana para pensar algo*].

—Me dejas más tranquila, hija. Bueno, pues esta tarde...

—¿Y a ti?

—¿A mí? [*Vaya con la niña. Tendré que pagar verdad con mentira*]. Tampoco, hija mía.

—Has estado muy bien, chico.

—Eso tú. Vaya manera de apretarle los tornillos. Y vaya aguante tiene.

—Normal. Es un político. Bueno o malo, pero es un político. Además, tú estás dentro. Yo estoy fuera. Tú te debes a la jerarquía. Es natural. Yo prefiero ver a los políticos, por mucho que manden, como una gente que está a mi servicio. Como ciudadano, entiéndeme.

—Desde luego no me esperaba algo así.

—No te fíes, Gerardo, que queda mucho trabajo por delante.

—Ya lo sé, pero cambiar de un plazo de años a uno de pocos meses o incluso semanas...

—Para que veas que las cosas de palacio también pueden ir deprisa. Solo hace falta que se entere de la urgencia quien se tiene que enterar.

—No sé cómo se lo tomará Rojas.

—¿Rojas? ¿Quién es Rojas?

—Mi jefe. El presidente del consejo.

—Que se lo tome como le dé la gana. Suerte tendrá si nuestro ministro no le mueve la silla.

—Desde luego parecía que todo le venía de nuevo.

—Eso tampoco te lo creas, Gerardo, que esta gente interpreta de maravilla. Negrete tiene espolones de gallo viejo, y lo mismo le sale el papel de cándido cuando lo sabe todo, mientras que actúa como de vuelta de todo acabando de llegar. Pero le hemos arrancado un par de compromisos y ahora no puede hacerse atrás.

—Nos ha dejado la pelota en nuestro tejado. Vamos, en el mío, sobre todo. Espero no defraudarle, ni a ti tampoco.

—Oye, pero suelta la dichosa escopeta, que Negrete ha cumplido y ya ha tomado el camino de vuelta. Y no hables de defraudar. Lo que ahora toca es trabajar. Además, me da en la nariz que tú ya tienes los deberes adelantados. ¿A que sí?

—Lo de El Nuevo Petril lo tengo hilvanado.

—¿Con costes?

—Vagos. No actualizados.

—¿Cuánto crees?

—En condiciones normales, unos diez millones. Actuando con urgencia, no sé. Más la gestión.

—Pon cincuenta. ¿Cuándo crees que tendrás el proyecto a punto?

—Antes de la semana que viene, imposible.

—Yo te envío a uno de mis arquitectos y te echa una mano con los detalles. El asunto puede estar aprobado por la vía de urgencia antes de final de mes. Y tu

complejo funcionando a mínimos antes de final de año.

—Todo va muy rápido.

—De muy lento ya nos quejamos bastante.

—Y tú, ¿podrás?

—CLVM cumple. A latigazos, si es preciso. ¿Te quieres quedar a cenar?

—No, muchas gracias, que ya me costó un triunfo convencer a mi mujer para aplazar la comida familiar a la cena. Y ya he abusado de tu buen hacer.

—Sandeces. Ya te lo dije, Gerardo. Esto es solo el principio. Entre tú y yo tenemos el deber de enderezar la política energética de este país.

—Palabras mayores.

—Poner en marcha El Nuevo Petril también parecía misión imposible hace unas horas, y mira ahora. Pero, coño, te veo serio. Creía que estarías eufórico. O eres muy contenido, o todavía hay palos en las ruedas.

—Tener en marcha El Nuevo Petril no es suficiente.

—¿Cómo que no es suficiente? No me dirás que ni recién estrenado hay bastante sitio para los residuos sobrantes.

—No, si es mucho, muchísimo, lo que hemos avanzado Pero el problema no se arregla hasta que las barras no estén almacenadas.

—Hasta ahí llego. ¿Y?

—Que no es llevar galletas.

—No será la primera vez que se hace en la historia.

—Sí que es la primera vez que se hace aquí. [*Y ahora no me repitas que para todo hay una primera vez*].

—Para todo hay una primera vez. Tú mismo no has disparado peor que Negrete, y eso que se las da de cazador experimentado. No será un asunto insalvable.

—Hay que ensayar. Tres meses de ensayos.

—¿Qué más se puede pedir? Calendario redondo. ¿No me has dicho que has convocado esta semana a los que urge? Pues a practicar. Todo a la vez. Así se llevan a cabo las grandes cosas. Convencer al ministro, abrir la puerta de atrás de El Nuevo Petril, proyectar su actualización, ejecutarla, formar al personal y simular el transporte de la porquería hasta que sea la hora de transportarla de verdad.

—Una tarea ambiciosa [*que me abrumba. Estoy deseando que llegue el verano*].

—Unos trabajos excelentes para el bien del país y para poner a prueba esa colaboración de la que te hablaba hace unos días. Ya verás como dentro de medio año no estaremos como estamos.

—[*Que sea para bien*]. Tal vez. ¿Dónde te dejo esto?

—En ningún sitio. Te vas a llevar la escopeta de recuerdo, hombre, porque ya verás como el día de hoy será señalado. A partir de hoy te cambia la vida. Y, si no, al tiempo.

—¿Señor López?

—Caramba, Ignacio, vaya reflejos. ¿No te ha aparecido como una llamada de tu hermana?

—Claro.

—Cualquiera diría que has logrado discriminar si la línea está intervenida o no. Menudo triunfo. Te felicito.

—No tiene mérito.

—Por supuesto que sí. Me temo que tendré que revisar mis métodos.

—Ya le he dicho que no tiene mérito. Sencillamente mi hermana jamás me ha llamado a estas horas. Son las ocho menos cuarto de la mañana.

—Lástima que solo sea eso, hombre. Hubiera sido un reto tenerte pisándome los talones. Por teléfono, quiero decir.

—[*Lo estoy intentando, cabrón, pero voy a ciegas. Todavía no he podido meterme ni en la red de la compañía*]. Ya ve que no es más que dar palos de ciego.

—No cejes, Ignacio. Sigue probando. ¿Has conseguido entrar en los sistemas de las operadoras?

—No. [*¿Para qué voy a decir una cosa por otra?*].

—¿Has visitado alguna vez el portal restringido que tienen en común?

—Primera noticia.

—Pues te voy a dar una pista. El primer acceso lo tienes que hacer desde dentro. Acércate a alguna de las sedes hasta que estés al alcance de su conexión inalámbrica. Lo demás, con tus conocimientos y tu aptitud, es pan comido.

—Lo tendré en cuenta. [*El muy mariconazo se permite el lujo de orientarme. Cagondiós, qué ganas te tengo*].

—Así que, de todos modos, esperabas mi llamada.

—Más pronto que tarde.

—Muy agudo de tu parte. Tenía ganas de oír tu voz.

—Igualmente. [*A ver si aclaro algo más de ti*].

—Para tus chavales tú eres un hombre hecho y derecho, mientras que a mí me suenas como un muchacho.

—¿Cómo me lo tengo que tomar? ¿Me ofendo?

—Para nada, Ignacio, para nada. Tan solo observaba lo fácil que es convertir algo absoluto, como la edad, en relativo. Por cierto, ¿te he interrumpido?

—Estaba rellenando los pesebres del palomar antes de irme a trabajar. [*¿Qué pasará si soy yo el entrometido?*]. ¿Le gustan las palomas, señor López?

—Ni me gustan ni me dejan de gustar. Prefiero los gorriones, por ejemplo.

—¿De veras?

—Son unos animalillos simpáticos, ¿no te parece?

—¿Es su animal preferido? [¿*Qué pelotas estoy haciendo?*].

—Me parece que no tengo un animal preferido. O... tal vez sí.

—¿La serpiente?

—Espero que no te hayas levantado con el pie izquierdo, Ignacio. Hay quien podría tomarse por la tremenda lo que has dicho. No yo, por supuesto. Hasta cierto punto no vas descaminado. Yo pensaba en el ser humano.

—Es verdad que algunos son como sabandijas.

—Sería mejor decir unos cuantos más que algunos solo. De hecho, todos sería más correcto.

—Eso es que ha conocido a pocos, y todos con los instintos torcidos. Al final uno acaba contagiándose. [¿*Saltará?*].

—Afloja un poco, Ignacio. Por si te sirve: soy difícil de ofender, y aún más complicado es herirme. Lo que no quita que me aburran las groserías. Añádele que es poco ortodoxo que un niño hostigue a un viejo tratando de aleccionarlo, por muy ineficaz que sea su acción.

—Lo que está bien y lo que está mal no depende de los años.

—Bastante más de lo que te imaginas. Si no tienes suficiente memoria para revisar tu infancia, repasa las nociones que manejan los críos que instruyes. ¿O debo decir educas? ¿Cuántas veces en una sola semana te dedicas a inculcarles principios? ¿Crees que les van a durar toda la vida? Recogiendo tu teoría del contagio: estate atento a no infantilizar tus razonamientos. El día de mañana...

—¿Qué es para usted el bien y el mal, señor López?

—¿A qué hora te has levantado, Ignacio? No puede ser que recién comenzado el día te ofusques con semejantes ideas.

—¿Qué es el mal para usted, señor López?

—No digas bobadas, Ignacio. Vamos a...

—¿Cree usted que está bien lo que nos está haciendo?

—¿Nos?

—Anteayer hablé con mi madre.

—¿Te dijo que había hablado con ella?

—Precisamente por eso. Me lo preguntó a mí. Yo le dije que no. Ella me dijo que no. Los dos nos mentimos.

—¿Y cuál es mi responsabilidad?

—Es su culpa. Nos está haciendo daño.

—No sabes lo que es hacer daño. Esto no es hacer daño.

—Está usted tratando con todos nosotros.

—Últimamente hablo con mucha gente. Demasiada. ¿Y qué?

—Nos miente. Nos confunde. Nos derrota.

—Sin duda tienes un mal día.

—No me trate como a un inferior o como a un retrasado.

—Actúa en consecuencia. ¿Te han pedido ayuda tus padres o tu hermana por mi causa? Di.

—No, pero...

—¿Los notas angustiados? Más de lo habitual, quiero decir.

—Sí, porque...

—Porque tu padre tiene problemas en el trabajo, y porque tu madre tiene problemas por el trabajo. Por eso. En cuanto a Begoña, sus zozobras se asemejan un tanto a las tuyas, y tienen que ver con el amor.

—Nos estamos convirtiendo en marionetas.

—No me digas. Y estoy coartando vuestra libertad.

—Exactamente.

—Bueno, así hemos limitado la cuestión. Ahora ya podemos decir que una buena parte de tus dolores de cabeza están causados por la ignorancia.

—¿Cómo se atreve?

—¿Sabes cuántas formas hay de entender la libertad, Ignacio? ¿Lo sabes? ¿Quieres que te recite veinte de ellas para que comprendas que solo comparten el nombre? ¿Conoces a dos sujetos que, de verdad, lo que se dice de verdad, se refieran a lo mismo cuando se la ponen en la boca? ¿No comprendes que fingen entenderse porque para las menudencias cotidianas les basta? Pues bien, Ignacio, antes me has acusado de haber cercenado tu libertad. ¿Cuál de todas? ¿Todas? Basta de sandeces.

—No tiene derecho a callarme así.

—¿Derecho? ¿Has dicho derecho? He aquí otra noción lo suficientemente maleable como para que quepa lo que se te antoje.

—¿Por qué no desaparece, señor López? ¿Le parece esta pregunta lo suficientemente concreta para su paladar?

—Menos mal que parece regresar de los cielos a tocar la tierra con los pies. Pero, para que veas que te puedo empatar, te voy a responder con una de tus palabras grandilocuentes: la fatalidad. ¿Conoces alguna aproximación cotidiana a su significado? Lo que no se puede evitar. Es una fatalidad sufrir un ataque al corazón en la flor de la vida mientras uno pasea por la orilla de la playa. Es una fatalidad abordar un tren que va a descarrilar. Lo es también nacer con un rostro agraciado.

—Me dan ganas de...

—Antes de decir algo de lo que te puedas arrepentir, reflexiona. Y, antes de reflexionar, ve bajando de la azotea. Te voy a incomodar un poco, hombre, a ver si recuperas unos gramos de cordura. Baja ahora mismo de la azotea. La leche que has puesto a calentar ha hervido, se ha derramado y ha apagado la llama, pero el gas sigue fluyendo desde hace... dos minutos, para ser exactos.

—¡¿Qué?!

—Así, hombre, así. Mueve un poco las piernas y dale una tregua a la cabeza. Por fortuna te has dejado el portátil lo suficientemente cerca como para que la cámara se haya chivado.

¿Te parece una fatalidad razonable? Así, eso es, abre bien las ventanas. No te preocupes, no ha pasado nada.

—Por su culpa, maldita sea. Si no me hubiera llamado...

—¡Cómo no! Ya ha hecho su aparición el «si». Si esto, si aquello. Nuestros maravillosos condicionales, esa palabrilla que nos sirve para excusarnos, para repartir culpas, para jugar a localizar las causas exactas de las cosas. ¿Quieres que juguemos a los síes? Hagámoslo con acontecimientos recientes. Eso, prepárate un café.

—¿Quiere uno? Lo noto tan pegajosamente cerca que creo que colgar no bastaría para acabar esta conversación.

—No tomo café. Y no cuelgues. Vamos a cruzar unas palabras más por teléfono. Tenemos tiempo.

—Me voy dentro de nada.

—Será suficiente. ¿Estás bien aquí?

—Sí.

—¿Ha mejorado la relación con tu amiga Lucía?

—¿Y a usted qué le importa?

—Sabes de sobra que solo yo decido qué me interesa. Por otra parte, te he planteado la pregunta consciente de lo obvio de la respuesta. He tenido la oportunidad de oír un par de frases y leer algún comentario de Lucía sobre vosotros, y estoy seguro de que lo vuestro tiene futuro.

—Me ha robado usted hasta la intimidad.

—No volvamos al camino equivocado, querido Ignacio. La intimidad es otra de aquellas entelequias en las que nos gusta creer. La intimidad no es que no te oigan ni te miren, sino que no te importe o no sepas que te observan o te escuchan. ¿Pierdes la intimidad si besas a Lucía ante la mirada de Matías? ¿Se escandalizan tus palomas si te oyen soltar tacos? Por cierto, ¿qué tal Matías? Original nombre para un perro. ¿Le gustó?

—¿Por qué me pregunta lo que ya sabe?

—Así se construyen la mayor parte de las conversaciones, Ignacio. A base de convenciones sociales, de hablar por pasatiempo. Debemos respetar algunas tradiciones. ¿Te gustó a ti el perro?

—Sí, claro. Carece de malicia.

—Eso, para cualquiera, es más fácil de decir que de demostrar. Advertirás que has trastornado a Lucía.

—¿Trastornado? Ya será menos.

—No, en serio te lo digo. Pronto te lo voy a probar. Pero antes, dime, ¿no ha cambiado tu vida para bien? Más independiente, menos pobre, más amado, mejor instalado. ¿Qué no hubieras dado hace una semana por lo que tienes? Pasa por el espejo antes de salir, Ignacio.

—¿Cómo?

—Al meterte en el palomar te has llevado un par de plumas. El efecto en tu

cabeza es demasiado extraño como para ir a trabajar así. Bueno, muchacho, pues vamos con el sí. ¿Y si un amigo te hubiera facilitado por un módico favor todos estos cambios? ¿Lo llamarías enemigo? ¿Lo maldecirías?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Más claro, Ignacio: ¿y si no te hubiera llamado? ¿Y si no te hubiera propuesto lo que te propuse? ¿Y si...?

—No me va a convencer razonando.

—Estupendo. Mejor. ¿Te acuerdas de la amiga de Lucía que se trasladó? Aquella que inauguraba casa y con la que tuviste que competir el pasado sábado por la presencia de Lucía. Margarita se llama. Se tienen mucha confianza. No, Ignacio, no apagues todavía la máquina.

—Me tengo que ir.

—En ese caso ya te lo encontrarás a la vuelta. Nada, unas fotos de la chica con su marido y su hija de un año. Para que te hicieras una composición de lugar.

—No se tome tantas molestias. Ya me hago una idea.

—Antes te he dicho que has hecho mella en Lucía, pero parecías incrédulo. Aquí tienes cuatro palabras intercambiadas por ellas.

—No, oiga, señor López, yo no...

—Todavía me pica, traidora. Mira que no venir...

—¿No has visto la foto de Matías? Mírale los ojitos y me ahorraré las aclaraciones.

—No, si es muy mono...

—¿Mono? Mono es mi coche, Margarita. Matías es un amor.

—Estrenas de todo, Lucía.

—No sabes lo mejor. Estreno otra cosa.

—¿Qué?

—Novio.

—¡No!

—Estoy que no vivo.

—O sea, que te regala un perro, me dejas plantada, cenas románticamente con él y te buscas otro. Estás muy desmelenada.

—Interrumpo la grabación un momento, Ignacio. No sé si quieres seguir mientras te encaminas al trabajo, o no.

—¿A eso se llama impresionarla? ¿Irse con otro al cabo de...? ¿De cuándo es la grabación?

—Ayer lunes, por la noche.

—Lo único que me consuela es que junto con mis ilusiones se hundan sus planes, señor López. Ya ve usted que sus promesas han quedado en nada.

—Te precipitas en las conclusiones, Ignacio. Escucha.

—¿Desmelenada? Colada, dirás.

—¿Enamorada, tú? Hacía mucho tiempo que no te oía decir algo así. ¿Quién es el afortunado? ¿Te lo ha encontrado Matías?

—No lo adivinarías nunca.

—Seguro que no, Lucía. Tus antojos tienen demasiadas curvas para mí.

—Adivina.

—¿Te burlas de mí? ¿Qué quieres, que te empiece a recitar nombres para probar suerte? Bueno, pues Pedro, Antonio, Guillermo, Jorge...

—¡Ignacio!

—¿Te das cuenta, Ignacio? Impresionaste a Lucía.

—[*¿Por qué ha vuelto a cortar este tío? Joder, mataría por seguir oyendo. He de lograr que siga sin que se note que lo estoy deseando*]. Sin duda tiene una explicación. Lucía estaría de pitorreo con su amiga.

—¿Quieres escuchar un poco más? ¿Tienes tiempo?

—[*¡Qué jodido es el cabrón! Me tienta pero me obliga a bajar la cabeza. Bueno, pues la bajo*]. Siempre voy por la calle con auriculares.

—Supongo que eso significa sí.

—¿Ignacio? ¿Qué Ignacio? ¿El mismo Ignacio?

—Otro Ignacio, Margarita.

—¿Otro? ¿Cómo es posible que te lées con dos Ignacios seguidos?

—Es que me lo han cambiado.

—Basta de marear a tu pobre amiga, Lucía. ¿Has cambiado de novio o no?

—Es que sí y no, Margarita. Ignacio es otro. Me trata de otro modo, me mira de otro modo...

—Te folla de otro modo...

—Eso también, vale, de acuerdo, lo admito. No sé, chica, como si hubiera encontrado un manual de cómo tratarme.

—Mimándote.

—Más que eso. Es que, si me apuras, te diré que menospreciándome. No, no, olvida eso. Distanciándome. O distanciándose. Algo así.

—Como no te expliques algo mejor...

—A mí me costó todo el domingo entenderlo. El muy sinvergüenza, después de la noche que pasamos, alegó una comida en familia y se me sacó de encima. Cariñosamente, pero adiós. Como si pudiera vivir sin mí, vamos. Ahora he descubierto que eso me afecta.

—Querrás decir que te pone cachonda.

—Una cosa no quita la otra. Yo estaba acostumbrada a un Ignacio moscón, impaciente. No me gustan los hombres lapa, Margarita, ya me conoces. Desde el sábado hemos cambiado los papeles, joder, que ahora soy yo la que suspira por tenerlo cerca, por verlo en el trabajo o por que me llame.

—Bueno, pero al final os arrimasteis, ¿no?

—Tres de los buenos.

—¿Tres? ¿Tú? ¿Tres?

—Si quieres te digo las horas exactas, y lo que duraron.

—No hace falta, que me deprimos. Que, desde que encargamos a la cría, ya no tengo el mismo cuerpo ni las mismas alegrías.

—Quita, quita, que eso no tiene nada que ver. Oye, ¿te querrás creer que Ignacio no se adelantó ni en desabrocharme un botón?

—Bueno, Ignacio, no me equivocaba.

—Podría ganarse la vida como consejero sentimental [*granuja. Tendría cola. Magia manejando vidas*].

—Sería curioso, sí. Ignacio, vamos a nuestros negocios.

—Ya me extrañaba a mí. Aunque cometió un error con el trato anterior. Me sació tanto que ya no sé con qué me puede tentar.

—No te preocupes por eso. Solo hace falta disponer de imaginación o de

información. Usando ambas siempre se consiguen nuevas oportunidades. ¿Qué prefieres saber antes, lo que te pido o lo que te doy?

—¿Me hará caso?

—No necesariamente, pero no lo preguntaba para acatar, sino por curiosidad.

—Ya le he dicho que estoy intrigado por saber qué me puede ofrecer. Ya tengo más, mucho más, de todo lo que me interesa. Mucho más de lo que esperaba. Lo tiene difícil.

—Mi intención es empezar por tus obligaciones, pero también deseo complacerte. Te voy a ofrecer el destino.

—¿Nada más? Usted no se anda con chiquitas. El destino, dice.

—Un cacho, por lo menos. Para ser más preciso: suponte que alguien está enredando con tu destino. Te voy a dar la oportunidad de decir la última palabra y decidir.

—Eso y nada es lo mismo. [*¿Por qué no me deja oír un poco más a mi Lucía? Quiero un poco más de jabón. Es una novedad tenerla detrás, y no delante*]. Por eso que vende no sé qué me puede pedir. Nada. Todo.

—Entre todo y nada..., dejémoslo en casi nada. Una insignificancia.

—Ya me conozco sus menudencias.

—Un pequeño favor. Es un favor porque lo harás, o no, voluntariamente, y antes de conocer la remuneración. Es pequeño porque esta, en comparación, es desmesuradamente alta, pero también se llaman pequeños a los favores que se piden a otro a pesar de que la acción la podría llevar a cabo uno mismo.

—Muy interesante. Así que lo que me va a pedir lo podría hacer usted solo, sin mi participación.

—Así es.

—Pero no me va a aclarar por qué no lo hace, y me deja tranquilo.

—¿Quieres la verdad? Aquí la tienes: ¿cómo, si no, te podría devolver el favor?

—Así que lo que a usted le mueve es ayudarme, o favorecerme, o premiarme, más que obtener algunos servicios extravagantes.

—Ahora mismo se podría interpretar así.

—Ahora mismo, dice usted.

—Todo muda, Ignacio. Mira tu vida. Por cierto, es tarde. Siéntate en uno de los bancos y abre tu portátil, por favor.

—Usted...

—Por la hora que es, estarás atravesando la avenida. Está llena de asientos. Así. Estupendo. Conéctate a tu banco.

—¿Qué?

—Sí, hombre, a tu oficina bancaria. Donde cada mes te ingresan el salario, ¿no? Eso es. Veo que tienes una conexión rápida. Eso está muy bien. ¿Notas algo?

—Que soy rico.

—Tanto como rico...

—Jamás había visto doscientos mil. Si este es el favor que le tengo que hacer, quedarme con esta pasta, puede que nos entendamos.

—Bromeas, ya lo sé. Ni te hacen falta ni los aceptarías. No. Lo que te pido es que ahora mismo transfieras esa cantidad a la cuenta de tu padre.

—¿Me lo dice de verdad? [*Cagondiós, este cabrón me volverá loco*].

—Naturalmente.

—Merezco una explicación. [*¿De dónde viene este dinero?*].

—No te molestes en averiguar el origen del dinero. El pequeño banco del que proviene es extranjero y dudo que el nombre te diga nada. Además ha atravesado cuatro países y seis entidades financieras diferentes antes de llegar a tus manos.

—Se lo vuelvo a repetir: exijo explicaciones.

—Hace un rato ya llegaste a la conclusión de que me relaciono también con tus padres, a pesar de que no lo vayáis pregonando. Todos lo sabéis pero mantenéis la discreción. Es la mejor actitud. Bien, pues ahora necesito que me hagas este servicio para completar una... transacción pendiente con tu padre. No te pido que le vacíes la cuenta, aunque me consta que podrías, sino que se la llenes. Ten en cuenta que él dispondrá de veinticuatro horas para rechazarla, lo mismo que tú, si se diera el caso. Así te sentirás más tranquilo.

—¿Por qué no lo hace usted directamente?

—No te voy a repetir la teoría del pequeño favor. Si no te sirve, también te puedo dar razones de trazabilidad. Ahorrarás problemas a tu padre si actúas como último puente.

—Prefiero hablar antes con él. Si esta noche...

—No, Ignacio, las cosas se deben hacer en el momento adecuado. No te he llamado a estas horas por casualidad. No contaba con una conversación tan prolongada, así que tenemos el tiempo justo.

—Pues no creo...

—Mira, Ignacio, te recuerdo que hay una contrapartida importante. Muy importante, a mi juicio. Así que te propongo lo siguiente. Comienza el proceso de transferencia. Para que veas que te lo pido de buenas maneras, te voy a abrir yo mismo la primera ventana. Podría seguir yo solo, pero quisiera que tomases la iniciativa.

—Como siempre, me tiene cogido [*por los huevos*].

—Hay quien dice que el ejercicio de la libertad consiste en amoldarse de buen grado (e incluso querer) a lo que tiene que pasar de todos modos. Es igual. Tienes el número de cuenta guardado, ¿verdad? Eso es, muy bien. Ya casi estamos. ¿Llevas encima la relación de claves? Si no, recuerda que te las enviaste al correo para tenerlas siempre a mano.

—Me hace sentir desnudo, señor López. Y no son necesarias las claves. Firma digital.

—Muy práctico. No mucho más seguro, pero menos engorroso. Vamos allá. Estás

a un botón de completar la transferencia. Mantente preparado. Yo voy a cumplir con mi parte. Vas a oír mi compensación. Si lo que escuchas te parece lo bastante relevante, aprieta el botón. Trata de ser consciente de qué podría pasar si no hubieras tenido la oportunidad de saber... lo que vas a saber. ¿Entendido?

—Muchas preparaciones y demasiadas advertencias. ¿Hay para tanto? [*Si lo que busca es engañarme, lo ha conseguido desde la primera vez que supe de él*].

—Tú verás. Aquí nos despedimos. Cuando acabe la grabación, completa el proceso. Ahí cortaré la comunicación. Adiós, Ignacio.

—Me dejas admirada, Lucía. Tú, enamorada.

—Casi me jode, no te creas. Mi tía me dijo una vez que los sentimientos, si cambian, se empujan.

—Tu tía es la hostia, supongo, pero cualquiera la entiende.

—Pues es exactamente lo que me está pasando. Hace diez días los sentimientos de Ignacio por mí me oprimían, hasta el punto de pensar en dejarlo. Hoy la cosa ha cambiado; es como si mi ardor lo hubiera enfriado.

—Le das demasiadas vueltas.

—No me lo saco de la cabeza. Me he obsesionado con no perderlo. Quiero retenerlo a toda costa.

—Ten cuidado, Lucía. No caigas en lo que le reprochabas y que casi os pierde. Afloja.

—Ya sé que no tiene sentido, pero qué le voy a hacer. Ya lo he decidido. Lo quiero para mí aunque lo pierda, Margarita. Así de hondo me ha dado.

—Lucía, chica, me estás preocupando. ¿Le vas a proponer matrimonio o qué?

—Me lo voy a follar siete días seguidos, aunque sea a la hora del patio.

—Bueno, eso está bien. Seguro que lograrás hacerlo tuyo.

—Seguro. Ni se lo he dicho ni se lo voy a decir, pero he dejado de tomar las anticonceptivas. Quiero que me haga madre y quiero convertirlo en padre.

—Cálmate, Luisa.

—Estoy hundida, Magdalena. Todo se me escurre entre las manos.

—¿Te busco algo de comer? ¿Qué te apetece?

—No me pasaría nada. ¿Te puedo coger un poquito de agua?

—Pues claro, mujer. Cómete la manzana, por lo menos. Yo ya me he tomado el flan y estoy servida. Venga.

—No puedo, Magdalena. Tengo un nudo en la garganta.

—¿No van bien las cosas en casa?

—¿En casa? Oh, sí, en casa van estupendamente. Nadie me lleva la contraria. Nadie rechista. Estoy sola como la una. La casa es lo único que va bien, y se me cae encima. No lo imaginaba así.

—Pero verás con frecuencia a Alfonso.

—A Alfonso ya me lo han camelado bien. En la última semana le he visto la cara media hora, y porque viene a recoger cosas a medida que las necesita y que se instala más y más con su padre y con su abuela, mal viento se la lleve. Pobre de mí. Creía que ni muerta desearía volver a mi estado anterior. Pues no era peor, ¿sabes?

—Hasta que se asienten las cosas, Luisa. Ha sido un vuelco de arriba abajo. Date tiempo. Todo se arreglará.

—A lo máximo que puedo aspirar es que a todo me acostumbraré, pero no se arreglará nada. Nada. Llego a añorar las estúpidas rutinas de Borja. No por ellas, claro, ni por él. Todavía no he alcanzado ese grado de..., de..., no sé, de bajeza.

Pero las asocio a la presencia de Alfonso, y eso sí que me duele y me falta.

—Paciencia, Luisa. Los adolescentes pueden ser muy ingratos, aun sin querer. No te obceques. Si no paras de darle vueltas será peor y no ganarás nada. Tienes que ocupar los pensamientos. Distrayéndote, concentrándote en otra cosa, lo que sea.

—Muy fácil de decir, y muy difícil de hacer.

—Por lo menos unas horas al día, aquí, en el trabajo, con todas sus penas, te puede servir... Pero, Luisa, ¿de qué te ríes? [*Esta mujer no está equilibrada. Parece que le venga un ataque de histeria. Ya no sé si se ríe o llora. Esto, así, en el comedor de la empresa, correrá como la pólvora*]. ¡Luisa!, por el amor de Dios, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Quieres un poco de agua? Ven, ven aquí, deja que te abrace. Lloro, Luisa, llora. Desahógate [*y déjame el alma en un puño*].

—Ya está, Magdalena, ya está. Perdona. No quería darte el espectáculo. Perdona. Ha sido por lo del trabajo.

—Ya me he dado cuenta de que he metido la pata, aunque todavía...

—Tengo un pie fuera, Magdalena.

—¡¿Qué?! ¿Qué quieres decir?

—O los dos. Es casi seguro que me voy a la calle.

—¡No!

—Vengo de hablar con Almeida. Esta tarde vienen los suizos.

—¿Los de BernaFarm? ¿Compran Sanatea?

—Está hecho. Eso es lo que me ha contado. El hijo de puta de Almeida me lo ha dicho como si me hiciera un favor. Por si acaso, me ha soltado. Para que no te pille desprevenida y les puedas arrancar un pellizco de indemnización. Grandísimo cabrón.

—No puede ser, Luisa, no puede ser. Seguro que Almeida...

—Por ahí se acerca Ochoa.

—Magdalena, perdona que te interrumpa la comida. Hola, Luisa.

—Estábamos a punto de acabar. No te preocupes.

—Necesitaría que dentro de quince minutos estuvieras en mi despacho. Mejor si son diez. Quiero presentarte a unos señores.

—[*Me van a coger en bragas*]. ¿Se puede saber quiénes son?

—Te lo explicaré entonces. ¿Cuento contigo?

—Tú mandas, Marcelo.

—Quince minutos, Magdalena. Diez. Puntualidad suiza.

—[*Estúpido. ¿Qué hago ahora?*].

—Magdalena, te has quedado un poco pálida.

—Estoy algo mareada.

—Te está sonando el teléfono, Magdalena.

—¡Huy!, ni me he dado cuenta. Es Gerardo. ¿Gerardo?, espera un momento. [*Solo me faltan ahora unas cuantas tribulaciones nucleares para acabar de descentrarme antes de pasar por la guillotina*].

—Magdalena, que me vuelvo a trabajar. Hay que aprovechar, ahora que todavía estoy dentro. Por la noche nos llamamos. Recuerdos a Gerardo.

—De tu parte. Yo me voy a que me dé el aire durante diez minutos. ¿Gerardo? Oye, espera un momento, que salgo de la cafetería... [*Ahora que lo pienso... Ha de ser...*]. ¡Estoy indignada! ¿Por qué no me ha avisado? ¿Acaso no sabía usted esto?

—Buenas tardes, señora Moral. ¿Ha tenido usted una intuición?

—Mi marido nunca es tan oportuno como usted, señor López. ¿Quién me podía llamar en el mismo momento en que soy convocada sumariamente? [*Me siento traicionada. Es absurdo, pero me siento traicionada*].

—Su tono me suena a molesto.

—Ha acertado, como siempre. Pero me da igual: ¿por qué no me ha avisado para poder prepararme? ¿Cuánto hace que sabía que iba a ser citada?

—Desde el viernes pasado.

—¡El viernes! ¡Pero si hablamos el sábado por la tarde! [*Desaprensivo del demonio*]. ¿Por qué no me advirtió?

—Extraño reproche. Resulta que estos señores (porque son dos, ¿sabe?) son muy metódicos y tienen sus agendas electrónicas planificadas al milímetro con una

semana de adelanto. Hasta las alarmas para despertarse. Hoy mismo se han puesto en pie a las seis en punto. Por otra parte, la última vez que hablamos pensé que los datos que le proporcioné le parecieron valiosos y suficientes.

—Pues ya ve que solo me han servido para saber que voy a acabar en la calle, como otros. [*Luisa se consolará al saberse acompañada en la desgracia*].

—Si se refiere a su amiga Luisa Otriva, no sufra. Si ella quiere, conservará su puesto. Tendrá que mejorar su inglés, eso sí, pero la enviarán unos meses a Berna para actualizar su formación, y eso endulzará su vida. Supongo, vamos. Es Pedro Almeida quien antes de diez días se despedirá de sus subordinados.

—Bonito consuelo para mí. [*Me alegro por Luisa. Creo que me alegro. Me alegro si yo también tengo suerte; si no...*].

—No la he llamado para importunarla, sino para colaborar. Sin embargo, si lo prefiere, cuelgo, y todavía le quedarán entre ocho y trece minutos para organizarse.

—[*Es usted un aprovechado que disfruta manejándome. Sabe de sobra que daría un ojo de la cara para superar la evaluación. Porque eso y no otra cosa es lo que me van a hacer pasar*].

—Cada vez que hablo con usted me toca interpretar sus silencios. Bien, comienzo con mis recomendaciones. En cualquier momento puede usted cortar la comunicación si considera que no está dispuesta a seguir mis instrucciones. No la volveré a llamar. Hoy, quiero decir.

—Siga. [*Qué remedio. Ahora noto lo mismo que el día de mi sexto cumpleaños, entre las seis y las siete de la tarde, perdida en la calle, desamparada, desolada, petrificada, viendo pasar la gente y el tiempo, que me ignoraban. Aquel día deseaba que cualquiera, cualquiera, parase, me consolase, me ofreciera una mano y me devolviera a casa. Finalmente llegó la mano de mi padre en forma de azote por apartarme de la falda de mi madre. Me supo a gloria. Cualquier mano sirve. También una hostil. También la de López*].

—En primer lugar tenga en cuenta que ni nos falta ni nos sobra tiempo. Dígame, ¿le sudan las manos?

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si le están sudando las manos.

—[*Este hombre no conoce la decencia*]. Estoy muy nerviosa.

—Póngase el auricular para poder seguir hablando sin ocupar las manos. Diríjase a su despacho.

—Voy hacia allá.

—Encima de la mesa encontrará un sobre a su nombre. ¿Ha llegado ya?

—Estoy abriendo la puerta.

—Dentro del sobre encontrará una toallita de sales de aluminio. Refriéguese las manos. Le eliminará la sudoración durante las próximas horas.

—¿Y la pastilla?

—Un ansiolítico. Suave pero de efecto inmediato. Mire el nombre en el

envoltorio. Es de la competencia, pero a usted no hace falta que le dé pormenores. Tómesela. Vamos.

—Ya está.

—¿Es la primera vez que la prueba?

—Sí.

—Mejor. Dentro de cinco minutos, ese corazón desbocado que oigo latir apaciguará el paso. Vaya al lavabo.

—¿Por qué al lavabo?

—Si discutimos la conveniencia de cada paso, sus ejecutivos suizos pueden impacientarse. ¿Se acuerda de que hace poco usted estaba comiendo? Judías tiernas, tomates y espárragos. Más casi medio litro de agua. La adrenalina que ha descargado, junto con la que todavía ha de segregar, suele producir un efecto contractivo de la vejiga. Es verdad que uno de sus interlocutores sufre de la próstata y podría solidarizarse con unas apremiantes y repentinas ganas de orinar, pero sería innecesariamente arriesgado comprobarlo. Además, aguantarse las ganas ofusca el entendimiento. Se lo dice un viejo.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya le he entendido. [*Cada vez me parece más haber regresado a mis seis años*]. Como ya estamos intimando, no le importará el sonido de ambiente que le garantizará que obedezco. Fíjese, ahora tiro de la cadena. [*Lo cierto es que me encuentro mejor que antes. Veremos si recuerdo la marca del específico. Eficaz*]. ¿Me puedo lavar las manos?

—Claro. El efecto de las sales perdurará. ¿Ha acabado ya?

—Me estoy secando.

—Volvamos a su despacho. Tenemos entre seis y once minutos.

—Me está poniendo nerviosa otra vez.

—Tranquilícese. Si no entramos en más discusiones, tenemos tiempo suficiente. Por mucho que diga el señor Ochoa, creo que es mejor acercarse a los quince que presentarse a los diez.

—¿Qué hago ahora?

—Coja un sobre de tamaño cuartilla, de burbujas. Anote como destinatario a su marido. Ya conoce el nombre y su dirección particular. No se moleste en poner remitente ni en franquearlo.

—No le entiendo.

—Ni falta que hace. ¿Tiene cierre autoadhesivo?

—Sí.

—Estupendo. Ahora coja su portátil. Dele la vuelta y extraiga *la* batería. Ya verá la pestaña que tiene que empujar.

—¿Para qué...?

—Mire, otro día, con más tiempo, ya le explicaré por qué los ordenadores de tres celdas no aguantan, a la hora de la verdad, más de dos horas. La del suyo está casi agotada. ¿La tiene?

—Sí.

—Vaya a la mesa de control. Ahí tiene una máquina gemela, pero cargada. Ya imaginará qué tiene que hacer.

—Voy.

—Mientras, le iré explicando cómo van a ir las cosas. Todavía nos quedan un par de asuntos por resolver. Si todo va bien, antes de entrar en el despacho del señor Ochoa cortaremos esta comunicación, pero seguiré acompañándola. La harán sentar frente a los suizos. Ochoa quedará a su derecha. Tras las presentaciones, encienda su ordenador.

—Pero eso quedará ridículo, o presuntuoso, o las dos cosas.

—Sencillamente empezará a ganarse el puesto. Sus amigos extranjeros tienen ahora mismo un ordenador cada uno ante sus narices. Por si le interesa, ambos están releendo su expediente y revisando las preguntas que le formularán. Son muy concienzudos.

—Ya está colocada la batería.

—Coja la máquina y las llaves del almacén.

—¿Del almacén de qué?

—Tiene usted muchas ganas de hablar, señora Moral. No va a ser el de material de oficina. Las únicas llaves que usted tiene son las del almacén del laboratorio.

—Ya está.

—Encamínesse. Como le iba diciendo, encienda su ordenador tan pronto le ofrezcan asiento. Sin duda alguna usted es capaz de hacerse valer por sí sola, pero las circunstancias influyen. Además, el señor Ochoa (tal vez esto la sorprenda) se inclina por practicar la política de tierra quemada. Si él no, los otros tampoco. Vamos, que él sí que tenía la obligación de advertirla (a usted y a su competidora, Marta Ortiz) de que hoy se celebraba esta entrevista, y que debía prepararla.

—¡No!

—Sí. A veces los golpes de la vida nos empujan a golpear a nuestra vez. Ochoa quiere morir matando.

—[*Y yo que compadecía su posición y confiaba en su ayuda*].

—Entre dos y siete minutos.

—Estoy en el almacén.

—Decía antes que la han dejado en inferioridad de condiciones. Por fortuna, podemos reequilibrar la partida. A través de la pantalla del ordenador podré presentarle información o sugerencias que realcen sus respuestas. Sé qué van a preguntar y, lo que es mejor, sé lo que desean oír.

—De acuerdo. Confío en usted. [*Joder, Magdalena, dónde has ido a caer. Decirle a este tío impulsivamente, sinceramente, que confío en él*].

—Coja un recipiente hermético de seguridad. De los de sección cuadrada, veinte centímetros cúbicos.

—[*Me siento vendida*].

—Entre en el frigorífico. Mascarilla y guantes. No nos podemos entretener. Abra el bloque AH-2053. Tome una de las plaquetas, solo una, y...

—¡Pero si son esporas de ása!

—Y métele en el recipiente y en el sobre.

—¡Ni hablar! ¿Sabe usted...?

—Entre menos de uno y cuatro minutos. La puntualidad es una gran virtud. Usted es de las pocas personas que sabe que el contenido, en esa medida, es prácticamente inofensivo.

—No puede ser. [*No puede ser. No puede ser. No puedo*]. Quedará registrado, y entonces...

—¿A que no ha visto a nadie en el laboratorio? Los mortales todavía disfrutaban de su pausa del mediodía. Solo para los suizos estamos a media tarde. Y, desgraciadamente, hace media hora que el circuito cerrado de televisión está averiado. El técnico está en camino. A medio camino, para ser exactos. Introdúzcalo en el sobre, señora Moral.

—[*Tengo que engañarlo. Créetelo, cerdo*]. Ya está.

—¿Está segura?

—[*Me está viendo. Estoy segura de que me está viendo, aunque es imposible...*].

—Otra vez su silencio. La avería del circuito no ha sido casual. Ni siquiera es una avería. Es una desviación de la señal. Así que haga de una vez lo que le pido o dejémoslo aquí mismo. Le deseo suerte.

—¡Ya está, ya está!

—Vamos a recepción.

—Estoy saliendo.

—Se ha olvidado de cerrar el almacén con llave. Y apague la luz.

—Joder, joder. ¿Cuánto me queda?

—Dos minutos. Uno para llegar a recepción y otro para llegar a su cita.

—¿Qué hago con el sobre?

—He pedido de su parte un servicio de mensajería. Hace unos minutos que ha llegado. Solo tiene que dárselo.

—[*Siempre da por hecho que claudicaré, y tiene preparados los planes para ese caso. Me gustaría saber si también tiene organizadas las alternativas, aunque es difícil descubrirlo. Siempre me rindo. ¿Porque conoce mis debilidades o porque ofrece lo irresistible? Hostia, Magdalena, ¿qué has hecho?*]. Está entregado. [*Ya eres una delincuente, Magdalena. Felicidades*].

—No hace falta que apriete el paso. Llegará a tiempo. Además, uno de sus anfitriones está sufriendo un pequeño trastorno en su ordenador recién estrenado, y es tan informáticamente patoso como sus dos compañeros. La dejo, señora Moral. La dejo por teléfono, quiero decir. No hace falta que le desee buena suerte. Hasta dentro de un momento. ¡Ah!, por cierto, sugiera que reinicie la máquina.

—[*Después me lamentaré. Ya me culparé después. Ahora acabo de llamar a la*

puerta y me juego el futuro. Como antes. Continuamente me juego...].

—¡Magdalena!, adelante. Llegas en el momento oportuno. Entra. Te presento al señor Weismann y al señor Rocher, consejeros de BernaFarm, que han venido a conocer de primera mano nuestra empresa y a algunos de nuestros colaboradores. Señores, aquí tienen a Magdalena Moral, jefa del Laboratorio de Investigación Farmacológica Básica.

—Mucho gusto.

—Nos han hablado muy bien de usted.

—Teníamos muchas ganas de conocerla.

—*[Y saben idiomas. Bendito sea Dios. Solo me faltaría depender de mi inglés macarrónico]*.

—Siéntese, por favor.

—Veo que usted también va siempre acompañada de su ordenador.

—Qué remedio. ¿Les importa? Mi memoria es limitada. Suele ser más sólida la virtual.

—Excepto cuando fallan. Fíjese. Fíjese en la marca. Comprado hace un mes, y ahora me deja tirado. ¿Se dice tirado, no es así? ¿No sabrá usted qué le pasa, o qué podría hacer?

—*[Si me levanto y le echo un vistazo será más dramático]*. ¿Me permite? A ver..., sí que está bloqueado, sí... Puede que se trate del registro. *[A saber qué diablos será eso, pero a Ignacio se lo he oído con frecuencia]*. Probemos. *[Reiniciar con teclado y rápido causará más efecto. Y si vuelvo a mi asiento como quien da por hecho que el problema está solucionado, más todavía]*.

—¡Ah, perfecto! Ya vuelve a funcionar. No le preguntaré cómo lo ha hecho, porque no la entendería, pero muchísimas gracias.

—No se merecen. *[Y a mí, ¿qué me ha aparecido en la pantalla? «Antes de responder, mire el monitor. No alegue ignorancia sin atender antes a mis indicaciones»]*.

—Sonora Moral, ¿qué sabe usted de BernaFarm?

—*[Intentaré que no me cambie la expresión. No sé nada. Que son unos tiburones. ¿Qué queréis que os responda, cuatro ojos? ¿Qué? ¿Qué dice López? ¿Será verdad? Bueno, Magdalena, has llegado tan lejos y has caído tan bajo que no se puede más, así que encomiéndate a López. Aquí hay material para responder e impresionar]*. Lo que puede saber un pequeño accionista de la empresa. Poseo unos pocos cientos de acciones...

—Ya te he dicho que no hacía falta que vinieras, Ignacio. Mira qué horas son. ¿Cómo vas a volver?

—El último tren de vuelta a Almonte pasa dentro de media hora o tres cuartos.

—Ya te acompañaré hasta tu casa. O, mejor, quédate a dormir aquí. Por ahora hay sitio de sobra. Estamos solos.

—¿No tienes más noticias?

—Ninguna. El mensaje de tu madre, y basta. Las dos tienen desconectado el teléfono.

—Déjame verlo. Sí, padre, el mensaje. [*Tienes mala cara, viejo. Me parece que está siendo un martes muy pesado para todos*].

—¿Para qué?

—No sería la primera vez que nos suplanta.

—Ni se me había pasado por la cabeza. Toma. Lee.

—«Pasaré a buscar a Begoña, pero llegaré tarde. Complicaciones de última hora. No antes de las diez. Cenad a gusto. Besos». Qué raro.

—¿Raro? ¿Sospechas que no lo ha escrito tu madre?

—No, no es eso. Es que la primera parte del mensaje no me cuadra con la segunda. Se supone que Begoña está con ella, pero luego os desea buena cena. ¿A quiénes? ¿Con quién vas a estar en casa a estas horas? No lo entiendo.

—Habrás escrito de más lo de la cena. He mirado la habitación y el baño de Begoña, además de todo el resto de la casa, y estoy seguro de que no ha pasado por aquí. Si no fuera por el convencimiento de que está con tu madre, me empezaría a preocupar.

—Bien que me has llamado.

—Espero que no te importe. Te he llamado porque yo me he pasado el día reunido [*y loco y mareado y asqueado*] y por si tú sabías algo más. Coño, son casi las once.

—Y lo de los teléfonos apagados...

—Eso, eso digo yo. Que a cualquiera de las dos le pase, vale, pero que las dos a la vez estén sin...

—Esa ha de ser la explicación, que estén juntas. No sé cuál puede ser la causa, excepto que estén en el mismo sitio y sin cobertura.

—Pues chico, si tú lo ves claro, me dejas más tranquilo, pero para eso no hacía falta venir hasta aquí.

—Así tenía la oportunidad de charlar contigo [*sobre nuestro común amigo López*].

—[*¿Venir de Almonte a deshoras para charlar conmigo? Mal día has escogido,*

hijo mío, que tengo la cabeza que me estalla]. Ya veremos qué conversación te puedo dar hoy, Ignacio, que tengo un dolor de cabeza de los que dan náuseas.

—*[Por mí te hubiera preguntado por teléfono qué has hecho para merecer la fortuna que te ha pagado López, pero no tendré más remedio que avanzar con tacto]*. ¿Un día como cualquiera?

—Tres días seguidos como hoy y me da un ataque al corazón.

—*[Ya no me acordaba de lo harto que estaba del trabajo de mi padre]*. ¿Tan malo ha sido?

—Peor. Todo el día encerrado en el subterráneo de un cuartel de las afueras, discutiendo con otros tres que parecían jugar a ver quién me ponía las cosas más difíciles. Ahora caigo en la cuenta de que yo mismo me he pasado buena parte del día incomunicado.

—*[¿Sigo interesándome por lo que me resbala? Venga, tío, hazlo, que, al fin y al cabo, ya solo vienes de visita]*. ¿Y hasta ahora ha durado la reunión?

—Esa es la segunda parte. Cuando creía que ya había pasado lo bastante por hoy, me llaman del despacho. El jefazo, cabreado como una mona. Para que veas qué miserias, Ignacio. Tu padre, a sus años, soportando las estupideces de unos y otros. Porque no puede ser, ¿eh?, porque me dan ganas de no volver y dejarlos resolver a ellos mismos los marronzos que me cuelan en el despacho. Total, entre una cosa y otra, las nueve, y medio cadáver.

—Me extraña que tus superiores se enfaden contigo. *[Va la última. Ya no quiero saber nada más. Me importa un carajo si se enfadan o si se alegran]*.

—Tenemos problemas serios, hijo. Tanto que me he visto obligado a pasar por encima de Rojas y acudir directamente al ministerio para buscar remedio. *[Si te explico lo de los patos, Patilla y Negrete, eres capaz de burlarte, y por hoy ya he tenido bastantes trifulcas]*.

—*[Punteando al jefe. Vaya cabronazo]*. Hombre, así se entiende que estuviera furioso. *[Vaya con el coyote de mi padre]*.

—Créeme que ni yo ni tú ni nadie en este país podemos ponernos a merced de según quién. Hay asuntos que exigen tragarse el orgullo. *[No es exactamente así, pero no hay que desperdiciar la ocasión de educar los principios de los hijos. Joder, estoy que no me tengo]*. Bueno, te quedas, ¿no? Me harás un buen favor. Yo es que no me aguanto. Me voy a tomar un par de somníferos y me voy a meter en la cama. ¿Verdad que las esperarás y me excusarás? Tengo martillos en la cabeza.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No, no. Lo que necesito es callarme, estar a oscuras, cerrar los ojos y dormir. Me siento hecho una piltrafa. Acompáñame mientras, hijo, que con mis quebraderos todavía no te he preguntado. ¿Cómo te va?

—Voy tirando. *[¿Para qué te voy a explicar que en cuatro días he pasado de tener menos novia de la que deseaba a tener más de la conveniente?]*.

—¿Cuándo empiezas el curso? En la universidad, quiero decir.

—Ya he empezado. Oficialmente, me refiero.

—No me acostumbro a tragar estos pastillones. Eso sí, tienen la virtud de fulminarme. [*Ahora me da todo igual, Ignacio. Digas lo que me digas, no me va a aprovechar*]. Me voy a poner el pijama. No quiero que tu madre me encuentre derrumbado en la cama con corbata. Me tomaría por borracho.

—Padre, te quería preguntar...

—¿Puedes esperar a mañana, Ignacio? No te respondería con sentido común ni que me preguntases el nombre. ¿Es urgente?

—No, claro que no. [*¿Qué más dará esta noche o mañana?*].

—Mañana por la tarde, a las siete, en el círculo. Decidido. Allí ventilamos nuestros asuntos. Un beso. Y gracias, ¿eh? Cena algo, ¿quieres, Ignacio? Estás en tu casa. ¿Ves como no atino? Pues claro que estás en tu casa. Buenas noches, Ignacio.

—Buenas noches, padre. [*Cagondiós, qué forma de malgastar la noche. Solo me consuela pensar que Lucía perderá la primera oportunidad de estrenar sus ovarios. Qué puta. Le explica a su amiga que hoy iniciaría el primer asalto, por sorpresa, para robarme los espermatozoides. He hecho bien de apagar el móvil. Joder, este sofá es nuevo. Muy cómodo, sí, señor. Me tendré que preparar un bocadillo, que estoy en ayunas desde el mediodía y me resuenan las tripas. Cagondiós, hace diez días Lucía me pide un hijo y le sirvo los dos huevos en una bandeja, para que los administrase a su gusto. Y, hoy, esto: que me asusta y que me irrita. Me indigna. ¿Por qué no me lo consulta? Es para cagarse. Un bocadillo de tortilla estaría bien. Aquí los huevos, pan... de ayer, joder, qué familia, hasta Gladys está en la parra y, bueno, por lo menos hay cerveza y...*].

—¡Ignacio, cariño! ¿Qué haces aquí? ¿Qué alegría! Dame un beso. [*Hoy es mi día de suerte. Mejor oreja para escuchar la de Ignacio que la de Gerardo*].

—Hola, madre, te veo contenta.

—Estoy que no quepo en mí, hijo mío. Mira que tenía ganas de hablar contigo antes de acabar el día. No me atrevía a llamarte, por la hora, y te encuentro en la cocina. ¿Qué haces en casa? ¿No está tu padre?

—Se ha tragado dos somníferos y se ha metido en la cama. Por lo visto ha tenido un mal día. Yo quería hablar con él...

—Pues nada, hablarás conmigo. ¿No has cenado todavía?

—No, porque...

—Pues quita, quita. Yo vengo de cenar. Cena de trabajo, nada menos. Me parece que es la primera en mi vida. Puede que no sea la última.

—¿Y eso? [*¿Y esa sonrisa de premio de lotería?*].

—Lo primero es lo primero. ¿Qué quieres? ¿Unos huevos fritos con patatas? ¿Te encargo una pizza? Huy, no, que es muy tarde. ¿Qué ibas a hacerte tú?

—Un bocadillo de tortilla a la francesa.

—Marchando. En un periquete lo tienes delante. Siéntate. ¿Una cerveza?

—Eso iba a beber.

—Aquí está. Mira, negra, la última, que a ti te gusta más. ¿Dos o tres huevos? ¿Queso? ¿Atún? [*Estoy tan arriba que me vuelve a entrar apetito*].

—Dos huevos y basta.

—¿Has oído hablar de BernaFarm?

—No, creo que no. Como no lo hayas mencionado tú alguna vez...

—Una farmacéutica grandota, Ignacio. Unas cinco veces Sanatea [*que algunas de las cifras se me han quedado grabadas*]. No te quiero cargar con mandangas, así que te confirmo que BernaFarm se va a zampar a Sanatea como tú te vas a engullir esta tortilla. Maldita sea, estas sartenes antiadherentes lo son los cuatro primeros días. Y la bruta de Gladys las friega con estropajo. Así...

—Algo de eso sí que te oí comentar. Pero recuerdo que no te hacía mucha gracia. [*O sea, que te van a conservar el puesto. Me alegro*].

—¿Sabes quién te está haciendo esta tortilla? [*O revoltijo, mierda, que ahora me están saliendo los nervios de golpe*]. La probable directora técnica de BernaFarm.

—Caramba, madre, muchas felicidades. Eso es importante, ¿no? ¿Estás contenta?

—Más que eso, hijo mío. Llevo un mes con el ay en la boca, temiendo que, con el movimiento, acabase de patitas en la calle. Todo ha sido muy rápido. Se han presentado dos consejeros suizos a las tres de la tarde y hemos acabado cenando juntos. ¿Te imaginas? Puede que me cambie la vida, Ignacio. Poco lo esperaba, a mis años...

—Te lo mereces. Me alegro mucho por ti. Tenemos que celebrarlo.

—Calla, calla, que si no es porque tu padre y tu hermana ya están durmiendo...

—¿Begoña ya está durmiendo?

—¿Qué quieres decir? Hace una hora que tendría que estar soñando. Si no, me va a oír esta...

—Pero, madre, ¿no ha venido contigo?

—¿De qué me estás hablando? ¿No ha llegado todavía? ¡Pero por todos los cielos, si pasan de las once...! ¿Y tu padre? ¿Qué dice tu padre?

—Que no sabía nada. Con tu mensaje...

—Claro, pero ya te lo he dicho. Se me ha liado la tarde, le he enviado un mensaje a Begoña para que no me esperase y me he olvidado de todo. [*Y me he olvidado de todo. Ni más ni menos. Me parece que he olvidado hasta la honestidad. Ya regresa el pánico*].

—Como ninguna de vosotras dos respondíais al teléfono, hemos supuesto que estabais juntas.

—¡Pero si no la he visto desde esta mañana! Yo lo he tenido que apagar, claro está... ¿Has probado volver a llamarla?

—Ahora mismo. [*Vamos, Begoña, ¿dónde coño te has metido? Venga, responde...*]. Salta el contestador.

—Pero ¿dónde estará esta chica? Cuando la vea la voy a castigar hasta el verano, que me va a matar a disgustos. ¿Qué hacemos, Ignacio?

—¿Sabes si ha ido al colegio?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Lo sabes tú?

—¿No te habrá dejado un mensaje?

—Ahora miro. ¿Qué hacemos, Ignacio, qué hacemos?

—No perder la calma, madre. [*Por fuera, por lo menos*]. Seguro que no es nada. Se habrá distraído, estará en casa de alguna amiga, qué sé yo. Puede que...

—¡Ignacio! Que no ha ido a las últimas clases de la mañana ni a las de la tarde. ¡Ay, Dios mío!

—Siéntate, madre. Cálmate. No será nada. Las malas noticias vuelan. Sencillamente no tenemos noticias. ¿Despierto a papá?

—No, espera a ver. Le sienta muy mal interrumpir las primeras horas de sueño del somnífero. Pensemos primero..., pero ¿qué pensamos? ¿Qué hacemos, Ignacio? ¿Llamo a la policía? [*¿Y aprovecho para explicar que he robado del laboratorio una muestra de un bacilo altamente contagioso para enviárselo a no sé quién y no sé adónde?*]. ¡Pues claro! [*Es eso, seguro*].

—No creo que nos hagan caso si no se ha cumplido ni medio día de desaparición. Posiblemente...

—Que no, Ignacio, que me parece que ya sé qué ha pasado.

—¿Qué?

—López.

—¿Qué? ¿López? [*Pues claro*].

—¿Cuándo has hablado con ese individuo por última vez?

—[*Joder, madre, lo has ido a sacar. Hora de lavar los trapos sucios*].

—Mírame, Ignacio. ¿Has hablado con él?

—Esta mañana.

—¡No!

—Sí, madre. [*Pero esto no puede quedar así*]. ¿Y tú?

—¿Yo? [*Este momento tenía que llegar por fuerza, de acuerdo, pero no creía que fuese tan pronto. Toca desnudarse*].

—Sí, madre, tú. Si me has preguntado por él, algo te habrá inspirado. ¿Cuándo has hablado con él?

—Hace unas horas. A mediodía.

—Bueno, madre, parece que tú posees la crónica reciente. Yo he tomado mi ración de López mientras despuntaba el día.

—¿Crees que habrá sido cosa suya?

—¿Secuestrar a Begoña?

—¡Calla, hijo! No digas esas cosas, por lo que más quieras.

—Bueno, pues que no sea puntual. ¿Te parece más soportable así? [*Remilgos, eufemismos, cataplasmas. Es lo que tiene esta familia*].

—No la tomes conmigo, Ignacio.

—Estará con alguna amiga, consolando o consolándose de algún tropiezo del

amor. ¿No conoces a ninguna?

—Solo se me ocurre una que se llama Esperanza, pero no sé ni cuál es su apellido. Come, Ignacio, que se te va a enfriar la tortilla.

—Ya no tengo hambre. [*Mentira cochina. Lo que pasa es que no queda bien tragar en esta situación*]. Vamos a mirar en su habitación. ¿No tienes el teléfono de los padres de alguien de su clase?

—No, Ignacio, no lo tengo. Ya lo había pensado, pero no.

—[*Normal. Mucho enviar a vuestros hijos a la escuela pública para presumir de burgueses progresistas, pero nada de mezclarse con el populacho*]. Pues al colegio no se puede llamar hasta mañana.

—¿Cómo vamos a aguantar hasta mañana?

—Busca tú por ahí. Yo miraré en su ordenador.

—No sé qué rebuscamos, Ignacio. Estoy aturdida.

—Joder, madre, un teléfono, una nota, una dirección. Lo que sea. Mientras tanto me podrías explicar tu conversación con López.

—Tú primero, Ignacio. Para algo soy tu madre. Aquí no hay nada. Oye, ¿tú conoces a este chico de la foto?

—No, no sé quién es, pero parece que se caen bien.

—Una indecencia, eso es lo que es. ¿Crees que es normal que coja a Begoña por ahí? Esta chica...

—Esta chica está como está porque es una más de la familia. Si nuestros padres sucumben a cuatro cantos de sirena...

—¡Ignacio! Un poco de respeto. [*Me va a despellejar. Me voy a despellejar yo misma. Entre tanto, ataque*]. Y explícame tus tratos con ese granuja.

—¿Cómo sabes que ha sido un trato?

—No hemos tenido la sinceridad suficiente como para compartir los embates de López, pero, si juzgo por mí misma, a todos nos ha embelesado con premios. Lo admito. A mí, la primera. ¿Encuentras algo?

—Virus hasta en el ratón. Da miedo hasta tocar la torre, por si contagia. ¡Madre!, ¿qué te pasa? ¿Qué he dicho?

—Nada, hijo, nada, que estoy muy afectada. Eso es todo. ¿No puedes entrar en su correo... o en alguna de esas charlas a la que es tan aficionada?

—Lo estoy intentando. La mitad del trabajo está hecho. Aquí se ha quedado su usuario.

—¿Con qué te ha premiado, Ignacio?

—¿Me confesarás tu premio, madre?

—Sí. [*Creo que sí. Ya veremos*]. Adelante.

—Los dos últimos van de la mano. Primero me arregló la vida. Hoy me la ha corregido.

—¿Esperas que entienda lo que me estás diciendo?

—No es fácil abrirse de este modo, madre. [*A decir verdad estoy más a gusto*

hablando de según qué con López que contigo].

—Ya lo sé. [*Por supuesto que lo sé. ¿Cómo te voy a confesar hasta dónde me ha llevado la ambición? Imposible. Me odiarías, como yo me estoy odiando. Por fortuna mis sentimientos para conmigo misma son pasajeros*]. Tal vez será mejor callar.

—Mira, sin entrar en detalles: me ha proporcionado noticias valiosas.

—Encaja a la perfección con lo que yo podría decir.

—A mí me ha facilitado... el acercamiento a ciertas personas. [*No me puedo perder en mentiras. ¿Qué coño digo en plural?*]. A cierta persona, vamos. [*Y luego me ha abierto los ojos para salir huyendo*].

—A mí me ha allanado el camino en el trabajo. Me ha ayudado a que la alegría que me he llevado hoy... llegase hoy, y no más tarde, o con más esfuerzos. [*Está bien esto. Aligerar el espíritu sin desanudar la lengua. Diciendo las cosas a medias podemos presumir de decirlas y de no decirlas. Inútil, pero paliativo*].

—He probado con combinaciones de nombres, iniciales, fechas de nacimiento... ¿Se te ocurre algo más?

—¿Te deja ir probando sin más, hasta que te canses?

—Hay métodos. ¿Qué más puedo intentar?

—No sé. Teléfonos, direcciones, nombres de amigos.

—A ver. ¿Qué has tenido que dar a cambio? ¿Te estás sonrojando? [*No me digas que has tenido que pagar con sexo. Sobre todo, no me lo digas*].

—¿Sonrojando? [*Qué traidor es el cuerpo, mierda. Agonía es lo que siento al pensar en lo que he hecho*]. Llámalo por su nombre, Ignacio: sofocones de menopáusica. Explícate tú primero.

—[*Tienes tantas ganas de hablar claro como yo*]. Más o menos servicios informáticos. Transferir un fichero [*con los datos de cientos de niños*], enviar unos códigos de un servidor a otro. [*Doscientos mil del ala*]. Cosas así.

—Suenan inofensivo. [*Solo a mí me pide lo abyecto. Cabrón*].

—Todo puede ser eso y lo contrario [*especialmente lo contrario*]. ¿Y tú?

—Un informe antiguo y una muestra de laboratorio. [*Qué fácil es mentir con la verdad. Qué fácil es cerrar los ojos para no ver miserias*].

—Todavía va a resultar que hacemos buenos negocios con el amigo López.

—No lo llames «amigo» ni en broma. Nos tiene bien trabados, Ignacio. A los cuatro. Cuenta con que tu padre está igual, y que tu hermana tal cual.

—¿Sabes que al ir ganando el convencimiento de que tiene que ver con López me siento más tranquilo? Sobre Begoña, me refiero.

—Prefiero que esté en el hospital con un brazo roto por haber subido con su chico en una moto a que se involucre con ese golfo chocho. ¿Qué te da esa tranquilidad?

—Si Begoña está en negocios con López, está en buenas manos. Por lo que a mí respecta, siempre me ha dado la oportunidad de echarme atrás. Reconozco que lo que he hecho ha sido voluntariamente. Tentado, sí, pero voluntario. ¿Por qué iba a ser diferente con Begoña?

—Ojalá tengas razón sobre que esté bien y no actúe forzada. Eso sería el colmo. Hacernos pasar por esto con ella de acuerdo... Ojalá, pero le voy a dar una bofetada que no va a necesitar espejo para rascarse la espalda. Condenada niña... Oye, ¿no estará con ese mozaibete de la foto?

—¡Pues claro! ¿Cómo se llama?

—Ay, pues no sé. Me parece que alguna vez se le ha escapado, pero no me acuerdo. Como no es el primero...

—¿No lo pone?

—¿Dónde?

—En la foto. ¿Dónde va a ser?

—¿Tú crees? No puede... ¡Enrique! Sí lo pone, sí. Mira: los dos nombres con letra redondita y un corazoncito en medio.

—Listo.

—¿Ya?

—A la primera. Aquí tenemos su correo. Me da un poco de vergüenza...

—Déjate, Ignacio, no estamos para pamplinas. Mira a ver.

—Aquí sale el teléfono de la tal Esperanza. Te lo marco y hablas tú.

—Ya lo creo que voy a hablar yo. ¡Y me va a oír!

—Calma, madre, que sus pecados son hereditarios.

—[*Con diez años te respondería con un coscorrón, por deslenguado*]. No contesta. ¿Dejo mensaje?

—No hace falta. Me parece que ya lo tengo. Mira, lee tú misma. Es un mensaje de esta mañana, a las siete.

—«Espe, ¿todo a punto? Por la tarde cómprame un par de yogures desnatados. Me dan un poco de pena mis padres, tía, pero no puedo faltar a la promesa a L. Me juego mucho, ya lo sabes. Si no hay nada nuevo, no me respondas. Espero diez minutos. Hasta el cole. Besazos».

—Ya la tenemos localizada.

—Eso parece. ¿Llamo a la policía para averiguar la dirección de esa chica?

—*Cagondiós*, madre, ¿no has leído el mensaje? Se juega mucho.

—Puede que sí, hijo. Tampoco a mí me gustaría tener a la policía interrogándome por mis pactos con un loco anónimo. Venga, ven conmigo. Te voy a hacer otra tortilla.

—[*El lunes apenas nos vimos. Ayer, el acuartelamiento. Y hoy lo de Begoña, que me quita las ganas de todo. Pero tengo que hacer un esfuerzo*]. Beatriz, ¿puedes venir un momento?

—Enseguida, señor Vives.

—[*Coño de engaños. Los formalismos nos van traicionar cualquier día, sobre todo a ella*]. Hola, Beatriz.

—Hola. ¿Qué trato uso?

—Mujer, estamos solos.

—Muy bien. Hola, Gerardo.

—¿Ya has desayunado?

—Todavía no.

—Ya son las once.

—Esperaba que fueses tú primero, para no dejar a Antonia a cargo de tu línea sin ti y sin mí.

—Hoy no voy a salir de aquí.

—¿Te encuentras bien?

—Arrastro la jaqueca de ayer [*y un agotamiento que no me saco de encima*].

—No tienes buena cara.

—Además tenemos un problema con Begoña...

—¿Con tu hija? ¿Qué pasa?

—No ha pasado la noche en casa... [*No hace falta entrar en materia. Ninguno de los dos sacará nada de provecho*].

—Tiene diecisiete años, ¿verdad?

—Casi.

—¿Te preparo un café?

—Ya llevo dos. Mejor que no. Queda mucho día por delante. [*Algo le tengo que decir. Para eso la he llamado*]. Beatriz, yo...

—¿Sí, Gerardo?

—Yo... lo pasé muy bien el viernes y el sábado.

—Sí. Yo también. [*Hoy no pienso ayudarte en tus balbuceos. Si quieres decir que hacía tiempo que no lograbas pegar tantos polvos, lo dices. Si quieres prometer otro fin de semana de vino e infidelidad, lo prometes. Hoy, allá tú*].

—Perdona lo del aeropuerto. Y siéntate, por favor.

—¿El qué? [*La vida es fingir. Ya me siento. ¿Por qué iba a sentirme dolida? Me llevas, me usas, me olvidas. Normal*].

—Salir corriendo al llegar. Tenía unos asuntos urgentes que tratar con mi abogado. Quería haberte acompañado a casa.

—Ah, ¿eso? Lo comprendo. La vida vuelve a la normalidad. [*Mentiroso. Eres un mentiroso, Gerardo. Por fortuna ya sabía dónde me metía.*]

—Y ayer y anteayer no pudimos cruzar ni una palabra.

—Son días ajetreados. [*Los dos tenemos una relación de interés. No sé si lo tienes tan claro como lo tengo yo.*]

—Lo nuestro va a ser complicado, pero me gustaría mantenerlo [*a mi ritmo, a mi gusto, según mis necesidades, a mi capricho, vamos.*]

—A mí también, Gerardo. [*Y adivino que tengo más experiencia que tú. Estamos de acuerdo en qué sacas tú: tu ego otoñal revigorizado con una conquista. Tus pasiones escuálidas disfrutando de un último empujón. Yo te contento el orgullo macho y los genitales machos.*]

—Va a ser un final de año malo, pero voy a hacer lo imposible para que nos veamos con alguna frecuencia. [*¿Por qué he dicho alguna? Sin impedimentos te visitaría cada día. Aunque eres capaz de hacerte ilusiones. Coño, pero el «alguna» parece una limosna.*]

—Ojalá. [*Alguna, dices. Cara dura. ¿Qué saco yo? Crees que ya es bastante honor follar contigo, que llenas mi vida. Iluso.*]

—[*Joder, esta chica me resucita. No quería, pero...*]. Oye, Beatriz, ¿tienes algo que hacer este viernes por la tarde?

—¿Viernes? No, creo que no. ¿Para vernos? [*Te voy a dedicar una sonrisa de ilusión. Te gustan sumisas, ¿verdad? Enamoradas de tu barriguita y escandalizadas de tu virilidad, ¿no es así? Muy bien. Eso es. Lo sé hacer. Pero no vas a llenar mi vida, cielo, sino mi porvenir. Y deprisa. Antes de un año, dos a lo sumo, tengo que estar aposentada en el organigrama del ministerio. Busco tu empujón, Gerardo, no tus empujones. Para entonces tú puedes encontrar una nueva florecilla, puede que más joven, donde esparcir tu ascendiente y rejuvenecerte otra vez. Yo iré quemando etapas del escalafón. Si el sistema reacciona mejor ante mis piernas que ante mi eficacia, hay que amoldarse al sistema.*]

—Eso espero. Tú, por si acaso, no hagas planes hasta el último momento. He de viajar de nuevo a algunas centrales, así que no pierdo la esperanza de...

—¿Te cojo el móvil?

—No, deja, ya voy.

—¿Salgo?

—[*De Begoña. ¡Begoña! ¿Begoña o López?*]. Hazme el favor, Beatriz. Ciérrame la puerta y no me pases ninguna llamada. No estoy para nadie.

—Como mande, señor Vives. [*Volvemos al señor Vives.*]

—¿Quién es?

—Esperaba que preguntara directamente por Begoña. ¿No ha aparecido su nombre en la pantalla? Tal vez he cometido un...

—¡Usted! ¡Cínico! ¡Devuélvame a mi hija! ¡¿Cómo se atreve a tocar a mi familia?! ¡¿Dónde está Begoña?!]

—Ante todo baje el tono, señor Vives, o va a alarmar a su secretaria y a medio consejo. Lo último que queremos es un escándalo.

—¿Queremos? ¿Quiénes son ustedes?

—Se ha confundido. El queremos nos abarca exclusivamente a usted y, por solidaridad, a mí. Usted es el que no quiere un escándalo.

—¡Hable de una vez, hijo de...! ¿Dónde está mi hija?

—¿A mí me lo pregunta? No soy su padre.

—No me atormente. ¿No sabe usted nada de la desaparición de mi hija?

—¿Desaparición? Bueno, sí, supongo que es apropiado llamarla así.

—¡Usted la ha secuestrado! ¿Qué quiere de mí?

—No he visto a su hija, señor Vives. En realidad no la he visto nunca; en persona, claro está. Begoña ya se ha encargado de publicar una buena colección de fotos suyas en la Red. Me atrevería a sugerir que usted, que es su padre, debería supervisar semejante proceder.

—Por el amor de Dios, ¿dónde está Begoña?

—Hoy es laborable. Es de esperar que esté en el colegio.

—¡Basta! No me tome más el pelo. ¿Qué busca? ¿Qué quiere? ¿Quiere dinero?

—Demasiadas preguntas a la vez. Las responderé, pero antes quiero saber si su señora esposa y su hijo no le han puesto al corriente de cierto mensaje que su hija envió a una amiga suya ayer, de buena mañana.

—Sí, y...

—¿A qué tanto aspaviento, entonces? ¿A qué viene tanto grito y tanto rasgarse las vestiduras? Anoche usted se fue tranquilamente a dormir... Sí, sí, ya lo sé, le dolía mucho la cabeza. Yo también sufro temporadas de jaqueca. Y su esposa ni siquiera le despertó. Y esta mañana usted se ha enfadado mucho, pero eso es rutina, ¿verdad?; y en ningún caso ha dejado de acudir al trabajo. Bien. Una vez aclarados estos extremos, ya se puede concluir que si su hija se fue o se dejó de ir fue por voluntad propia. No me acuse de abordarla, cogerla por el brazo y empujarla dentro de un automóvil. La sola imagen me da risa.

—Por última vez: ¿dónde está Begoña?

—¿Me está amenazando?

—No sé si le estoy amenazando, pero sí sé lo que haría si lo tuviera... Se lo suplico, dígame, ¿dónde está mi hija?

—En el colegio.

—¡No me mienta!

—No es mi costumbre. Compruébelo.

—¡Beatriz!

—Soy Antonia Ibarra. Beatriz ha salido a desayunar. ¿Quiere que vaya a su despacho?

—Póngame con el colegio de mi hija.

—Ahora mismo, señor Vives. ¿Tiene el teléfono?

—¿Cómo voy a tenerlo?! ¡Búsquelo!

—Perdone, señor Vives, pero hay docenas de...

—Calle Maldonado. No creo que haya ahí cien amontonados.

—[*Compadezco a Beatriz por tener que soportar a este soplagaitas*]. Claro. Enseguida lo busco y le paso. ¿Alguna persona en particular?

—El primero que salga. Dese prisa. [*Inútiles. Es mi cruz. Siempre rodeado de putos inútiles*]. ¿Sigue ahí?

—Desde luego, señor Vives. Aquí estoy. Le aconsejo que se sosiegue. Puede dar la imagen equivocada con ese tono y exigiendo que todos los que le rodean, excepto usted, conozca el nombre del colegio de su hija.

—[*Váyase a la mierda, malnacido*]. Me importa un rábano la imagen. No he perdido un encendedor, ¿sabe?

—¿Señor Vives?

—Sí.

—Le paso.

—¿Oiga?

—Dígame.

—Haga el favor de decirme si Begoña Vives ha ido a clase.

—¿Sería tan amable de decirme quién es usted?

—¡Su padre! ¡Soy su padre, coño! ¡Gerardo Vives! Y usted, ¿quién es?

—No hace falta que grite. Y yo soy el jefe de estudios.

—Estupendo. Ahora que ya nos hemos presentado, ¿quiere responderme?

—Esto es algo irregular. Normalmente los padres saben si...

—¡Si voy en persona, entonces...! Perdone, estoy muy preocupado. Se lo ruego. Dígamelo. Si hace falta después le enviaré una nota...

—Consta aviso de que Begoña no ha venido al colegio. A primera hora siempre se comunica...

—¡Me cago en...! Espere un momento, por favor. Solo un instante.

—Espero.

—¡López! Usted me ha engaña...

—Alto, señor Vives. Tan solo le han dicho que no ha asistido a la primera lección. Insista. Solicite que lo comprueben.

Ah, señor Vives: no lo exija. Límitese a pedirlo o se expone a ser reprendido. Recuerde que trata con un maestro.

—¿Oiga?

—Diga.

—¿Pueden ir a comprobar si Begoña ha llegado ya?

—Señor Vives, lo siento, pero...

—Por favor. Se lo ruego. Es muy importante para mí.

—Espere un momento. Voy a mirar yo mismo.

—¿Lo ve, señor Vives? Sembrando amabilidad se recoge gentileza. Si bien no

siempre. En fin, ahora que ya tenemos resuelto este asunto...

—¿Resuelto, dice? Todo este follón es cosa suya.

—No negaré que tuve la ocasión de hablar por teléfono con Begoña un par de días antes de que se ausentara.

—[O sea, que Begoña nos mintió. Con el mismo aplomo que nosotros a ella]. ¿Con qué la compró?

—Hoy procure relacionarse lo menos posible. Pero qué bronco suena usted. ¿Qué me dice de comprar a su hija? ¿Se compra y se vende usted cada vez que toma o da un servicio? Me pregunto dónde ha aprendido que todo trato es ignominioso.

—¿Cuál fue el trato?

—¿Señor Vives?

—Dígame.

—Begoña está en clase.

—¡Menos mal!

—Al parecer se ha incorporado después del recreo, y ahora está haciendo un examen que estaba previsto para hoy. Algunos alumnos tienen la mala costumbre de fallar las horas previas para preparar las pruebas a última hora. Traten de cambiar ese hábito de su hija.

—Claro, lo tendré en cuenta.

—Le pasarán nota a Begoña para que le llame tan pronto acabe la franja de la mañana. ¿Le parece bien?

—Muy bien, por supuesto. Le agradezco las molestias. Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días son los que empiezan bien o enderezan lo tuerto, ¿verdad, señor Vives? ¿Cuándo se convencerá de que no le miento?

—¿Con qué la tentó, señor López?

—¿Se acuerda usted del amor, señor Vives?

—¿A qué viene eso [payaso]?

—Por conservar el amor somos capaces de hacer muchas cosas. Por conservar lo que creemos que es amor, lo mismo. Añádale que Begoña atraviesa una etapa intensamente... romántica. Para colmo, el muchacho al que tiene atado su corazón la corresponde, así que reúne todas las condiciones.

—¿Qué hizo usted?

—La he ayudado a mantenerse cerca de su amor. Son jóvenes y dependen de sus familias. He evitado o, mejor, he aplazado, el traslado de la del chico.

—Muy sensible de su parte. Y Begoña, ¿qué ha tenido que hacer a cambio? ¿Acompañarle? ¿Enviarle fotos? Hable, degenerado. ¿Oiga? ¡Oiga! [Ha colgado. Seguro que he dado en el clavo y al crápula, al verse descubierto, le ha entrado miedo. Esa debe de ser la manera de tratarlo. Con osadía. Ofensivamente. Jodido viejo verde de mierda, cuando te ponga la mano... ¡Coño! ¿Begoña?]. ¿Begoña?

—Ya le han dicho que su hija no le llamará hasta el final de la mañana.

—¡Usted otra vez! Así que acerté, ¿no es así, viejo verde del...?

—¡Cállese, ignorante!

—Pero ¿cómo se atreve, encima, a decirme...?

—¡Cállese! Me ha decepcionado, señor Vives, porque...

—¿Que yo le he decepcionado, so depravado? ¿Cómo tiene el valor...?

—¡Cállese! Por última vez, cállese hasta que le pregunte. ¿Quiere de verdad que su hija le llame, y quiere verla hoy? Pues deje de decir sandeces y deje de insultar. Cuando menos, ajuste lo que diga a lo que sabe. He tenido que colgar para resistir el impulso de darle su merecido al instante. Todo llegará. Mientras tanto, le voy a hacer una confidencia. Begoña me envió una imagen suya, ¿sabe usted?

—No, si ya decía yo...

—Chitón. Ya le avisaré cuándo ha de intervenir. Además, la imagen es suya de usted, no suya de ella. Miré por dónde.

—¿Mía? ¿Una foto mía? [*¿Se han vuelto todos locos?*].

—Para que lo entienda mejor, le va a aparecer en la pantalla de su ordenador. Espero no confundirme de terminal, no vaya a ser que la contemplaran otros ojos que no sean los suyos. Si no lo ve ahora, otro u otra estará descubriendo sus intimidades.

—Pero si es...

—Exactamente. El borrador de su minuta de gastos de su casquivana aventura vienesa. Incluye detalles de hotel y restaurantes y flores y bombones. Ese que le sirvió anteayer lunes para redactar otro maquillado, por el mismo importe pero conceptualmente más espartano.

—¿Cómo es que Begoña...? ¿Begoña sabe...? Mi propia hija se atreve a robarme y me ha perdido el respeto.

—Es evidente que usted se ha levantado hoy con la cabeza mezquina y el corazón torvo. No injurie a su hija. Solo por la fuerza del amor que siente fue capaz de vencer los miramientos por la sensación de traicionar a su padre. Por esa misma devoción evitó leer el documento. No la merece.

—[*¿Pretende avivar mis remordimientos y darme lecciones de paternidad?*]. Y usted es tan bondadoso y tan comprensivo que la aparta del lado de sus padres.

—Quería ver la reacción de la familia.

—[*Majareta. Este tío está majareta*]. Caramba, me deja de piedra, qué idea tan original. ¿Y qué?, dígame, ¿hemos pasado el examen?

—En mi opinión, no. Los creí más celosos tratándose de su prole. Pero es igual. No le he llamado para hablar de Begoña, sino de usted. Conéctese a su banco y repase los últimos movimientos.

—[*A sus órdenes. Siempre acabo dócil*]. Si lo que buscaba era demostrarnos o demostrarse a sí mismo que era capaz de dominarnos y hacernos mover a su gusto, no hace falta que siga. Ha tenido éxito y puede darse por satisfecho. Puede dejarnos en paz. ¿No podría encontrar...? [*¡Me cago en diez! ¡Dos cientos mil! De Ignacio. Hostia puta*]. ¿Qué significa esto?

—Eso se lo podía haber preguntado a su hijo Ignacio anoche, pero no le dio oportunidad.

—¿Cómo no me dijo una cosa así [*el muy torpe*]?!

—Tanto da. Yo se lo digo yo.

—¿Qué quiere, López, que los simples de mis hijos me busquen la ruina? Hágalo usted directamente y no se aproveche de su falta de juicio.

—Hombres como usted, caracteres como el suyo, son los que exacerban mi enfermedad, o mi bendición, ya no lo sé bien. Aborrezco a los...

—Corte la perorata, oiga. No me interesan ni sus debilidades ni sus fortalezas. Solo quiero la oportunidad de deshacerme de sus amenazas. ¿Qué pinta ese dinero?

—Todavía no le he amenazado, aunque puede que no le haga esperar. El dinero, obviamente, es un pago por un servicio.

—Olvídese de algo así. No le pienso dar a cambio ni mi dirección, que supongo conoce de hace tiempo. Así que me parece que ya hemos hablado...

—Ante todo, señor Vives, no cometa la torpeza de colgar y dejarme con la palabra en la boca. Aquí tiene una amenaza: si lo hace, no recibirá la llamada de su hija.

—[¿Qué hago? ¿Cuelgo y me voy derecho al colegio a recoger a Begoña? ¿Y aprovecho el viaje y añado a Magdalena y a Ignacio en el otro colegio? ¿Y le pido a Plaza que nos entierre en un agujero durante los próximos tres meses?].

—¿Es suficiente amenaza para usted? ¿O es un padre lo bastante desapegado como para que le resbale? En cualquier caso recuerde que dispongo de repertorio para intimidar.

—No hace falta que me humille así. Ni quiero su dinero. Voy a rechazar la transferencia ahora mismo.

—Inténtelo.

—[¿Que lo intente? Ahora mismo]. Usted que todo lo puede y todo lo ve, es testigo de los pasos que doy. [*Joder, ¿qué coño pasa? Venga, joder, venga. La clave no coincide. ¿Qué pasa?*].

—No pierda el tiempo, señor Vives. Eso se va a quedar ahí hasta que yo quiera. Si por casualidad trata de realizar la operación por teléfono o en persona, se puede encontrar con una de estas tres situaciones: que ya haya sido devuelta a su hijo, acompañada del resto de su saldo; que haya sido transferida a la cuenta privada de su esposa, o que...

—Mi esposa no tiene ninguna cuenta privada. Todas son conjuntas, las...

—Siempre aprende alguna cosa nueva conmigo, señor Vives. Pues claro que la señora Moral tiene una individual. Abierta hace cinco años, para ser preciso. Con orden de no enviar documentación por correo ordinario. O sea, que tiene un año menos de antigüedad que la suya, señor Vives, con las mismas instrucciones de privacidad.

—[*No me puedo creer que Magdalena...*].

—¿Sabe lo más divertido? Ambos han escondido sus naderías en la misma entidad. Cuentas desconocidas mutuamente, pero el mismo banco. No me dirá que no tiene miga.

—[*No digo nada. No sabría qué*].

—Como le decía, o (y es la tercera posibilidad) puede que esa cantidad haya viajado a las cuentas exclusivas de ambos, repartida o no. Le sugiero que deje las cosas como están.

—Así que usted me paga primero, y más tarde me dirá qué espera obtener.

—Más tarde, no. Ahora mismo lo vamos a discutir. Enseguida. El tiempo que tarde en comunicarle dos noticias. Una razonablemente buena y otra que no es mala si la piensa con atención. ¿Cuál prefiere antes?

—Haga lo que le dé la gana. [*Esto pasa de la raya. No lo puedo solventar yo solo. Pase lo que pase he de hablar con la policía. Con cualquier policía*].

—Lo mejor de todo es que, lo que le pida, le va a ayudar en su trabajo.

—No me diga.

—Sí. Ya verá. Lo relativamente bueno es que no tiene que devanarse los sesos, si puedo decirlo así, dudando en ponerse en manos de la policía. Comprenda que una cosa así sería, en su caso, entregarse. Sopese lo embarazoso de explicar, entre otras muchas cosas, el último pago. Así que mírelo de este modo: le saco un peso de encima.

—[...]

—Concluyente, ¿verdad? Bien, a lo que íbamos. En lo que sigue no le voy a pedir demasiados datos. Una confirmación, a lo sumo. Para que yo me quede tranquilo en cuanto a que va comprendiendo, más que nada. Por ejemplo: la central número seis es la que decidió rectificar brazos mecánicos, ¿no es así?

—[*Eso no lo sabe ni el ministro... ni Rojas. ¿Quién es López?*]. Sí.

—El ensayo ha salido muy bien. Persevere. Dígame: el primer convoy de pruebas está previsto para dentro de cuatro semanas, ¿no?

—Siempre y cuando el ministro dé su autorización.

—¿Cuántos vagones se necesitarán para el traslado?

—No está calculado, ni hay precedentes ni...

—¿Cuántos vagones, señor Vives?

—Entre diez y doce, calculo.

—Cambiemos de tema. ¿Satisfecho con la reunión de ayer?

—¿Eso también lo sabe?

—¿Quedó contento con la reunión de ayer, señor Vives?

—[*No. Una colección de niños mimados, cada uno mirándose exclusivamente su ombligo. De ahí mi dolor de cabeza*]. ¿Contento? Una de tantas.

—Pero ¿se mostraron colaboradores?

—[*Huy, sí, colaboraron mucho en darme tormento. El uno sácame esta porquería, el otro a mí no me la devuelvas y la otra a mí no me la traigas*]. Ya se

sabe.

—Ya se sabe ¿qué?

—Ya se sabe que en ocasiones se pierde la visión conjunta, y a cada uno le acucia un problema diferente.

—O sea, que cada cual a lo suyo.

—Más o menos.

—¿Cómo se llama el director de la número seis?

—Fernando Redondo. Me llamó usted a su despacho, ¿ya se ha olvidado? [*Parece que hayan pasado años, y no días, desde entonces*].

—¿Cómo se llama la directora de El Petril?

—Ya conoce el sexo del personal, por lo que veo.

—El nombre.

—Elena Rota.

—¿Sabía que coincidieron en la facultad?

—¿Rota y Redondo? ¿Cómo quiere que lo sepa? [*¿Quién lo iba a decir? Al principio y al final buenas caras, pero durante casi llegan a las manos*].

—Así que faltó profesionalidad.

—Hay quien dice que profesionalidad equivale a egoísmo.

—Puede que sí. ¿Sabía que Redondo y Rota se cartean con frecuencia?

—[*Otra pregunta idiota. Otro chasco*]. No, claro que no.

—Y, desde hace unos días, intensamente.

—Si usted lo dice... [*Y los muy cabrones como si no hubieran cruzado una palabra en la vida. Todavía resultará que son amantes*].

—Le voy a enseñar uno de los mensajes. Usted deducirá de cuándo es. Ahora le aparecerá en la pantalla.

—[*«Elena, qué alegría verte después de tantas semanas. Cada día estás más guapa». ¿Por qué me engañaron así? «Ya te puedes imaginar lo que me costó disimular, pero ha valido la pena. Es mucho mejor que el Coronilla...». ¿Coronilla? ¿De qué hablan? «... no sepa nada de nuestros intereses comunes. Copiándote las palabras: el Coronilla estará más entretenido luchando en dos frentes que en uno. ¿Te fijaste en qué humos? Como si habiendo hablado con el ministro se le hubiera pegado poder y alcurnia. Pobre Coronilla. La semana pasada no estaba convencido de tu opinión, pero ahora sí: para ti llegaría la porquería demasiado pronto y a mí me la quitarían demasiado tarde. Coronilla a la bacinilla. ¿Qué te parece el lema? Te dejo. Si sé algo más de nuestro amigo, te escribo o te llamo. Besitos. Temando»*].

—¿Lo ha leído ya?

—Sí. [*Ya lo creo. Que se preparen esos...*].

—¿Qué le ha parecido?

—No me sorprende, [*jamás me hubiera imaginado una iniquidad semejante. Si no es porque es imposible y no me conviene, al hijo de puta de Redondo le dejaría las barras para los restos, hasta que se pudriera con ellas*].

—Qué intuitivo es usted.

—Hace falta conocer a la gente. [*Y a la hija de puta de Rota le enviaría las barras hoy mismo, con un lacito rosa, para que se las metiera donde quisiera*].

—Le están complicando las cosas.

—Me las arreglaré. [*Coronilla. Qué vergüenza. Para mi edad, que tengo prácticamente todo el pelo. Y Redondo, ¿qué? Cinco años menos, cinco centímetros menos y quince kilos más. ¿Y la Rota? La pija de pergamino*].

—Bien. Ahora ya tiene un poco más de información, y comprenderá que lo que le pido va en beneficio suyo.

—Usted lo hace todo por los demás.

—Aunque ha buscado el sarcasmo, ha apuntado mejor de lo que se cree. Se podría decir que, si no fuera por los demás, no actuaría.

—Claro, claro. [*Si me sirve para aplicar un correctivo a esos dos, no me lo pensaré dos veces. Ya veréis a quién llamáis Coronilla*].

—Va a organizar un ensayo de transporte.

—Eso ya lo tenía previsto. Varios. Y rápido. En los próximos meses.

—Mañana.

—¿Mañana qué?

—Se va a realizar mañana. Hoy lo organiza, mañana se actúa.

—No tiene gracia.

—No es una broma.

—[*Por fin respiro tranquilo*]. Pues mire, lo siento de veras. Si le soy franco, temía que me obligara a hacer algo contra mi voluntad, pero a mi alcance. Lo que me pide es justo al revés. Lo haría con gusto, pero es imposible. Estoy atado de pies y manos. Carezco de autorización.

—¿De quién?

—Del Ministerio, naturalmente.

—¿Qué hora es, señor Vives?

—[*Qué paciencia, coño, qué paciencia*]. Las once cuarenta y dos.

—Hace una hora que el excelentísimo Negrete ha firmado los nuevos poderes del consejo, concentrados en este asunto explícitamente en usted. Hace dos minutos se ha despachado el documento. Si la mensajería no se retrasa, lo tendrá encima de la mesa hacia las doce. Ya tiene poder.

—No puede ser.

—Ya estamos. ¿Todavía no le basta mi palabra? ¿Necesita la grabación donde el señor Negrete firma papeles, entre ellos el suyo, mientras se limpia de cerumen la oreja izquierda? No se la recomiendo. Acaba con el subsecretario recogiendo el legajo y un cachetito cariñoso en la nalga, propinado por su jefe y mentor, el señor ministro, que tiene modos antiguos y costumbres modernas. Señor Vives, no se puede hacer una idea de la cantidad de cámaras incrustadas en mil aparatitos que, dormidas o despiertas, nos miran. Y nos escuchan. Tan solo hace falta elegir y activar. En fin,

no quiero aburrirle. Ya tiene las manos desatadas.

—Sigo sin poder dar crédito. Pero, aunque se lo diera, es imposible preparar un ensayo para mañana.

—Con autoridad, sobra tiempo. En líneas generales consiste en pedir un convoy de locomotora autónoma y dos vagones contenedor adecuados. Esta prueba la haremos con una estructura corta. Asimismo se necesita, del Centro de Control de Tráfico Ferroviario, una ruta entre la número seis y El Nuevo Petril. Si se evita la capital, son unas cuantas horas de trayecto, pero la mayor parte de tramos son de poco tráfico. ¿Me sigue?

—Me cuesta.

—Hay franjas de mañana y tarde de vías libres como para que el trayecto encaje holgadamente. No permita que le digan lo contrario, que estos ferroviarios son muy dados a la trola. Para darle un poco de sentido de realidad pedirá al director de la número seis que encofre los restos contaminados de los brazos de agarre. Tampoco admita réplicas. Ni del señor Redondo ni de la señora Rota, a la que obligará a trabajar en un horario inhabitual. Para que vaya practicando. Si se muestran reticentes solo tiene que advertir que es Coronilla quien lo manda, y ya verá como se ponen firmes. No me burlo. Sería la forma de hacerles ver que posee una información que ellos creen privada. ¿Está todo claro?

—No. Por mucho que me diga sigue siendo imposible. ¿Ya no se acuerda de las dificultades que tenemos aquí para localizar hasta el teléfono de un instituto?

—Por su respuesta deduzco que los problemas que calcula que surjan son de procedimiento, no de principio. Eso tiene arreglo.

—No hace falta discutir lo que no se puede llevar a cabo.

—Bien. Ya me despido. Al colgar le aparecerá en el ordenador un fichero. Ábralo. Es un plan detallado de la operación de mañana y los preparativos y órdenes que repartir hoy. Contiene teléfonos, nombres, horarios, rutas, etcétera. Hasta los códigos de personal de los maquinistas disponibles en cada cuadrante. Le simplificará las cosas. Tiene el aspecto (y los membretes) de un informe del consejo. Como si lo hubiera preparado usted. Al fin y al cabo lo va a hacer.

—¿Y si me niego?

—Hoy ya le he lanzado una amenaza, y no quiero repetir. Piense en el grado de compenetración que hemos alcanzado; con usted y con el resto de su familia. Piense, además, que seguiré cada uno de sus pasos. Lo mejor que puede ocurrir es que no le llame hasta que la señora Rota esté llorando de rabia mañana a las once de la noche.

—No quiero el dinero.

—Por ahora eso no tiene solución. Dentro de poco, si quiere, puede que tenga la oportunidad de donarlo a alguna organización caritativa. Buenos días.

—¿Beatriz? ¿Puedes venir un momento?

—Ahora mismo, señor Vives. Le llevo un sobre urgente del Ministerio que acaban de traer.

—¿Begoña?

—Hola, papá.

—¿Dónde estás?

—Acabo de salir del colegio. Me han dado la nota, pero no hacía falta, porque...

—¿Has llamado a tu madre?

—Esta mañana, pero no cogía el teléfono. Y a ti también, pero me ha pasado lo mismo.

—A mí no me has llamado, Begoña. No quiero más mentiras.

—Que sí, papá, que por la tarde te lo enseñó. Lo que pasa es que este teléfono no vale nada, ya te lo dije, y ahora me oculta el número tanto si quiero como si no. Pero te he llamado dos o tres veces.

—¿Estás bien?

—Sí. [*Acojonada, pero sí. He pasado miedo por mí, por Enrique y por vosotros*].

—Nos has hecho pasar un infierno.

—¿Por qué? [*Esta es la parte más difícil*]. Cualquiera diría...

—¿Me tomas el pelo? ¿Desaparecer un día sin decirnos ni una palabra? ¿Te parece poco? Estuvimos a punto de llamar a la policía [*cuando menos Magdalena e Ignacio*].

—Pero ¿por qué? Yo tenía el teléfono descargado, así que llamé desde casa de mi amiga, y os dejé un mensaje en casa, y otro en el contestador de mamá, y no es la primera vez que me quedo a dormir en casa de una amiga, y tenía un examen, y así me ha salido mejor. Siento haberos preocupado, pero no había para tanto porque...

—He hablado con López, Begoña.

—[*Hostia puta. Hostia, si es que ya lo sé: yo, con las mentiras, me lío. No tengo maña*]. ¿Y qué? [*Ahora esto ya no tiene marcha atrás*].

—Me lo ha explicado todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo? Te juro que me he pasado la noche en casa de mi amiga Espe. ¿Necesitas que te la pase? [*No pongas esa cara, Espe, que no te lo pasaré ni de coña*]. He estado estudiando, papá. [*No mucho. Los nervios*]. Y he venido directa al colegio. Un poco tarde, vale, pero es que aguantamos estudiando [*poco*] mucho rato, y me he dormido. Tampoco es un drama. [*Y, ahora, al ataque*]. Yo tampoco he estado muy tranquila. Creía que al menos uno de los dos [*se preocuparía más, se desesperaría más, me buscaría más*] se molestaría en devolverme los mensajes. Me ha dado la impresión de que os importaba bien poco, que tanto os daba que pasase la noche o la semana fuera. Cuando me he despertado...

—Bueno, es suficiente, Begoña. Ahora me dirás que la angustia te la hemos provocado nosotros y somos nosotros los que nos merecemos la bronca.

—[*Tal vez. A medida que lo decía le encontraba sentido*]. Solo te estoy dando explicaciones, papá.

—Bueno, hija, por la noche hablaremos de todo esto. Hablaremos largo y tendido. Ahora estoy muy liado. Cuando acabes las clases de la tarde, directa a casa, ¿me oyes?

—Sí, papá.

—[*Ya no me atrevo a recomendarle que no hable más con López. Sé que es inútil*]. Tengo ganas de darte un beso, Begoña.

—Yo también, papá. Adiós.

—Adiós, hija.

—Joder, tía, qué mal rato he pasado y qué mal cuerpo me ha entrado.

—Pues le has echado un morro que te cagas. Casi me has convencido.

—Qué remedio.

—¿Has hecho la número dos?

—¿Qué dos?

—La dos, la segunda pregunta del examen. La de métrica.

—[*Me resbala el examen. Solo en los exámenes comparto aula con Enrique. Toda la atención se me escurre hacia allí. Respiro el mismo aire que él. ¿Qué importa lo demás?*]. Me la he inventado.

—Nos hemos podido salir con la nuestra. Has cumplido y no ha pasado nada grave.

—Sí. [*A eso me agarro. Lograré retener a Enrique. Eso espero. A cambio he descubierto lo mucho (poco mucho) que les importo a mis padres*].

—Pareces triste, Bego. ¿No lo hemos pasado bien?

—Sí, claro.

—¡Entonces! Yo tengo agujetas en la lengua, de tanto darle. Todavía no te ha llamado, ¿verdad?

—¿Quién?

—El señor López.

—Quita, quita, no quiero volver a oírle nunca más.

—Bueno, mujer, cualquiera diría. Tú cumples y él cumple.

—Ya, todo bien.

—¡Mira, nos ha oído y te llama!

—Joder, Espe, no quiero. Aquí dice que es Ignacio, pero seguro que es él. No quiero, no quiero, no quiero hablar con él.

—Pues no lo cojas. Que te deje el mensaje.

—No parará de llamar. Cógelo tú.

—¿Yo?

—Sí, tía, ponte tú. Dile que estoy muy mala.

—Que no, tía, no me líes.

—¡Venga!

—¿Sí?

—¿Begoña?

—¿Señor López?

—¿Qué coño dices?

—No soy Begoña.

—Ah, cojonudo. Pues yo no me llamo López. Soy el hermano de Begoña. ¿Dónde está ella y quién coño eres tú?

—Espera, espera, que te la paso, [*joder, vaya plancha*]. Begoña, ten, que sí que es tu hermano. Me parece que se ha cabreado por tomarlo por López.

—¿Ignacio?

—Joder, Begoña, ¿qué coño pasa? ¿Ya has regresado de donde estuvieras?

—Acabo de salir del colegio.

—Ya somos dos. Vaya susto el de ayer, Begoña. Me cago en tu padre, Begoña, que también es el mío. ¿Nos querías matar de miedo o qué?

—Acabo de hablar con papá y estaba más enfadado y ocupado que preocupado. No hay para tanto. Llamé desde casa de Espe...

—Corta, hermanita. Si estuviera a tu lado te pegaría un tirón de orejas que te las podrías atar. Te tuve que reventar el correo, Begoña.

—¡¿Qué?! ¿Cómo te atreves?

—So, so. Si a mí se me ocurre una estupidez como la tuya, tienes mi permiso para leerme hasta el alma. Menos mal que lo hice y que encontré lo que encontré. ¿Cómo crees que hemos podido pasar la noche sin movilizar a todo dios para encontrar a mi hermana preferida?

—No sabía...

—Y mamá, a punto de un ataque de nervios. ¿Ya has hablado con ella?

—Ya la he llamado. [*A ver si, así, me ahorro saliva*].

—Te habrá dicho lo mismo que yo, pero más enojada que un demonio.

—No la he encontrado. [*Pues no me la ahorro*].

—¿Y todavía no sabe que estás bien? Joder, Begoña, es para darte un par de hostias bien dadas. ¿A qué esperas?

—Para ya, Ignacio, que no soy de madera. ¿Qué quieres que haga si mamá no tiene el teléfono disponible? ¿Que salga corriendo a buscarla por la ciudad? ¿Quién merece el mayor reproche, yo por lo que ha pasado o los papas por darse por satisfechos con lo que sabían o dejaban de saber? No me rajés, Ignacio, que tampoco estoy de humor.

—[*Lo peor es que el diablillo va orientado*]. ¿Por qué lo hiciste?

—Ya te lo puedes imaginar.

—¿López?

—López.

—Pero ¿cómo te pudo llegar a convencer de hacer un disparate así? ¿Te imaginas que no leemos tu correo? ¿Te has olvidado de que papá tiene el corazón delicado?

¿Estás ida, Begoña?

—[*O lloro, o lo arrollo*]. Espera un momento, Ignacio, solo un momento... Oye, Espe, ¿por qué no vas tirando y me pides una margarita? Yo voy de aquí a un par de minutos.

—Vale. No te retrases, que se enfría.

—Hasta ahora. ¿Oye? ¿Sigues ahí? Es que tenía a Espe cerca. Pasé la noche en su casa, ¿sabes? Sí, claro que lo sabes, ya lo leíste [*y creo que Espe ya no puede oírme...*]. ¿Quién mierda te has creído que eres, Ignacio?! ¿Te parece bonito hablarme así? ¿Tú? ¿Tú eres el que me va a pedir explicaciones sobre López? ¿Te crees que me chupo el dedo? Empieza tú a dar esas explicaciones, Ignacio, y después oiremos las de papá y, a continuación, las de mamá. Soy la pequeña, ¿no? Pues dejadme para el final y contadme antes cómo López os pudo convencer a todos vosotros.

—[*Joder con la niña. Peor que los peores prontos de nuestros padres*]. ¿Qué sabes tú?

—Lo mismo que tú. Que ese hombre nos tiene de la mano a todos, y a todos nos hace bailar al son que toca. Y, por lo que dices, no me equivoco. Y como si supiera la música que le gusta a cada uno, porque no lloramos, ni nos quejamos, ni nos lo cantamos entre nosotros. ¿Acaso tienes ganas de hablar, hermano mayor?

—No estamos tratando de mí...

—Eso hay que entenderlo como un no. ¿Tienes pistas sobre la forma de convencer a papá y a mamá? Seguro que alguna más que yo. Yo todavía soy una niña, ¿verdad? Pues calcula. Si ese tío me ha pedido a mí, que no soy nada, cosas que os asustan, y me ha ofrecido otras que yo creía imposibles para cualquiera, calcula lo que habrán sido vuestros arreglos. Mucho más importantes que los de la niña. ¿A que sí? ¿A que se te están pasando las ganas de alargar esta conversación? ¿A que mejor lo dejamos?

—Bueno, bueno, Begoña, yo solo me estaba interesando por ti.

—Yo también te quiero, hermanito. Yo también me preocupo por ti. Así que, si quieres, te pasas por casa y esta noche jugamos a descubrirnos secretos. Eso sí: jugamos los cuatro, y empezáis vosotros tres. A ver quién la dice más gorda. Estoy convencida de que perderé.

—Intenta volver a llamar a mamá, Begoña.

—Descuida. Total, solo le he dejado dos mensajes. Puede que sí, que esté tan enfadada que no se digne a responderme y espera que la llame veinte veces más. Ya lo haré.

—Oye, ¿eres tú la ofendida?

—Es que estoy hasta el coño, Ignacio. Tengo el presentimiento de que ninguno de vosotros tiene derecho a darme lecciones en el trato con ese tío. Ojalá me llame, hombre. Te juro que se lo preguntaré.

—No se te ocurra volver a hablar con ese tipo.

—Ah, fíjate, aquí está la primera lección. ¿Cómo lo hago, hermano? ¿Lo has conseguido tú? ¿Has logrado alguna vez decirle que no, y basta, o colgarle el teléfono y evitar que vuelva a llamar? Dime, anda, que estoy deseando aprender.

—Te tengo que dejar, Begoña. Me toca vigilar el comedor. [*Te tengo que dejar porque al final me vas a notar el sonrojo. Cagondiós con la niña*].

—Perdona, Ignacio. Estoy un poco nerviosa.

—Perdona tú, Begoña. Me alegro de que estés bien.

—Me alegro de que seas mi hermano.

—Supongo que nos veremos esta noche. Cuídate.

—Cuídate tú también, Ignacio. Adiós.

—Adiós, Begoña.

—¿Diga?

—Hostia puta, Bego, ¿vienes o no vienes?

—Ahora voy, Espe, que me he entretenido hablando.

—No hace falta que lo jures, tía; que se van a enfriar, joder.

—Empieza, Espe, empieza.

—¿Seguro?

—Pues claro. Dentro de un minuto estoy ahí.

—*Vaaale*. Corre, ¿eh?, que está crujiente.

—Ve comiendo, que me parece que me llaman otra vez. Hasta luego.

—Joder, Bego, pareces alguien importante, tan solicitada.

—¿Begoña? ¿Estás bien?

—¿Mamá? Te he llamado...

—Sí, hija, creía que lo había encendido y... Y toda la mañana al teléfono, ¿eh? Más un portátil nuevo que tengo que utilizar... Bueno, Begoña, estoy esperando que te justifiques.

—Siento que os preocuparais. Yo os dejé aviso en el contestador...

—No me vengas con memeces, hija mía, que encima no tengo mucho tiempo.

—Bueno, pues nada, si llevas prisa ya hablaremos por la noche...

—Siempre y cuando tengas la delicadeza de comunicarnos cómo y dónde vas a pasar la noche, y no tengamos que husmear en tu correspondencia para saber si te has desvanecido, nos has abandonado o te han secuestrado.

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres?

—¿Que qué más quiero, mocosa? Pues mira, ahora mismo querría abroncarte en persona, por verdulera y por inconsciente, y por lo mal que lo pasamos.

—Esta noche también puedes hacer eso, mamá [*y, a lo mejor, según lo caliente que esté, te devuelvo el golpe o me voy de casa*]. Puedes dedicar la tarde a practicar con algún antipático de la oficina. [*Ahí me he pasado*].

—[*Pero ¿qué dice esta loca? ¿Cómo se atreve a hablarme así?*]. ¡Begoña! ¡Más respeto, que soy tu madre! [*Encima he de susurrar los gritos para que no me oigan aquí al lado*]. Esto es cosa de López.

—¿Esto? ¿Qué es esto?

—Tu desaparición, tus insolencias, tu comportamiento. Reconócelo: López te ha embaucado.

—¿Que lo reconozca? Vale, lo reconozco. Me refiero a pasar la noche fuera. Lo de la insolencia, que tú dices, es exclusivamente mío. Es probable que el bueno del señor López no lo aprobara.

—[*A veces no te reconozco, Begoña. A veces parece que se me interrumpa el quererte*]. Te ha retenido ese hombre, ¿no?

—No, mamá. He pasado la noche con Esperanza. Ya la conoces. Preparando un examen. Ahora mismo me está esperando con un pedazo de *pizza* fría delante.

—¿No te advertí de que no debías volver a hablar con ese individuo?

—¿No me has entendido, mamá? Te he dicho que he pasado la noche con una amiga, que os dejé un mensaje y que lamento que os tuviera la noche en vela [*pero muy poco en vela*]. No sé qué más puedo decir.

—¿Has hablado con ese hombre? ¡Contesta!

—¿Cuándo? [*No vayas por ahí, madre*].

—¿Cómo que cuándo? No te hagas la tonta, Begoña. ¿Fue él quien te propuso pasar la noche fuera de casa?

—[*Acabaré hiriéndote, mamá*].

—Así que eso. Lo sabía. Me has decepcionado, hija mía. Creía que habíamos logrado inculcarte el amor a tus padres, la prudencia ante los desconocidos y la obediencia a nuestros consejos. [*No delires, Magdalena. Olvida y abrevia que, además, te esperan*]. He llegado a un punto...

—Sigo vuestro ejemplo.

—¡Begoña!

—Mira, mamá, es la tercera bronca que me llevo hoy. Ya estoy harta de que todos seáis tan hipócritas.

—¿Qué te ha hecho ese desgraciado para que me trates así? ¿Qué dirá tu padre? Esto no puede quedar así y...

—Ya he hablado con papá.

—Seguro que no has usado el tono que...

—Había hablado con López.

—¿Qué?

—Eso me ha dicho. Y he hablado con Ignacio.

—Y...

—Y no me ha negado que trate con ese tío.

—No me digas que...

—No me vas a decir que tú eres la única que no tiene relación con él. La única que ha logrado deshacerse de él. Dímelo, mamá. Dímelo. Lo estoy deseando. Entonces me disculparé de corazón, te lo juro, y lloraré de vergüenza, y me conformaré con el castigo, y te admiraré más que nunca. Dímelo, mamá.

—Tú no puedes comprender...

—Claro que comprendo. A cada momento logro comprender un poco más. López se...

—Espera, Begoña, espera un momento...

—López se aprovecha de nuestras debilidades. Ese es mi caso, mamá. Yo amo [y, como te rías, te odiaré para siempre]. A mí me ha atacado por ahí.

—Lo que ahora crees amor, hija...

—¡No sigas! No se te ocurra seguir, madre. No te atrevas a manchar lo que no conoces. Después lo puedes lamentar. Lo que he hecho, lo volvería a hacer. Me da vergüenza decirlo, y por eso no lo voy a decir, pero no ha sido vergonzoso. Por un lado no tenía más alternativa que aceptar las condiciones que me ha impuesto, pero, por otro, me ha dado lo que me ha dado casi gratis. Casi no me ha pedido nada, mamá, y me ha devuelto mucho. Me gustaría saber si vosotros tres podéis decir lo mismo.

—Ahora no es el momento...

—Los tres reaccionáis igual. Los tres tenéis miedo. Lo noto. ¿Qué amores ha removido López en cada uno de vosotros?

—¡Cállate, Begoña! [*Bastante calvario me da mi conciencia como para que te añadas tú en voz alta*]. Amor es lo que se siente por una hija, y eso tú no lo conoces. Te he llamado para saber de ti y, sí, para regañarte. No para que me maltrates. [*Ni para que me aterres con esta conversación. Pensar en el interés que me ha empujado a mí... Pensar en los de Gerardo y de Ignacio...*]. ¿A qué hora estarás en casa?

—A las cinco o las seis, supongo.

—Te llamaré entonces. A esa hora ya sabré cuándo acabaré y...

—Ya.

—[*No repliques, Magdalena, no te lées, que te esperan*]. Y procuraré llegar cuanto antes, aunque no sé. Aquí tengo montado un embrollo fuerte...

—Vale. Hasta la noche.

—Adiós, Begoña. Por lo que más quieras: ten cuidado y ve a casa pronto.

—Sí, mamá. Adiós.

—Adiós, Begoña.

—[*Hostia, creía que me iba a prohibir hablar con López. Se ha contenido, o no se ha atrevido*]. ¿Queeé?

—¿Cómo que qué? Vaya plantón me has pegado, Bego.

—Me ha llamado mi madre, Espe, y ya te puedes imaginar.

—¿Muy borde?

—Lo normal. Por suerte está muy atareada y se fija poco en todo lo demás. Ahora voy hacia allí.

—¿Qué te pido?

—¿No me habías encargado un cuarto de margarita?

—No quería que se echara a perder y me la he zampado.

- ¡Es que es tardísimo!
- Es que no paras de hablar, tía. Tendrás sed, más que hambre.
- Ya no me da tiempo, Espe.
- ¿Te llevo un mixto?
- Vale. ¿Tienes dinero?
- Creo que sí. Y, si no, a este le sonrío y me fía. ¿Para beber?
- Agua.
- Marchando. Cinco minutos.
- Vale.
- Tenemos cinco minutos, pues.
- [¡Ay! Pero ¿qué coño...?]. ¿Qué le ha hecho a Esperanza?
- Nada, Begoña, lo de siempre. Ocupar su línea.
- Pero si no ha llegado a colgar...
- No hacía falta. A decir verdad, llevo un rato contigo.
- No querrá decir que ha oído...
- Desgraciadamente, sí. Me ha apenado un poco que se agrieten las relaciones con tus padres y con...
- ¿De verdad le importa?
- Solo quería ser cortés, ya que lo preguntas. Lo que te puedo asegurar es que me ha satisfecho la bravura con la que les has respondido a todos. Cualquiera puede comprender que ya no eres una niña.
- [Antes me lo he prometido]. Tengo que saberlo. ¿Todos se han vendido?
- Feo lenguaje, Begoña. Venderse, venderse... No creo que tú aceptes aplicártelo a ti misma. Probablemente ellos también rechazarían esa descripción. Mejor dejarlo en medios y fines. En eso consiste la vida. Aplicar unos medios para perseguir unos fines que no siempre se alcanzan.
- ¿Qué fines tienen?
- No me corresponde a mí revelarlos. He aplaudido tu valentía al protegerlos, así que no quiero interponerme entre lo que se confían padres, hijos y hermanos. Es cosa vuestra.
- Y usted, ¿a qué aspira, señor López?
- Esta pregunta me confirma que has entrado definitivamente y de golpe en el grupo de adultos. No sé si felicitarte o no.
- No me ha respondido.
- Tus parientes me han hecho la misma pregunta varias veces.
- Y no les ha respondido.
- No. Vaguedades.
- Y a mí tampoco me lo va a decir.
- No serviría. No sabría explicarme, o no lograría hacerme entender.
- Pruebe.
- Estoy enfermo, Begoña.

—¿Se va a morir... [*de una puta vez y nos va a dejar de marear*]?

—Tarde o temprano, como cualquiera. Eso es un consuelo. Pero no, me refería a que estoy enfermo de melancolía, y trato de combatirla. Sin embargo, no acierto con el remedio. Me debato entre la filantropía y la misantropía.

—[*Joder, no voy a sacar nada en limpio de este zumbado*]. ¿Qué es eso? Ya veo que no tiene ninguna intención de aclararme a qué juega con nosotros.

—Hija mía...

—No me llame hija mía. No soy su hija, ni ganas.

—Gracias al Cielo. Hablaba en sentido figurado, pero sea como quieras. Te he dicho mucho. Te lo he dicho todo.

—Nos trata como a peleles.

—Si te das cuenta de eso, no hace falta que te diga más.

—Pues olvídese de mí, viejo asqueroso, y...

—Tu amiga ya tiene el emparedado entre las manos y se acerca. No tenemos mucho tiempo. No te quiero entretener más.

—Pues cuelgue y tire al río su maldito teléfono, y hágale compañía.

—Llama a tu padre de mi parte y dile...

—Ni lo sueñe.

—Y le vas a dar el siguiente mensaje...

—¿Está sordo? No quiero saber...

—Ha de rectificar la orden del convoy: diez vagones, y no dos. Y no cuel...

—[*A la mierda con el jodido este. Lo apago y a tomar por el culo. Que aprenda a... Joder, hostia puta, ¿por qué no lo puedo cerrar?*].

—Nos quedan dos minutos, Begoña. ¿Te parece bien seguir la conversación así, con el altavoz y a este volumen? Será muy llamativo.

—¡Ciérrelo, ciérrelo!

—Así me gusta. ¿Recuerdas el mensaje?

—No. Y le repito que por ahí no paso. Como si me tiene colgada del teléfono toda la tarde. ¿Por qué no me llama mientras estoy en clase? Me quitarán el aparato y puede seguir charlando con la directora, que es muy simpática. Seguro que...

—Vamos a ver. El examen lo habéis hecho con ordenador, ¿verdad? Muy moderno, qué duda cabe. Lástima de caligrafía, pero son los tiempos que corren. Ah, sí, aquí lo tenemos. Un poco mediocre, desde luego, pero considerando lo poco preparada que ibas... ¿Llamarás a tu padre si mejoro un par de respuestas para que la calificación...?

—No.

—Así que tampoco te impresionará que haga lo contrario, hasta caer en una nota vergonzante para tu historial.

—Por mí como si lo borra.

—Caramba, qué firme estás. También te mantendrás en tus trece si te propongo lo mismo con el examen de Enrique Luján. Bien es verdad que es más fácil subir la

puntuación que bajársela.

—[*Cabrón. Tampoco es mucho lo que pide a cambio, y Enrique me ha dicho, al salir, que estaba contento, que le había ido bien... Pero no puedo*]. Haga lo que quiera. Diga lo que diga, no pienso aceptar.

—Tu amiga está a punto de doblar la esquina, y tu seguridad me conmueve. Voy a hacer un último intento. Te voy a repetir el mensaje: diez, y no dos.

—Llame usted mismo.

—No me quedará más remedio si antes de cinco minutos no lo has hecho tú. Te diré lo que voy a hacer. Acabo de descargar unos ficheros bastante comprometedores en el ordenador de Enrique. Cuesta hacerse a la idea de la cantidad de materiales accesibles en la Red. Por supuesto que poseer la información que ahora mismo tiene tu novio es muy peligroso y es delito. Bien. Si dentro de cinco minutos has cumplido mi encargo, borraré las huellas y tu amigo seguirá su vida. Si no, llamaré yo, pero no antes de alertar a la policía de las perversas aficiones de tu amigo, y lo haré desde el teléfono de tu padre. Creo que me agradecerá apartarte de compañías dañinas. Aunque te diga que lo trasladarán a la Comisaría Superior no serviría para darle aliento, porque para estos casos las autoridades suelen agotar los plazos de incomunicación. ¿Me has entendido, Begoña?

—[*Sí, asqueroso, sí*].

—Dos detalles más: los teléfonos de Enrique estarán inutilizados durante la próxima hora. De todos modos carece de conocimientos para localizar y borrar lo que ahora esconde su máquina. Por último: tu terminal está preparado para llamar a la línea fija privada de tu padre en el consejo, no vaya a ser que se compliquen las cosas involuntariamente. Tomará la llamada Beatriz Pablote, su secretaria. Insiste en que te pase la comunicación, aunque tu padre esté ocupado o hablando con quien sea. La señorita Pablote está muy compenetrada con tu padre, así que no te pondrá dificultades. Si es necesario, dile que tiene que ver con Viena, y estoy seguro de que ella entenderá la urgencia. Decide con juicio, Begoña. Adiós y que aproveche.

—Toma. ¿Todavía estás así? Y aquí tienes la botella. Se te va a irritar la oreja. Venga, Bego, que se te va a enfriar.

—Aguántalo un momento, Espe. Se me ha olvidado dar un recado a mi padre.

—Ayer estuve en tu casa.

—Coño, Lucía, ¿qué haces un miércoles en el comedor?

—Me lo he cambiado por Belén.

—¿Y eso?

—Para coincidir contigo. Lo llevo intentando toda la mañana y no ha habido forma.

—Un no parar, chica. Incluso a la hora del patio he tenido que acompañar a uno de mis chavales a la enfermería, que casi se arranca un dedo con las putas tijeras. Mira que cortan poco, ¿eh? Pues nada, ese niño es gafe. Lucía, mira, a ese se le ha caído el babero.

—Bueno. ¿Y qué?

—Mujer, se va a poner perdida la bata y...

—No, Ignacio. Digo que qué pasó ayer. Yo, como una tonta, digo en casa que pasaré la noche fuera y regreso al cabo de dos horas. Menos mal que me vieron el cabreo en la cara y no me marearon. A ver, tú, ¿cómo pone que te llamas? ¿Luna? Muy apropiado. Siéntate bien y no te encantes removiendo la sopa. Lo que tienes que hacer es comerla. Bueno, ¿qué?

—No sabía nada, Lucía.

—Iba a ser una sorpresa [*para ti. Me la llevé yo*].

—¿Te esperaste mucho?

—Una hora completita.

—Hostia, Lucía, sí que lo siento. ¿Por qué no me llamaste? [*Esto es un poco cabrón de mi parte, pero peor es lo suyo*].

—Me olvidé el maldito móvil. Bajé a la calle y te llamé desde una cabina, pero saltaba el contestador.

—Ahora te lo cuento. Josemari, ponte como quieras, pero no vas a tener carne con patatas hasta que te acabes la sopa. Claro, por eso me salía una llamada rara esta mañana. Es que ayer tuvimos un susto con Begoña.

—¿Con tu hermana? ¿Qué ha sido?

—Nada. Al final, nada. Se quedó a dormir en casa de una amiga, y mis padres no lo sabían, o no se enteraron. Cuando lo conseguimos aclarar ya eran las tantas, y mi madre se puso pesada para que me quedase. Al fin y al cabo ya no pasaban trenes a esa hora. Estos niños no comen pan.

—Es que no sé dónde lo compran. No vale nada. Bueno, ¿y esta noche?

—¡Julián! Como te vuelva a pillar tirando migas a ese niño, te quedas sin postre hasta el miércoles que viene.

—Yo no he sido.

—Come y calla, y no seas mentiroso. ¿Esta noche? Uf, cónclave familiar. Me veo durmiendo otra vez en mi antigua cama. Oye, ¿a ti te parece bien esto de los televisores en el comedor?

—[*Vaya con el chiquillo. Ahora me da largas*]. Pasan reportajes de animales. Les cuadra.

—Sí, pero... Tú, como te llames, mastica con la boquita cerrada. No, no sé qué van a darte de postre, pero si sigues así podré contemplarlo mientras lo trituras, criatura.

—¿Te parece que están revoltosos?

—No se están quietos, Lucía. Como si no estuviera la tele.

—Pues no quieras saber cómo era el año pasado. La hostia. No, Mateo, no se puede repetir de patatas. Sopa, si quieres, sí.

—No me digas.

—Ahora están calmadísimos, aquí donde los ves. Era poner televisores, atarlos o enviarlos a comer a su casa, para que dieran el coñazo a sus padres. O sea, que hasta el jueves no nos vamos a ver.

—[*Ahora te voy a joder. Virtualmente*]. El viernes. Pasado mañana voy al centro asociado de la universidad, y seguro que conoceré en persona a algún compañero del foro, así que se me hará tarde.

—¡Pero si este fin de semana me voy!

—¡No me digas! [*De eso se trata, monada. Vamos a ver lo que resistimos. Cada uno por su lado*]. ¿Cuántas veces te lo tienen que repetir? No le puedes levantar hasta que no acaben tus compañeros de mesa. No, no son lentos. Tú, que te tragas la comida como un pavo.

—Joder, Ignacio, ya te lo dije.

—¿Estás segura [*de que me lo dijiste tres o cuatro veces*]?

—Pues claro, y no lo puedo volver a aplazar.

—Bueno, no te preocupes. Yo aprovecharé para ponerme al día de trabajo atrasado y te cuido al perro. Así los dos empezamos limpios la semana. Esto de obligar a los chavales a pelar la fruta con cubiertos me parece una gilipollez.

—[*Ni que lo supiera y lo hiciera a propósito. El lunes me va a venir la regla y mi plan se va a retrasar más de lo que quiero*]. Es un fastidio.

—Y que lo digas. Poco que les gustan las manzanas como para que pierdan los nervios desnudándolas con tenedor y cuchillo. Claro, después lo asocian...

—Fastidio el de no poder coincidir [*que parece que te hagas el loco*]. Tú, Mateo, al patio. Y sácate ese pan de los bolsillos. No comas más, chaval. Espera a la merienda, por lo menos. Es una lima.

—Cualquier día vamos a tener que empujar para que pase por la puerta. Bueno, ya solo quedan los rezagados del turno.

—Oye, parece que te hagas el loco.

—[*Cada vez que me parece cruel hacer lo que hago, me acuerdo de tus píldoras*].

¿El loco? ¿Por qué?

—[*Esto no debería decirlo*]. Tengo ganas de follar, Ignacio.

—¡Lucía! ¡Que la Robles está aquí!

—Nos encerramos en el cuarto de la caldera. Puedo conseguir la llave.

—[*Las vueltas que da el mundo y lo poco que dura la ovulación*]. ¿Estás loca?
¿No eras tú la que no quería cruzar aquí ni una mirada?

—[*No hace falta que me lo restriegues por la cara*]. Perdona. No sé lo que me pasa. [*Todo al revés*]. ¿Te vienes a comer?

—Iré en el segundo turno. Antes tengo media hora de patio. Y me voy ya que la Robles se acerca.

—¿Nos vemos a la salida? ¿Te llevo a la ciudad?

—Antes tengo recados que hacer. Luego te llamo.

—Señor Vives, señora Cerada. ¿Todo en orden?

—Sí, señora Robles. Estamos discutiendo sobre la conveniencia de incluir unas especies u otras en los reportajes que emitimos. Lucía cree que los primates mantienen más entretenidos a los niños. Yo soy partidario de los insectos. Aportan valores educativos superiores. ¿Qué opina usted?

—Opino que se le está pasando su hora de vigilancia del patio grande, señor Vives, no vaya a ser que nuestros queridos niños se maten como chacales.

—Señora Robles, Lucía. [*Mejor me abro, porque esta muerde. Joder, qué frío hace y qué hambre tengo. De mil amores me metería en el cuarto de calderas con Lucía. Ahí me calentaría y...*]. ¡Tú, chaval, ven aquí ahora mismo! [*Y algo me comería, sí, señor, que desde aquel sábado glorioso...*]. ¡Que vengas te he dicho! [*No me la saco de la cabeza, pero es que...*].

—¡¿Qué pasa?!

—[*¿Será mamón?*]. ¿Te parece bonito pegar a un compañero?

—¡Pero si estamos jugando! Mire, ya verá. Ven aquí, Gordi, díselo al maestro, ¿a que estamos jugando? ¿Ve? Si le gusta...

—[*Esto de que me traten de usted y me tomen el pelo a la vez...*]. Hala, venga, marchaos, pero que no os vea tocándoos un pelo de la ropa.

—Es náilon, ¿ve?, no tiene pelo.

—[*Capullo... Y se va corriendo. Pues prefiero hacerme el loco, que hoy ya he tenido mi ración de Robles. Pero es que yo no sé qué me ha pasado con Lucía. Antes tan enconado... Tanto que, si me hacía caso, yo ya tenía bastante, y ahora que ella está dispuesta, a mí me da pánico comprometerme. Cagondiós, que no me entiendo ni yo. Claro que ella también ha cambiado un huevo, y todo por culpa de...*]. ¿Lucía?
¿Cómo me llamas aquí?

—¿Sabes quién está en el comedor, Ignacio?

—No, usted otra vez no, por favor.

—Ten un poco de paciencia. Todo se acaba. Lo malo y lo bueno.

—[*A la mierda con el teléfono*]. ¡Tú, chaval, acércate! ¿Cómo te llamas?

—Delón. Carlos Delón, señor.

—[*Joder, menos mal. Uno educado para la edad que tiene*]. Muy bien, Carlos. Me vas a hacer un favor. Coge este teléfono y lo llevas a recepción. Di que de parte del maestro Ignacio Vives lo dejen en el casillero de Ignacio Vives, de quinto. Ignacio Vives. ¿Te acordarás?

—Claro, señor Vives. Pero está encendido.

—Un caso raro, es verdad. Se ha estropeado y se cuelan llamadas de cualquier sitio. Tú no hagas caso. ¿Me harás este favor?

—Lo que mande, señor Vives.

—[*Coño, quiero veinticinco como este*]. Pues venga, corre. Y gracias. [*Y que te den por el saco, López de los cojones. A ver si no voy a poder hablar con quien me dé la gana cuando me pase por la polla*].

—¿Es usted el maestro señor Vives?

—[*Cagondiós, en este patio me voy a hacer famoso*]. Sí, muchacha, ¿qué quieres?

—Me llamo Ana Ruiz. Le prometo que yo he cumplido las normas.

—¿De qué me estás hablando..., Ana?

—Que yo tenía el móvil apagado.

—¿Y?

—Que no sé cómo está encendido, y le juro que estaba cerrado, y un señor del Departamento de Educación me ha dicho que le acerque el aparato al profesor de patio. Me ha dado su nombre. Tome.

—[*Pero me cagondiós...*]. Bueno, no te preocupes. Dame. Luego te busco y te lo devuelvo.

—No me lo requisará, ¿verdad? Yo no quería...

—Que no, te lo prometo. Te creo. Últimamente fallan mucho y..., uf, los de esta marca, los que más. Anda, ve. Enseguida estoy contigo.

—Mira, Ignacio, si lo vuelves a hacer, ¿sabes qué pasará? En el patio hay ahora mismo ochenta y siete críos a tu cargo. De ellos, veinticuatro llevan teléfono. ¿Te imaginas la estremecedora escena coral de dos docenas de chicos y chicas acercándose al maestro de patio, señor Vives, para informar de que tiene una llamada? Todos a la vez, naturalmente; ahí ganaría fuerza el punto estético.

—No sería capaz.

—Pues vamos a comprobarlo. Solo...

—¡No! No lo haga. Le creo [*y le aborrezco*]. ¿Qué quiere?

—¿Sabes quién está en el comedor en estos momentos?

—El segundo turno, supongo. Los mayores.

—¿De qué edad?

—Catorce a dieciséis.

—Muy apropiado.

—¿Para qué?

—¿Se te ocurre quién más está en el comedor?

—Los pobres desgraciados que hacen de monitores.

—Claro. Pero hoy están más tensos. Todos. ¿Adivinas la causa?

—¿Todavía está la directora?

—Exacto. La señora Robles se ha quedado ahí, con el semblante muy serio paseando arriba y abajo por el pasillo central.

—Es su trabajo.

—No camina sola. Desde que has dejado el comedor ha tomado por el brazo a Lucía. Lucía no se atreve a recordarle que es su pausa para comer. Seguro que está negra pensando que tendrá que engullir a toda prisa para ocupar su lugar de vigilancia en el parvulario. Ella habla poco. La voz cantante la lleva la señora Robles, no faltaría más. ¿Quieres escuchar la conversación?

—No me interesa.

—Discrepo. Hablan de ti.

—Tanto me da. [*¿Qué coño estarán diciendo de mí?*].

—Entonces, ¿no te importa?

—No.

—No se va a enterar nadie más.

—Ya le he dicho que no quiero saber nada.

—Notable muestra de autocontrol... o de pudor.

—¿Va a vacilarme mucho más? Tengo que devolver este teléfono.

—No te apures. Un acertijo y te dejo.

—Un acertijo.

—Eso. Adivina adivinanza. Con premio.

—Y es obligatorio que participe.

—Sí, claro. ¿Quién, si no? Será breve y divertido.

—Me conformo con lo primero.

—Mejor. Sobre lo segundo puede que tengamos gustos diversos. Yo te voy a proponer tres situaciones. Tú me tienes que decir cuál crees que es la peor.

—¿La peor? ¿La peor para quién?

—Eso es parte del juego. Lo decides tú. Te digo la primera, y enseguida entrarás en ambiente. Consiste en provocar un apagón completo en la capital entre, digamos, las ocho de mañana por la tarde y las cinco de la mañana del día siguiente.

—[*Está loco de manicomio. Definitivamente loco. He de seguirle la corriente. ¿Qué otra cosa me queda?*].

—¿Sigues ahí, Ignacio? ¿Me has entendido?

—¿Está usted loco, verdad? [*Un intento de oponerme*].

—¿Por qué? ¿Por fantasioso? No creas. Mira: a la de tres, cuenta hasta tres, que es lo que durará un apagón restringido en Almonte. Cuenta: uno, dos tres. Apagado, ¿verdad? Uno, dos, tres. Restablecido. Es fácil.

—[*De repente me estoy meando. El poder de un dios con la mala idea de un demonio*]. Me ha convencido. No hace falta que insista.

—Dos. Interrumpir las comunicaciones durante un ratito. Todas aquellas que dependan de un cable o una frecuencia. Creo que no quedaría mucho más que el papel o la carne y el hueso. Digamos... durante sesenta minutos: mañana por la tarde, por ejemplo.

—[*Chulo irresponsable...*]. Ni siquiera usted tiene medios para hacer algo así. No hace falta caer en el absurdo para amedrentarme. Ya me tiene suficientemente cogido como para que desvaríe. Déjelo, ¿de acuerdo? Me tiene aterrorizado. ¿Está contento? No necesita...

—Creo que no me has creído y...

—[*Pues claro que no, chocho. Hasta ahí podíamos llegar. ¿Quién se iba a creer esa idiotez?*]. Claro que sí, oiga. Venga, siga con su adivi...

—El patio tiene vistas a la plaza Ercolea. Mira hacia allí. Siempre está concurrida. Siempre hay gente colgada del teléfono. Observa con atención a partir de... ahora. ¿Notas algo especial? Aquel desconcierto de quien ha perdido la comunicación, ¿no?, pero sincronizado. Abarcarás a ver al menos una docena. En realidad tu teléfono es el único que sigue operando hasta... ahora. Recuperan las conversaciones y la normalidad. ¿A que sí, Ignacio? Unos momentos más y se amoscarían, ¿no crees?

—[*Porque lo he visto...*].

—Puede que algún colega se te queje de lo cochambrosa que está la red de ordenadores del centro, hasta el punto de perder momentáneamente la conexión. No hagas caso. Ha afectado a muchos más.

—[*No puede ser...*]. ¿También ha alterado...?

—Sí, pero ya pasó.

—¿Quiere decir que...?

—Tres. Suponte que entre las nueve y las cinco de la tarde de... pasado mañana... aparecen a cero los saldos bancarios de las tres principales entidades financieras. ¿Qué tal?

—[...]

—Que se puede hacer ya te lo demostré ayer por la mañana, ¿te acuerdas? Alterar los valores, quiero decir. El ensayo fue modesto, es verdad, pero apelo a tu buen juicio para que comprendas que no entraña unas dificultades técnicas insuperables. Un poco más engorroso, eso sí; hasta es posible que no me salieran todos a la vez, pero creo que antes de las nueve y poco estaría todo en marcha. ¿Me crees?

—Sí.

—En eso aventajas a todos. Te lo digo porque entendería la tentación de denunciar semejantes amenazas. «Un enajenado me ha llamado y me ha dicho que va a hacer (aunque yo no he afirmado tal cosa) esto y lo otro». Puede que se crean lo primero, que te he llamado, pero no lo segundo. Si insistieras y jurases que te he dado pruebas... Bueno, allá tú, pero puede que al final pensarán que tú eras el loco: un loco con malas intenciones, que son los peores.

—¿Está usted seguro de que no podía haber escogido a otro para hacerle lo que me está haciendo? Alguien más elevado, más poderoso. Lo que sea que usted persiga lo lograría más fácilmente. ¿Qué le he hecho yo? Por favor. Haga lo que tenga que hacer, pero use otro intermediario.

—No puede ser.

—Pero ¿por qué? Usted mismo lo ha dicho. Es tan descabellado lo que hace conmigo que, aunque quisiera hablar, nadie me creería.

—Formas parte de una familia, no lo olvides.

—Bueno, está bien, acabemos de una vez. No lo puedo evitar, ¿verdad? Pues a ver, ¿qué viene a continuación? ¿Tengo que escoger la peor de las tres pesadillas? Pues nada, ahora mismo le digo que es...

—Alto. Te he dicho que el acertijo encierra recompensa. Cuando la conozcas, decidirás reflexionar antes de responder. La señora Robles y tu querida amiga Lucía siguen ahí, pero da la impresión de que están a punto de despedirse. La mayor parte de los muchachos empieza a atacar el segundo plato. Casi nadie hace caso de las manadas de búfalos que se ven en los televisores. No están atentos. No les atrae. ¿Tú qué opinas?

—No sé qué tiene que ver una cosa con otra.

—¿Recuerdas aquellas leyendas sobre publicidad encubierta? Se trataba de sustituir unos pocos fotogramas de cada muchos para que calase el mensaje, de un modo inconsciente.

—[*¿Cómo puede ser que algo acojone y aburra al mismo tiempo?*]. ¿Podemos acabar de una vez, señor López [*maldito López*]?

—Claro, perdona, pero necesitaba ponerte en antecedentes. ¿Has intentado variar la frecuencia de dos emisiones?

—No. Además, no le entiendo.

—Sí, hombre, lo que te decía antes. Subliminal, lo llamaban. ¿No te suena? Siempre me ha llamado la atención y no encontraba la forma de ensayarlo. Hoy lo estoy experimentando en el colegio.

—[*¿Con qué me sale este?*]. ¿Qué quiere decir?

—¿Sabías que Lucía es aficionada al cine? Eso no te lo dije. Era saber demasiado y habría sospechado.

—No habría sido tan forzado como adivinar su predilección por el besugo.

—Pero es que a Lucía le gusta el cine detrás de la cámara. Y delante. Todo a la vez.

—[*Ay, madre...*].

—El último largometraje lo grabó el sábado.

—[*Cagondiós, cagondiós...*].

—El reparto es corto. Tú y ella.

—¡No me lo creo! ¡Mentiroso!

—Te equivocas de medio a medio. Yo también he tenido que sobreponerme y

salvar mi aprensión, pero... Consuélate pensando que Lucía no es una principiante. Tiene cuatro más de protagonista y seis o siete de actriz exclusiva.

—¡Basta! ¡No quiero saber más!

—Pero, Ignacio, no te enfades. Un par de cosas más. A Lucía le gusta filmarse sola y en compañía. Yo creo que, además de adivinarle los gustos, regalarle el perro y ser más distante, ha influido la película. La ha revisado ya unas diez veces, toda o en parte. Le gustas, y le gustó tu comportamiento, o tu rendimiento. No sé cómo debería decirlo. Si quieres te puedo dar la dirección del servidor donde las tiene guardadas. Anímate: no las tiene en su ordenador, al alcance de cualquiera.

—No quiero verla.

—No me malinterpretes, pero no carece de interés.

—No quiero verla. [*Ni la película, ni a Lucía, ni a ti, cabrón, que me estás destrozando la vida. No quiero ver nada ni a nadie*].

—Pues mira que lo tienes fácil. La estoy emitiendo por el circuito del comedor.

—¿Qué?! [*Con los alumnos, con la Robles...*].

—Detente, Ignacio, y cálmate. Por ahora están intercalados los dos reportajes: el de los búfalos y el del apareamiento.

—Cerdo, cerdo... Le voy a...

—Ser ordinario no añade ventajas a tu situación.

—¿Qué quiere, sinvergüenza, que le dé las gracias?

—Sería más apropiado. Ahora la proporción es de unos quinientos a uno, así que, de momento, nadie presta mucha atención. Eso es lo que va a cambiar con tu respuesta a mi adivinanza.

—Si lo tuviera delante...

—Fingiré que no he oído eso. Bien. Tú me dices cuál de aquellas tres situaciones crees que es la peor. Si aciertas, seguirán durmiéndose con los rebaños. Si no...

—¿No comprende que esto es un sinsentido? ¿Cómo voy a coincidir con usted [*un perturbado*] en sus gustos [*de alimaña*]?

—Si no aciertas, fomentaré que los alumnos conozcan mejor a sus profesores. Si nos damos prisa, también la directora. Pero, bien mirado, eso no dejaría de pasar. La reacción de los niños no dejará indiferente a nadie.

—[*Piensa rápido, guapo, o mañana sales en los informativos y cambias de profesión. ¿Se lo habrá inventado? Qué va. A este hijo de puta no le hacen falta mentiras. ¿Qué escojo? ¿Qué mierda escojo? Cagondiós, si apenas me acuerdo de las tres animaladas*].

—Tienes que decidirte, Ignacio. Supongo que sigues ahí, ¿no?

—Sí. [*O desaparece la luz, o las comunicaciones, o el dinero. Eso era. ¿Qué más da? Tampoco sé si seguirá adelante con lo que yo diga*].

—El tiempo apremia.

—¿Llevará a cabo lo que escoja?

—Puede que sí, puede que no.

—No sé qué hacer.

—Decídate. He aumentado la frecuencia a trescientos contra uno. Dentro de poco se notará que algo pasa con la película.

—Por favor...

—Doscientos a uno.

—Señor López, se lo suplico, pídamme otra cosa...

—Cien a uno. Estoy viendo que algunos chavales se fijan por primera vez en el televisor. Las interferencias se notan.

—Lo que sea. Cualquiera cosa...

—Si no hablas ahora, lo próximo que oirás de mí será que empezaré a mezclar los fotogramas uno contra uno. Al cabo de un segundo, uno contra dos. Al siguiente, uno contra tres. Al siguiente...

—¡Los teléfonos!

—¿Quieres decir cortar las comunicaciones? ¿Eso es lo que crees peor?

—Sí, eso. [*Sí, so cerdo, es lo primero que me ha venido a la cabeza. Total, solo para oírte decir que he fallado y que voy a salir muy favorecido en la pantalla*].

—Lástima, Ignacio. He de respetar lo que he prometido, así que los chavales solo van a gozar... de los búfalos pastando. Una lástima, en cierto modo, ya te digo, porque estaba pensando que darías otra respuesta, o ninguna. Los humanos son de pasmo.

—¿He acertado? ¿Ha parado la mezcla? [*Cagondiós, encima este cabrón es capaz de calmarme después de acojonarme*].

—Sí y sí.

—¿Interrumpir las comunicaciones es lo peor?

—Indudablemente. Lo peor para mí. Calcula lo fastidioso que sería ponerme trabas a mí mismo. Necesito teléfonos, ordenadores y cámaras para oír y ver el mundo, y para hablar con vosotros. Qué horror. Tendré que felicitarte por la respuesta. ¿Deducción o azar?

—Deducción. [*Jódete, abuelo. No te puedo devolver lo que me estás haciendo, pero al menos te clavaré una espina en la pezuña*].

—Excelente, Ignacio, excelente. Te había subestimado. Lo tendré en cuenta para futuras conversaciones, muchacho.

—[*¿Muchacho? Tu puta perra madre*]. Habrá más.

—¿Me lo preguntas?

—Sí.

—Sí que habrá más. Puede que el plural sea excesivo, pero da por hecho que volveremos a hablar. Cuando menos, una vez.

—¿No podemos matar aquí mismo nuestra... amistad? Creo que la hemos agotado. A mí ya no me quedan más cosas por decirle, agradables, quiero decir, y así...

—Cuando menos una vez, Ignacio. Adiós. No le guardes rencor a Lucía.

—[*Ojalá te mueras de un pasmo antes de volver a incordiarme, desgracia humana... ¿Dónde coño está esa niña? Ah, sí*]. Te llamabas Ana, ¿verdad?

—Ana Ruiz, señor maestro.

—Bueno, Ana Ruiz, aquí tienes tu teléfono. Gracias. No sabes el favor que me has hecho.

—¿Puedo pasar?

—¡Qué cosas dices! [*En mal momento me pillas*]. Pasa y siéntate.

—[*Bien rápido has aprendido formalismos*]. Felicidades.

—Gracias.

—Y adiós.

—¿Cómo que adiós? ¿No te vas a quedar ni un minuto? [*Que no sea mucho más que eso, por Dios*]. Venga, ¿qué quieres tomar?

—[*Bar y todo. Para que veas*]. ¿Café? ¿Puede ser café?

—Pues claro. Vamos, todavía no la he puesto en marcha, pero voy a probar. Hoy todo es una novedad para mí. Hasta el café.

—Para mí también. [*Si no dices nada es porque no lo sabes. Espero que no te hayas podrido tanto en tan pocas horas*]. Me han despedido.

—¡¿Qué?! ¡Luisa! ¿Cuándo?

—Calculo que al mismo tiempo que a ti te encumbraban. Así que he venido a decirte adiós y a desearte suerte. Te la mereces. [*Lo que son las cortesías. ¿Te lo mereces más que yo, Magdalena? No veo por qué. Lo que pasa es que el reparto de suerte en esta vida lo ha hecho un descerebrado. Eso es lo que pasa*].

—[*Ahora me vas a obligar a interceder, y se supone que no me puedo dedicar a esas tareas en mi primer día como directora técnica del grupo. Pídemelo dentro de un año*]. Si quieres puedo intentar hablar...

—No, Magdalena. [*Qué tibia es tu respuesta, amiga. No me digas más*]. Son hechos consumados. He firmado el finiquito. Ya no trabajo aquí.

—Luisa, yo... [*Yo no sé qué decirte. Lo lamento, claro. Lo que no sé es si has hecho todo lo posible por conservar tu puesto, o mejorarlo, como otros si hemos hecho*].

—Descuida, ya me las arreglaré.

—Pero, Luisa, ¿cómo ha sido...?

—Son tiempos de cambios, ya lo sabes. [*A unos les cambia a mejor. A otros nos cambia hacia la nada*].

—Supongo que sí. Cambios que no sabemos adónde nos llevarán. Puede que dentro de poco tiempo me arrepienta de haberme embarcado en este berenjenal y que tú aproveches para coger impulso para una nueva etapa. [*¿Qué porquería estoy diciendo? Joder, estoy atontada*].

—[*¡Qué cara más dura tienes, Magdalena! Ya me gustaría verte en mi lugar. Cabrón*]. Sí, no sé... Puede que aciertes. [*Tarde o temprano. O nunca*].

—Aunque ahora mismo me parece terriblemente injusto. ¿Te han dado explicaciones? Es que me cuesta creerlo. Pero si eres buena en tu trabajo, y...,

vamos, que eras..., quiero decir, eres..., bueno, eras el puntal del departamento comercial, y... [*López predijo que tu plaza estaba asegurada... Yo creía que era infalible... Esto es grave*].

—No se han molestado en justificaciones.

—¿Y Almeida?

—Vamos en el mismo paquete.

—¿También? No va a quedar nada...

—He oído que van a conservar a los tres o cuatro más jóvenes... por ahora. Tenía que haber perfeccionado mi inglés. Mi francés es tan valioso para la nueva empresa como el mandinga. Ni mi culo está lo bastante erguido ni mis tetas son lo suficientemente turgentes.

—¡Luisa!

—Las cosas claras, Magdalena. Con el palmito de hace quince años tendría más puntos que ahora. Todo se me reblandece. Hasta el expediente laboral.

—¿Qué vas a hacer?

—Lamerme las heridas un rato, desesperarme al siguiente, llorar un poco más adelante. [*No me había hecho ilusiones con tu reacción, pero no contaba con algo tan insulso. Eres una sin sustancia, querida*].

—Caramba, Luisa, esto es un plan feo... ¿Sí? ¿Dígame?... No, ahora no, por favor... Sí, de acuerdo, dentro de diez minutos o un cuarto de hora. [*Mierda, esto no ha quedado nada bien*].

—[*Qué asquerosa. A tiempo tasado*]. Te dejo, Magdalena, que estarás muy ocupada. [*Ahora me darás un no con la boca pequeña y luego un sí con la grande*].

—¿Ocupada? Abrumada. Así es como estoy. Y al pisar terreno todavía desconocido, peor. No hago más que conocer nuevas caras, estudiar decisiones que hay que tomar y comer y cenar en compañía no escogida. No tengo ni una rutina a la que agarrarme.

—[*Pobrecilla. ¿Tengo que apiadarme? ¿Yo, una que acaban de echar a la calle? Qué pronto cambian las chaquetas*]. Ya. Ha de ser duro.

—[*Tampoco me compadezcas, y menos de mentira. Para mí habría sido más fácil abandonar y vivir de Gerardo. He luchado y esto es lo que tengo. Allá tú con tu finiquito y tu pensión de divorciada. Porque a estas alturas ya lo estarás*]. ¿Qué sabes de Alfonso y de Borja?

—La semana que viene firmo los papeles del divorcio. Todas las ataduras se rompen a la vez.

—Vas a quedar completamente libre.

—O completamente a la deriva.

—[*Me lo has quitado de los labios*]. No, mujer, saldrás adelante.

—[*O me hundiré*]. De un modo u otro.

—¿Qué hay de Alfonso?

—Poco. Lo veo poco. Demasiado poco. Estoy deseando que se cierre el divorcio,

a ver si la juez logra lo que el amor materno no consigue. [*Vaya acceso de sinceridad. Da igual. Es que lo de Alfonso me hace mucho daño. Venga, Magdalena, otro motivo más de compasión*].

—¡Cuánto lo siento! [*Tu matrimonio, tu hijo, tu trabajo... Tu actitud... No estás para que te envidien, no*].

—Te acaba de sonar el teléfono.

—Sí, perdona, creía que lo tenía apagado... A ver... [*«Felicidades por el cargo. Por si le interesa: Luisa Otriva ha sido despedida por negarse a viajar. Hoy mismo tendrá más noticias mías. Saludos. López»*].

—[*¿Te han anunciado también el despido? Por la cara que pones...*]. ¿Estás bien?

—[*¡López! El que faltaba... Si es verdad que me llama... Con lo de Begoña se ha saltado todos los límites... Algo tendré que pensar para... Iba a decirme que para darle su merecido. Ya me gustaría. Desde luego que sí, aunque no sé si podré*]. Sí, sí, estoy bien. Las noticias, que no paran.

—[*Endiosada al cabo de unas horas*]. Bueno, Magdalena, yo...

—Perdona... ¿Dígame?... ¿Ahora?... Un momento... Luisa, no tengo más remedio que atender a una visita.

—Pues claro, no te preocupes. También yo llevo algo de prisa [*para llegar a ningún sitio. Para hacer nada*].

—Te llamo esta semana y hablamos con calma.

—Eso. Dame un beso.

—Todo se arreglará, Luisa, no te preocupes. Y, si necesitas algo, ya sabes dónde me tienes.

—[*Necesitaba tu amistad, Magdalena. Eso es lo que me hacía falta*]. Gracias por todo, Magdalena. [*Por nada*]. Hasta pronto.

—Hágale pasar cuando vea salir a la señora Otriva. [*Y este tío, ¿de dónde sale ahora? No creí que llegaría el día en que lo conocería. ¿Qué querrá?*].

—¡Señora Moral!

—[*¿Pues no me besa la mano, el muy antiguo?*]. Encantada de conocerle, señor Patilla. He oído a mi marido hablar mucho de usted.

—Muy amable por atenderme. Ha sido un impulso.

—Pero siéntese, por favor.

—Gracias. No le robaré mucho tiempo. Lo cierto es que ahora mismo me están esperando cinco personas, incluido un concejal, en la otra punta de la ciudad. Pero les está bien empleado.

—[*Gerardo ya me lo dijo: es un chulo*]. Usted dirá.

—Ante todo, muchas felicidades. Su cargo es de lo más merecido; lo mínimo que cuadra con sus méritos. No es que sea algo nuevo para mí, claro, dada mi situación en Sanatea. Supongo que está usted al corriente.

—¿De su condición de accionista?

—Exacto. Cuando tomé la participación en Sanatea, mi objetivo era puramente la inversión. La rentabilidad, ¿me entiende? Arriesgo capital por el provecho, no por el sector.

—Ya veo.

—No es que esté despreciando el sector farmacéutico, Dios me libre. Se lo explico para hacerle ver que nunca me he interesado en la gestión. Hasta ahora.

—[*¿Por qué se ha callado sonriendo como un idiota? Ni que me hubiese desvelado el futuro*]. Siga, siga, le escucho.

—¿Puedo ir al grano, señora Moral?

—Por supuesto. Nada me complacería más.

—Cuando se planteó la integración de la empresa en BernaFarm resultó que mi paquete y sus correspondientes votos eran decisivos. El consejo estaba dividido. Ya sabe usted que entre familiares y parientes esto se convirtió en un gallinero, y no hay nada que me moleste más que extraviar el rumbo de una empresa por culpa de disputas particulares. ¿Llevo razón o no?

—Toda.

—Pues eso. Yo vi claro que lo mejor para la organización era la proyección internacional, de modo que decidí que el consejo se inclinara a favor de lo que finalmente se ha hecho. Además comprendí que era una oportunidad única para rehacer responsabilidades y tareas. ¿Qué mejor muestra que la reorganización del Departamento Técnico?

—No sabía...

—A ver, no quiero arrogarme méritos que no son míos. Las decisiones últimas corresponden a los responsables de BernaFarm, pero admito que estuvieron muy receptivos a mis sugerencias. Era de cajón que un talento como el suyo no se podía perder. Eso lo tenía que ver hasta un ciego. Aunque hay tantos ciegos en este mundo...

—Le agradezco... [*¿Me está diciendo que estoy donde estoy no por méritos, ni por suerte, ni siquiera por López, sino por él?*].

—Nada, nada, recomendarla a usted era una obligación, porque era lo mejor que podía hacer por la empresa. Tanto que incluso valía la pena vincular la venta con cierta disposición de personas.

—Todo lo que me dice es nuevo para mí. Tal vez le he parecido desagradecida, pero desconocía...

—Olvídelo. Cuando se hace lo mejor para la empresa, no se merecen agradecimientos. Además, me atrevo a confesárselo a usted ahora que carezco de vínculos accionariales.

—Claro, olvidaba que todos han vendido a BernaFarm. Eso realza todavía más sus decisiones [*aunque confío en que no me pedirás una reverencia a cambio*].

—Es cierto que no me movió otro interés que el de la firma. Y el suyo, claro. Da gusto cuando todo se mueve en la misma y buena dirección.

—Qué torpeza la mía, señor Patilla. Ni siquiera le he ofrecido algo para beber. ¿Café? ¿Algo más fuerte? Pero cómo, ¿ya se va usted?

—Lo que quería era felicitarla. Ya está hecho. Me voy deseándoles lo mejor. A usted y a BernaFarm.

—[*Esto no me encaja. ¿A qué ha venido? ¿A presumir de dirigirme la vida?*]. Si puedo hacer algo por usted...

—Le agradezco el ofrecimiento. [*Ya era hora, pelmaza. Un poco más y te lo tengo que soltar sin darme pie*]. Pues mire, le voy a tomar la palabra. Puede que sí. Puede que le pida un favor.

—Si está en mi mano, cuente con ello.

—[*A mano y a coño, señora*]. Se trata de su marido.

—¿Qué pasa con Gerardo?

—Tranquilícese, señora Moral. No es nada malo. Al contrario. Ustedes dos me resultan simpáticos. Me gustan. He fomentado su promoción, señora Moral, y busco ampliar los horizontes del señor Vives. Usted sabe mejor que nadie que es una cabeza de primer orden, capaz de cosas más ambiciosas que las que desarrolla actualmente.

—Supongo que tiene razón...

—Por supuesto. No me equivoco fácilmente con los hombres.

—Todavía no veo cómo intervengo yo...

—Nada más fácil. Ayúdeme a convencer a su marido de que acepte la oferta que le hice para colaborar conmigo.

—Perdone... Este teléfono... [*«El señor Patilla no recomendó la venta de Sanatea. Al contrario. La mayoría tuvo que convencerlo, y por un aumento de precio. Le adjunto los resultados de la primera votación. Además exigió (sin éxito) que todas las direcciones de área las ocuparan los cargos originales de BernaFarm. El señor Patilla, al principio, se opuso a su designación como directora técnica. Con la incorporación del señor Vives busca un golpe de efecto. Su constructora, CLVM, está en horas bajas. Luego la llamo. Saludos. López»*]. Bueno, señor Patilla, ¿dónde estábamos?

—Usted se empeñaba en agradecerme mi participación en la venta de Sanatea y yo le pedía ayuda para impulsar el futuro del señor Vives.

—Así que me tocaba responder.

—Preferiría que me dijera que no solo lo va a intentar, que eso lo doy por hecho, sino que lo va a convencer, y rápido.

—No sé si podré, señor Patilla. [*Confórmate con una cortesía*].

—¿Cómo dice? Me parece que merezco un poco más de entusiasmo. Le he explicado mi intervención por encima. Si supiera...

—Ya lo sé, señor Patilla.

—¿Qué sabe?

—Lo mucho que entorpeció la venta.

—Pero, pero...

—[*Oh, no, López no se equivoca. Otra vez*]. ¿Necesita que le recuerde el resultado de la primera votación? Usted se opuso.

—Pero eso fue una decisión táctica, señora Moral. No hace falta que lo entienda. No es su especialidad. Pero no dude...

—No dudo. Qué va. Me consta que usted se opuso a mi nombramiento. Supongo que eso también era parte de la táctica.

—Usted no sabe cómo se desarrolló la discusión.

—Creo que ya hemos hablado bastante, señor Patilla. Tengo mucho trabajo. Y ya lo creo que hablaré con mi marido. Se lo prometo.

—Está tergiversando los hechos.

—A mi marido le explicaré los hechos desnudos, no se preocupe. Él sabe sumar dos y dos sin ayuda de nadie. Adiós, señor.

—Aguarde un momento. Si usted sabía todo esto, o cree que lo sabía, porque le repito que yo actué a su favor, ¿por qué ha ido aceptando lo que le iba diciendo?

—[*Porque no lo sabía*]. Porque con el primer embuste me he quedado tan sorprendida que no he podido reaccionar hasta que ha tenido la desfachatez de, encima, exigir una compensación.

—Usted se ha llevado una impresión equivocada.

—No lo crea. En muy poco tiempo nos hemos conocido a fondo. Adiós, señor Patilla. [*Eso es. Mucho mejor que no me ofrezcas la mano. Sería demasiado violento rechazarla. ¿Será puerco, el tío? Y se va digno, ¿eh? Maquinando el próximo engaño. Y Gerardo, un pardillo. Irse a trabajar con este esperpento... Claro que yo misma, de no ser por López, acabo tan embaucada como Gerardo. López, López, siempre López...*]. Dígame.

—¿Señora Moral? Me alegro de saludarla.

—¡Usted...!

—Sí. Ya la he advertido de que la llamaría.

—No sé cómo tiene valor después de lo de Begoña. Eso es algo...

—Vamos, vamos, eso es agua pasada.

—Eso es algo que no le perdonaré nunca. Está usted enfermo y...

—Últimamente he de confesar a todos los miembros de su familia que sí, es cierto, estoy enfermo. En ustedes busco refugio. Respecto a su hija, no puede tener queja. Hasta el momento nadie ha sufrido el menor daño.

—¿Hasta cuándo nos va a torturar?

—¿Torturar? Mejor diga tutelar. ¿Qué me dice de su amiga Luisa? ¿Le ha dicho la verdad?

—¿Qué tiene que ver?

—Mucho. Vea, si no, la visita del señor Patilla. Otro mentiroso. Más peligroso, desde luego. Usted habría estado vendida de no ser por la información que le he proporcionado, amén de su marido, que podía haber dado un grave paso en Falso. No me dirá que eso no tiene valor.

—Estoy cansada, señor López. Profundamente cansada. Déjenos en paz. Por favor, se lo ruego, déjenos en paz de una vez por todas.

—Todo tiene que madurar, señora Moral.

—Madurar... ¿De qué me habla?

—En ciertos asuntos no se puede correr, por mucha prisa que se tenga. Le voy a poner un ejemplo, y enseguida se dará cuenta...

—No quiero oír nada más.

—Y yo no quiero que me interrumpa más. A estas alturas debería saber que utilizo un tono educado, pero no estoy pidiendo limosna. Le voy a poner un ejemplo, y usted lo va a escuchar callada y atenta, porque de él saldrá nuestro próximo trato. ¿Me ha entendido?

—[...]

—Bien. Decía que todo requiere su tiempo. ¿Recuerda la primera vez que hablamos? Suponga que le pido, que le pido, por favor, que se prepare para sacar del laboratorio todas las placas de ásara y gonga que todavía guardan en...

—¡Usted está loco, usted...!

—Basta de lloriqueos, señora Moral. ¿Ve a lo que me refería? Por lo menos nuestro conocimiento mutuo ha avanzado lo suficiente como para que si ahora la amenazo con transmitir esta conversación por el sistema de megafonía de la cafetería, usted me crea. Si no es así, dígamelo, y lo haré.

—[...]

—Sigamos. Con las reservas víricas de las que le hablaba, pasa algo por el estilo: es algo difícil de pedir y más difícil de aceptar recién presentados, así, de pronto, en una primera charla. En cambio ahora usted y yo sabemos más el uno del otro. Usted sabe que yo no hablo por hablar y yo sé qué ha hecho por mí hasta ahora, sé lo que he hecho por usted hasta ahora, e incluso sé lo que han hecho por mí su marido y sus hijos, y qué he hecho yo por ellos. Todo esto tan valioso, tanpreciado y tan privado, no se atesora en un abrir y cerrar de ojos. Confío en que con este ejemplo haya comprendido por qué le aseguraba que todo tiene que madurar.

—Bien, como guste. Ya lo he comprendido. ¿Feliz? Tampoco era necesario imaginar algo tan atroz.

—No imaginaba nada.

—¿Cómo?

—Le he dicho lo que tiene que hacer.

—¡No!

—Ahora.

—No puedo. ¡No puedo!

—Claro que puede. ¿Ha olvidado que ya realizamos un ensayo? No va a ser muy diferente, no se preocupe. Le voy a explicar algunos cambios...

—No, no. ¡No! Déjeme. ¿Está loco? ¿Qué pretende hacer?

—Trato de tener paciencia con usted, señora Moral, pero aquí todos somos

humanos y todos tenemos nuestros límites. No me gustaría hacerla callar.

—Pero ¿es que no lo entiende? Prefiero que difunda esto como le dé la gana. Por la radio, por donde quiera. [*Estoy acabada*]. Haga lo que tenga que hacer. No voy a dar un paso más junto a un perturbado.

—Muy heroico de su parte. La satisfaré y publicaré nuestras conversaciones. Lo haré, aunque será cuando me venga en gana. ¿Sabe qué tengo entre las manos? Aquel estuchito de seguridad con la muestra de ásara.

—[*No estoy acabada desde hoy. Hace días que lo estoy*]. Me prometió que la destruiría. [*¿Me lo prometió de verdad? Ya no sé qué es cierto y qué invento para justificarme*].

—No es sano confundir deseos y realidades, señora Moral. Conservo la muestra, así que poseo la prueba de un grave delito. Pero una prueba oculta no es nada. Lo que le pido ahora es igual: ignorado, no es delito, no es malo. No es nada. No existe. Es secreto.

—Denúnciame. Envíela a la policía. Dígame a qué comisaría, y procuraré llegar al mismo tiempo. Todo ha ido demasiado lejos.

—Al contrario. Apenas ha empezado a avanzar. Pero ha sido muy turbadora. Esa postura suya tan desprendida...

—Ya me ha oído. No voy a cometer..., no voy a hacer lo que me pide. Por nada del mundo. Jamás.

—No me diga.

—[*Esto es lo que merece este desalmado. Enfrentamiento. Oposición. Un no rotundo. ¿Por qué no lo habré hecho antes? ¿O ya lo había intentado?*]. Es mi última palabra.

—Sigue usted en vena titánica. Veamos. ¿Sabe qué estoy haciendo ahora? Estoy redactando un mensaje para Begoña. Se lo voy a leer: «Espérame dentro de media hora en la portería. Tenemos que ir a ver a papá por un asunto urgente. Besos. M.». ¿Le parece convincente? ¿Me sugiere algún cambio? No intente anticiparse, señora Moral. He bloqueado el teléfono de su hija. Solo puede recibir lo que yo decida. ¿Quiere a su hija, señora?

—No se atreva a tocarla, animal. No se atreva, porque...

—La opción es clara: o hace lo que digo, o esta noche no encontrará a Begoña en casa.

—Se lo suplico...

—Me estoy cansando. Basta de imposturas. Dentro de cinco minutos ya no quedará nadie en el laboratorio. Ponga las placas en un recipiente de frío. Baje en el montacargas hasta el aparcamiento. Meta la nevera en el maletero y conduzca hasta la estación. Han instalado unas consignas muy modernas y muy amplias. Carecen de llave. Código arriba, código abajo. Ya puede adivinar lo que tiene que hacer. No se preocupe por una taquilla u otra, ni por la clave que elija. Después diríjase a casa. Abraza a su hija. Lo demás es cosa mía. ¿Lo ha entendido?

—No. [*No. No entiendo nada. No puedo hacerlo, y no puedo dejar de hacerlo si quiero proteger a Begoña. Me quiero morir*].

—¿Comprende las consecuencias, señora Moral?

—¿Por qué no se detiene en hacerme daño a mí? Eso creo que lo podría soportar. Deje a mi hija. Es todavía una niña...

—Advierta hasta qué punto le estoy haciendo caso: es usted la única que está sufriendo. Innecesariamente, me atrevería a decir.

—Si acepto, hará daño a muchos inocentes y, si no, será Begoña quién pagará. Yo no le he hecho nada malo, señor López. Ni siquiera le conozco. ¿No podemos dejar todo esto? Le juro por lo más sagrado que lo olvidaré, y hasta intentaré no guardarle rencor. De verdad que lo intentaré.

—No nos podemos eternizar. Una pena, porque es muy interesante oírle en esta nueva faceta, pero el tiempo apremia. Mire, el mensaje a Begoña ya está enviado. Y ella está tecleando... Ahora lo hemos recibido los dos, ¿no es así? Lea su respuesta: «Vale». De manera que el reloj empiece a marcar. Tiene margen de sobra para hacer lo que le he dicho. Si cumple, desde la misma estación desbloquearé la comunicación para que pueda hablar con su hija y la emplace para una agradable cena familiar, por ejemplo. Si no cumple... Bien, en tal caso dejaré que trabaje su fantasía. Seguro que le aportará imágenes más vivas que yo mismo. Hasta pronto, señora Moral.

—[«*Si no obedece, despídase de su familia, señor Vives*»]. Ya te he enviado la orden. ¿Qué más quieres?

—Quiero que me expliques todo esto. No podemos hacerlo en tan poco tiempo.

—[«*Si no obedece, despídase de su familia, señor Vives*»]. Vamos a ver, Fernando, ¿no eras tú quien hace apenas unos días tenía tantas ganas de sacarse de encima las barras que amenazabas con enviárselas por mensajero a Rojas?

—[*Claro, pero quién iba a pensar esto*]. Tenía prisa, y me sigue urgiendo, pero no podemos cometer errores en algo sin precedentes. Dame una semana.

—[«*Si no obedece, despídase de su familia, señor Vives*»]. Oye, Fernando, durante la carga, el nivel de alerta es máximo, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Tú y yo sabemos cómo se respetan las emergencias. Si dura media hora, a la perfección. Si medio día, defectuosamente. Mantener la emergencia durante una semana es tanto como que nadie le haga caso.

—Pero es una operación...

—Es una operación tan delicada que cuanto antes se lleve a término, mejor. [*Me duele el corazón y me duele la cabeza. ¿Qué le he hecho yo a ese hombre para que me joda así?*].

—Gerardo, lo siento, pero no podemos hacerlo.

—[*Primera llamada: Begoña. Segundo mensaje: Ignacio. Tercera llamada: López*]. Tienes ciento cincuenta barras, ¿no es así?

—Ciento cincuenta y tres.

—Me llegaste a hacer una demostración de las mejoras en el brazo del robot, ¿recuerdas? Un minuto, ¿te acuerdas?

—¿Un minuto, qué?

—No finjas que no caes, Fernando. Un minuto es lo que se tarda en extraer una barra de la piscina y depositarla en un sarcófago. Y todavía le da tiempo de volver a su posición inicial. [*Lo de Begoña me ha extrañado, pero no ha sido demasiado grave. Total, qué más da un mercancías con tres, cinco o quince vagones*].

—Pero esto no es un ensayo, Gerardo. Esto no lo hemos hecho nunca.

—Claro que sí. ¿Quieres saber cuántas exactamente? [*El correo de Ignacio ha sido mucho peor. Cargar todas las barras, y no solo cuatro basuras de ejemplo. Creo que ahí empezó la punzada en el pecho*].

—Nunca tantas en tan poco tiempo. No podemos.

—A las once de la noche tiene que estar el convoy a punto.

—Es imposible.

—Todo el proceso está automatizado, Fernando. No me digas lo que es posible y

lo que no. Solo hay participación humana en el traslado de los cofres hasta los vagones. Un viaje en toro por cada dos cofres. No llegan a ocho viajes, Fernando. Trescientos metros cada trayecto. ¿Es eso imposible?

—Es muy arriesgado.

—¿Qué coño te pasa? [*¿Qué coño hemos hecho para que López se fije en nosotros?*]. Hasta tú y yo podríamos conducir un toro. Los cofres no son de cristal, Fernando. [*Y López llamando: «Si no obedece, despídase de su familia, señor Vives»*]. Mañana por la noche todos podremos respirar tranquilos. Tú tendrás tu central limpia y yo asumiré tus problemas. Eso es lo que querías, ¿no?

—No estamos cumpliendo el protocolo de seguridad.

—¡A la mierda el protocolo! Me acabas de decir que esto no tiene precedentes. Lo vamos a hacer, tanto si te gusta como si no. [*Ahora entiendo la nota que López le ha enviado a Plaza y en la que me suplantaba*].

—Esta es mi central, Gerardo. Las cosas se van a hacer como yo mande, no como tú ordenes.

—¿Es tu última palabra?

—Compréndelo, Gerardo. Tú eres el responsable último de la seguridad nuclear. No tiene sentido que se haga algo así. Reconsidéralo, por favor.

—Claro. Dame un segundo mientras atiendo una llamada. [*Ahora verás*]. Beatriz, ponme con Plaza.

—Enseguida, señor Vives, está marcando... Le paso, señor Vives.

—¿Plaza?

—¿Señor Vives?

—Sí, soy Gerardo Vives. Hágalo.

—Recibido. Dentro de dos minutos y medio estará cumplimentado. Adiós.

—[*Gilipollas*]. Adiós. [*Ya está*]. ¿Fernando? ¿Sigues ahí?

—Aquí estoy, Gerardo. ¿Has recapacitado?

—Estás destituido como director de la central número seis. Elvira Delfa es, desde ahora mismo, la nueva directora.

—¡Qué susto me has dado, Gerardo! Oye, vaya vena de humor negro que gastas, hostia, pero creo que no es momento para bromas.

—No es ninguna broma. Pásame con Elvira.

—Te has vuelto tarumba, Gerardo. Se va a quedar todo quieto y parado hasta que mañana vea a Rojas en persona y, si hace falta, al puto ministro, para que me aclare qué está pasando.

—Dos policías, junto con un médico, van a entrar en tu despacho. Estarás ingresado e incomunicado veinticuatro horas. Adiós, Fernando. Cuídate. [*Qué fácil es dejarse llevar por el mal*]. Beatriz, ponme con Elvira Delfa, de la número seis.

—Un segundo.

—[*Tal vez cuando el residuo esté almacenado y seguro en El Nuevo Petril se acabe todo. López, la seis, la cuatro y todo dios. A lo mejor sería hora de sacudirlo*

todo y aceptar la oferta de Patilla. Estoy harto de todo]. Dime.

—Le paso, señor Vives.

—Gracias. ¿Elvira?

—¿Señor Vives?

—Llámame Gerardo. ¿Estás al corriente de la situación?

—¿Situación? ¿Se refiere..., te refieres a dos policías y un paisano arrastrando al director fuera del despacho mientras sacaba espumarajos por la boca?

—Fernando ha sufrido un ataque de ansiedad. En el peor momento. ¿Puedo contar contigo?

—Claro, señor... Claro, Gerardo.

—Tenemos de plazo hasta las once.

—Pero si quedan... ¡cinco horas!

—Confío en que tú mantengas el brazo firme. Te confieso que este ha sido el asunto que ha desmoronado a Fernando. ¿Mantendrás templados los nervios?

—A mí me parece precipitado, pero no soy demasiado nerviosa. Y, al fin y al cabo, tú mandas y eres el experto. Si tú dices que se puede hacer, por nosotros no va a quedar.

—¿Ha llegado el convoy?

—Hace una hora.

—Implanta el nivel medio de emergencia. Necesitarás a algunas personas disponibles, pero no se trata de ninguna avería. Es una operación de limpieza compleja pero segura. ¿Estamos de acuerdo?

—Empezaremos ahora mismo.

—Creo que serás una excelente directora. Tenme al corriente.

—Descuida.

—¡No hace falta que grites!

—¿Por qué me mentiste?

—¿Por qué me mentiste tú?

—¡Begoña! Ese no es tono para dirigirte a tu madre.

—Y tú qué, ¿eh?, también me mentiste. Y tú, Ignacio, lo mismo. No me habéis dicho más que mentiras.

—Tú eres el eslabón débil.

—Pero ¿qué te enrollas, mamá?

—Tú todavía eres una niña.

—Joven no significa retrasada.

—Nadie ha dicho eso. Pero tú eres la más fácil de dañar. La que más nos puede hacer sufrir si algo te pasase.

—Pero, mamá, ¿tú te estás oyendo? Cualquiera...

—Tu madre no se equivoca, Begoña.

—Cualquiera diría que estamos metidos en esto por mi culpa. Ojalá llame ese tío ahora mismo. Estoy deseando preguntárselo.

—Eso ni en sueños, hija. A ver si te metes en la cabeza que no tienes que volver a tratar jamás con ese individuo.

—¡Pero...!

—Espera, Begoña, déjame hablar a mí. Eso es injusto, padre. Yo también dudo mucho que hayamos atraído a López por causa de Begoña. Pero, además, no le podéis prohibir que vuelva a hablar con él.

—¿Has perdido el juicio, Ignacio? ¿Qué debemos hacer? ¿Recomendárselo? ¿Fomentar instructivas charlas con el sabio anciano?

—No te pongas sarcástico, padre, que no te pega. Y sobre esto no es la primera vez que discutimos. A ver, dime, ¿tú has conseguido alguna vez evitar hablar con López? O tú, madre. La pregunta va para todos. ¿Alguien lo ha logrado?

—¿Y tú, Ignacio?

—Precisamente por eso he intervenido: porque me parece imposible que tú no hables con López si López quiere hablar contigo. Yo lo he intentado, ¿sabéis? Hoy mismo. Me he deshecho del aparato mientras estaba en el patio del colegio. ¿Adivináis qué ha pasado? Que inmediatamente se ha acercado una niña con su teléfono, que me ha jurado que tenía apagado desde que había entrado en la escuela, para pasarme la llamada.

—¡Qué fuerte, tío!

—Así que lo de prohibir, mejor dejarlo.

—Todavía no nos has aclarado qué quería.

—¿No, padre? Pues ya somos tres. Juraría que aquí la única que ha sido completamente sincera ha sido Begoña. Ha quedado a la vista qué le ha pedido y qué ha recibido: retener a su amigo a cambio de pasar un día fuera. Un buen trato, además. Sufrimos por ti, Begoña, pero yo, en tu lugar, hubiera hecho lo mismo.

—Eso, Ignacio, encima jaléala.

—¡Hostia, alguien que me da la razón!

—Begoña, no digas tacos.

—Yo no os puedo detallar la conversación. No estoy orgulloso. No ha tenido consecuencias, pero podía haber acabado despedido... o detenido. No ha tenido consecuencias... por ahora.

—Ignacio, no nos asustes. ¿Qué quieres decir?

—No me vengas con el cirio en la mano, madre. Perdona, pero creo que está de más fingir una inocencia que no tenemos. Si con Begoña ha llegado hasta donde ha llegado, y a mí me ha acojonado...

—¡Ignacio! Pero ¿dónde aprendéis a hablar así? Eres maestro...

—¡Madre! No es momento de melindres, a menos que te parapetes con ellos.

—¿Cómo me hablas así?

—No sé por qué tanta atención en Begoña, madre. Tú lo has dicho: es el eslabón débil. Y yo, un vulgar maestro. Tampoco soy pieza de caza mayor.

—¿Qué insinúas, Ignacio?

—Que nosotros somos comparsas. Las figuras sois vosotros. No me puedo creer que a ti, padre, te haya llamado para colaborar en el reciclaje nuclear. Ni que tú, madre, le hayas proporcionado datos irrelevantes sobre tu empresa a cambio de información sobre la misma empresa.

—¡Pero bueno! [*Y ahora, ¿qué? Cualquier cosa antes que la verdad. No sé cuál es la verdad. No quiero pensar en la verdad.*]

—No nos fustigues tú también, Ignacio, que bastantes dolores de cabeza tenemos ya. [*Y de corazón. Y de alma. No aspirarás a que debata con mi mujer y mis hijos si soy yo o López quien está dirigiendo el primer traslado masivo de residuos radioactivos.*]

—Es lo que dice Ignacio, papá. Yo os lo he contado todo. Vosotros no habéis dicho nada concreto. ¿Qué os ha dado? ¿Qué os ha pedido?

—Lo que tenemos que preguntarnos es cómo deshacernos de él, ¿no crees, Gerardo? Alguna forma ha de haber para alejarlo de nosotros de una vez.

—Yo estoy contigo, Magdalena. Todos hemos llegado hasta donde..., hasta donde hemos llegado, para bien o para mal. Lo que sea que haya sido ya no tiene remedio.

—¿Te arrepientes de algo, padre?

—[*Con gusto te pegaría un cachete y te enviaría a tu cuarto, por insolente. ¿Que si me arrepiento de algo? De todo. De mi debilidad, de mi codicia, de no haber llamado a la policía cuando era el momento.*]

—¿Me has oído? [*Claro que me has oído. Pero no sabes qué responder. Vamos, sí*]

lo sabes, pero no te atreves ni a decírtelo a ti mismo].

—Perdona, ¿qué decías? Me he quedado ensimismado pensando en asuntos del trabajo.

—Que si te arrepientes de algo.

—¿De algo? ¿Cómo? ¿Así, en general? [*¿No te vas a dar cuenta de una puñetera vez de que no quiero responder, de que no puedo responder?*].

—Tanto da, padre. [*Ya has respondido. ¿Para qué nos van a servir tus evasivas? Para nada*]. ¿Y tú, madre? ¿También vas a evitar la pregunta?

—Oye, Ignacio, que yo no...

—No pasa nada, padre. Yo no estoy más orgulloso que tú por lo que he ofrecido y por lo que me ha devuelto [*aunque puede que menos avergonzado*].

—Pues yo no soy diferente. No es simple remordimiento, Ignacio. Creo hablar por tu padre cuando te aseguro que desearía volver atrás, deshacerlo todo paso por paso. [*¡Arrepentida! Desde esta tarde me arrepiento hasta de haberos parido, por si engendrándoos habéis sufrido. Y todavía no ha empezado el reparto de dolor. Me arrepiento de todo. De todo. También de pensar los absurdos que pienso*].

—No lo habría dicho mejor, Magdalena. Una máquina de deshacer, eso es lo que necesitaría. Borrarlo y volver cada uno a lo nuestro.

—¿Con quién habló primero?

—¿Con qué sales ahora, niña?

—¿Qué tiene que ver, Begoña?

—Pues mucho. Por ahí empezó todo, ¿no?

—Yo creo que fuimos todos a la vez. [*Vaya con la criatura y las ideas que tiene. A mime llamó primero, naturalmente, lo recuerdo como si fuera ahora mismo. ¿Será todo culpa mía? Puede que sí, puede que me busque a mí y los otros se limiten a pagar el pato. Esto no va a mejorar mi ánimo. Acabas de propinar una buena patada a tu padre, hija mía*].

—A lo mejor fui yo. Me parece que fue hace meses, pero en realidad han pasado días. Estaba hablando con Espe, y entró mamá...

—No me lo habías dicho, hija.

—No nos hemos dicho nada, mamá. Ahora ya lo sabéis. Os he metido en esto yo sola. No entiendo qué culpa tengo, pero...

—Begoña: no digas más. Aquí eres la única que se suelta la lengua, hermanita, y así puedes acabar pareciendo culpable hasta del nublado.

—Bueno, Ignacio, tampoco es eso. Sabemos que Begoña no ha organizado esta situación, sino que la está sufriendo, como todos nosotros. No creo que importe si a ti te llamó cinco minutos antes que a mí, o si fue con tu padre con quien abrió fuego [*ya que no se decide a abrir la boca él mismo, lo haré yo, que recuerdo perfectamente la noche que López entró en nuestras vidas, con una pregunta de Gerardo*]. El caso es que ahora nos tiene a los cuatro metidos en una ratonera.

—¿A los cuatro? También ha hablado con la amiga de Begoña y, por lo que has

explicado, también ha obtenido su premio.

—Jo, papá, la tenéis tomada conmigo.

—No es eso, hija, pero hace falta saber si ese hombre nos incordia solo a nosotros o a tres docenas más. No es lo mismo. [*Encontraría consuelo en un mal de más gente*]. ¿Sabes si ha vuelto a hablar con tu amiga?

—Espe no me ha dicho nada.

—Y te lo habría dicho.

—Supongo, mamá. Pero con más motivo podía esperar saberlo de vosotros, y ya ves. [*Es que, si no lo digo, reviento. Que yo también sé*]. No pongas esa cara, mamá. Ni tú, papá.

—Bueno, ya basta de reproches. Necesitamos soluciones.

—¿Soluciones? Esta palabra nos viene grande.

—Coño, Magdalena, algo hay que hacer.

—¿Ves como papá también dice tacos?

—Cállate, Begoña.

—Propongo hacer las maletas y largarnos sin decírselo a nadie y sin un solo teléfono.

—¡Pero qué idea, Ignacio! [*Iba a decir qué buena y qué bien, pero no tengo ganas de perder a Enrique. Así que...*]. Pero ¿tú crees que serviría para darle esquinazo?

—Desde luego que no. Tu hermano bromeaba, ¿verdad?

—No exactamente, madre.

—Pero tú mismo has dicho que no hay manera de esconderse, que te ha localizado de todos modos. De hecho, a mí me llamó mientras estaba hablando con el director de una central. A su despacho. Como si supiera que estaba ahí. Como si me estuviera viendo.

—Nos ve.

—¡Magdalena!

—Sí, Gerardo, así es. Ignacio te lo puede confirmar. ¿Qué te creías, que es un jubilado que nos llama desde una cabina de monedas, y que es muy intuitivo?

—Vamos a ver, Ignacio. Tú sabes más de esto que nosotros. ¿Son fantasías o te consta que es posible algo así?

—Si lo hace, es que es posible, padre. ¿Ves este móvil? Es capaz de obedecer lo que manden los programas que corren sobre él. ¿No te propone de vez en cuando actualizar la aplicación? Pues...

—¡Pero si hasta las conversaciones están cifradas!

—Por un algoritmo, claro. Un algoritmo que alguien ha creado.

—No me lo puedo creer.

—Hasta me dio una pista.

—¡¿Qué?!

—Pero ¿qué estás diciendo, hijo mío?

—Me habló de un portal común de las compañías telefónicas.

—¿Y?

—Y nada. He hecho un par de intentos. Inútiles. Como darse contra una pared.

—Tenemos que llamar a la policía. Ya hay bastante, ¿no? Papá, escúchame, ¿por qué no llamamos? Tengo miedo.

—¿Qué tenemos, Begoña? ¿Qué tenemos, aparte de miedo? Llamadas entre nosotros, mensajes entre nosotros. Ningún daño, ¿verdad? Nadie está herido, ¿verdad?

—Todavía.

—No, Ignacio, escúchame bien. Piensa en tu caso. O tú, Begoña, piensa en el tuyo. Cada uno de nosotros puede hacerlo. ¿Qué explicamos? ¿Que nos asusta? ¿O que tenemos negocios con él? ¿Podrías tú, Ignacio? Vamos, dime, ¿estarías en condiciones de explicar lo que todavía no has sido capaz de confesar ni a los tuyos? Y suponiendo que lo hicieras, ¿qué impresión crees que causaría?

—Nos amenaza.

—Sí, claro, nos amenaza con no darnos lo que queremos.

—A mí me ha amenazado más seriamente.

—¡Mamá! ¿Qué te ha dicho?

—Nada, Begoña, no te preocupes.

—Ha cambiado el tono.

—Es verdad, Ignacio. Primero nos tentó. Me tentó. Después nos ha atezado. [*Me ha estrangulado. ¿Todos estamos así?*].

—Conmigo, hasta ahora, quiero decir, hasta la última vez, se ha portado bien, como un padre..., esto..., como un abuelo... o un buen amigo. Me ha ayudado. Eso me ha parecido.

—Ahí lo tenéis. A eso me refería. Es que no quiero saber ni qué ha hecho por ti, Begoña [*porque no quiero tener que corresponder*]. Lo importante es que nos puso a todos en deuda con él. Con ese historial, ¿podemos ir a la policía?

—¿Qué propones, padre?

—No lo sé, Ignacio. No lo sé. Estoy cansado.

—¿Te encuentras bien, Gerardo?

—La obsesión, la opresión en el pecho, la llamada que espero de una de las centrales. La maldita historia de ese López. Sea lo que sea, no es el mejor día de mi vida.

—¿Quieres que avise a un médico?

—Que sea un psiquiatra.

—No desdeñes la salud, Gerardo.

—Perdona. No, no quiero ver a ningún médico. Ya se me pasará.

—Si al menos supiésemos sus intenciones...

—¿Qué? ¿Qué has dicho, hija?

—No me hacéis caso.

—Déjate de pamplinas, Begoña. Estaba pendiente de tu padre, por eso no estaba atenta. Di.

—Decía que si al menos supiéramos qué quiere...

—Lo he pensado mil veces. Incluso esta mañana me he atrevido a preguntárselo. Creo que lo he hecho. Ya no estoy seguro ni de eso. Ni siquiera si he dado grano a las palomas.

—Primero creía que era el ángel de la guarda, pero ahora...

—El ángel de las tinieblas, hija mía, eso es lo que es.

—Bueno, vale, mamá, no me machaques más.

—¿Nos busca a nosotros, Gerardo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? La tiene tomada con nosotros. Eso sí que me arriesgo a jurarlo. Y tengo el presentimiento...

—¿Qué? ¿Cuál?

—No lo sé, Magdalena. No lo sé. Nada concreto. Nada bueno.

—Pero ¿por qué la tiene tomada con nosotros, papá?

—¡Y dale! ¡Que no lo sé! ¡Nuestra ruina, eso es lo que busca!

—¿Dinero? ¿Quiere nuestro dinero?

—¿Y a mí qué me explicas, Begoña? ¿Te ha pedido dinero?

—Bueno, papá, no hace falta que te enfades conmigo.

—Es que no tengo todas las respuestas, caray. Qué más quisiera.

—Eso es lo único que podemos descartar.

—¿Tan seguro estás, Ignacio?

—Entra en los sistemas de la banca como Pedro por su casa. A un tipo así no le hace falta lo que podamos acumular en toda una vida.

—Estoy de acuerdo con Ignacio, Magdalena. Ojalá todo se redujera a dinero. Ojalá. Lo que parece es que quiera hundirnos.

—Poco plato para tanto estómago.

—¿Y eso?

—Cuantas más vueltas le doy, más convencido estoy de que busca algo más. No tiene sentido dedicar tantos medios a apocar a cuatro desgraciados.

—Oye, guapo, tampoco hace falta que nos insultes.

—Deja acabar a tu hermano, Begoña.

—Hostia, mamá, me atropellas hasta cuando nos pone verdes y yo os defiendo. ¿Por qué vamos a ser unos desgraciados?

—Cuida el lenguaje, jovencita, y calla, que quiero escuchar a tu hermano.

—No hay más, madre. Solo es eso. Un hombre con tales recursos dedicándose a jugar con cuatro. Con una familia... Es desproporcionado. No puede ser.

—Estará ensayando.

—¿De dónde has sacado eso, Begoña?

—Yo...

—Bien pudiera ser.

—¿Tú crees, Gerardo?

—Casi te diría que firmaría ahora mismo. Es una idea que me calma, fíjate lo que te digo. Que compruebe que nos tiene a su merced y que se vaya a tocar los... Que nos deje a nosotros de una vez.

—¿Tú qué opinas, Ignacio?

—Pues a lo mejor. También me conformaría con eso. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Que no me cuadra, madre. ¿Está ensayando? Pues ha de tratarse de un perfeccionista. ¿Habéis oído titubear a López? ¿Algo que le fallara? ¿Algo que no tuviera previsto y tuviese que corregir sobre la marcha? No se ensaya lo que se domina.

—A lo mejor no ensaya con sus teléfonos y sus máquinas, sino con nosotros.

—¿Qué?

—No sé, mamá. Con nosotros. Cómo reaccionamos, y eso.

—Joder, hermanita, estás muy fina hoy.

—¿Por qué no le pedimos que venga?

—¡Begoña!

—¿Qué, papá? ¿Por qué no? ¿Cuántas veces has dicho que la cara es el espejo del alma y que hay que mirar a los ojos y que...?

—¡Pero cómo vamos a invitar a un criminal a merendar, hija!

—Pues yo creo que Begoña está hoy en estado de gracia, padre. ¿Crees que nos tendría más atados si estuviese aquí que si nos dirige por teléfono?

—A mí tampoco me parece una estupidez, Gerardo...

—Hombre, mamá, menos mal...

—No interrumpas, niña. Cuando menos sabríamos cómo responde...

—Pues nada, Magdalena, que sea como vosotros digáis. Vamos allá. ¡López, maldito cabrón! ¡Está usted invitado, que aquí mi familia está deseando conocerlo en persona!

—¡Gerardo! ¡No grites! ¿Has perdido el juicio?

—¡Pues qué! ¡¿No es Dios, que todo lo oye y todo lo ve?! Pues hala, ya está convocado. Tú lo has dicho antes, ¿no, Ignacio? Está al tanto de todo, ¿verdad? ¡Venga! ¿Qué le damos para cenar?

—No desvaríes, Gerardo, que estás asustando a los chicos.

—¿A los chicos? ¿Yo, asustando a los chicos? ¡Se acabó!

—¿Qué estás haciendo, Gerardo?

—¡Ahora lo vas a ver! [*Joder, si estoy temblando, coño. Si no acierto ni con las teclas. Y este dolor...*]. Llamar a Plaza de una puta vez, eso es lo que hago.

—¡Gerardo!

—¿Señor Plaza?

—¿Sí?

—Soy Gerardo Vives. Tenemos un grave problema, señor Plaza.

—Muchas gracias por la invitación.

—¡López! [¿Dónde mierda he llamado?].

—¡Papá! ¿De verdad estás hablando con el señor López?

—Conecte el altavoz, señor Vives.

—¿Qué?

—Que conecte el altavoz. Están ustedes reunidos, ¿no es así?

—Pero...

—Puedo llamar a los teléfonos de su esposa y de sus hijos, pero me atrevería a decir que la escena pecaría de ridícula.

—¡Gerardo! ¿Qué pasa? ¿Qué dice?

—Óyelo tú misma.

—Buenas noches a todos.

—¿Qué significa esto, Gerardo? ¿Tenías su teléfono? ¿Nos has tenido engañados...?

—¿Por quién me tomas, Magdalena? ¿Qué sandeces estás diciendo? He marcado el número de ese policía, y entonces...

—Créalo, señora Moral. Su marido no miente. Al menos en este asunto...

—¿Qué insinúa, desaprensivo?

—Era un decir, señor Vives, ah, y de paso procure calmarse. Le noto muy alterado, muy nervioso, y no le convienen emociones fuertes.

—¿Qué quiere, señor López?

—¡Ah, Ignacio!, me alegro de oírte, y te devuelvo la pregunta. El deseo que tenían de hablar conmigo me ha parecido tan sincero que me ha recordado, prácticamente, una invocación.

—Mi padre quería hablar con la policía.

—Claro. Así he matado dos pájaros de un tiro. Baltasar Plaza es un hombre insufrible, así que me he tomado la licencia de interponerme. Acepto la invitación de la familia, al tiempo que le ahorro a tu padre una conversación insana con un besugo.

—¿Qué quiere de nosotros? ¿Quiere dinero? Mis padres...

—Hola, Begoña. Siempre es un placer escucharte.

—¡Granuja! Le prohíbo que hable con mi hija.

—¿Qué tal, señora Moral? Aparquemos las prohibiciones durante unos minutos, si le parece bien. Hay tantas... y, a la vez, tan pocas que...

—No nos ha respondido.

—Discúlpame, Begoña, ahora mismo: no, no quiero dinero. ¿Satisfecha?

—Díganos de una vez qué quiere.

—Esto es francamente interesante. Poder charlar con ustedes cuatro a la vez. Merecen algunas respuestas. Hace un instante ya les he dado una. Pero intentar adivinar lo que pretendo sería largo y aburrido. Otra respuesta: debo declinar la deliciosa propuesta de Begoña de vernos en persona.

—¿Tiene miedo?

—¿Miedo? Me coges desprevenido, pequeña. Pero supongo que sí, que se podría decir así. El cara a cara tiene algunos inconvenientes: el contacto físico, la posible decepción, el encariñamiento... Además, sería difícil...

—Ya sabrá nuestra dirección.

—Claro, Begoña, pero es que ahora mismo estoy en el extranjero. Bastante lejos. Ni aunque quisiera...

—Piérdase.

—Le veo muy envalentonado, señor Vives. Se lo repito: sosiéguese. La tensión elevada no conduce a nada bueno.

—¿Teme tomarnos afecto?

—Muy observador, Ignacio. Te lo voy a responder claramente: sí. No solo porque seáis una familia encantadora, formada por cuatro personas tan..., tan especiales. Podría generalizar afirmando que cada individuo es, de algún modo, merecedor de aprecio. Pero el conjunto...

—Mamá, ¿qué dice? ¿Tú lo entiendes?

—Para entenderlo necesitaría ponerme en su lugar, hija mía, y eso no es fácil ni me apetece. Además el señor López está acostumbrado a decir exclusivamente lo que le viene en gana y solo hasta donde le place, ¿no es verdad?

—¿Ve usted a lo que me refiero? Cada humano singular tiene una pátina de dignidad. Uno puede sucumbir ante ese atractivo. Incluso pequeños grupos, en ocasiones, alcanzan comportamientos bellos, divinos, si me apuran. Pero sé demasiado de la vida para atender a quimeras. Desgraciadamente los elogios se agotan pronto y cada persona y cada grupo, y ya no digamos la humanidad entera, tienen sus lados oscuros, sus perfiles romos.

—¿Para qué estamos soportando a este tío?

—Si sigue por este camino, señor Vives, me va a servir de ejemplo vivo de lo que estoy criticando.

—Déjenos vivir nuestra vida, señor López. Déjenos. Usted que presume de tanto penetrar en nuestras conciencias sabrá que si no somos capaces de olvidar que una vez entró en nuestras vidas, sí conseguiremos no decir nada sobre usted. Ante los otros, entre nosotros y para nosotros mismos. Se lo juro.

—La creo, señora Moral, la creo. Sin embargo, una cosa es la pureza de sus intenciones y otra muy distinta la realidad...

—No diremos nada, señor López.

—Como si no hubiera existido. Hasta soy capaz de darle las gracias por los servicios que nos ha prestado. A todos. A todos nosotros.

—Me alegra notarle más pacífico, señor Vives. Se lo diré a todos ustedes con otras palabras. De forma llana, para hacerme entender: amo a los hombres, pero detesto a la humanidad.

—¿Tú le entiendes, Ignacio?

—No, Begoña, no le entiendo. [*Ni ganas*].

—¿Hasta cuándo va a durar?

—Coincido con tu hermano en que hoy disfrutas de un aura de lucidez, merecedora de otra respuesta breve: hasta mañana...

—¡¿Qué?!

—¿Ha dicho lo que he entendido? Dime que no lo he soñado, Magdalena. Ha prometido dejarnos libres mañana...

—Su esposa me ha interrumpido, señor Vives. Iba a decir hasta mañana, probablemente. Antes no he podido acabar. Ahora sí.

—¿Probablemente? ¿De qué depende? —De muchas cosas, como todo. Sobre todo de ti...

—¿De mí? ¿Por qué de mí?

—Si me dejarais concluir cada frase... Decía: sobre todo de ti, de tu hermana...

—¿Yo? ¿Qué he hecho? ¿Por qué yo?

—Sin duda es cosa de familia. A ver si a la tercera: principalmente de ti, de tu hermana y de tus padres. De todos. ¿Estamos?

—¿Nos va a dejar así?

—¿Quiere saber más? Pues algo más les diré. Les pediré una cosa más, y recibirán, como siempre, algo a cambio. Y...

—La última...

—Tengo la palabra, señora Moral. La última vez, iba usted a decir, no recibí nada bueno a cambio. Eso depende del punto de vista. Sea como sea, el trato final tendrá dos sentidos, y cualquiera de ellos por acción o por omisión.

—Mamá...

—Calla, hija. Es importante saber lo que se propone...

—Pero es que no entiendo qué quiere decir...

—Tu madre te lo explicará más tarde, Begoña. Yo no.

—¿Ya está?

—También puedo prevenirles sobre el orden. De la menor al mayor. Tú, Ignacio, irás en segundo lugar, siempre y cuando tu hermana cumpla. Consideren esto: si a lo largo del día les llamo, es porque los anteriores han satisfecho su parte.

—Jugará con nosotros hasta el final, ¿no es así?

—Hasta el final del juego. Es lo suyo.

—¿Y si alguien no obedece?

—Los casos y las causas para cada acontecimiento son tediosamente ilimitados, señor Vives. No hace falta que se lo explique. Pero, en fin, así, en general, como me he propuesto contestar a todo lo que me preguntan, me aventuro con algunas consecuencias. La primera es que tendrá como contrapartida lo estipulado en el negocio. Segundo: el díscolo y sus mayores no participarán... mañana. En tercer lugar, como ya habrán adivinado, el juego (¿así lo llamamos, verdad?) puede que no acabe mañana.

—Así que, si somos sumisos, le perderemos de vista.

—Es un aliciente para ustedes. Parece que lo están deseando.

—No se imagina hasta qué punto. Y ahora nos tendremos que felicitar porque nos brinde una salida a cambio de otra vuelta de tuerca. ¿No se puede ir a joder a su puta madre, viejo demente?!

—¡Gerardo, por el amor de Dios!

—No es momento de perder los estribos, padre.

—Déjame a mí, Ignacio. Gerardo. ¡Gerardo, mírame, por lo que más quieras! No hay alternativa. ¿Crees que vamos a sacar algo en limpio insultándole?

—¿Qué tengo que hacer?! ¿Besarle los pies? ¿Disculparme? Estoy harto. Harto. No quiero más. No puedo más.

—A eso me refería con los imponderables. Dese cuenta, dense cuenta todos ustedes, de lo difícil que es preverlo todo, y de lo fácil que es que me vea en la necesidad de alterar las reglas del asunto a medio camino.

—Papá, no te preocupes. Mañana ya habrá pasado todo.

—A veces los jóvenes nos enseñan templanza, ¿verdad, señor Vives? A veces son capaces de vencer el mal ejemplo que les damos...

—¡Déjalo, Gerardo! Deja que diga lo que quiera. No le des una autoridad que no tiene. Begoña, trae a tu padre un poco de agua, hazme el favor.

—No te muevas, Begoña, no hace falta. Ya está. Ya ha pasado.

—Celebro escuchar ese tono más suave. Aprovecho el pronto del cabeza de familia para advertirles de que en las próximas horas no es conveniente que intenten informar sobre la situación. Ni al señor Plaza ni a nadie. De otro modo den por hecho que dejarán de saber de mí el tiempo suficiente como para que quien sea se canse de esperar; a falta de otra cosa, mientras, se entretendrá con muchas preguntas para ustedes, la mayoría de ellas muy embarazosas. Después, no duden de que volverán a hablar conmigo.

—¿Qué garantía tenemos de que si hacemos todo lo que nos pide, usted ya no...?

—Ninguna. Me toca interrumpir, Ignacio. Ninguna garantía. Pero es lo más probable, que no es poca cosa. Confórmense con la falta de certezas.

—Pero...

—Bien, ha sido un placer. A pesar de algunas palabras lamentables, he disfrutado charlando con la familia. De lo más instructivo. Las cosas que se sabe que solo se van a hacer una vez en la vida se aprovechan más, ¿no les parece? Porque no volveremos a... tener una tertulia. Que pasen una buena noche. Descansen bien. Mañana volveré a hablar con ustedes, uno por uno, si se dan las condiciones. Cumplan ustedes y puede que esta sea la penúltima vez que me oigan.

—¿Gerardo?

—¿Quién es?

—Felicítame.

—¿Qué?

—Soy Elvira. Elvira Delfa. Central número seis, ¿recuerdas? Se supone que hoy es un día para no olvidar.

—Sí, sí, dime, Elvira. Perdona, estoy algo indispuesto y me he quedado adormilado.

—¿Quién es, Gerardo?

—Nada, Magdalena, llaman de una central.

—¿A estas horas?

—Es un momento. Duérmete. Ya salgo [*si consigo incorporarme; joder, qué mal me encuentro*]. ¿Elvira? Discúlpame. Ahora ya estoy más centrado. ¿Qué hora es?

—Las doce y diez. Ya ha cambiado el día.

—[*¿Para qué coño me llama esta tía? ¡Hostia, si...!*]. Esto..., ¿cómo ha ido todo? ¿Algún contratiempo con la carga?

—Antes ya te lo he dicho.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Con lo de felicitar me.

—[*¿Más competente que Redondo o lela por el estilo?*]. Así que todo ha ido bien. ¿Es eso lo que quieres decir?

—[*¡Qué gilipollas!*]. El traslado ha acabado a las 11:30. Media hora más de lo previsto. Precauciones adicionales en los viajes del toro. No acostumbran a utilizarse en noche cerrada.

—Claro. [*Una heroicidad de parvulario. Venga. Qué más*].

—La última media hora la hemos dedicado a probar el convoy.

—¿Para qué probarlo?

—Para ti será lo más común, pero aquí no habíamos visto uno así.

—¿De qué estás hablando? [*Elvira, guapa, coño, que estoy hasta el ombligo de jodidas adivinanzas. Dilo de una vez*].

—La máquina, los vagones, todo.

—Ya... ¿Y?

—En fin, Gerardo, ya sé que somos un poco pueblerinos, pero hasta el maquinista estaba asombrado por el automatismo.

—No te sigo, Elvira [*y no estoy para muchas leches*].

—¿No estás al caso?

—Elvira, te felicito, ¿contenta? Bueno, pues ahora habla de una vez, que ayer fue

un día miserable y hoy no apunta mejor. Por favor. Rápido. Al grano.

—Creía que lo habías encargado tú...

—Elvira... [*¿Quieres ser la directora más efímera de la historia, me cago en todo, o vas a soltar lo que sea?*].

—La locomotora no necesita maquinista. Bueno, en realidad ha venido uno, pero solo mira y explica. Me ha dicho que es la primera de la red, que se utilizan sistemas similares en el metro de la capital, de tu capital, pero en los ferrocarriles estaba por introducir. Está, vamos. ¿Es algo nuevo para ti?

—A estas alturas ya nada es nuevo.

—Bueno, en fin, misión cumplida. El convoy está cargado, la piscina está vacía, no ha sucedido nada destacable. Está todo a punto para cuando decidáis la salida.

—Gracias, Elvira. Excelente trabajo.

—A las siete, ¿no?

—Si no hay novedades, a las siete en punto de la mañana.

—¿A qué hora entrará en El Nuevo Petril?

—Al cabo de doce horas. Demasiadas prisas, pero...

—Si no se te ofrece nada más, me voy a dormir un poco.

—Lo tienes bien merecido.

—Mañana te vuelvo a llamar y, con más tiempo, me explicas lo de la doble máquina.

—¿Qué? [*¿Que qué?*].

—El convoy, que tiene una locomotora en cada extremo.

—Rutina. [*Si, mujer, y ahora vamos a discutir de qué color van pintadas*].

—Comprendo. [*No comprendo. Y lo del maquinista superfluo tampoco*].

—¿Nada más?

—Nada, Gerardo. Hasta mañana. Quiero decir, hasta más tarde.

—Eso. Y felicidades otra vez, Elvira.

—¿Begoña?

—¿Es usted?

—Sí. ¿Estás sola? ¿Puedes hablar?

—Sí, he salido sola. Esperaba su llamada. Si yo he de ser la primera...

—Bien pensado. Un día no da mucho de sí y queda mucho por hacer. No he querido llamarte antes, ni en casa ni en clase. Demasiado forzado.

—Mejor así. Pero dentro de un cuarto de hora he quedado con mi amiga Espe. Usted ya la conoce. ¿Sigue hablando con ella?

—No, Begoña, aquello fue circunstancial. Parecía buena chica. Algo ingenua, pero de buena pasta. Le resulta fácil olvidar. Dudo que recuerde nuestra conversación.

—Pues eso, me espera.

—Tenemos tiempo. ¿Has desayunado ya?

—No tengo apetito.

—Comprendo, pero a tu edad hay que ser regular con las comidas, porque...

—Ya tengo a mi madre para aconsejarme sobre eso.

—Es verdad, discúlpame. No quiero meterme donde no me llaman...

—¿Se está usted oyendo, señor López?

—Empecemos otra vez. ¿Cómo acabó la velada?

—¿Anoche, quiere decir? Mal. Ya se lo puede imaginar. Más discusiones, malas caras, mal humor. Después, demasiado silencio. Nos ha fastidiado bien. No sé si se ofenderá, pero es lo que siento.

—Pronto se acabará. Pronto se acabará todo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Un par de cosillas...

—¡¿Dos?! ¡Usted dijo una cada uno!

—¿Estás segura? Tanto da. Son sencillas, ya verás.

—¿Puedo negarme?

—Ya conoces las condiciones. Pero no seas pesimista, mujer, que enseguida estamos. Entra en la cafetería que tienes al lado. Dispone de un par de ordenadores.

—¿En La Petrolera? No quiero tomar nada, pero...

—Ocupa el ordenador del rincón y pide lo que te apetezca.

—Oye, esa máquina no va muy bien. Si quieres, ponte en la otra. Además, la pantalla no luce como debería.

—Está bien esta, gracias.

—Como quieras. ¿Qué vas a tomar?

—Un café con leche. Y un bollo de crema.

—Voy.

—Ya está.

—Vamos a compartir el control del ordenador. ¿Sabes dónde está Kizilsu?

—No.

—Es la capital de Kirguistán.

—Puede que si me hace alguna pregunta de química... [*que sea sencillita*].

—¿Y Dusambé?

—¿Qué?

—Dusambé es la capital de Tayikistán.

—Estupendo, ahora me quedo más tranquila.

—Tu ironía no va desencaminada. La distancia amortigua las sensaciones.

—Lo que usted diga.

—Tienes en la pantalla un mapamundi, para que te sitúes. Dónde estás tú y dónde están esos países. Bien lejos, ¿verdad?

—Eso parece. Oiga, señor López...

—Aquí tienes tu café con leche y tu bollo.

—Gracias. Oiga, señor López, ¿qué tengo que hacer?

—No te impacientes. ¿Sabías que hay ciertas hostilidades entre Kizilsu y Dusambé?

—No le entiendo. ¿Qué quiere decir «hostilidades»?

—Que están a la greña. Peleados. ¿Lo sabías?

—¿Usted qué cree?

—No, supongo que no. ¿Te importa quién se imponga? ¿Quién gane?

—No. Ni pizca. Si no sabía ni que existían, ¿cómo voy a preferir a uno?

—Muy bien argumentado, Begoña. En ese caso se puede decir que eres perfectamente neutral. La persona idónea para reparar una injusticia.

—¿Qué es esto?

—¿Lo que tienes en pantalla? El centro de radares y control balístico de Kizilsu. Un nombre muy rimbombante para algo tan primitivo, pero estos países de segunda siempre acaban con materiales de segunda mano de países de primera.

—No entiendo nada.

—Ni falta que hace. Lo importante es que... dentro de un instante..., ahora... Ahora te habrá aparecido otra pantallita. Te pide una confirmación, ¿verdad?

—Sí.

—Pues acepta, Begoña.

—Ya está.

—Muy bien. Con eso hemos creado una apariencia de aproximación de algo que vuela desde Dusambé hasta Kizilsu.

—¿Y qué?

—Ahora viene la represalia, Begoña. Esta vez la incursión es fingida, pero Dusambé lo ha hecho con frecuencia en el último año. Lo que pasa es que Kizilsu es

algo descuidado, y además un poco cobarde, así que tú vas a echarles una mano, respondiendo como es de ley. Volvamos a la pantalla del centro de control.

—Ya le he dicho que no se entiende nada. Ni una letra.

—¿Ves los números del uno al siete en la parte inferior de la pantalla?

—Sí.

—Dispara dos de ellos.

—¿Cómo que dispare?

—Son los interruptores de siete misiles de corto alcance. Vejestorios, pero ya te he comentado cómo está el mercado.

—¿Y por qué voy a disparar?

—Como respuesta. Ya te lo he explicado.

—Ni loca.

—Evita los dos últimos. Apuntan a centros de población. Los otros, a instalaciones militares.

—¿Me está hablando en serio?

—Suponiendo que despeguen, lo más probable es que no causen demasiados daños. En la hora local de Dushanbe los cuarteles suelen quedarse vacíos. Son de lo que no hay.

—Pero ¿y si alguien resulta herido?

—Improbable. Por otra parte, piensa que estás actuando como la mano de la justicia. Decídetes. Aún tenemos otro asunto que discutir. Más agradable, espero.

—[*Todo esto es falso. Apretar dos botones falsos y deshacerme de él. Quiere creer que me domina. Mejor darle gusto*].

—Considera que hay una contrapartida. Recuerda lo que pactamos ayer.

—¿Cuáles son los que pueden causar menos daño?

—¿A personas, quieres decir? Si no han cambiado el uso muy recientemente, el dos y el cinco apuntan a polvorines. Suponiendo que arranquen, que vuelen, que no pierdan el rumbo y que hagan diana (y que exploten, claro), el efecto sería muy espectacular, pero más verbenero que nocivo. Al contrario, sería una forma de neutralizar unas porquerías que en manos de Dushanbe pueden hacer mucho daño.

—¿Dos y cinco, dice? [*Hostia, fíjate la hora que es. Ya me puedo buscar una buena excusa para Espe. Acabemos de una vez*]. Ya está.

—Perfecto. Muy bien. Mano firme. Suave, joven, inocente y firme. La firmeza de la despreocupación, se podría decir.

—¿Hemos acabado?

—Casi. No te querrás ir de vacío, ¿a que no? Lo que queda es un suspiro. ¿Te resulta familiar el nombre de *Nebula*?

—¿*Nebula*? ¿Se refiere a la peli?

—Estás más puesta en cinematografía que en geografía.

—La estrenan la semana que viene.

—Da la impresión de que tienes ganas de verla.

—¿Ganas? Cola desde el día antes es lo que vamos a hacer todos.
—¿Todos? ¿Todos tus amigos?
—Todo el mundo está deseando verla. ¿En qué planeta vive usted?
—No lo sé, hija mía. En uno que no me acaba de gustar. Volviendo a *Nebula*, ¿sabías que tienen una página colgada?
—La veo casi cada día.
—Entra.
—¿Ahora?
—Claro, ahora.
—¡Hostia, hay un pase privado esta tarde!
—A las cinco en punto.
—En el Atenea.
—No sé dónde está. No conozco demasiado bien tu ciudad.
—En la planta superior de la estación Central. Pero es una sala pequeña.
—Eso sí que lo sé. Doscientas treinta y una plazas de aforo.
—¿No hay forma de comprar una?
—¿Sabrías qué hacer con una docena?
—¿Qué hacer? Convertirme en la tía más popular de los alrededores y ganarme once favores de los que se devuelven lentamente.
—Te he conseguido doce invitaciones. Fila diez, centradas, buenas localidades. Puede que veáis rostros conocidos. Llevad el cuaderno de autógrafos.
—No puede ser.
—Quería despedirme de ti lo más felizmente posible. Cuando acabemos, entra en tu correo. Imprime los vales y tendrás, además, la excusa perfecta para tu amiga Espe. La habrás hecho esperar por una buena causa.
—Muchas gracias. Es fabuloso, señor López.
—Me alegro de haber sido de alguna ayuda. ¡Qué lástima...!
—¿El qué es una lástima?
—Nada, cosas mías. A todos se nos dividen los afectos en un momento u otro. Bueno, Begoña, si todo va bien esta será la última vez que hablamos. Conocerme, aunque haya sido solo tu voz, ha sido muy emotivo.
—[*Que te zurzan*]. Sigo sin entender qué le pasa con nosotros...
—Olvídalo. Ya pasó. Disfruta de la película. Disfrútala con tus mejores amigos. Como tu vida. Adiós, Begoña.

—Me pilla en mal momento, oiga.

—No me digas. De excursión, ¿no?

—Está usted en todo.

—Es una información pública, Ignacio. Según la programación del centro, los alumnos mayores de primaria visitan la exposición que el municipio de la capital ha organizado sobre el agua. ¿Qué tal va eso?

—Sospecho que sabe usted de antemano que ha habido un malentendido con las fechas y que no podemos entrar. Así que no va nada bien.

—¡Ignacio! ¡Oye, que no, que ni por esas, que dicen que, por seguridad, no nos admiten! Que mañana, si queremos.

—Espere... ¡Vale, Cristina! ¡Ahora voy!... No puedo atenderle ahora, señor López, lo siento, tal vez a mediodía.

—¡Ignacio! ¡¿Puedes venir?! ¡Piensa qué hacemos!

—¿Y las piraguas?

—No, mire, oiga, que ahora no puedo estar por una de sus charlas. ¿Cómo lo dijo usted? Imponderables, ¿verdad? Pues yo tengo uno así de gordo.

—Puedes alterar el orden.

—¿Qué me está diciendo?

—Lo acabo de comprobar.

—Mire, aquí tenemos a ciento siete salvajes...

—Y lo he arreglado. Os esperan de aquí a... un cuarto de hora.

—¿Quién?

—Estaba prevista la exposición y después el paseo en piragua, ¿no? Pues alterad el orden y la composición. Primero las barcas. Después ya veremos.

—Nos esperaban a las tres.

—Han sido muy comprensivos y os aguardan ahora.

—Pero después...

—Antes de que lleguéis al lago, tú y yo habremos hablado, y eso estará solucionado. A tu gusto, ya verás. Venga, hazme caso y súbelos a los autocares. Di que has llamado (he llamado yo desde tu número, así que es medio cierto) y mantente al teléfono, con el pretexto de que estás haciendo gestiones para apañar la segunda parte del día. Tampoco es mentira. Adelante.

—[¿Por qué no?]. ¡Cristina, cambio de planes! ¡Empezamos por las piraguas! [Cagondíos, cómo gritan estos niños].

—¿Has hablado con ellos? ¿Lo has arreglado? ¡Eres un sol! ¡Pero qué buena idea! ¡Pepa, todos a los buses!

—¡Nacho! ¡¿Y luego qué hacemos?!]

—[*Ya estamos con la Pepa de los cojones. ¿Quién coño le ha dado permiso para llamarme así? Es la única...*]. ¡Ya veremos, Pepa, estoy intentando encontrar una alternativa! [*La próxima vez la llamo Josefina, a ver si le gusta*]. ¿Oiga?

—Dime, Ignacio, dime. ¿Todo listo?

—Estamos subiendo. Espero que esté en lo cierto y no tengamos otro fiasco. Si nos hacen esperar hasta las tres, me comen vivo.

—No te preocupes. Por cierto, resérvate el asiento de guía de uno de los coches, así podremos ir conversando tranquilamente.

—Id pasando vosotros. Yo me siento aquí, ¿vale? Con un poco de tranquilidad y algo de suerte [*y mucho de López*] creo que encontraré algo antes de llegar a las barcas. ¿Estaréis vosotros por los chavales, Cristina?

—Sigue, Ignacio, sigue. Para ser principiante, vaya mano izquierda que tienes. Ya me veía pastoreándolos en un parque hasta la hora de remar. Tómate tu tiempo.

—Estamos en marcha, señor López. Ahora ya puedo..., ¿oiga?

—Sí, perdona, dime.

—No, le decía que ya puedo estar por usted unos minutos, siempre que me prometa ese plan alternativo tan estupendo.

—Descuida. Me ha sonado a concederme graciosamente un breve lapso de tu tiempo. Te lo agradezco, pero...

—[*Joder con el susceptible. Ojo no le arañe la sensibilidad*]. Me habré expresado mal. Llevo un par de excursiones y sigo vendido. Siempre tengo miedo a perder media docena de críos.

—No eran necesarias las excusas. Pero da la casualidad de que tu hermana también ha empezado con prisas.

—¿Ya ha hablado con ella?

—Se puede decir que he colgado con ella para acudir a tu rescate.

—[*Mi rescate, dice. Y a callar. Me la envaino, y basta. Joder*]. ¿Está bien?

—Claro. Begoña está perfectamente. Hasta me atrevería a decir que hemos quedado como amigos.

—Así que mi hermana ha cumplido.

—Perfectamente. Ha sido un trato rápido, bien resuelto y provechoso para ambas partes. Me he despedido de ella con el convencimiento de que era definitivo.

—Y me toca a mí.

—Hombre, en cierto modo ya hemos empezado. En fin, no sé si le atribuyes valor a esto de la excursión, y si puede servir como pago en mi parte del trato. Me esforzaré en buscar algo disponible que os guste a vosotros y a los chicos.

—Ya conoce mi opinión. [*Lo que sea para sacármelo de encima*]. Lo que sea para acabar. Estoy más pendiente de usted que de mi vida.

—Exageras, Ignacio. Lo que echas en falta es tomar tú la iniciativa. Por lo demás, no nos ha ido tan mal. Pero sea como tú dices. Pronto me perderéis de vista. Por cierto, ¿qué tal anoche?

—¿Después de su intervención? Mal, naturalmente. Parece que destape usted lo peor de cada uno. ¿Por qué le interesa?

—Por nada en particular. También se lo he preguntado a tu hermana, y quería conocer tu punto de vista.

—Entonces ya sabrá que mis padres tuvieron una discusión muy fuerte.

—Eso ha dicho, sí.

—No sé qué les ha hecho, señor López, pero están muy afectados. Es hora de que rebusque en su interior y descubra si le queda un rastro de piedad. Deje de maltratarlos.

—¿Habéis entrado en el cinturón, verdad?

—¿No me contesta?

—¿Qué quieres que te responda? ¿Que ellos se lo han buscado? No te gustaría, agriaría nuestra conversación y nos haría perder el tiempo. El tráfico es fluido y todavía nos quedan asuntos que lidiar.

—¿Está usted por aquí? ¿Por dónde ve si hay tráfico o no?

—No, sigo donde estaba anoche, o sea, muy lejos. Sobre por dónde lo veo..., sería más fácil responder a por dónde no lo veo. Hasta por la cámara de tu teléfono, Ignacio, aunque no es el último grito, si no te importa que te lo diga. Además: no sé para qué me lo preguntas si tú diste una respuesta bastante apropiada a tu familia ayer mismo, antes de que os llamara.

—Lo dije a boleo.

—Eso no le resta acierto. Bueno..., esto..., te toca, ¿no?

—Una adivinanza, un acertijo, una prueba, cualquier chifladura. [Cagondiós]. Perdona, no quería decir eso. [*No quería decirlo en voz alta*].

—Hoy aprecio que te expreses libremente. A esa libertad apelaré de inmediato. Cuenta solo con las limitaciones de espacio y tiempo que nos restringen.

—Suéltelo ya.

—Ahora mismo. Ah, recuerda que libertad y chabacanería son cosas ligeramente diferentes. Veamos. ¿Preparado?

—Me muero de ganas [*de retorcerle el pescuezo*].

—Tú la vas a escoger.

—¿El qué?

—Tu parte del trato.

—No me diga.

—Y me tiene que satisfacer.

—He ahí el truco.

—Y ha de consistir en causar daño.

—¿Cómo ha dicho?

—Mucho daño a muchos.

—No habla en serio.

—Sí, te lo aseguro.

—¡Váyase a la mierda!

—Eso lo habrá oído la conductora y los chavales de la primera fila.

—Se lo puedo repetir en susurros: váyase a la mierda.

—Ya te he dicho que tu hermana Begoña ha cumplido.

—¿Y qué ha hecho de malo?

—Aparecerá en los noticias de la tarde. Podría decirse que ha inaugurado un conflicto bélico. Dos países insignificantes, de acuerdo, pero ambos con los apoyos internacionales suficientes como para que sea muy prometedor.

—Es que ni que me lo jure.

—Me cansa tener que recordarte mi historial veraz.

—¿Y qué ha hecho Begoña? ¿Tirar la primera piedra? ¿Lanzar el primer insulto? Le carcome su imaginación, López.

—¡Qué incrédulo eres, Ignacio! Tú, que eres el más capacitado para comprender... Te pediría fe, pero... puede que algo más tangible te devuelva la cordura. Ahora pasáis cerca del aeropuerto. A esta hora está ajetreado, cerca de un aterrizaje por minuto. ¿Ves los aviones que se alinean para la maniobra? Desde tu posición deberías ver con claridad cuatro. Escoge uno, venga.

—El tercero, qué más da.

—Durante los próximos segundos, la tecla uno de tu teléfono está vinculada a un giro de veinte grados de los alerones. ¿Te atreverás a comprobar cómo rectifica la maniobra de acercamiento y repunta el morro? No tendrá consecuencias, aparte de unas canas adicionales para el piloto.

—[*No puede ser mentira. López no puede arriesgarse a quedar en evidencia. Pero puede que cuente con ello, que me trague la trampa y yo le reconozca un poder que no tiene*].

—Decídette, Ignacio. Si no, puede ser peligroso.

—[*Es un farol, seguro que lo es. Puede que sea posible atar entre sí un móvil, la Red, la torre de control y la computadora de cabina, pero no a voluntad. No en dos segundos. Ahora se le ve bien la panza. Joder, qué cerca pasa de nuestras cabezas. Esta es la mejor oportunidad de desenmascarar a este loco. Voy a darle al uno mientras que renuncio a comprobarlo. Quedará con el culo al aire. Ahí va*]. No lo voy a hacer, señor... Pero ¿qué coño...?

—¡¡Mira tú, mira tío, mira, ahí, ahí, ahí, Andrés, Carlos, ese avión...!! ¡¡Pero qué hace!!

—¡Ya no se ve! Con las casas...

—¡¿Eso es humo?!

—¿Ignacio? ¿Sigues ahí? ¿Por qué me has dicho que no lo ibas a apretar? Te había advertido que podría ser muy arriesgado hacerlo tan cerca de la pista.

—Yo no...

—¿No qué? ¿No lo has apretado? A mí me consta que sí.

—¿Qué ha pasado? Seguimos circulando y el aeropuerto ha quedado atrás.

—Todo está confuso, Ignacio. Lo que sí he podido ver con claridad es que lo primero que ha tocado tierra no han sido los neumáticos, sino el fuselaje. Por lo visto el piloto no ha podido bajar el morro a tiempo ni abortar el aterrizaje. El aparato está en llamas en el extremo de la pista. No está claro si ha arrollado a otra nave más pequeña. No ha explotado. Por ahora no ha explotado.

—Pero si yo no...

—Los equipos de bomberos no se acercan. Prevén una deflagración. Algunos pasajeros han conseguido abrir la puerta delantera. La rampa está inflada.

—Yo no he apretado...

—¿Lo has oído? Ha explotado. No podía ser de otro modo. Ese avión solo hacía escala para completar el pasaje, así que tenía los tanques de combustible casi llenos.

—¿Cuántos...?

—¿Cuántos iban a bordo, quieres decir? Sí, supongo que a eso te refieres. A ver..., según las listas de embarque..., ciento noventa y tres..., más siete de tripulación. Números redondos: doscientos.

—Usted... Usted es quien lo ha hecho... Usted...

—¿Yo? ¿Que yo he hecho qué? Mira, muchacho, si te abrumba la culpa, te tendrás que aguantar. Tú y yo sabemos qué ha pasado y qué has escogido. Si lo has hecho a conciencia, retrasando la intervención para obtener un efecto más espectacular, o inconscientemente, o por un movimiento reflejo, o por probar, o para ver qué pasaba, eso ya lo arreglarás contigo mismo.

—Usted, solo usted...

—No, hijo, a cada cual lo suyo. Mientras has mantenido quietos los deditos, no ha pasado nada. ¿Estamos? Cuando ya creía que renunciabas a más pruebas sobre..., digamos..., las capacidades de la técnica, cuando ya había pasado de lejos el tiempo prudencial, vas y pulsas el interruptor. O sea, que de solo yo nada. Solo tú. Para que luego digas de tu hermana. Ella ha entendido, ha aceptado, ha decidido y ha actuado. Tú, perdona que te lo diga, todo al revés.

—No me diga eso. No soy capaz de pensar. No sé dónde estoy.

—Mantén la compostura, Ignacio. Los niños siempre están pendientes de las reacciones de sus modelos. Y recobra algo de honestidad mental, caramba.

—¿Sabe hasta qué punto me gustaría responderle en persona?

—Ah, sí, claro, qué miedo el mío y qué bravura la tuya. Curándote los remordimientos con cuatro tacos y otros cuatro mamporros. Purificándote de tu decisión mediante la acción boba. Te estás convirtiendo en una perfecta vulgaridad. Buen ejemplo para tus alumnos. Ejemplo corriente.

—Voy a colgar.

—Cuando yo te lo diga. Cuento con treinta y dos aparatos en este autocar. Treinta y tres, con el tuyo. Pero es verdad que ya os acercáis al lago.

—¿Qué lago?

—Renegaría si supiese que eso te iba a sacar de tu aturdimiento. En fin, daré por

cumplida tu parte. Tenía que haber sido mucho más elaborado y esperaba mucho más de ti, pero estás algo impresionado y, por tanto, inservible. En resumidas cuentas se trataba de hacer daño, y con tu participación libre, y en eso, mal o bien, has cumplido. Poco original, poco ambicioso, pero habrá que conformarse.

—No sé de qué me habla.

—Te has quedado como alelado, chico. Reacciona. A ver, ¿adónde vais?

—A remar en piragua. Enfilamos el camino del aparcamiento.

—Eso está mejor. ¿Dónde vais después de comer?

—No lo sabemos todavía. Teníamos que ir a una exposición sobre el agua, pero...

—Muy bien, Ignacio. Podrás anunciar a tus compañeros que tenéis comprometida una visita a las instalaciones de la depuradora Norte. La más grande y moderna del país. Seréis el primer grupo de escolares al que aceptan. Ganaréis con el cambio, ya verás. Mucho mejor que la exposición, dónde vas a parar. Hasta disfrutaréis de una degustación de agua depurada. Los chicos estarán entretenidos y aprenderán muchas cosas. Te lo garantizo.

—La depuradora Norte.

—Exacto. A las tres de la tarde. Feliz día, Ignacio. Creo que aquí nos despedimos. Para siempre. Adiós, Ignacio.

—¿Me va a tener mucho más tiempo aquí entretenida, señor López?

—¿Tiene prisa?

—Por las responsabilidades que usted me buscó, o me ayudó a obtener, y sobre las que me ha estado preguntando un buen rato. Me va a amargar el cigarrillo.

—No me diga que vuelve a fumar.

—¿Cómo sabe que es una recaída y no un vicio nuevo?

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche. Gracias a usted. Últimamente todo es gracias a usted. Es lo menos que puedo hacer por mí. Concederme alguna indulgencia.

—¿Tan grave fue?

—¿El qué? ¿Ayer, cuando tuvimos el honor de su compañía? Sí, fue muy desagradable, y peor cuando colgó.

—Algo me han dicho sus hijos al respecto, pero...

—Sigue su plan.

—Para eso están los planes. Si la estoy llamando es porque considero que, con más o menos estilo, Begoña e Ignacio han cumplido.

—No sé si alegrarme.

—No le quiero ocultar que ambos han pagado un precio.

—[*Había resuelto no rebajarme más, pero esto es inaguantable*]. Dígame que están bien, que no les ha hecho ningún daño.

—¿Yo, pobre de mí? ¿Hacerles daño? Las personas tienen las fuerzas suficientes para hacérselo solas; no necesitan mi ayuda. Yo los he dejado tan enteros como estaban antes. Hasta donde yo sé, están (como usted diría) perfectamente.

—Solo quedamos nosotros dos. Mi marido y yo.

—Solo ustedes dos. Son el centro de interés. Por eso le preguntaba cómo habían acabado ustedes.

—[*Tirando a matar. Vejándonos. Desnudándonos las vergüenzas delante de los chicos. Olvidando el sentido del ridículo y el mínimo de decencia. Sacándonos los ojos. Culpándonos de todas las culpas. Coincidiendo únicamente en maldecir a López. Y, como si fuese una rito, durmiendo poco más tarde en el mismo catre*]. Mal, muy mal. No merece la pena entrar en detalles.

—Pero nada irreparable, espero. ¿Siguen juntos?

—¿Es esta mi paga de hoy? ¿Terapia de pareja? Sí, seguimos juntos, pero no saque conclusiones precipitadas. Estoy chapada a la antigua y mi matrimonio es indestructible. Ni que sea de palabra. Compartimos cama, como cada noche...

—Señora Moral, no hace falta...

—Faltaría más, señor López. Si para que esta conversación sea la última tengo

que desvestirme de cuerpo y alma, cuente con que lo haré con fervor. La peor acusación entre nosotros fue usted. Ahí nos enquistamos y cada uno mantuvo la responsabilidad del otro por haber metido al enemigo en casa. ¿No le ofenderá mi sinceridad, verdad, señor López?

—Tal como usted ha observado, un último encuentro admite unas licencias fuera de lo común. Sus intenciones son insultantes, pero lo importante es que se sienta cómoda.

—¿Cómoda? ¿Usted cree que puedo sentirme cómoda después de lo que ha pasado? ¿Qué ha sido de lo que robé para usted?

—Robar, robar... No suena bien. Traslado, puesta en servicio, eliminación, llámelo como quiera, pero no robo. No es un objeto cualquiera que se posea como un mueble. Mírelo así: seres vivos maltratados que esperaban otra oportunidad de dar de sí lo que en sí encierran.

—Está usted enfermo.

—Eso ya está muy visto.

—¿Me puede anticipar hasta qué hora va a durar esto? A las dos tendría que volver a mi despacho.

—Su despacho, claro. Si no hay contratiempos, llegará puntual, no se preocupe. Por mí no quedará. ¿Qué tal su nuevo puesto? ¿Contenta?

—Usted me lo dio y usted me impide disfrutarlo.

—El mérito es suyo en ambos casos. No sea tan derrotista, al menos por trivialidades. Lo malo y lo bueno tienen en común con lo pequeño y lo grande que están muy afectados por la relación. Uno cree que está contemplando el curso de un río enorme hasta que cae en la cuenta de que es afluente de otro mucho mayor. Aquel otro disfruta o se lamenta de lo pequeño de esto o aquello sin pararse a pensar que hasta lo que nos han enseñado que es indivisible lo es.

—[*¿Cómo le gusta desbarrar a este hombre!*]. He apurado la colilla. ¿Lo dejamos aquí o enciendo otro? [*¿Cuántas cámaras me estarán enfocando ahora? La de aquí, la de las oficinas de enfrente, la del banco... ¿Me está viendo? Claro que me está viendo...*].

—¿Para qué me pregunta, si ya ha empezado con el segundo?

—Me está contemplando. Estoy en desventaja. [*No sé cómo es ni cómo se mueve. Cómo se arrastra*].

—No se pierde nada. Bien, ¿le parece que tratemos de lo nuestro?

—No quiero empezar, pero sí deseo acabar. Así que, cuanto antes, mejor.

—Si usted responde, será rápido. Le voy a pedir consejo, precisamente, sobre qué uso dar a ese material...

—¡Quémelo!

—Ya, una reacción previsible. La aprovecharé. Pero ha de ser una opinión más concreta, como enseguida le explicaré. Antes quiero dejarle claro que, a cambio, tal como discutíamos ayer, ni usted ni su familia volverán a oír de mí. Han de cumplir

usted y su marido. Eso es todo.

—No me lo repita más. Lo tengo muy claro.

—Vamos allá. Preste atención y espere a que haya acabado. Los bacilos están repartidos en tres partes no iguales. En números fríos: ochenta de cien, diecinueve de cien y el uno de cien restante. Descompensados, como ve, pero con algo en común: pueden ser inutilizados o impelidos. Ahí es donde interviene usted, porque solo se admiten tres combinaciones: una parte difundida, las otras dos neutralizadas.

—¡No le entiendo, y además no le quiero entender! ¡Está usted loco, loco y...!

—Pues decídase. ¿Quiere que hoy sea el último día? En tal caso atienda y no me interrumpa más.

—[*He de seguirle la corriente. Cálmate, Magdalena, que creas que entras en su juego... Pero ¿acaso no lo estoy haciendo ya?*].

—No necesita lecciones sobre los artilugios. Además, son circuitos muy simples. Una posición excluye físicamente a la otra, y los tres aparatos actúan como un todo. Cuando uno de ellos se sumerge en un fluido preparado para la difusión, los otros dos serán destruidos por temperatura. Quemados, tal como usted reclamaba. Una batería es suficiente para todo. Ahora solo falta que le diga dónde están situados. Si antes de las tres de la tarde no reciben otra orden, un segundo mecanismo, independiente del anterior, liberará los contenidos de los tres recipientes. Se lo digo por si está pensando en negarse a escoger. Si de verdad quiere limitar los efectos, la mejor decisión es tomar una. Escoger. De otra forma, ya le digo, todos esos... seres... completarán su misión en la vida. ¿Qué le parece? ¿A que se podría expresar así?

—¿Qué ha estado haciendo durante toda su vida, señor López? ¿Cómo ha esperado tanto a ser tan malvado?

—¿De verdad le interesa? Por observación, reflexión y hartazgo.

—¿Qué les ha pedido a mis hijos?

—Eso no viene al caso. Ya le he dicho antes que ellos están bien, si eso es lo que le da miedo. Begoña ha quedado hasta contenta, y su hijo Ignacio puede que algo consternado, pero sano, salvo y trabajando. La vida, para ellos dos, sigue. No nos podemos eternizar, señora Moral. Ya le he dicho bastante. Solo queda escoger el lugar de apertura de una de las partes: el polideportivo Arenal...

—¡No!

—Sí. Se está celebrando un partido de no sé qué. Tengo entendido que son aficionados, pero con la entrada gratuita ya se sabe qué sencillo es llenar. En segundo lugar, la depuradora Norte, y en...

—¡No puede ser!

—No podemos negociar cada lugar. Son inamovibles. Y no puede hacer tantos aspavientos. Está usted en la vía pública. Pero si se refería a que el agua no es el mejor vehículo para nuestros colaboradores, tiene razón. Sin embargo, la vida está llena de experimentos. El tercer nido está situado en el colegio Vitura.

—¿Vitura? ¡Pero si es el de Ignacio, en Almonte!

—Es verdad, ha dado en el clavo. En este caso, igual que en el pabellón Arenal, he previsto como medios de locomoción las canalizaciones de aire. Hoy día todo se hace así, y es más fácil...

—¡Basta! Por favor, no lo haga. [*Está mintiendo. Es imposible que sea verdad. Tengo que detenerle. Tengo que impedir que lo haga*].

—Señora Moral, es su turno. Escoja.

—No me haga esto, se lo ruego. ¿Se da cuenta de la cantidad de inocentes que pueden morir? El contagio se descontrolará, no está comercializada la cura y...

—¿Inocentes? ¿Inocentes de qué? ¿De ser seres humanos? No, señora, de eso son culpables, definitivamente culpables.

—¿Eso es suficiente para atacarlos?

—Atacarlos, dice usted... No, no se equivoque. Las plagas se controlan, se exterminan, si cabe, pero no se atacan. Hablemos con propiedad.

—Me da usted asco.

—Es muy libre de sentir lo que le plazca, pero eso no detiene el reloj.

—¿Me está obligando a decidir quién muere? ¿Quién muere primero?

—Le estoy pidiendo que elija un lugar.

—¡Donde esté la menor parte! ¡Ese uno por ciento! [*¿Ilusa de mí? Sé cuál será la respuesta, pero también necesito tiempo. Dios, ¿dónde estás? ¿No ves que te necesito? Fulmínalo, joder, fulmínalo*].

—No me tome por idiota. Opte. Tal vez acierte con la dosis que me pide. Ni siquiera yo se lo puedo decir. Los tres recipientes son idénticos, y fueron desordenados a conciencia antes de distribuirlos, así que no hay nadie que sepa cuál de los tres alberga el grueso y cuál la muestra.

—No le puedo seguir... No concibo tanta maldad, tanto odio... ¿Por qué? [*Si cojo el coche... Si consigo convencer a las autoridades... ¿A qué autoridades...? Si es verdad que al menos dispongo de una hora...*].

—Repetir la pregunta no lleva a ningún sitio. ¿Quiere escoger de una vez?

—[*He de decidirme. Eso me dará margen hasta las tres... Da lo mismo cuál. Pabellón, depuradora... o Ignacio. Maldito, maldito seas, López. ¿Y si no llego a tiempo? ¿Y si no me creen? ¿Cuál de los tres es menos terrible? El ásara, suspendido en el aire, es incontrolable. Al cabo de cuarenta y ocho horas puede haber llegado a las fronteras. Y no puedo escoger a Ignacio, al colegio de Ignacio. No se hicieron pruebas de la resistencia de los bacilos al agua... Según la fase de depuración en la que sean liberados... No sé, no sé qué es menos malo...*].

—Tiene cinco segundos. Si no, cuelgo. Todos los especímenes se difundirán, en los tres sitios. Y ya la llamaré otro día. A todos ustedes. Uno, dos, tres, cuatro y...

—¡La depuradora!

—¿La depuradora?

—Sí, la depuradora, la depuradora.

—Me está diciendo que, en estas circunstancias, prefiere la difusión de las

esporas en la depuradora Norte.

—¿También se ha vuelto sordo? Me acercaré a una cámara para que me pueda leer los labios. Sí, la depuradora Norte. Contamine ese lugar y dé una pausa a los otros dos. Total... [*Total, poco importa por dónde empiece... No habrá tiempo de poner en servicio la pentabutamina*]. ¿Nos quiere ver a todos muertos?

—Dicho así... Dejémoslo en que estoy experimentando. Usted, que tiene experiencia en un laboratorio, sabe que unos animales dan más pena que otros a la hora de ser sacrificados... o de ser torturados. Algo así es para mí el ser humano.

—[*Tal vez si me acerco al despacho de Gerardo... Sus relaciones con los que pueden parar esto... No sé qué policía puede salvar a medio país en medio día... Si vamos los dos es más fácil que nos crean. Los dos no nos vamos a volver locos al mismo tiempo... De camino llamaré a Ignacio y a Begoña... Tomar el primer avión hacia cualquier sitio... Lejos, bien lejos...*].

—Ha sido un placer conocerla, señora Moral. Aquí nos despedimos. Supongo que le satisfará saber que esta es la última vez que hablamos. Dos advertencias finales y la dejaré. La primera es que lo inevitable es, de verdad, inevitable. No se haga mala sangre intentando corregir lo irremediable. La segunda le servirá si no hace caso del primero: Ignacio, con su curso, ha salido de excursión. No está en Almonte. Dentro de unos minutos iniciarán una visita guiada a la depuradora Norte.

—¿Señor Vives?

—Ya era hora.

—¿Lleva prisa? ¿Está impaciente?

—Impaciente por deshacerme de usted. Además, me esperan en el hospital.

—¿Ha pasado algo? ¿Alguien se encuentra mal?

—Yo. Yo me encuentro mal.

—¡Cuánto lo siento! ¿Qué le duele?

—Usted es lo que me duele. [*Y el jodido corazón. En vez de un electrocardiograma pediré un trasplante, coño, para ganar tiempo*]. A ver, ¿qué quiere esta vez?

—No le conviene tanta agresividad.

—Usted es el menos indicado para decir qué me conviene.

—No le ha cambiado el humor de ayer.

—¡No me hable de ayer! Solo por eso se le tendría que caer la cara de vergüenza.

—No le entiendo.

—Pues entonces nadie se lo podrá hacer entender. Si usted no vio la cizaña que sembró y el daño que nos hizo, es que es ciego o de piedra.

—Su esposa no me lo ha descrito tan dramáticamente.

—Ah, sí, claro, me olvidaba de las reglas y las condiciones de las que usted tanto gusta. Así que ya ha hablado con mis hijos y con mi mujer.

—Así es. Con su esposa, hace muy poco. Con Ignacio y Begoña, a media mañana. Déjeme que le felicite por tener una familia tan maravillosa.

—Mucho, pero no se aficione y no se desdiga. Prometió que hoy sería la última vez que le oiríamos.

—Naturalmente, sí, eso dije. Vamos por el buen camino. Todo apunta a que será así.

—¿Por qué no he podido hablar con ellos? Usted, el gran experto en comunicaciones, seguro que tendrá una explicación.

—Ayer ya les avisé. Nada de hablar entre sí hasta que todo haya acabado. Sus teléfonos volverán a estar abiertos al cabo de una hora de haber finalizado nuestra charla.

—Espero que estén bien y no les haya ni echado el aliento, porque, si no, juro por...

—No jure, señor Vives. Jurar venganza es malo para la salud. Para la física y para la mental. Si eso le hace sentir más tranquilo, me he limitado a hablar con cada uno de ellos, y no me he movido de donde estaba ayer. Sigo fuera del país. Convendrá conmigo en que no es fácil agredir con una conferencia.

—A mí me está amargando la vida a base de palabras.

—No se exceda. Un extraño lo tomaría por pusilánime. Hasta ahora le he facilitado la existencia. A ver qué tal se nos da hoy.

—¿Hoy? Pensar en mañana es lo que me sostiene. [*El día que pueda considerar desterrado de mi vida, de nuestras vidas, a esta desdichada lapa de cabrón, respiraré otra vez. Me da miedo preguntar por los otros. Ni quiero darle conversación ni quiero dar la falsa impresión de que no me importan*]. ¿Puedo fiarme de que todos están bien y de que usted da por saldada la deuda? [*No sé qué deuda podrían haber contraído con este individuo, pero todavía no puedo llamar a las cosas por su nombre*].

—Razonablemente. Begoña, bien. Ignacio, menos bien. La señora Moral, regular. Pero ya pasó, que es lo que importa.

—No lo estire más. ¿Qué tengo que hacer? Si este es el trato final, supongo que ahora hará su entrada el dinero.

—¿Cómo dice?

—¿Cuánto quiere? Vamos, las cartas encima de la mesa.

—Se precipita, señor Vives. Se equivoca de medio a medio. ¿De verdad cree que me interesa el dinero? Me sorprende.

—Déjese de zarandajas. ¿Qué debo concluir, entonces? ¿Acaso usted molesta por afición? [*¿Quién dijo que las aspirinas son buenas para el corazón? Parece como en las películas, oye, con el dolor en el brazo... O eso, o el golpetazo que me he pegado antes contra el quicio de la puerta*].

—Mi interés es exclusivamente comprobar reacciones humanas.

—Así que usted es un psicólogo.

—No solo me interesan las individuales. Las colectivas son muy valiosas. Siguiendo su agudeza, se podría decir que me aficiono más por la sociología.

—Así no llegamos a ninguna parte.

—Es usted quien prolonga esto artificialmente.

—¡Por tercera vez, ¿qué quiere?!

—Dos cosas: comprobar si ha estado haciendo su trabajo. En segundo lugar, que escuche con atención lo que le tengo que decir.

—¡¿Qué es eso?! [*Joder, ¿qué coño le pasa a la pantalla?*].

—No despegue los ojos del monitor.

—[*Si me suena y todo... Ese perfil, esas manchas de color...*]. ¿Qué se supone que he de mirar? Porque aquí... ¡Coño, es una vía!

—¿Lo ha visto? ¿Lo ha podido ver bien?

—¿El tren? Ha pasado un tren, ¿no?

—Su tren, señor Vives.

—¿Mi tren? [*¿Me va a obligar a subir a un tren...?*].

—Origen, central número seis. Destino...

—¿Era ese el tren? No he podido fijarme. Ha pasado demasiado rápido.

—Un efecto óptico provocado por la posición de la cámara. En realidad avanza a paso de tranvía y, además, ahora ha de disminuir la velocidad por que se aproxima a la capital.

—Se equivoca usted, ni que sea por una vez. No está previsto que pase por aquí. [*Ya me había olvidado del puto tren. Todavía tengo que llamar a Delfa... Cuando salga de la consulta*].

—No me queda más remedio que regañarle, señor Vives. ¿Cómo es que no está al corriente de lo más importante que tiene entre manos? El itinerario ha cambiado. Ahora está alcanzando Tasomayor.

—¡Imposible! ¡Si lo sabré yo! Además, un tren así no puede atravesar núcleos urbanos. Mucho menos la capital.

—Le pongo lo que capta otra cámara. La de la estación de Tasomayor. Ahí lo puede mirar a gusto. Ha de hacer una pausa de tres minutos para dar paso a un cercanías. Como ve...

—Que no puede ser. A esta hora el convoy está en... [*¿Dónde mierda están los papeles? ¿Hasta de esto he de estar pendiente, de si un tren va por la vía que le toca? Aquí está, coño...*]. Está a ciento cincuenta kilómetros al este de aquí, detenido hasta las 15.18, esperando que quede libre el siguiente tramo, de vía única.

—Pues uno de los dos ha extraviado su tren. Si se fija en la imagen, justo por encima del tercer vagón, se puede leer con dificultad las primeras letras de la estación.

—De ninguna manera. Es un truco. [*¿Por qué digo que es un truco?*].

—Como guste. Todos se comportan así. Si no les gusta la realidad, la niegan. Por eso no vamos a discutir. Tómelo como un relato fantástico, si lo prefiere. En cualquier caso, obsérvelo. Sé que no supo del automatismo hasta que se lo dijo la señora Delfa.

—¿Qué automatismo?

—Indudablemente le conviene atención médica. Informe de todos sus síntomas y evitará sorpresas. El automatismo integral del convoy. Un avance. Control remoto completo. ¿Quiere dominarlo? Ahí tiene el tablero de mandos. O, si quiere, ahí está la pantalla de órdenes del centro de tráfico. Es más práctico desde aquí. La panorámica es más amplia.

—[*¿Ha robado el control?*]. Usted tiene...

—Sí.

—¿Qué piensa hacer?

—Enseguida se lo explico.

—Hay que alejar ese tren inmediatamente. Si alguien se entera, a más de cuatro se les va a caer el pelo; a mí, el primero. Además, es muy peligroso.

—Está usted en todo. Vamos a repartir riesgos. ¿Le parece?

—[*Ya me está vacilando. Con qué gusto le pegaría una hostia*].

—Aunque cueste de creer, está robotizada hasta la segregación. Apriete el botón

intermitente, haga el favor.

—No pienso.

—No tenga miedo. ¿Ve? No ha pasado nada. Pero ahora ya no tenemos un tren de residuos, sino dos. Igual de autónomos, igual de...

—¡Pero ¿qué está haciendo?!

—Ya se lo he dicho: dividiendo el riesgo entre dos. ¿Sabe por qué he escogido Tasomayor? Por sus bucles y cambios de aguja. Desde aquí hay diversas formas de aproximarse a la capital. La oeste permite acercarse al centro, mientras que la sur atraviesa las zonas industriales.

—No planeará conducir los trenes hasta aquí, ¿verdad? No se atreverá. Además, ¿para qué? Puede ocurrir una desgracia, una tremenda desgracia.

—Dos. En realidad, dos desgracias.

—No lo hará. No lo puede hacer.

—¿Me lo advierte o simplemente lo desea? Uno de los trenes acabará su recorrido en la estación Central. El otro, en los depósitos de gas natural.

—[*No se puede ser tan desalmado. No puede ser*]. ¿Por qué?

—Ayer respondí. Quiero ver las reacciones ante algo así. No les mentí: no tengo nada en especial en su contra. Soy muy tolerante con los individuos, uno a uno. Las agrupaciones, los conjuntos, los muchos, esos sí que despiertan mi antipatía. Profunda. He decidido darme el capricho de... (no quiero parecerle soez, pero...), de orinar en el hormiguero. Suena mal, pero es gráfico y exacto.

—Luego..., nos piensa matar, no solo a nosotros, sino a muchos más... ¿Sabe? Sigo convencido de que usted es un farsante. Loco, qué duda cabe, pero farsante. Porque ahora me dirá que piensa estrellar los trenes.

—Me lo ha quitado de la boca. Si no hay contratiempos, a las cinco de la tarde. El primero causará unos daños iniciales más reducidos, pero el efecto de alarma no será menor. El segundo combinará las propiedades de la carga con la explosión de, al menos, dos de los tanques. Como hay que sumar otras intervenciones que he preparado con su esposa...

—¡Vuélvase loco usted solo! ¡No calumnie!

—Hasta aquí hemos llegado. Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir. ¡Ah, casi lo olvido! Puede que le interese saber que su hija Begoña, casualidades de la vida, verá en directo la entrada del primer convoy en la estación Central. Era una buena chica. Adiós, señor Vives. Cuídese.

—[*Tranquilízate, Gerardo. Todo es una pura memez. Cuatro pantallas inventadas, una filmación sacada de cualquier sitio y mucha imaginación para mentir. Maligno, pero mendaz. Joder, y los teléfonos de todos siguen inservibles. Y este pinchazo...*]. ¿Diga?

—¿Señor Vives?

—Dime, Beatriz.

—Acabo de recibir una llamada del hospital General. Al parecer su esposa ha

sufrido un accidente de tráfico. Me han pedido que vayas, perdón, que vaya cuanto antes. Parece muy urgente. ¿Señor Vives? ¿Me oye? ¡Gerardo!

—Manolo, me cago en diez, ¿qué quieres? ¿Acabarte el bar tú solo?

—Hola, Vicente. Estoy digiriendo las penas.

—Venga, hombre, que nunca hay para tanto. Oye, ¿tú sabes dónde puedo encontrar a Gerardo Vives? Su móvil no da ni señal. Así llevo toda la...

—Muerto.

—¿El móvil? Coño, ¿y no se puede comprar otro o qué?

—Gerardo Vives ha muerto.

—¡¿Qué me dices?!

—Hace dos horas.

—Pero no puede ser...

—De un ataque al corazón.

—Cojones, el maldito corazón. Si hay algo que no soporto es una muerte repentina de alguien que no se lo merece. Lo siento, Manolo. Sé que eras su amigo, no solo su abogado. ¡Vaya trago! Su esposa debe de estar destrozada...

—Literalmente.

—Claro, claro, no es para menos.

—Muerta.

—¡¿Qué?! Pero..., pero si hablé con ella hace nada, dos o tres días, y estaba estupenda... ¿Qué ha pasado?

—Un accidente de tráfico. No ha sido la única. Todavía es confuso, pero dicen que las señales de carriles reversibles de la autovía han fallado, y es como si ella y unos cuantos más circularan en sentido contrario. Ha muerto de camino al hospital. Han llamado a Gerardo y, al parecer, la impresión ha sido demasiado fuerte. No lo ha soportado. Por eso estoy bebiendo.

—Pero me cago en la leche, ¿qué se han muerto, los dos esta tarde?

—Ella antes de las tres, y él poco después.

—Pero tenían hijos, ¿no?

—Dos, Ignacio y Begoña. Todavía no los han localizado. Por eso lo sé yo. En el despacho de Gerardo, la secretaria, al no encontrar a nadie más, ha decidido llamarme.

—Sí que lo siento.

—Una desgracia. Doble. ¿Quieres tomar algo?

—Pon, Manolo, pon. Total, para lo asqueroso de esta vida...

—Hostia, Vicente, ¿no has oído como una explosión?

—¿Una explosión? Pues no. Solo faltaría eso, coño. Que estaban dando por la radio no sé qué de una intoxicación de unos niños que estaban de excursión...

—¿Tampoco ahora, Vicente? ¿No has notado nada?

—Nada, hombre, nada. Las paredes del círculo, que son muy gruesas. Pero no me hagas caso, que cada vez noto menos cosas y hasta pierdo la memoria. Ya no sé a quién conozco y a quién no. ¿Tú has oído hablar de un tal López?